
WARHAMMER
40,000
SANDY MITCHELL
EL BIEN SUPREMO
UNA NOVELA DE CIAPHAS CAIN

EL BIEN SUPREMO

"The Greather Good" por Sandy Mitchell

Saga del Comisario Ciaphas Caín, Noveno Volumen



SÓLO PARA PERSONAL AUTORIZADO



Servicio de Publicaciones del Alto Estado Mayor de la Guardia Imperial bajo la estrecha supervisión y control del Erudito Escriba Caractacus Mott.



EN MEMORIA DE SUSANA



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecno-sacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

NOTA EDITORIAL:

Este último extracto de las memorias de Ciaphas Cain resulta muy interesante en varios aspectos, principalmente por la información que nos aporta sobre el funcionamiento de la diplomacia tau, un arma de su arsenal al menos tan poderosa como una unidad de sus trajes de batalla, aunque menos propensa a dejar la alfombra hecha unos zorros.

Aunque el imperio tau está actualmente cooperando con el Imperio en una campaña conjunta contra las flotas tiránidas, difícilmente podrían ser considerados como aliados fiables, dado su notable oportunismo y su más que obsesiva búsqueda de eso que llaman "*El Bien Supremo*". Lo cual, seamos claros, sería más apropiado traducirlo al gótico como "*el Bien Supremo para los Tau y que la disformidad se lleve al resto*". Dejo el paralelismo de nuestra propia actitud hacia el citado acuerdo para aquellos que sean más cínicos que yo.

Lo que nos lleva de nuevo a Cain, quien si bien no contribuyó a crear el pacto, indudablemente jugó un importante papel para evitar su prematura ruptura, lo que habría acarreado unas funestas consecuencias para todos nosotros. Como no podía ser de otra forma, sus motivos para hacerlo fueron—absolutamente personales, al menos según su propio relato. Como siempre, dejó que sea el propio lector quien juzgue por sí mismo hasta que punto eso puede ser cierto.

Fiel a mi costumbre adoptada en volúmenes anteriores, he dejado el relato lo más cercano posible al texto original, simplemente dividiéndolo en capítulos para facilitar su lectura y añadiendo ~~el~~ material explicativo adicional para poder aclarar alguna referencia especialmente oscura o para proporcionar un contexto más amplio del que ofrece su ya típico y lamentablemente egocéntrico relato de los acontecimientos.

Amberley Vail, Ordo Xenos.



CAPÍTULO UNO

Pueden decir lo que quieran de los tau, yo mismo he dicho muchas cosas de ellos a lo largo de los años, pero no se puede negar que saben cómo organizar una buena guerra. De hecho, en mi humilde opinión, en las fases finales de la campaña de Quadravidia lo estaban haciendo demasiado bien; ya me espera unos combates muy duros después de haberme enfrentado a los pequeños azulados [1] más de una vez, pero en esa ocasión nos lo estaban poniendo especialmente difícil. Cuando llegué a la capital, esquivando descargas de plasma a cada paso que daba, nuestras defensas se estaban derrumbando por todo el planeta y estaba claro que sólo era cuestión de tiempo que invadieran el último enclave imperial importante que aún resistía.

[1] Los tonos de piel de los tau varían tanto con los de los humanos, aunque la mayoría parecen encuadrarse en una gama que va desde el gris pálido a un azul cerúleo aún más pálido, todo como resultado del papel que el cobalto parece desempeñar en su metabolismo. Cualquiera que esté interesado en un estudio más detallado de su fisiología puedo encontrar todo lo necesario en el innovador artículos del Magos Gandermak "*Algunos hallazgos preliminares sobre la hematología de los Tau*", Anuario Imperial de Xenobiología, Vol. MMMCCXXIX, número 8897, pags 346 – 892, "*Resultados Provisionales sin evidentes errores metodológicos de los análisis de la hemoglobina de los Tau*", de Rasmussen, vol. MMMCCXXIX, número 8899, pags. 473 – 857, y el siglo y medio de correspondencia cada vez más caustica con el editor.

-No podemos permitir que Cuadravidia caiga- insistió el general Braddick en total desacuerdo con la opinión de todos los que se agolpaban en el bunker de mando situado debajo de lo que quedaba de la guarnición local de la

Guardia, quienes sostenían que eso era ya algo inevitable. El febril brillo de sus ojos gris pizarra hacía que destacara aún más la malsana palidez de su piel. Sólo se puede sustituir el sueño por la recafeina y los estimulantes durante un tiempo limitado, y en su caso, ya había dejado atrás aquella peligrosa línea roja. El general levantó la voz para ahogar el lejano estruendo de las explosiones de la artillería, que, para mi clara y bien disimulada alarma, eran notablemente más fuertes de lo que habían sido aquella misma mañana. Como para subrayar aquel hecho, las partículas de polvo que caían de los huecos junto al techo bailaron perezosamente entre los rayos del sol que se colaban por las aspilleras. **-Si eso sucede, todo el subsector caerá con el planeta.**

Motivo por el cual los tau habían atacado Quadravidia en primer lugar, ya que su situación en la confluencia de varias rutas de la disformidad le convertían en una ruta natural para los transportes militares imperiales que se dirigían hacia allí en un intento de reforzar la cada vez más debilitada zona de contención entre ambas potencias.

-Puede que tal vez eso sea un poco exagerado- dije, sacudiéndome de las mangas el polvo que había caído sobre ellas mientras trataba de no dar la impresión de que la retirada era la mejor opción posible. **-Pero el general tiene razón al pensar en las consecuencias de una posible retirada.**

Hecho que probablemente incluyera un pelotón de fusilamiento por cobardía e incompetencia, al menos para el general al mando. Aquello no sería justo, por supuesto, ya que había logrado resistir firmemente durante meses, pero

alguien tendría que asumir la culpa de todo aquel desastre, y desde luego no iban a ser los imbéciles del Munitorum, que habían enviado un insuficiente número de unidades de la Guardia Imperial escasamente equipadas.

-¿Cree que deberíamos retirarnos?- preguntó uno de los altos mandos, detectando un posible salvavidas: si el célebre Ciaphas Cain recomendaba retirarse, no se les podría culpar por seguir su consejo. Al fin y al cabo, para eso se supone que estamos los comisarios, para analizar el panorama general.

-Yo me iría en la primera lanzadera- dije con total sinceridad y una sonrisa lo suficientemente amplia como hacerles creer que estaba bromeando. **-Pero como acaba de señalar el general Braddcik, esa, por desgracia, no es una opción.** Y, como estoy seguro de que comprenderán, no era porque hubiera pasado por mi cabeza un inusual arrebato de noble autosacrificio, sino más bien porque cualquier cosa que intentara despegar mayor que un servo-cráneo sería derribada por los tau antes siquiera de que tuvieran tiempo de alzarse un solo palmo de la pista. Aparte del hecho de que ya no teníamos nada en órbita que fuera capaz de navegar en la disformidad.

Como para subrayar mi respuesta y porque en ocasiones el Emperador tiene un gusto especial por lo dramático, además de un desagradable sentido del humor, un débil temblor sacudió el bunker de mando, descargando otra lluvia de polvo sobre la visera de mi gorra.

-Los refuerzos ya están en camino- añadió Braddick, con el tono de un hombre que espera que algo se haga realidad si se dice con la suficiente convicción. Yo asentí.

-Lo cierto es que ya deben haber sido enviados- coincidí, aferrándome a aquella débil pizca de esperanza aún con más fuerza que el propio general. Me lo habían asegurado antes de mi partida a bordo de la flotilla de socorro que había llegado al planeta unas seis semanas antes y que mi antiguo compañero de cenas, el Lord General Zyvan [2], había confiado que fuera lo suficientemente poderosa como para poder reforzar nuestras defensas hasta que pudiera reunir una fuerza lo bastante numerosa como para levantar el asedio y enviar a los tau a su casa. Y así habría sido si los tau no hubieran tenido la misma idea y hubieran enviado su propia fuerza de auxilio para igualar ~~a~~ la nuestra.

[2] Aunque sus posiciones relativas en los complejos protocolos militares impedían algo tan firme como una sincera amistad, su relación era algo más cálida de lo que las palabras de Cain pueden dar a entender; especialmente en aquel momento, en la última década del milenio, a tan sólo cinco años de la jubilación oficial, aunque frecuentemente interrumpida, de Cain. Ambos se relacionaban todo lo posible dada la apremiante naturaleza de sus respectivos deberes y, sin la menor duda, en aquellas ocasiones disfrutaban la compañía el uno del otro.

Por el lado positivo, supongo que habíamos privado a los xenos de la fácil victoria que esperaban ya que, indudablemente, se hubieran apoderado de todo el planeta si la división de catachanes junto a la que había llegado no hubiera demostrado ser tan tenaz, aunque desde mi punto de vista tenía la desagradable sensación de que lo único que habíamos logrado era retrasar lo inevitable. Yo estaba seguro de que Zyvan estaba haciendo todo lo posible para

reunir una potente fuerza de socorro, pero durante los últimos años, las flotas colmena tiránidas habían penetrado profundamente en el corazón del Imperio y todos nuestros recursos estaban siendo desviados para contenerlos; por lo tanto, los refuerzos prometidos podrían tardar meses en llegar, si es que llegaban algún día.

-Entonces, resistiremos- resumió Braddick con cansancio. Sus hombros hundidos por el agotamiento creaban profundas arrugas en su ornamentada guerrera mordiana. Yo asentí gravemente.

-No veo que tengamos otra opción- acepté, demasiado consciente de la ironía.

La cuestión era que, en primer lugar, yo ni siquiera tendría que estar allí. En aquellos días, mi puesto como oficial de enlace del comisariado en el estado mayor del Lord General, me permitía elegir mis misiones con una libertad que nunca había llegado a soñar durante las primeras etapas de mi larga e ignominiosa carrera, en las que las circunstancias y el largo brazo del comisariado me habían empujado hacia el peligro pese a todos mis esfuerzos por dejarle pasar de largo. Por supuesto, mi totalmente inmerecida reputación de valentía y de una extravagante temeridad no me permitían seguir mi natural inclinación y permanecer indefinidamente en Coronus [3], viendo a mi ayudante, Jurgen, ocuparse de la mayor parte del papeleo que pasaba por mi despacho mientras yo me preguntaba si sería pronto para bajar a almorzar. Mantener mi heroica fachada implicaba la necesidad de aparecer en el frente de vez en cuando, para animar a las tropas y de paso recordar a Zyvan lo afortunado que era por tenerme cerca, mientras yo me mantenía lo más lejos posible del enemigo.

[3] Mundo base de la Guardia Imperial en el que se planificaron muchas de las campañas en las que participó Cain a lo largo de su carrera y donde se reunieron las fuerzas para ellas asignadas.

Teniendo eso en cuenta, una visita relámpago a Quadravidia me pareció la elección más segura. Como ya he comentado anteriormente, esperábamos que la flotilla de socorro con la que había embarcado inclinara la balanza de la guerra a nuestro favor, así que yo debería ser más que capaz de mantenerme alejado de los problemas sin demasiada dificultad. Más aún, me mantendría cómodamente lejos de las flotas tiránidas invasoras. No tenía el menor deseo de acabar como una masa gelatinosa en una piscina de biomasa en algún mundo perdido del Emperador, algo que se me antojaba muy probable si alguien decidía que se necesitaba un Héroe del Imperio para mantener a las tropas firmes frente a aquellos escurridizos horrores. Así pues, me pareció prudente desaparecer del mapa mientras el alto mando elaboraba sus planes para un último intento de contener la amenaza tiránida.

Para abreviar esta larga y triste historia, llegamos en perfecto orden y nos desplegamos en el planeta usando naves de desembarco, ya que las instalaciones orbitales del puerto espacial habían sido destruidas durante el primer ataque de los tau [4]. Como era de esperar, tuvimos que soportar algunos ataques durante nuestro descenso, pero la Armada aún tenía los suficientes cazas en el aire como para lograr cubrirnos las espaldas y sólo sufrimos pérdidas leves antes de que la mayor parte de nuestros efectivos se atrincheraran alrededor de la capital planetaria. Braddick y sus mordianos quedaron encantados de vernos, especialmente cuando nuestro primer contraataque hizo retroceder a las fuerzas enemigas hasta el anillo exterior de

habitáculos de la urbe y durante la primera semana, poco más o menos, parecía que habíamos logrado poner en fuga a los xenos; aunque yo ya contaba con la suficiente experiencia como para darme cuenta de que lograr recuperar aquel mundo por completo sería un proceso largo y arduo.

[4] En realidad, la mayor parte de las plataformas orbitales aún permanecían sustancialmente intactas, pero la tremenda cantidad de restos que flotaban a su alrededor hacia que atracar una nave espacial a ellas fuera como mínimo, muy problemático.

Tanto mejor, pensé, yo me tiraría una buena temporada sentado lejos del frente mientras Zyvan y la Armada se preparaban para enfrentarse a los tiránidos. Con algo de suerte, podría permanecer allí el tiempo suficiente para volver a Coronus cuando estos ya hubieran partido.

Así que la aparición, quince días más tarde, de una flota de "*naves mercantes*" tau [5] fue una sorpresa bastante desagradable. Por suerte para ellos, o por un astuto y artero truco, y conociéndolos, más probablemente lo segundo, llegaron al sistema tan solo un par de días después de que la flotilla imperial hubiera partido hacia Coronus y se aproximaron sin el menor problema al planeta ya que la flota defensiva de las FDS [6] habían sido barrida del cielo durante la primera incursión.

[5] A pesar del cinismo de Cain, así es como los propios tau denominan a sus naves de batalla de mayor envergadura, en las que se combina la capacidad de carga de un transporte imperial de tropas con la potencia de fuego de un acorazado. Como mínimo, una combinación muy incómoda en los asaltos planetarios, aunque, como les gusta decir a los miembros de la Armada, al menos los defensores pueden concentrar su fuego en un menor número de objetivos.

[6] Fuerzas de Defensa del Sistema.

Todo aquello me dejó incapaz de escapar del planeta. Sin embargo, aún no estaba muerto y ya me habían encontrado antes en situaciones mucho peores que aquella, así que solté unos cuantos tópicos alentadores, me despedí de todos los presentes en el bunker y me retiré, aparentemente para asegurarme de que todos los centinelas que custodiaban el perímetro permanecían alertas. Estaba prácticamente seguro de que el asalto final no sucedería aquella noche, pero si comenzaba, el bunker de mando se convertiría en un lugar singularmente peligroso. No me cabía la menor duda de que la tecno-hechicería de los tau lo había localizado al milímetro y que sería el primero de la lista para alguno de sus equipos de asalto.

-¿Ha ido bien la reunión, señor?- preguntó Jurgen, materializándose de entre las sombras, su peculiar y repugnante aroma me saludó unos tres segundos antes de que yo pudiera abrir la boca.

-Las he tenido mejores- admití, con mucha más franqueza de que la que normalmente usaba. Pero Jurgen llevaba sirviendo conmigo durante casi setenta años y había salvado mi miserable pellejo en más ocasiones de las que cualquiera de los dos podría contar. Por lo tanto, se merecía más honestidad que cualquier otro.

Nuestro breve intercambio se vio interrumpido por el retumbar de las descargas de armas pesadas a lo lejos, como el sonido de una tormenta acercándose. Rasgaban el

nublado cielo del atardecer, en vivo contraste con el cielo teñido de rojo. Pero no todo aquel color se debía a la puesta del sol, los bloques de viviendas ardían en al menos una docena de lugares de la asediada ciudad. Desafortunadamente, aquellos bombardeos dificultaban nuestros movimientos tanto o posiblemente más que el de los propios tau: los xenos podían moverse prácticamente a su antojo con sus vehículos antigravitatorios, en lugar que tener que abrirse paso a través de rutas laboriosamente despejadas, tal y como se veían obligados a hacer nuestros Chimeras y Leman Russ, y tan sólo para acabar cayendo en una emboscada.

-¿Tanna, señor?- preguntó Jurgen, sacando un termo de alguno de los múltiples macutos y bolsos que habitualmente colgaban de sus hombros. Yo lo tomé con gratitud. Las noches allí, en las montañas ecuatoriales en las que se había erigido la capital, eran bastante frías y nunca llegué a comprender por qué no la habían construido en algún lugar con un clima más templado [7].

[7] Si tenemos en cuenta que Quadravidia era un valioso centro de transporte imperial, las ciudades en tierra eran menos valiosas que los muelles orbitales que orbitaban sobre ellas. Lo que a su vez significa que eran construidas lo más cerca posible de las estaciones espaciales, que, como es habitual, siempre se situaban sobre el ecuador.

-Gracias- dije, sorbiendo de la fragante bebida y disfrutando la incipiente sensación de calor dentro de mi estómago. **-¿Nos vamos?**

-Cuando quiera, señor- contestó mi ayudante, sentándose en el puesto de conductor del Salamander que habíamos requisado en el parque de transportes poco

después de nuestra llegada al planeta. El motor ya gruñía lentamente al ralentí. Jurgen era lo bastante experimentado para saber lo que podía suponer el retraso de uno o dos segundos en encender el motor si nos pillaban desprevenidos tan cerca del frente.

Subí al compartimento de tropas y les devolví el saludo a un pelotón de guardias que pasaron junto a nosotros en dirección a la entrada principal de la base. Con los reflejos perfeccionados tras décadas de sufrir el rudo estilo de conducción de Jurgen, me agarré al soporte del bolter pesado para apoyarme en él un instante antes de que nos pusiéramos en marcha.

Y menos mal que lo hice, porque mientras recuperaba el equilibrio, mis ojos se desviaron hacia el cielo. Unas formas negras se movían sobre los edificios que la menguante luz había reducido a oscuras siluetas; dibujadas contra el resplandor carmesí, la elegante y siniestra curvatura de sus superficies no dejaba duda alguna respecto a sus orígenes.

-¡Alerta, nos atacan!- grité mientras hacía fuego con el bolter Tormenta y maldiciendo en silencio mi jodida suerte. El ataque al bunker que había augurado y tan cerca había estado de evitar, acababa de comenzar.

NOTA EDITORIAL:

A la mayoría de mis lectores no les sorprenderá que, más allá de unas cuantas quejas despectivas sobre la temperatura en la zona, Cain apenas diga nada sobre el planeta Cuadravidia. El siguiente extracto puede ayudar a remediar tal deficiencia.

“***De lugares interesantes y gente ociosa: Manual del Trotamundos***” por Jerval Sekara, 145.M39.

Quadravidia era ya un destino familiar para la mayoría de los viajeros que estén familiarizados con el Golfo de Damocles y sus alrededores, puesto que cuenta con la enorme fortuna de estar situado nada menos que en la confluencia de al menos cuatro corrientes de la disformidad inusualmente rápidas y estables. Por lo tanto, no es de extrañar que se trate de un planeta, o para ser más precisos, de todo un sistema planetario, que suele ser más atravesado que visitado. De hecho, es muy sencillo realizar un transbordo de una nave a otra en uno de los muchos muelles espaciales y estaciones del vacío que lo rodean sin llegar a pisar el planeta.

No obstante, puede merecer la pena hacer una pausa en el largo viaje para realizar una estancia prolongada, o incluso convertirlo en el destino de una estancia indefinida. Aunque es cierto que, a primera vista, las principales ciudades alrededor del ecuador tienen poco que ofrecer al viajero exigente, ya que están compuestas casi exclusivamente por las instalaciones de los puertos estelares, las vulgares

instituciones consideradas necesarias el comercio y las viviendas de las clases artesanales aparentemente requeridas en un número más que deprimente para trabajar en los ya citados sectores, Peakhaven es tan gratificante cosmopolita como cualquier otra capital planetaria en aquel sector.

Situada en lo alto de una cadena montañosa que se extiende a lo largo del ecuador, dividiendo en dos el continente occidental, sus calles y avenidas se extienden por el valle y las laderas de la montaña, cuyas paredes más elevadas ocultan el tremendo ruido y bullicio del puerto estelar. La ciudad en sí se encuentra situada en una gran depresión de tres o cuatro kilómetros de ancho, rodeada por las altas montañas. Ni que decir tiene que hay buscar alojamiento en las laderas exteriores de la cordillera, para que su enorme masa de granito amortigüe la mayor parte del constante tráfico de las lanzaderas. Sin embargo, la vista creada por ellas es bastante espectacular, especialmente por la noche, cuando el resplandor de los motores crea un constante torbellino de luz en medio de la oscuridad, como las chispas de una fragua.

Por supuesto, se pueden encontrar otras ciudades más pequeñas y pueblos en cualquiera de los dos otros continentes, pero hay poco de interés en ellas.

“De la Cruzada y lo que vino después: una historia militar del Golfo de Damocles”, por Vargo Royz, 058.M42.

Aunque frenadas tras su primer enfrentamiento con el Imperio, las ambiciones expansionistas de los tau estaban

lejos de estar frustradas. Los doscientos siguientes años estuvieron marcados por los periódicos enfrentamientos entre ambas potencias, ya que muchos de los mundos fronterizos fueron conquistados, defendidos, reclamados y en muchos casos, nuevamente perdidos. De hecho, Semplaxia cambiaría en total siete veces de mano, y todo antes de que finalmente se perdiera para ambos bandos durante la invasión de la Flota Colmena Kraken contra el Brazo Oriental, aunque ese fue un caso excepcional.

Por lo general, los planetas con los que los tau lograron hacerse, bien mediante sus sucias maniobras diplomáticas, o bien por la fuerza de las armas, siguieron en su poder, aunque el Imperio les hizo pagar un alto precio por ellos, e incluso pudieron obtener algunos éxitos notables, como la recuperación de Gravalax en el 931.

Por supuesto, si las fuerzas del Emperador hubieran podido concentrar toda su potencia sobre esos advenedizos conquistadores, las cosas habrían sido muy diferente, pero el último tercio del 41M llegó acompañado de conflictos a lo largo de todos los frentes. A la siempre presente amenaza de los orkos y de los planes de las legiones traidoras, se sumó el gradual despertar de los necrones, que comenzaron a lanzar cada vez más ataques sobre los puestos de avanzada humanos, mientras los eldar continuaban, aparentemente a su voluntad, con sus continuas incursiones piratas. Afortunadamente, los tau también comenzaron a tener que enfrentarse cada vez más frecuentemente con esos y otros enemigos a medida que se ampliaba su esfera de influencia, lo que les impidió lanzarse a una invasión total del espacio imperial.

El estancamiento se rompió finalmente en el 992, cuando una flota tau se adentró en lo más profundo de la frontera imperial y apareció en órbita sobre Quadravidia, aplastando rápidamente a las defensas planetarias para a continuación desembarcar una fuerza de invasión. Con el incontestable control de la zona en su poder, consiguieron negar el acceso de las naves imperiales a las vitales corrientes de la disformidad, bloqueando completamente ocho de los sistemas en disputa en la frontera, impidiendo la llegada de refuerzos y dejándolos prácticamente indefensos para ser conquistados a su antojo.

Afortunadamente para todos aquellos mundos en peligro, la segunda expedición de socorro estaba dirigida por el famoso comisario Ciaphas Cain, que anteriormente había jugado un importa papel en el fracaso de los planes de los tau en Gravelax y que una vez más demostró no tener rival en la defensa de los intereses del Imperio.



CAPÍTULO DOS

No podría decir si la advertencia que lancé supuso alguna diferencia, pero el mío no fue el único dedo que apretó el gatillo cuando la primera oleada de asalto tau apareció de repente sobre el irregular acantilado de los edificios destrozados por los ataques aéreos que rodeaban el complejo y que había ocultado su aproximación para que no fuera detectada por nuestros auspex. Los impactos de los proyectiles de las armas ligeras crearon una cascada de detonaciones y chispazos contra el suave y redondeado blindaje de los transportes de tropas tau que sobrevolaban nuestras cabezas. El brillante relámpago de un cohete disparado por un lanzador portátil rasgó el cielo antes de explotar contra el motor de uno los vehículos invasores más cercano. El Mantarraya se tambaleó y se detuvo, abortando su descenso, pero ese respiro duró poco, un par de drones con forma de plato se separaron casi inmediatamente de su casco y cayeron en picado en busca de venganza. Las cargas de plasma de los cañones montados bajo los drones estallaron alrededor del emplazamiento de sacos terreros de donde habían salido el cohete.

No llegué a saber que les pasó a los guardias que se cubrían de ese inesperado ataque, aunque una ráfaga de proyectiles láser respondió con encomiable prontitud, porque en aquel momento mi atención estaba completamente centrada en mi propia supervivencia. El Salamander se tambaleó cuando Jurgen dio un brusco volantazo para esquivar el cráter abierto en el rococemento

frente a nosotros por el impacto de un proyectil de plasma disparado por uno de los transportes de tropas enemigos y de repente me encontré mirando una pequeña sombra que se movía rápidamente detrás de nosotros.

El bolter Tormenta se encabritó en su soporte cuando, por simple reflejo, apreté el gatillo, abriendo una hilera cráteres de impacto a lo largo de todo el vientre del deslizador que gruñía sobre mí, volando tan bajo como para que la corriente de su paso me arrancara la gorra de la cabeza. Debí alcanzar algún punto débil del aparato, porque casi de inmediato comenzó a salir humo de su motor de estribor, se giró ciento ochenta grados y cayó para clavarse contra el suelo. La nave siguió avanzando por el impulso, creando con su proa una ola de hormigón pulverizado, embadurnando–a su desafortunada tripulación a lo largo de la pista mientras lo hacía, antes de terminar chocando contra la pared del comedor de oficiales.

-Vaya- dije con cierta pena.

-Ellos se lo han buscado- opinó Jurgen, accionando el lanzallamas delantero para inmolar un par de drones que descendían en picado antes de que tuvieran la oportunidad de abrir fuego contra nosotros. **-¿A qué clase de estúpido se le ocurre volar con la cabina abierta en medio de este tiroteo?**

-Buen argumento- dije, cubriéndome detrás del grueso blindaje mientras la metralla producida por una explosión cercana repiqueteaba contra ella. Uno de los Hydras que lanzaba torrentes de balas trazadoras contra los invasores

que descendían en picado acababa de recibir un impacto directo. El intenso calor de la descarga de plasma había hecho detonar su depósito de municiones y una sección del casco acababa de atravesar el espacio que yo acababa de dejar libre. Si no me hubiera agachado a tiempo, me habría arrancado la cabeza.

Encontré mi gorra en el suelo del compartimento de tropas y me la volví a colocar con la mayor firmeza posible, procurando estar lo más presentable posible y miré cautelosamente por el borde del blindaje lateral. Éramos el único vehículo imperial que seguía en movimiento en medio de la tormenta de fuego que caía del cielo, aunque un Leman Russ con las orugas destrozadas estaba girando su torreta, buscando algún objetivo y la tripulación estaba saltando de un Hydra al que le faltaba la torreta con el montaje antiaéreo. Estaba muy claro que los tau habían dado prioridad a los objetivos que podían causarles daños, pero no me cabía la menor duda de que no tardarían en acabar con nuestro Salamander, pese a estar ligeramente armado.

-¡Ponnos a cubierto!- ordené, pese a estar bastante seguro de que Jurgen ya se había dado cuenta de la situación.

-Tiene razón, señor- reconoció y giró el vehículo sobre sí mismo al tiempo que metía la marcha atrás a una velocidad que provocó un alarmante sonido en la caja de cambios, aunque aquello no habría sido nada con el comparado con el alboroto que habría montado cualquiera de nuestros visioingenieros si hubiera estado cerca para oírlo. De nuevo me tuve que volver a sujetar al soporte del arma mientras

tomábamos otra dirección. Los rayos de plasma hicieron hervir la roca donde nos hubiéramos encontrado si Jurgen no hubiera hecho girar el vehículo.

El primero de los transportes de tropas enemigas se estrelló contra el suelo a unos cien metros de nosotros. Sus amortiguadores apenas se habían ~~se~~ terminado de desplegar apoyándose contra el rococemento cuando cayó la rampa de desembarco. Al instante, otros de dos de los letales drones se elevaron en el aire para proporcionar fuego de apoyo a la escuadra de exploradores que estaba a punto de desembarcar. Pese al blindaje que llevaban, los xenos se movían con notable agilidad, sus rostros parecían los de un insecto gracias a las lentes rojas situadas en las placas frontales de sus cascos.

Sin inmutarme, abrí fuego por igual contra los guerreros y el transporte, lanzando una lluvia de proyectiles de bolter a través del aire. Un par de descargas de plasma procedentes de las carabinas de los soldados tau impactaron contra el Salamander, abriendo profundos cráteres en el blindaje. Justo entonces, un proyectil perforante atravesó el compartimento de tropas de lado a lado, abriendo unos agujeros por los que podría haber pasado mi puño.

-¡Uno de ellos tiene un fusil de inducción magnética!- le grité a Jurgen, aunque el rugido del motor y el tiroteo que nos rodeaba hacía que sólo pudiera oírme por el enlace de vox, así que no tenía sentido alzar la voz. Intenté apuntar el bolter Tormenta contra la infantería enemiga, pero un trozo del blindaje del Hydra que había estallado estaba atascado en el montaje del arma y no pude bajarla lo suficiente. **-¡Mierda!**

-Estoy en ello- me aseguró Jurgen y volvió a disparar el lanzallamas, añadiendo además una ráfaga del bolter pesado instalado en el casco. La lluvia de promethium obligó a la escuadra de exploradores a dispersarse y penetró en el interior del transporte a través de la rampa aún abierta. **-Eso les dará algo en lo que pensar.**

Y tanto que lo hizo: un momento más tarde, las escotillas superiores se abrieron y la tripulación saltó, convirtiéndose en blanco fácil para los vengativos disparos de los guardias imperiales que aún seguían luchando.

En aquel momento comencé a tener la esperanza de que la balanza se inclinara de nuestra parte. Los tau tenía una clara ventaja cuando se trataba de disparar a larga distancia, pero no tenían agallas para el cuerpo a cuerpo, mientras que los soldados de la Guardia no tenían ese tipo de reparos. Es más, de hecho, los habitantes del mundo-mortal que componían la mayor parte de la guarnición [8] parecían preferirlo y se lanzaban al ataque con bayonetas y las culatas de sus fusiles láser a la menor oportunidad, con sus capas de piel de orko arremolinándose a su alrededor con tanta fuerza y vigor que parecía que siguieran unidas a sus dueños originales. Pero no se dejen engañar, eso no significaba que lucharan con la misma delicadeza y destreza táctica que los bersakers de khornate, más bien todo lo contrario. En su planeta de origen, para sobrevivir, tenían que usar tanto su inteligencia como sus armas.

[8] Acertadamente apodado *"La muerte del colono"*, el planeta está tan plagado de formas de vida tan hostiles que las tribus de orkos salvajes que viven en el planeta son consideradas como una molestia menor.

-A todas las unidades, retrocedan- ordenó el general Braddick por el vox, justo a tiempo para detenerlos. **-Defiendan el bunker de mando.**

No podía criticar su táctica, nuestra prioridad era negar a los tau su objetivo, pero desde mi punto de vista (o más exactamente, desde donde estaba en aquel instante, es decir, traqueteando como un guisante dentro de una lata), acabábamos de cederles de nuevo la iniciativa [9].

[9] Una opinión compartida por un buen número de historiadores, aunque otros tantos afirman con igual fervor que, dadas las circunstancias, Braddick tenía muy pocas opciones: en aquel momento, cualquier intento de contraatacar podría haber acabado colapsando totalmente la ya debilitada línea defensiva.

-Un momento, señor- me instó Jurgen mientras disparaba de nuevo el bolter pesado montado en la parte delantera del Salamander. Otro elegante y mortal transporte de tropas se acercaba en la oscuridad sobre nuestras cabezas, cruzándose en nuestro camino mientras el piloto intentaba aterrizar. Los proyectiles explosivos royeron el blindaje del vehículo, aunque causando pocos daños. Pero al menos debió asustar a la tripulación, porque el Mantarraya aterrizó con tanta fuerza que dobló su tren de aterrizaje. Debido a ello me encontré con la perversa esperanza de que le hubiéramos hecho algo peor que eso.

La fuerza del impacto también había sido una desagradable sorpresa para los pasajeros: en lugar de desplegarse en buen orden, asegurando la rampa de embarque a medida que avanzaban, salieron disparados como si estuvieran abandonando un vehículo destruido. Me alegré al comprobar que un par de ellos cojeaban. El Salamander dio una

violenta sacudida mientras Jurgen intentaba seguir apuntando las armas del frontal del casco todo el tiempo posible.

-¡Uy!

-Efectivamente, uy- coincidí, aferrándome al soporte del arma con todas mis fuerzas mientras mi ayudante dirigía el vehículo a izquierda y derecha en un intento de esquivar la mayor parte del fuego de los xenos, o posiblemente para intentar atropellar a algunos de los rezagados. Era difícil estar seguro de cuál de las dos cosas, dado que yo estaba más preocupado intentando mantenerme en pie.

Consciente de que probablemente aún habría unos cuantos guardias por la zona, demasiado rezagados o sensatos como para haberse reunido con Braddick en una trampa que se iba cerrando y entendiendo que yo tenía una reputación que mantener, disparé unos cuantos proyectiles con el bolter Tormenta. No logré alcanzar a ninguno de los exploradores que habían desembarcado, ya que estos silbaron inofensivamente sobre sus cabezas a causa del dañado soporte, pero estoy bastante seguro de que al menos arruiné su puntería.

-Por allí hay un buen lugar donde cubrirnos- dijo Jurgen, ciñéndose obstinadamente a la última orden que le había dado e ignorando completamente la de la Braddick [10], lo cual me pareció genial. Otra ráfaga de nuestros bolters fueron suficiente para destrozar la valla de que en sus mejores tiempo se suponía que debía impedir que la canalla civil invadiera el sagrado rococemento de la

guarnición de la Guardia Imperial y con una sacudida que casi me rompe la columna vertebral saltamos sobre las zapatas de mampostería y llegamos a la carretera que había al otro lado. Las orugas de nuestro gallardo Salamander se clavaron en la calzada que separaba el perímetro del acuartelamiento de una instalación industrial abandonada mientras Jurgen apretaba a fondo el acelerador**-. Esa fundición sigue en su mayor parte en pie.**

[10] Aunque era un soldado de la Guardia Imperial y por lo tanto, obligado por las ordenanzas a seguir las órdenes de un superior, Jurgen estaba totalmente convencido de que su posición como ayudante personal de un comisario era, de facto, una adscripción al propio Comisariado, lo que le apartaba por completo de la cadena de mando, salvo en aquellas ocasiones en las que podía encontrar alguna ventaja en permanecer dentro de ella. Ni que decir tiene que aquella era una situación con la que Cain se sentía completamente satisfecho y muy pocos oficiales de la Guardia se atreverían a discutir el asunto.

-Sigue adelante- dije. En aquel momento ya habíamos logrado salir de la zona de los combates y no veía ninguna razón para detenernos y convertirnos en una nota a pie de página de la última batalla de Braddick.

-Comisario Cain, responda- resonó la voz del general en receptor que llevaba junto a la oreja, como si estuviera reprochándome mis anteriores pensamientos. **-¿Está ahí?**

-Estamos aislados del bunker- le contesté con toda sinceridad, ya que habría sido un autentico suicidio intentar volver luchando a través de rápido despliegue de los tau**-. Los xenos lo tienen totalmente rodeado-** afirmé, lo cual podría ser una ligera exageración, pero bueno, si bien no era cierto en aquel preciso momento, pronto lo sería. Cuando se enfrentaban a una defensa estática, su táctica preferida era rodearla, confiando en el superior alcance y

potencia de fuego de sus armas para desgastar a los defensores. Preferían dejar la sangrienta tarea de tomar un objetivo a sus vasallos kroot [11], algo de lo que no podía culparlos, especialmente porque los kroot parecían disfrutar con ese tipo de cosas-. **Voy a dirigirme hacia el enclave sur, para intentar reunir una fuerza antes de que sea demasiado tarde.**

[11] Un error muy común entre los ciudadanos imperiales, que generalmente consideran la relación entre los tau y otras razas incorporadas a su imperio, tales como los kroot, los demiurg, similar a la de los gretchin con los orkos: esclavos o simples siervos para hacer el trabajo sucio con el que sus amos no estaban dispuestos a mancharse las manos. De hecho, tanto los tau como sus razas vasallas, entre las que no debemos olvidar, se encuentra un número inquietantemente alto de humanos renegados, parecen considerarse iguales entre sí, aunque claramente los tau son un poco más iguales que los demás.

La mayoría de las unidades que nos quedaban se concentraban en el barrio sur de la ciudad, por lo que en lo que a mí respecta, era el mejor lugar en el que podía estar; cuantos más hombres pudiera interponer entre los tau y yo, mejor que mejor. Con un poco de suerte, podríamos resistir lo suficiente hasta que apareciera el grupo de combate de Zyvan para evacuar a los supervivientes, entre los que yo estaba decidido a encontrarme. Y en el peor de los casos, me sería bastante sencillo esconderme durante un tiempo más o menos indefinido. No había olvidado lo que había aprendido esquivando a los orkos en Perlia y los tau, a diferencia de los pieles verdes, estarían bastante menos dispuesto a perder el tiempo y recursos persiguiendo rezagados que no se dedicaran a hacer estupideces para llamar su atención, tales como dispararles o ir haciendo saltar cosas por los aires.

-Buena idea- comentó Braddick, claramente en la inocente creencia de que mis palabras significaban que yo volvería con fuerzas para socorrerle.

-Resista todo lo que pueda- respondí, sin tener el valor para desengañarlo y seguro de que el general lo haría de todos modos independientemente de mis palabras. **-El Emperador protege-.** Aunque, por lo que pude ver, iba a tener que trabajar muy duro para mantener a Braddick de una pieza durante mucho más tiempo.

Además, ya puestos, tampoco parecía que Él estuviera haciendo mucho por mí que digamos. Las sombras se movían a final de la calle, demasiado rápidas y fluidas para identificarlas, pero algunas se me antojaban incómodamente grandes. De repente, la fundición abandonada parecía mucho más atractiva que antes, aunque ya era demasiado tarde para preocuparse por eso, lo que fuera que estuviera acechando en el bulevar ya se habría dado cuenta de nuestra aproximación y seguro que ya estarían apuntando sus armas a nuestro rastro en sus auspex.

-Enciende las luces- le ordené a Jurgen, luchando de nuevo con el soporte dañado, pero de nuevo en vano. No había nada que pudiera hacer para ~~a~~ arreglar el mecanismo, salvo las bendiciones de un tecno-sacerdote y nunca hay uno cerca cuando realmente se le necesita.

-Tiene razón, señor- respondió mi ayudante. Yo entrecerré los ojos por simple reflejo mientras encendía el potente foco, cuyo haz atravesó erráticamente la oscuridad en

respuesta a cada sacudida de nuestra maltrecha suspensión. Entonces, el aliento pareció helarse en mis pulmones cuando el bailarín-rayo de luz iluminó un grupo de figuras vagamente humanoides de más del doble de la altura de un hombre. Se trataba de varios Dreadnoughts, o más bien de su equivalente tau: tan fuertemente armados como sus homólogos imperiales, pero mucho más maniobrables.

-Acaba de llegar la segunda oleada- le comuniqué a Braddick. Si yo estaba a punto de morir, supuse que estaría bien ser recordado por unas últimas palabras heroicas. **-Los retrasaré todo lo que pueda.**

Lo cual, y siendo honestos, probablemente no sería más de un segundo o dos, especialmente porque no había dicho nada sobre intentar enfrentarme a los imponentes exoesqueletos de combate. Atraería su atención el tiempo suficiente como para que les quedara bien claro que estaba huyendo y que no valía la pena desperdiciar munición conmigo.

-¿Puede darme una estimación de su número y composición?- preguntó Braddick, decidido a sacar todo el provecho posible a mi noble sacrificio. Yo apreté los dientes. Estaba claro que "*muchos y de muy mala leche*" no sería una respuesta aceptable. Sólo el Trono sabría quien podría estar monitorizando el tráfico de vox y si milagrosamente lograba salir de aquella entero, lo último que necesitaba para poder seguir disfrutando de los beneficios de otro aumento de mi fraudulenta reputación era que apareciera un registro de audio en el que pareciera huir presa del pánico. (Ojo, no es que tenga nada en contra de caer presa

del pánico y salir por patas; más bien al contrario, y debo recalcar que es algo que siempre me ha funcionado. El truco es no dejar que nadie se dé cuenta de que es eso lo que estás haciendo, o de lo contrario tendréis que aguantar todo ese tedioso asunto de los tribunales y los posibles pelotones de ejecución [12]).

[12] Probablemente es una referencia al incidente en Adumbria, donde las calumniosas acusaciones de otro comisario motivaron una investigación formal sobre la conducta de Cain que, irónicamente, sólo añadió aún más prestigio a su reputación.

-Un momento- transmití fastidiado, con la intención de ganar algo de tiempo y la esperanza aún más ferviente de que el siguiente sonido de la emisora de vox no fuera el siniestro crujido de la estática seguido del silencio. Hice un gesto a Jurgen. **-¡Sácanos de la calle!**

-Muy bien, señor- respondió, tan flemáticamente como siempre y giró el volante bruscamente. El proyectil de un cañón de inducción magnética aulló mientras atravesaba el espacio que acabábamos de dejar libre. El estampido sónico hizo que el Salamander se balanceara sobre su suspensión. Me agaché mientras mi ayudante nos llevaba a través del ~~el~~ lateral de un almacén sin molestarse en buscar la puerta. Cuando nos abrimos paso a través de ella, la pared reventó lanzando sobre nosotros una lluvia de ladrillos rotos.

-Trajes de combate- le dije a Braddick, protegiendo mi cabeza lo mejor que pude de la avalancha de mampostería mientras Jurgen seguía demoliendo los tabiques interiores en nuestra huida hacia una apariencia de seguridad. El haz luminoso del reflector había barrido al equipo de Crisis antes

de que abrieran fuego y traté de recordar con el mayor detalle posible lo que había visto. Lo cual no era mucho si he de ser sincero, pues había estado demasiado ocupado manteniendo mi cabeza sobre mis hombros. **-Una escuadra entera, probablemente más-.** Al menos había creído ver a tres de ellos, pero eran tremendamente rápidos y ágiles, y en la oscuridad era difícil estar seguro. **-Tienen cañones de inducción magnética-** se me ocurrió un poco tardíamente. Al menos el que nos había disparado lo tenía y no estaba dispuesto a volver para ver el armamento del que disponían los demás.

-Entonces no nos queda mucho tiempo- concluyó Braddick, con una notable calma dadas las circunstancias. Ambos sabíamos que los proyectiles de hipervelocidad atravesarían el ferrocemento reforzado del bunker con la misma rapidez en que Jurgen haría desaparecer un merengue, y esparciendo la misma cantidad de restos en el proceso.

-Creo que nos los hemos quitado de encima, señor- me informó Jurgen, dándome finalmente una buena noticia mientras embestía una gran puerta de madera. Sin aminorar la marcha, atravesamos un muelle de carga elevado y caímos un metro de morros. Nuestras orugas se estrellaron contra un patio empedrado lanzando ráfagas de grava pulverizada. El suelo del Salamander salió disparado hasta golpearme en la cara, arrancándome el aire de los pulmones y saboreé la sangre allí donde mis dientes habían mordido el interior de mis mejillas.

-Bien- suspiré, sintiendo que aquella incomodidad relativamente menor era un pequeño precio a pagar por

nuestra libertad, pero, por supuesto, estaba hablando demasiado pronto. Apenas había logrado ponerme en pie ayudándome del maltrecho soporte del bolter cuando uno de los trajes de batalla aterrizó justo delante de nosotros, haciendo temblar el suelo con el impacto de su llegada. Mi posición elevada en la parte trasera del Salamander hizo que mi cabeza quedara a la altura de la del piloto [13] y me estremecí cuando el rayo de una dirección de tiro me pasó por la cara, cegándome momentáneamente.

[13] Aquí Cain se equivoca del todo, puesto que el piloto va sentado en el fuertemente blindado torso; aunque no se le puede culpar dado el diseño antropomórfico de los trajes de batalla Tau, que hacen que resulte muy sencillo caer en tal error y asumir que se encuentra en la cabeza, a modo de un prínceps en un Titan en miniatura.

¡Aguante, señor!- gritó Jurgen, como si yo hubiera estado dedicándome a hacer alguna otra cosa durante los últimos diez minutos, y activó las armas situadas en el glacis de nuestro vehículo. Una lluvia de proyectiles y un chorro de promethium se dirigieron hacia el gigantesco guerrero, pero el piloto activó sus motores de salto en el último momento y se elevó ágilmente sobre las devastadoras descargas como un niño saltando a la comba.

Parpadeé para aclarar mis deslumbrados ojos mientras trataba de seguir al traje de batalla que se elevaba hacia el techo con el bolter Tormenta, pero en aquel momento, el dichoso soporte del arma decidió atascarse por completo, lo cual no era de extrañar dados los daños sufridos. Justo entonces observé horrorizado la trayectoria del traje de batalla tau.

-¡Jurgen!- grité. **-¡Salta!**

Uniendo la acción a mis palabras, salté del compartimento, tratando de salvar la vida mientras murmuraba una silenciosa plegaria al Trono para que me concediera un aterrizaje suave. No conseguí nada parecido, como no podía ser de otra forma, dado que, como de costumbre, el Emperador tenía asuntos más urgentes que atender, pero Jurgen había frenado bruscamente para evitar chocar contra nuestro enemigo, sin duda consciente de que, pese a los daños que pudiéramos causar al traje de batalla, el impacto nos rompería el cuello a ambos, así que, en ese momento, íbamos a mucha menos velocidad que antes. Choqué contra las piedras del patio con la fuerza necesaria para romperme un par de costilla, lo cual fue muy doloroso, aunque me habían sucedido cosas mucho peores en el pasado y decidí que si estaba lo suficientemente bien como para quejarme, entonces es que había logrado salir bien parado.

Un instante después de chocar contra el suelo, el dreadnought tau aterrizó de lleno sobre el Salamander, aplastándolo contra el rococemento con el chirrido del metal desgarrado, como si no fuera más que una simple caja de cartón. De los reventados tanques de combustible y del destrozado lanzallamas brotaron chorros de promethium que se derramaron desde el maltratado vehículo como sangre manando desde heridas mortales.

-¡Jurgen!- llamé. **-¿Dónde estás?**

-Aquí, señor.

Mi ayudante rodó por el suelo hasta quedar sentado a una docena de metros, medio escondido entre las sombras de una pared. Trató de incorporarse, apretando una mano contra un costado de su cabeza.

-Ahora mismo me levanto… ahora mismo…

Entonces, se le doblaron las rodillas y se derrumbó hasta quedar de nuevo sentado en el suelo. Entre sus dedos se apreciaba una mancha oscura, aunque he de admitir que aquello no era nada extraño en su persona, pero aquella vez se iba extendiendo lentamente; de no ser por el casco, el impacto al aterrizar probablemente le habría aplastado el cráneo.

-¡No te muevas!- le grité, como si alguno de nosotros tuviera otra opción. **-Sólo tengo que deshacerme de ese montón de chatarra impía y luego te llevaré al medicae-** dije. ***.-Ya se encargarán los necrones de los adornos florales-*** musité para mí mismo.

Rocé el lugar donde debería haber estado mi comunicador personal, con la esperanza de poder solicitar ayuda, pero sólo logré limpiarme a fondo la oreja; en alguno momento, la pequeña unidad de vox y yo habíamos tomado caminos separados. Estábamos a nuestra suerte.

El traje de combate tau apartó uno de sus pies de los aplastados restos del moribundo Salamander, dejando el otro donde estaba, como si fuera un cazador de bestias posando con su trofeo para una foto. Giró la cabeza,

examinando el patio, mientras yo miraba frenéticamente a mi alrededor, buscando algún lugar para ponernos a cubierto, sólo para descubrir que no había ninguno. Estaba únicamente rodeado por el desnudo rococemento y no era más que un blanco fácil.

Agarré mis armas, sintiéndome mucho mejor al sentir el peso de la espada-sierra en mi mano, aunque contra el traje de batalla fuertemente blindado sería menos que inútil. Entonces el acre olor del promethium derramado me irritó las fosas nasales y, avivada por el pánico, una idea comenzó a florecer en mi mente. La pistola láser que tenía en la otra mano apenas arañaría la pintura de aquella cosa, pero…

La amenazante figura alzó un brazo, con un cañón gatling de mortal aspecto apuntando ominosamente hacia mí; una única salva sería más que suficiente para vaporizarme donde yo estaba. Sin pensarlo, apreté el gatillo de mi pistola láser.

Mi disparo dio en el blanco, y el rayo láser hizo saltar chispas en el metálico blindaje del destrozado Salamander, aunque para aquel entonces, había tantos vapores de promethium en el aire que en realidad no tenía la menor importancia donde hubiera impactado la descarga de energía. La atmósfera detonó de inmediato y una bola de fuego surgió en todas las direcciones de entre los restos, lo suficientemente cerca como para quemarme las cejas. Tras a la onda expansiva llegó una oleada de un calor infernal que me hizo caer al suelo y envió mi espada-sierra entre las sombras. Sin embargo, logré sujetar mi pistola; los dedos

augméticos de mi mano derecha se negaron a soltarla, algo por lo que me sentí profundamente agradecido.

Por un momento me atreví a esperar que mi desesperada apuesta hubiera dado resultado y que el traje de combate hubiera sido abrasado por la explosión, o al menos la hubiera dañado lo suficiente como para disuadir al piloto de perseguirnos. Pero, para mi profunda desgracia, no había contado con sus reactores de salto. Ambos se habían activado al unísono, permitiendo que la enorme máquina se elevara sobre la onda expansiva con un único salto digno de un ballet y sin causarle más daños que unas leves quemaduras alrededor de sus tobillos.

Me puse de nuevo en pie, pero volví a tambalearme cuando el traje de combate aterrizó contra el suelo. Sin embargo, en esa ocasión me mantuve de pie, aunque con la misma estabilidad que durante uno de los típicos viajes con Jurgen, mientras el gigante acorazado avanzaba implacablemente hacia mí, haciendo vibrar el suelo a cada paso que daba. Alcé mi pistola láser y, desesperado, disparé un par de veces contra las placas blindadas de su torso, pero—ni siquiera conseguí ralentizarlo.

Entonces, a la luz del Salamander en llamas, logré ver por fin una posible salida a aquella trampa, una segunda puerta de carga algo más de la pared del almacén situada a nivel del suelo.

Corrí hacia ella sin pensármelo dos veces, pero antes de que pudiera acercarme, la chapa ondulada de la puerta se dobló y rasgó, arrancada por otra de las imponentes máquinas

como si no fuera más que una simple cortina de tela. El recién llegado también comenzó a avanzar hacia mí mientras yo retrocedía, disparándole a medida que se acercaba, pero para lo que conseguí, lo mismo podría haber estado tirándole puñados de plumas. Después de una docena de pasos, tropecé con algo blando y casi me caí, aunque logré apoyarme en un robusto muro de ladrillos que tenía detrás mientras un olor familiar inundaba mis fosas nasales.

-Corra, señor. No se preocupe por mí- balbuceó Jurgen, aún medio inconsciente.

-Esa no es una opción- contesté, completamente seguro de que no podíamos escapar. Alcé las manos y dejé caer la pistola sobre el rococemento. Si pensaban que éramos inofensivos, puede que no nos dispararan. Al menos no nos estábamos enfrentando a bestias despiadadas como los orkos, o a sádicos refinados como los piratas eldar, en cuyas manos era mejor no caer vivo.

A continuación, el haz láser del sistema de tiro volvió a barrer mi rostro mientras yo me estremecía, finalmente arrepentido no de haber elegido morir luchando. Al menos aquello me habría hecho conservar hasta el final la esperanza de una posible huida en lugar de la aplastante certeza de una inminente e ignominiosa muerte. Me preparé, esperando que el Emperador estuviera de buen humor cuando llegara junto al Trono Dorado, o menos dispuesto a escuchar mis excusas.

-¿Es usted el comisario Ciaphas Cain, el famoso héroe imperial?- preguntó una voz en un gótico vacilante, con el curioso y ceceante acento de los tau amplificado por al sistema externo del vox del traje de combate que tenía frente a mí.

-Lo soy- contesté, luchando para no reflejar en mi voz un repentino rayo de esperanza. Si querían hablar, es que no iban a apretar inmediatamente el gatillo, aunque no comprendía qué demonios podríamos tener que discutir. **-¿Y usted es?**

-Ui-Thiching, de los Shas'ui ka'sui [14]**. En nombre del Bien Supremo, le pedimos que transmita un mensaje a sus compañeros.**

[14] Literalmente "*Unidad de Trajes de Combate Tormenta Imprevisible*", sin duda uno de los semi formales títulos honoríficos ganados por las unidades tau para conmemorar éxitos notables en el campo de batalla.

Aquello iba mejorando por momentos. Estaba claro que no pensaban disparar al mensajero; sólo me restaba esperar que Braddick tampoco lo hiciera [15].

[15] Algo completamente imposible, por supuesto, ya que los oficiales de la Guardia Imperial, por muy alto rango que tengan y muy veteranos que sean, no tienen autoridad para ejecutar a un comisario; aunque supongo que a Cain se le puede perdonar el haber cedido a entregarse a un obvio juego de palabras.

-¿Y de qué trataría ese mensaje?- pregunté, sin querer parecer demasiado interesado. Por lo que sabía, los tau estarían grabando todo aquello y lo último que necesitaba

era ser acusado de colaborar con el enemigo para salvar el cuello.

-Deseamos negociar una tregua- me dijo el tau, como si aquello fuera lo más razonable de la galaxia, justo cuando estaban a punto de arrebatarnos todo el planeta.

-¿Una tregua?- repetí, sin llegar a creerme lo que habían escuchado mis propios oídos. **-¿Está seguro?**

-Completamente- me aseguró la voz amplificada. **-Las hostilidades deben cesar inmediatamente. El Bien Supremo lo exige. Para ambos Imperios.**

NOTA EDITORIAL:

Una de las peculiaridades más molestas de Cain como cronista de sucesos es su tendencia a pasar por alto largos periodos de tiempo en los que, desde su particular y egocéntrico punto de vista, no había sucedido nada importante. En este momento de la historia, se produce una omisión de ese tipo, al retomar su relato varias semanas después del último acontecimiento narrado.

En consecuencia, he considerado importante incluir el siguiente extracto, que espero contribuya a subsanar tan obvia deficiencia.

"De la Cruzada y lo que vino después: una historia militar del Golfo de Damocles", por Vargo Royz, 058.M42.

Al principio, la oferta de tregua de los tau fue recibida con mucha desconfianza, especialmente por aquel al que le fue entregada, ni más ni menos que el célebre comisario Cain. Sin embargo, a punto de ser aniquilados, los defensores no tuvieron más remedio que aceptarla.

Por consiguiente, cuando llegó la flotilla de socorro, acompañada por una misión diplomática apresuradamente reunida y liderada nada menos que por el propio Lord General, se encontraron para inesperada sorpresa, con que las fuerzas del general Braddick aun tenían el incontestable control de Peakhaven. A no mucho tardar, la guarnición de Quadravidia fue reforzada por los recién llegados [16], con las fuerzas necesarias hasta el punto de estar en

condiciones de rechazar cualquier asalto, salvo quizás los más decididos. Pero tal preocupación apenas parecía necesaria, ya que los tau, tras haberse retirado inmediatamente después de la declaración del alto el fuego, habían permanecido detrás de su líneas.

[16] Principalmente regimientos Vostroyanos y Harakoni, complementados por otros alistados en mundos vecinos.

Así fue, con un considerable grado de sospechas, se iniciaron las negociaciones y finalmente quedaron claros los motivos que habían llevado a los tau a realizar un movimiento tan inesperado.



CAPÍTULO TRES

-Están tramando algo- afirmé, encantado de volver a sentir las planchas de la cubierta de una nave imperial bajo mis pies. El hecho de que fuera la nave insignia de Zyvan y, por lo tanto, la mejor armada de la flotilla, no hacía más que aumentar mi alivio por haber logrado finalmente salir de Quadravidia de una sola pieza.

-Por supuesto que sí- aceptó Zyvan. Para mi sorpresa, me había recibido personalmente en el hangar cuando bajé del transbordador; me alegré mucho de volver a verlo, y él parecía sentir lo mismo, aunque el propósito de mi visita se debía a cuestiones del servicio, y no a un acto social. **-¿No han dicho nada más desde la primera vez que hablaron contigo?**

-No me han explicado absolutamente nada sobre sus razones para solicitar una tregua- respondí, levantando un poco la voz sobre el estruendo creado por las botas de la guardia personal del Lord General trotando delante nuestra, despejando los corredores como una pala empujadora cubierta de entorchados. La luz de las lámparas del techo se reflejaba en sus pulidos cascos y en sus fusiles Infierno, listos para ser usados pese a estar entre amigos. Dudaba mucho que el capitán y la tripulación estuvieran muy contentos de que hubiera guardias tan fuertemente armados dentro de su nave, pero el protocolo así lo exigía y por mi parte no veía razón alguna para quejarme, especialmente dado el gran número de intentos de

asesinato a los que había sobrevivido Zyvan [17]. **-Aparte de las habituales discusiones para establecer los detalles-.** Algo de lo que se estaban ocupando Braddick y su personal, dejándome libre para buscar diversiones algo más agradables**-. Lamentablemente no puedo ponerte al corriente de eso, como comprenderás voy algo atrasado con el papeleo…**

[17] Dos de ellos fracasados debido a la involuntaria intervención de Cain, lo que sin duda contribuía a explicar la amistosa relación que el Lord General mantenía con él.

-Por cierto, ¿cómo está tu ayudante? - preguntó Zyvan cuando llegamos a la puerta de sus cámaras personales. **-Espero que se esté recuperando.**

-Le transmitiré tus buenos deseos- contesté. Seguramente, Jurgen seguiría refunfuñando por haberse tenido que quedar en el planeta, pero los médicos le habían recomendado trabajos ligeros durante una temporada y el hecho de ir dando botes en una lanzadera, no habría ayudado precisamente a su convalecencia. Además, prefería que anduviera en el bunker, para que me avisara inmediatamente si Braddick cometía alguna imprudencia, como dirigir sus recién adquiridos refuerzos contra los tau en cuando estos le dieran la espalda. Por el Trono, en su lugar, yo mismo estaría tentado de hacerlo.

-Escuché lo que hiciste, como volviste a por él. No muchos hombres lo habrían hecho- comentó Zyvan, guiándome en el camino hacia su camarote mientras las tropas de asalto tomaban posiciones para vigilar los corredores.

-Él habría hecho lo mismo por mí- dije con total sinceridad. Evidentemente, los diplomáticos tau habían estado hablando con sus homólogos imperiales y ya estaba circulando otra falsa historia sobre mi valentía. Me instalé en un asiento cómodamente acolchado y con un gesto de agradecimiento acepté la copa de amasec que me sirvió el mayordomo de Zyvan; nunca está demás llevarse bien con los sirvientes, sobre todo debido a mi trabajo encubierto como los ojos y los oídos de Amberley. A lo largo de los años, he conseguido reunir mucha valiosa información de esa forma, tanto en su beneficio como en el mío propio.

-Sin duda- contestó secamente Zyvan, dando por sentada mí no menos legendaria modestia y cimentando sólidamente la historia en su mente. Tras entregar su copa al Lord General, el mayordomo salió silenciosamente, cerrando la puerta con un satisfactorio y sordo chasquido. Ya nadie podía oírnos. **-Me gustaría que acudieras a la primera reunión.**

-Puedo hacerlo- acepté de buena gana. De todas formas, el Comisariado pediría un informe y si yo no aceptaba ser su observador, le encargarían el trabajo a otro de los muchos comisarios adscritos a las fuerzas recién llegadas. No había conocido a muchos de ellos, pero la mayoría con los que había hablado insistían entusiasmados en realizar una invasión a gran escala de Quadravidia si los tau no hacían las maletas y se largaban a toda prisa, algo que con toda seguridad acabaría mal. Además, yo ya había tratado con los tau y sus razas vasallas en el pasado, por lo que no podía quitarme de encima la sensación de algo no iba bien;

por lo tanto había decidido que quería estar allí para enterarme de primera mano cuando sucediera lo inevitable.

-Eso será de gran ayuda- sentenció otra voz. Yo me giré para ver un rostro que reconocí de inmediato, delgado, serio y con una débil cicatriz apenas perceptible recibida una noche que yo hubiera preferido poder olvidar.

-¡Donali!

Me levanté para estrecharle la mano, agradablemente sorprendido de ver de nuevo al diplomático de alto rango que había conocido en Gravalax la misma noche en la que había conocido a Amberley, unos setenta años atrás **-. ¿Presides la delegación?**

-Al parecer sí- contestó, alisando una arruga inexistente en la pechera de su inmaculada túnica mientras me miraba con el tranquilo aire de serenidad que tan claramente recordaba. **-Tienes buen aspecto. Sorprendentemente bueno, para alguien de tu profesión.**

-He tenido suerte- contesté, con más sinceridad de lo que estoy acostumbrado. **-Yo podría decir lo mismo de ti-** proseguí. El cabello de sus sienes era más gris de lo que recordaba, pero también lo era el mío; lo cual no es de extrañar, dado el elevado número de veces que habían intentado asesinarme desde la última vez que habíamos hablado.

-Yo diría que todos hemos tenido suerte- replicó Donali. **-Si tú no hubieras estado en Quadravidia, los tau no se habrían sentido inclinados a iniciar negociaciones.**

-¿Yo?- dije, auténticamente asombrado. **-Lo siento, pero no comprendo que tengo que ver con eso.**

Donali se acomodó en un asiento entre Zyvan y yo al tiempo que alcanzaba la jarra de amasec que el mayordomo había dejado sobre la mesa de obsidiana pulida rodeada de sillas.

-Los tau aún recuerdan tu participación en la resolución del incidente de Gravalax.

-¿Aún lo recuerdan?- pregunté, mientras un incómodo escalofrío me recorría la espalda. Aquel enfrentamiento había terminado en una humillación para los xenos y si aún me guardaban rencor por ello, tendría que empezar a cuidarme las espaldas.

-En efecto. Hablan mucho y bien de tu integridad y de tu compromiso con el Bien Supremo del Imperio- afirmó Donali, tomando justo en ese momento un apreciativo sorbo de su bebida para ocultar cualquier expresión que acompañara a aquellas palabras.

-Ellos confiaban en que transmitirías su mensaje y conseguirías que lo escuchara alguien con la suficiente autoridad- añadió Zyvan.

-¿Y no podían haberlo comunicado por el vox- pregunté, **-en lugar de perseguirme por media ciudad?**

-En ese momento no sabían que eras tú- me explicó Donali. **-Afortunadamente, sus interceptaciones de nuestras transmisiones de vox les había advertido de tu presencia entre las fuerzas imperiales. El cogitador del traje de batalla con el que te encontraste tenía instrucciones de buscar a un oficial que coincidiera con los rasgos faciales de una vieja pictografía tuya que tenían de Gravalax.**

-Ya veo- dije, recordando el rayo del sistema de puntería que me escaneó el rostro, e intentando no pensar en lo cerca que había estado de que el espíritu-máquina del traje de batalla xenos no tuviera nada reconocible que escanear. **-Pero una transmisión por vox habría sido mucho más sencilla.**

-No estoy seguro de que el general Braddick hubiera querido escucharla- respondió Zyvan secamente y tuve que reconocer que tenía razón. Cuando volví al bunker, Braddick ya había llegado a la conclusión de que el repentino cese del bombardeo tau era el preludio del asalto total y me había hecho falta ejercer una buena dosis de persuasión, por no hablar del descarado uso de toda mi inflada reputación, para convencerle de que no lanzara un glorioso contraataque a vida o muerte, el cual habría tenido muy pocas probabilidades de "*vida*", dadas las fuerzas que se alzaban contra él.

-Entonces, ¿dónde se supone que debemos reunirnos con ellos?- pregunté. **-¿En Peakhaven, o algún lugar de la zona que han ocupado?**

Si yo hubiera podido elegir, habría optado por la segunda, ya que los tau habían conquistado la mayor parte de las zonas templadas y yo estaba más que harto del aire de las montañas que rodeaban la capital. Por otro lado, nunca está de más echar un vistazo a los recursos del enemigo mientras no te dispara. Lo cierto es que, tratándose de los tau, sentía menos reparos a aventurarme en sus fortificaciones de lo que normalmente hubiera sentido con otro enemigo, ya que, por regla general estos suelen respetar los términos de las treguas; es cierto que son unos pequeños y retorcidos cabrones, pero izar una bandera blanca para atraerle a uno a un fuego cruzado no es algo que les parezca bien [18].

[18] De hecho, hay muy pocos casos, si es que hay alguno, en el que esté documentada una traición por parte de los tau en sus tratos con otras razas, aunque, por supuesto, no están por encima de las pequeñas y egoístas interpretaciones de los términos exactos de cualquier acuerdo al que se haya llegado con ellos.

-Ni lo uno ni lo otro- contestó Donali para mi sorpresa. **-El Lord General ha expresado cierta inquietud por la posible información que puedan recopilar los emisarios tau en la zona imperial, y mi homólogo de la Casta del Agua** [19] **tiene similares preocupaciones.**

[19] La casta tau especializada en la diplomacia y en las tareas administrativas, manteniendo la cohesión social dentro del Imperio Tau y supervisando la correcta integración de las razas conquistada. El equivalente imperial más cercano sería una especie de cruce entre el Administratum y la Eclesiarquía, aunque las responsabilidades y los cometidos de esta casta van más allá de los

que eso implicaría, abarcando casi todos los aspectos de la vida entre los diferentes septos (mundos conquistados o colonizados).

Algo a lo cual no podía poner ninguna objeción, dado que yo mismo había pensado hacer eso mismo.

-¿Dónde entonces?- preguntó Zyvan, inclinándose hacia adelante para rellenar su copa.

-En uno de los muelles orbitales abandonados- dijo Donoli. **-Podemos asegurarlo con bastante facilidad y ahora mismo no se está usando para nada [20].**

[20] La noticia de la invasión tau se había extendido rápidamente y las docenas de naves civiles que normalmente entrababan o salían cada día, cambiaron sus rutas para evitar el sistema Quadravidia. Sus nuevas rutas a través de la disformidad eran, por supuesto, mucho más largas y el daño económico tuvo repercusiones en el sistema durante décadas.

-Me parece muy bien- coincidí, evaluando los pros y los contras, mientras comprendía al instante la principal ventaja de mi situación. Si todo el asunto se complicaba y se volvía a reanudar la guerra, por una vez, yo estaría sentado cómodamente muy por encima de ella.

-Yo también estoy de acuerdo- dijo Zyvan. **-Le pediré a la Armada que sitúe una nave de guerra junto al muelle orbital, así podremos hacerlo saltar por los aires a la primera señal de traición.**

Aquella fue una idea que me gustó mucho menos, pero Donali ya estaba asintiendo.

-Los tau han señalado que tomaran idénticas precauciones.

Ambos me miraron. Yo esbocé una irónica sonrisa mientras me preguntaba si aún podría encontrar alguna buena razón para dejar aquel trabajo en manos de alguno de mis colegas comisarios, pero descarté la idea incluso antes de que terminara de formarse en mi mente. Tanto Zyvan como los tau me querían allí y si me retiraba, los más probable era que los xenos retiraran su oferta y se volvieran a casa. A continuación, volvería a reanudarse la guerra, todos comenzaríamos a dispararnos y a mí me echarían la culpa de haber arrancado la derrota de las fauces de un compromiso.

-Eso debería bastar para que todo el mundo respete las condiciones de la tregua- dije a mi vez mientras pensaba que lo primero que haría en el muelle orbital, antes incluso de que cualquiera de los negociadores pudiera abrir la boca, sería asegurarme de saber perfectamente donde estaban situadas las cápsulas de salvamento.



A la postre, no fue necesario que me asegurara ninguna ruta de escape, ya que todo el mundo se comportó

siguiendo las reglas, aunque aquello no me impidió explorar el lugar antes de las negociaciones. A aquellas alturas de mi carrera, el encontrar la forma más rápida de salir de cualquier lugar desconocido se había convertido en una segunda naturaleza para mí, lo que se explica debido a mi continuo estado de paranoia.

Las dos naves de guerra asignadas a las que eufemísticamente se acabó bautizando como "*servicio de protección diplomática*" estaban estacionadas a varios kilómetros sobre la órbita, debido a la tremenda concentración de restos que flotaban a su alrededor. De hecho, la nube de detritus era tan densa que nada mayor que un Aquila podía acercarse a la estación espacial sin chocar y hacerse pedazos contra algo. En consecuencia, a medida que nos acercábamos a la enorme y algo maltrecha estructura, nuestro transporte se movía incómodamente de un lado a otro, bamboleándose cual vulgar borracho, mientras el piloto se veía obligado a realizar constante correcciones de rumbo para evitar las colisiones.

-Va a ser necesaria una buena limpieza- comentó Jurgen, mirando los irregulares trozos de metal que flotaban en el espacio a través de lo que me pareció una lámina de cristal blindado lamentablemente fina. Muchos estaban cubiertos de escarcha, allí donde la atmósfera residual se había congelado a su alrededor y traté de no pensar en la descompresión explosiva que sin duda había acompañado al impacto. Morbosamente, me pregunté cuantos de los pequeños restos que reflejaban la luz del sol que salía más allá del borde el planeta que teníamos debajo pertenecían a los restos de los cadáveres de aquellos desafortunados que habían sido demasiado lentos para alcanzar las escotillas que se iban cerrando y asentí, con la vana esperanza de que

una conversación trivial ayudara a aparatar de mi mente aquellos funestos pensamientos [21].

[21] Un inusual momento de introspección en él; es de suponer que todo aquello le recordó como casi estuvo a punto de morir durante el primer asedio de Perlía.

-Me imagino que sí- acepté. Había dudado en llevarlo conmigo, pero en aquel instante agradecí el haberlo hecho. Estaba casi completamente recuperado y si la vocecita de mi cabeza estaba en lo cierto, y los tau estaban tramando algo, no había nadie más a quien prefiriera tener guardando mis espaldas. Además, Jurgen ya estaba de bastante mal humor por no haberle llevado conmigo a mi pequeña reunión con Zyvan y Donoli; que pensara que le volvía a agraviar dejándole nuevamente de lado habría prolongado su enfado durante semanas. **-Al menos será difícil que algo se acerque a nosotros sigilosamente sin que nos demos cuenta.**

-Nada que sea grande- respondió Jurgen tras un momento de reflexión. **-Pero les será muy fácil colar uno de esos drones sin que nadie se dé cuenta. Los auspex estarán bastante bloqueados con todos estos restos.**

-Efectivamente- contesté, nada contento de que me hubiera dado otro motivo para preocuparme. Por supuesto, a priori no podía ver ninguna razón por la que los tau se molestaran en hacer algo así, pero supongo que esa podía ser una idea. **-¿Ya ves la estación espacial?**

-Creo que está de su lado, señor- contestó Jurgen, negando con la cabeza.

-Tu lado era mi lado hace un minuto- le recordé, justo en el momento en el que el piloto nos metía en un rizo, esta vez alrededor de un pedazo de chatarra más grande de lo habitual, algo que parecía haber sido una gran caldera a presión de algún tipo de fábrica, o más probablemente un tanque de almacenamiento de algún tipo de líquido. En cualquier caso, era más grande que nuestro Aquila, eclipsando el sol durante un momento. Cuando regresó la luz, lo hizo desde un nuevo e inesperado ángulo, deslumbrándome. Mientras parpadeaba para aclarar mis ojos, la estación espacial apareció finalmente en nuestro campo visual.

Había visto muchas estructuras similares a lo largo de los años, por supuesto, aunque desde que nuestra desvencijada nave había impactado de refilón contra los brazos de anclaje de una estación similar sobre Nusquam Fundumentibus e iniciado un accidentado y veloz descenso hacia la superficie planetaria, la visión de una de ellas siempre traía consigo una momentánea oleada de inquietud. Esperé a que aquella desagradable sensación terminara por desaparecer, tal y como solía hacerlo, aunque en esta ocasión la inquietud se negaba a abandonarme y al cabo de un momento me di cuenta de que no iba a hacerlo. Al menos no hasta que tuviera una idea mucho más clara de que narices estaba ocurriendo.

-Está hecha un asco- dijo Jurgen, inconsciente como de costumbre de la ironía de sus palabras, pero tuve que reconocer que en aquella ocasión tenía toda la razón.

Los tau habían intentado abordar la estación orbital durante la primera oleada de su ataque inicial, con la esperanza de negar a las FDS la posibilidad de reabastecerse en ella [22], pero habían subestimado la determinación de los defensores: ampliamente superados y enfrentados a una aniquilación segura, el capitán de la última cañonera imperial embistió el brazo de acoplamiento del muelle principal, reduciendo tanto éste como su nave a toneladas de metralla de alta velocidad, llevándose consigo un respetable número de Mantas tau [23]. El caos y el desastre resultante había obligado a ambos bandos a abandonar el orbital, aunque llegué a la conclusión de que los tau habían estado realizando grandes esfuerzos para repararla antes de su inesperada oferta de alto el fuego.

[22] Aunque indudablemente era uno de los objetivos de la flota invasora, probablemente no fuera más que un objetivo secundario. Los asaltos planetarios de los tau suelen aprovechar todos los activos en órbita fija y lo más probable es que confiaran en utilizar el orbital como plataforma de armas y para acelerar el despliegue de sus fuerzas en la superficie, utilizándola como punto de apoyo.

[23] Para un relato más completo de este incidente, véase Royz, capítulo 17.

La magnitud de los daños sufridos por la estación orbital se fueron haciendo cada vez más evidentes a medida que nuestra lanzadera se acercaba a ella. Lo que desde lejos parecían solamente meras imperfecciones en el casco, fueron creciendo poco a poco, revelando enormes brechas desgarradas en él, zonas quemadas o bien deformadas por explosiones internas. A través de aquellas irregulares grietas se podían ver las igualmente destrozadas cubiertas internas, mostrando claramente que los daños eran mucho más profundos de los que nos podían mostrar nuestras luces de navegación.

Aquí y allá, alrededor de las zonas dañadas, se movían innumerables lucecitas, a modo de luciérnagas, que me dejaron desconcertado durante unos instantes, hasta que, al acercarnos a un borde de la estación del tamaño de una ciudad, en la que nos esperaba aire y calor, una de ellas se acercó lo suficiente como para permitirme reconocerla.

Se trataba de un elegante dron del tipo con los que ya me había familiarizado en los campos de batalla, aunque este aparato en particular estaba equipado con un soplete en lugar de armas; pasó flotando junto a nuestra escotilla, seguido un momento más tarde por otros dos que transportaban vigas y planchas de metal en sus articulados brazos mecánicos.

-Supongo que allí es a donde vamos- concluí un momento más tarde, mientras veía como la compuerta de un hangar se abría para dejar entrar a nuestro Aquila. Al acercarnos, el área habitable se nos presentó con claridad, incluso como para ser capaces de distinguir algunos detalles a aquella distancia: el cálido resplandor dorado que salía por las ventanas panorámicas y las bahías de atraque contrastaba claramente con el resto de la oscura masa muerta de la estación orbital.

Sentí un escalofrío de aprensión mientras contemplaba su acogedor aspecto. Las superficies lisas y arqueadas construidas por los tau se aferraban a la sólida estructura imperial como hongos al tronco de un árbol en descomposición; mientras reparaban y reemplazaban la arquitectura original, la iban profanando con su inhumana presencia. Estaba claro que tenían la intención de quedarse,

reclamando todo el orbital para ellos, antes de que lo que fuera lo que los preocupara les impulsara a solicitar una tregua cuando ya estaban pisando el mismo umbral de la victoria.

Sin embargo, no tuve demasiado tiempo para tan desalentadoras reflexiones, ya que unos instantes más tarde estábamos realizando la aproximación final, con la gran compuerta de la bahía abriéndose para tragarse nuestra pequeña lanzadera. El hangar que se abría más allá era absurdamente grande para una nave tan modesta como la nuestra, destinado a transbordadores de carga pesada capaces de transportar un Titán [24], de los que podía albergar varios a la vez, por lo que el Aquila parecía una pequeña nave de juguete en el cavernoso espacio que nos rodeaba. Un momento más tarde escuché como retumbaba en el casco el sordo sonido producido al apoyarse nuestro tren de aterrizaje contra la plataforma y se apagaba el zumbido de los motores de la lanzadera.

[24] Efectivamente, eran grandes, pero he de apuntar que en esta ocasión Cain exagera en exceso.

El hangar era tan enorme que necesitó de varios minutos para presurizarse. Yo me dediqué a examinar lo que nos rodeaba a través de la bruma escarchada que se formó instantáneamente sobre la escotilla panorámica cuando la cada vez más densa atmósfera entró en contacto con el casco de una nave congelada hasta casi al cero absoluto por el vacío del espacio.

Las reparaciones de los tau no parecían haberse extendido hasta el interior de aquel hangar en particular y me animé

al ver las robustas vigas que nos rodeaban mientras iba desapareciendo la opresión de malestar que me había invadido al ver todas aquellas suaves curvas aferrándose a la estación espacial. Incluso se veía el relieve de un Aquila Imperial dominando el mamparo más lejano, con sus alas desplegadas preparadas para envolver la gran cámara bajo la protección del Emperador.

Alrededor de una docena de lanzaderas se apiñaban en el interior, las imperiales cerca de la nuestra, mientras que los inconfundibles cascos redondeados de sus homólogas tau se situaban en el lado opuesto, pareciendo irónicamente recibir la bendición del icono imperial que tenían tras ellas. Pude ver como algo se movía a través de la escarcha que se iba derritiendo poco a poco y despejando la escotilla, algo que en un principio atribuí a los servidores adaptados para el vacío que atendían las bombas de aires, o que quizás simplemente vagaban en busca de los cargamentos que solían transportar. Pero a medida que aumentaba la temperatura y se despejaba el cristal, se hizo evidente su auténtica naturaleza. Guardias equipados con trajes para el vacío, cuyos emblemas y sus fusiles Infierno los identificaban sin lugar a dudas como miembros de la comitiva de Zyvan.

-El Lord General ya debe estar aquí- comenté, confirmando mi suposición casi de inmediato al ver su lanzadera personal medio oculta por un Arvus. Jurgen asintió.

-Y confía en los xenos tanto como nosotros- añadió, con un gesto de aprobación.

-Creo que es mutuo- dije, vislumbrando movimientos similares entre las lanzaderas xenos a través de la amplia extensión de cubierta despejada que separaba ambas delegaciones**-. También ellos también han puesto guardias-** añadí. Las figuras acorazadas parecían ser inusualmente bajas para ser tau y unos instantes más de observación adicional me revelaron la razón. **-Por su aspecto, diría que son demiurgos-** seguí, algo que finalmente confirmaba el ya viejo rumor de que un contingente de otros xenos acompañaba a la flota tau.

-Me da igual quienes sean- espetó Jurgen, como de costumbre reduciendo las complejidades políticas a su más básica comprensión del universo. **-Si se interponen en nuestro camino, serán carnaza para los kroot.**

-Exactamente- dije, esperando que las cosas resultaran así de fáciles. Entonces, el siseo de la apertura del sello de presión me indicó que la atmósfera ya era lo suficientemente densa como para poder respirarla y que había llegado el momento de desembarcar. Me ajuste la gorra en un ángulo que confiaba que el grupo de recepción considerase apropiadamente heroico y comencé a descender por la rampa.



CAPÍTULO CUATRO

Ya fuera de la lanzadera, el hangar se me antojó incluso mayor que antes, una lúgubre llanura metálica que se extendía a lo largo de aproximadamente un kilómetro [25], sin más relieves que los ocasionales conductos de combustible o los carros de carga desactivados. El frío residual que se había filtrado junto al vacío que acompañó a nuestra llegada no ayudaba a hacer el lugar más acogedor, aunque Jurgen parecía bastante contento de poder observar el vaho de su aliento cada vez que respirábamos.

[25] Casi con toda certeza una exageración, aunque es posible, dado sus anteriores comentarios sobre el tamaño de las lanzaderas que supuestamente lo usaban, que estuviera calculando erróneamente la escala de lo que le rodeaba. Un espacio de semejante tamaño difícilmente podría abrirse al vacío y re-presurizarse con la regularidad que requiere el comercio sin considerables dificultades.

Después de intercambiar unos saludos y algunas palabras con los guardias que habíamos visto a través de las ventanillas del Aquila, mi ayudante y yo comenzamos a caminar hacia la escotilla que nos habían indicado, dejándoles a ellos y a sus homólogos xenos mirándose con malos ojos a través del resonante vacío del hangar.

Aunque sabía que había muy poco riesgo de que se desataran las hostilidades antes que llegáramos a la compuerta, ya que los veteranos soldados de asalto asignados a la guardia personal de Zyvan eran demasiado disciplinados como iniciar una pelea, debo confesar que

sentí una clara sensación de alivio cuando nos acercamos a la escotilla situada en el mamparo que teníamos frente a nosotros [26] Los demiurgos pueden ser muy susceptibles, especialmente si no hay ningún tau cerca para vigilarlos e incluso en el mejor de los casos, el estar al descubierto me hacía sentirme peligrosamente expuesto.

[26] Para permitir que entrara miembros de la tripulación en el hangar mientras éste estaba abierto al vacío, o para acelerar la llegado o entrada de personal.

La temperatura subió a niveles casi confortables en cuanto la escotilla que daba al hangar se cerró a nuestras espaldas con un ruido sordo, lo cual mejoró mi estado de ánimo, aunque mi renovada compostura no duró más que el tiempo que tardó en abrirse la siguiente escotilla. En lugar de los sólidos mamparos metálicos que me esperaba, las paredes del pasillo eran de un liso polímero blanco azulado que reflejaba el pálido resplandor de los sistemas de iluminación tau. Estaba claro que aquella parte de la estación estaba manos del enemigo.

-¿Comisario Cain?-. Me estaba esperando una joven vestida con un corsé gris pálido y cuyo único cabello consistía en una elaborada trenza que nacía de su coronilla y le llegaba hasta la mitad de la espalda. Si acaso, la apariencia de la mujer era aún más desconcertante que la decoración que nos rodeaba**-. Los demás delegados le están esperando en la sala de conferencias-,** continuó en un gótico impecable, aunque estropeado por el peculiar ceceo con el que los tau lo pronunciaban.

-Entonces debo disculparme por mi retraso- respondí, disimulando mi incomodidad con total facilidad, dado que es

algo que he practicado mucho a lo largo de mis años de servicio. Sin embargo, lo cierto es que estaba profundamente conmocionado. Por supuesto, ya sabía que los tau se habían anexionado algunos mundos humanos durante los últimos dos siglos, y que sus habitantes habían abrazado el insidioso credo del llamado Bien Supremo, pero nunca había pensado en encontrarme con uno de aquellos herejes en persona, a no ser que fuera al otro extremo de una espada-sierra.

-No es necesario que se disculpe- dijo la mujer, con una ligera inclinación de cabeza. Era muy buena en su trabajo, eso tenía que reconocérselo, porque ni siquiera había parpadeado al ver por primera vez a Jurgen [27], y por experiencia propia puedo asegurar que es una visión de lo más chocante**-. Acompáñenme, por favor.**

[27] Probablemente porque los humanos asimilados por los tau suelen considerar a los imperiales como unos groseros bárbaros y ella seguramente creyera que todos los guardias imperiales fueran como Jurgen.

-Con mucho gusto- le aseguré, más por cortesía que por que fuera cierto, mientras me ponía a su altura. ¿Esperaban los tau que su presencia nos tranquilizara? ¿O suponían que nos cabrearía, haciéndonos más propensos a cometer un error? Fuese como fuese, no pensaba darles la satisfacción de reaccionar de otra forma que no fuera con una absoluta calma. **-¿Me permite presentarle a mi ayudante, el artillero Jurgen?**

-Por supuesto- respondió y lo saludó con un anodino gesto de cabeza, como si le hubiera presentado un mueble. **-Encantada de conocerle.**

-¿Y usted es?- pregunté, ya convencido de que era una mentirosa tan experimentada como yo.

-Au'lys Devrae, coordinadora de relaciones exteriores.

-Nombre tau y apellido imperial- comenté. **-Interesante combinación.**

-Bastante común en mi lugar de nacimiento- me aseguró, con una sonrisa que la mayoría de los hombres habrían tomado por genuina. **-Una mezcla de ambos, para recordarnos el Bien Supremo.**

-¿Y dónde es eso?- pregunté, tratando de no sonar como si estuviera tomando nota de aquel planeta para un bombardeo viral. Estaba claro que ya era tarde para liberar su mundo natal, aunque a mí me seguía pareciendo discutible que una población en la que la herejía había echado unas raíces tan firmes pudiera ser devuelta de nuevo a la luz del Emperador.

-Ka'ley¡ath- dijo, antes de comprender que aquel nombre no significaba nada para mí. **-Nuestros antepasados lo llamaban Downholm** [28]**-** añadió amablemente.

[28] Uno de los mundos imperiales cuya anexión por parte de los tau provocó la Cruzada del Golfo de Damocles; tras un cuarto de milenio, no era de extrañar que la población hubiera sido completamente aculturizada por los tau.

-Sigue sin sonarme- admití. Mientras hablábamos, nos habíamos adentrado en el corazón de la estación, cruzándonos por todas partes junto a la misma mezcla de sistemas tau e imperiales, algo que supuse también se aplicaba a Au'lys.

-El nuestro es un gran imperio- dijo, sin ofenderse y consiguiendo arrancarme una genuina sonrisa; pero supongo que la mayoría de sus habitantes debían ignorar lo pequeñas e insignificantes que eran las posesiones de los tau en comparación con las del Imperio, o nunca se habrían atrevido a desafiarnos [29]. **-Por aquí-** me indicó, señalando una puerta que, a mis ojos no se diferenciaba de las demás junto a las que habíamos pasado, aparte de una inscripción con los redondeados signos del alfabeto tau.

[29] Este es un tema que sigue debatiéndose entre los xenopsicólogos del Ordo Xenos, algunos de los cuales apoyan la opinión de Cain, mientras que otros afirman que en las altas esferas de los tau son plenamente conscientes de la enorme disparidad de las fuerzas de ambas potencias, aunque siguen convencidos de que finalmente obtendrán la victoria final. No entiendo como alguien puede ser tan iluso, pero lo cierto es que la mayor parte de los habitantes de su imperio tiene una fe tan firme en el Bien Supremo como nosotros la tenemos en Su Divina Majestad.

-¿No se unirá a nosotros en la sesión informativa?- pregunté y la mujer negó con la cabeza.

-No soy una guerrera- me respondió, con una pizca de diversión. **-Yo venía hacia aquí, por eso me ofrecí a acompañarles.**

-Por el Bien Supremo- dije secamente, pero ella se limitó a asentir, sin entender el sarcasmo o prefiriendo ignorarlo.

-En parte- aceptó. **-Pero también tenía curiosidad por conocer a algunos de nuestros parientes de más allá del imperio. Se oyen historias, por supuesto, pero nunca se saben si son ciertas.**

-Entonces espero haber estado a la altura de sus expectativas- contesté, haciendo todo lo posible para ocultar mi diversión.

-Desde luego que sí- me aseguró, aunque por alguna razón, parecía estar mirando hacia Jurgen mientras hablaba. A continuación, se alejó por el corredor sin siquiera mirar hacia atrás.

-Hereje- murmuró Jurgen en cuando ella se hubo alejado lo suficiente como para no oírle, mientras rozaba con sus dedos la culata de su fusil láser, como si estuviera tentado a usarlo.

-Bastante- coincidí, envidiando su sencilla visión del universo. Lo cierto es que el encuentro me había desconcertado más de lo que me gusta admitir y no podía apartar de mi mente la idea de que aquel precisamente había sido su objetivo. Respiré profundamente, recompuse mi expresión y me acerqué a la puerta que Au'lys nos había señalado. **-Vamos. Averigüemos de qué va todo esto.**



Au’lys había llamado a la puerta de una sala de conferencias, pero ésta no se parecía a ninguna en la que hubiera estado antes. Por supuesto, había elementos reconocibles, como la pantalla de un hololito brillando levemente mientras flotaba en el aire, pero la imagen en su interior era nítida como el cristal, en lugar de parpadear continuamente como aquellas a las que estaba acostumbrado y sus bordes formaban una perfecta esfera, en lugar de confundirse en una difusa mancha. Tardé un momento en distinguir la unidad de proyección de entre el resto de aparatos situados en la sala, ya que no se veía ningún rastro de la habitual maraña de cables de alimentación y enlaces ópticos, ni ningún tecno-sacerdote atendiéndola. Los hololitos que estaba acostumbrado a ver necesitaban constantes ajustes, unciones y alguna que otra patada devocional para mantener la concentración. Tampoco ayudaba el hecho de que todo tuviera el mismo aspecto: superficies planas y brillantes montadas en ángulo con púlpitos redondeados, en los que unas brillantes runas aparecían y desaparecían aparentemente al azar.

Pero la mayor sorpresa fue la ausencia de una mesa, que habría sido el elemento central de cualquier sala de conferencias imperial. En su lugar, parecía que se esperaba que nos sentáramos en unos acolchados cojines redondeados que estaban repartidos sobre la alfombra como hongos brotando de un césped. Una docena de ellos estaban ocupados por un número aproximadamente similar de humanos y tau, mientras la otra mitad permanecían vacíos. Todos los humanos que puede ver, bien sentados o de pie en la periferia de la sala, llevaban ropas imperiales,

por lo que supuse que cualquier otro renegado entre el contingente xenos se mantendría discretamente fuera de la vista.

Tras dejar a Jurgen para que se uniera a la escolta de Zyvan e investigara en mi nombre la mesa de refrigerios, tomé asiento entre Donali y el Lord General, que sonrió ante mi intento de acomodarme en aquella maldita cosa sin escurrirme.

-Son bastante cómodas, al menos una vez que te acostumbras a ellas- me aseguró Zyvan, antes de balancearse un poco y dirigir una irónica sonrisa a Donali. **-O eso me han dicho.**

El diplomático, por supuesto, parecía estar totalmente cómodo, pero como se había pasado media vida relacionándose con los tau, había tenido tiempo más que de sobra para acostumbrarse a su peculiar gusto por el mobiliario. Inclinó la cabeza hacia mí en señal de saludo.

-Comisario, comenzábamos a pensar que te habías perdido.

-Tuve una excelente guía- le aseguré. **-Au'lys Devrae. ¿Acierto al suponer que ya la conoces?**

-Nuestros caminos se han cruzado alguna que otra vez en el pasado- me respondió Donali con indiferencia.

-¿Y no se le ocurrió mencionar que había humanos traidores en la flota invasora?- pregunté, tal vez más bruscamente de lo debido. Evidentemente, aquello resultó ser una novedad para Zyvan, quien alzó las cejas perplejo para después lanzarle una mirada al diplomático que la mayoría de los hombres, habrían encontrado, como mínimo, intimidante.

-No está vinculada a la flota- se explicó Donali. **-Tengo entendido que hay humanos en las fuerzas armadas de los tau, al igual que hay véspidos, kroot y otros, pero no los desplegarían nunca contra el Imperio [30]. Temen que la desagradable sensación que produciría tal encuentro malograría los esfuerzos para encontrar una solución diplomática aquí.**

[30] No es del todo cierto, pero esos enfrentamientos son muy raros y normalmente se limitan casi exclusivamente a cuando se producen invasiones imperiales de mundos tau con un gran número de humanos en su población.

-Eso como mínimo- coincidí. El odio que la mayoría de los guardias imperiales sentían hacia los herejes y los traidores, haría que fuera casi imposible frenarlos.

-¿Pero aquí hay humanos?- insistió Zyvan.

Donali asintió.

-Se llaman a sí mismos Facilitadores. No es una traducción exacta de la frase tau ku'ten vos'kla [31]**, pero se acerca bastante. Llegan después de que un mundo es anexionado, para ayudar a lo que quede de**

las autoridades locales a reconstruir las infraestructuras y para promover la idea del Bien Supremo.

[31] La traducción literal sería: “*Aquellos que guían sabiamente*”.

-Así que, si Devrae está aquí, es porque los tau pensaban que Quadravidia ya estaba en el saco- concluí.

-Así es, envuelto para regalo y listo para ser entregado a los etéreos- confirmó Donali.

-Lo que nos lleva a preguntarnos por qué han cambiado de opinión- añadió Zyvan.

-Parece que estamos a punto de averiguarlo- dije, tras llamar mi atención cierto movimiento junto a la puerta. Un tau con una recargada túnica, cuyo intrincado entramado de hilos de colores era, sin la menor duda, una indicación de su estatus para aquellos capaces de descifrarlos, acababa de entrar en la sala, rodeado por un séquito de ayudantes lo suficientemente numeroso como para ocultarle casi completamente. Muchos de ellos llevaban en sus manos unos finos dispositivos que supuse que serían placas de datos y todos miraban en nuestra dirección con distintos grados de curiosidad, aprensión o desdén. Ninguno de ellos parecía llevar nada que se pareciera a un arma, pero yo ya sabía que lo mejor era no fiarme. **-Nuestro anfitrión acaba de llegar.**

Donali asintió. **-Alguien de alto rango de la Casta del Agua. No estoy seguro de quién es, pero anoche llegó al sistema una nave correo rápida. Me han dicho que traía información actualizada.**

-Pero supongo que no te dijeron nada sobre esa información- dijo con amargura Zyvan.

Donali negó con la cabeza.

-A los miembros de la Casta del Agua les gusta mantener sus cartas ocultas todo el tiempo que pueden- contestó.

Me giré, inclinándome todo lo que pude en mi precario asiento en un intento de ver mejor al semioculto diplomático, pero justo cuando su rostro comenzaba a emerger de entre la multitud que lo rodeaba, se alzaron ante mí la figura y el familiar aroma de Jurgen, ocultando lo poco que podía ver de la delegación que se acercaba.

-Tienen tanna [32], señor- dijo sorprendido mientras me entregaba una taza de té delicadamente trabajada y de la que brotaba el deliciosa aroma la fragante infusión. A falta de algo mejor que hacer, la tomé y di un sorbo, saboreando su delicado sabor [33].

[32] Una bebida Valhallana por la que Cain había adquirido una particular e inexplicable afición.

[33] Aunque se me ocurren muchos adjetivos para definir el sabor de la tanna, "*delicado*" no es ninguno de ellos. Es como describir a un Baneblade como "*delicado*".

-Recordé su especial afición a esa bebida- explicó una voz tau y me puse en pie, extendiendo mi mano en señal de saludo. Para ser sincero, el caso es que no había reconocido la voz, ya que a mis oídos, todas las cuerdas vocales tau destrozan por igual el gótico, pero nunca olvido la cara de alguien que ha estado cerca de matarme.

-El'hassai- dije. Habían pasado sesenta años desde la última vez que había visto al diplomático tau, pero los años parecían no haber pasado por él. No me cabía la menor duda de que uno de los suyos sería capaz de apreciar en él signos de envejecimiento. Bien sabe el Trono que yo mismo he cambiado más de lo que me gustaría, pero a mí me pareció que él seguía más o menos igual. **-Me alegró de verle tan bien.**

-Lo mismo le digo- respondió amablemente El'hassai, estrechando la mano que le ofrecía con la suficiente delicadeza para hacerme saber que no se había olvidado de los dedos augméticos que se ocultaban bajo mi guante, antes de volverse hacia Donali. **-Erasmus. Ha pasado demasiado tiempo.**

-Así es- respondió Donali, aunque apuesto que estaba tan sorprendido como yo de haber sido recibido por el que había sido nuestro antiguo enemigo en Gravalax.

-Lord General- continuó El'hassai, sin perder tiempo. **-Es un gran placer poder conocerle finalmente.**

-No me cabe la menor duda- dijo Zyvan, inclinando cortésmente la cabeza, clara señal de su impaciencia. **-Estoy deseando oír lo que tiene que decir.**

Al igual que yo, el Lord General había pasado muchos años cultivando de cara al público una expresión de dureza y sinceridad, por lo que resultaba imposible acusarlo de ser insultante por su ruda franqueza, o al menos lo habría hecho ante cualquier ciudadano imperial familiarizado con su reputación.

Pero como no me gusta dejar nada al azar, intervine para desviar la atención del tau lo más rápidamente posible, por si aquel aspecto de la personalidad del Lord General hacia sido de alguna manera omitido en la información que sin duda le habían entregado para preparar la reunión [34].

[34] Muy poco probable, la Casta del Agua tiene la costumbre de preparar detalladas evaluaciones psicológicas de cualquier persona con la que sus diplomáticos puedan encontrarse. Por otra parte, parecían creer que la reputación de Cain era totalmente genuina, por lo que es evidente que, en ocasiones, también ellos podían equivocarse.

-Debo confesar que yo también siento cierta curiosidad- apunté, volviendo a dar un sorbo de tanna dedicándole un gesto apreciativo como muestra de agradecimiento a la buena voluntad de nuestro anfitrión. **-Especialmente desde que me convirtieron en su mensajero.**

-No fue exactamente así- me aseguró El'hassai, aunque no dominaba lo suficiente el lenguaje corporal de los tau como para saber si estaba tratando, o no, de ser condescendiente conmigo. Por lo que recordaba de él, su buena opinión sobre mí era bastante sincera (le había salvado la vida, así que había buenas razones para que así fuera), por lo que le concedí el beneficio de la duda. **-Pero su presencia en el planeta ha sido una afortunada coincidencia que quisimos aprovechar.**

-Siempre a su servicio- le aseguré cortésmente, para luego girarme hacia Donali y Zyvan mientras el diplomático tau se alejaba hacia el hololito y añadir en un susurro, **-pero sigo creyendo que debería haber usado el puto vox.**

Ninguno de los dos tuvo tiempo para responder, aunque Donali emitió un curioso gorgoteo mientras bebía de su copa.

-Muchas gracias a todos por acudir- comenzó El'hassai a los allí reunidos con un tono de voz que cruzó la sala de un extremo a otro. El murmullo de las conversaciones se tornó en un expectante silencio, tan sólo roto por el leve zumbido de los recicladores de aire y el sonido, mucho menos leve, de las mandíbulas de Jurgen engullendo comida junto a la mesa del refrigerio.

-No me cabe la menor duda de que nuestra oferta de tregua ha suscitado múltiples especulaciones- continuó, mirando en ese momento al grupo de imperiales de una forma que, al menos en un humano, sólo podría

describirse como pícara, **-pero estoy seguro de que pronto estarán de acuerdo en que hemos tenido razones muy solidas para hacerlo.**

-Sí es que alguna vez se decide a decir cuáles son- murmuró Zyvan. Justo entonces, su expresión cambió al aparecer una imagen en el hololito. **-¡Emperador todopoderoso!**

-¡Y todos sus santos!- añadí, impresionado. La imagen resultaba tan nítida como el cristal, de modo que casi parecía como si el horror que representaba estuviera presente en la sala junto a nosotros, aunque si así hubiera sido, la cámara hubiera tenido que ser más grande que toda la estación orbital. Una piel escamosa, más gruesa que el blindaje de un acorazado y salpicada de fútiles impactos, se alzaba ante nosotros desde las profundidades del espacio, orbitando ante nuestros horrorizados ojos como una luna orgánica. Más allá del horizonte quitinoso, podían verse otras criaturas de la misma monstruosa calaña nadando en el vacío y rodeadas de nubes de organismos menores demasiado numerosos como para ser contados.

-Una flota tiránida- dijo Zyvan, alzando la voz para dirigirse a la sala, aunque la repentina erupción de exclamaciones, murmullos y plegarias al Emperador que surgieron de entre la delegación imperial dejó muy claro que todos lo habíamos reconocido. El Lord General señaló las bio-naves más grandes. **-Un Kraken y sus escoltas.**

-En su mayor parte- apuntó El’hassai, en un tono increíblemente tranquilo. **-Ese gigante que vemos es**

primer plano parecer ser un leviatán, aunque la imagen que tenemos de él es sólo parcial.

Miré fijamente aquella cosa, tratando de imaginar la escala completa del horror que tenía frente a mí, era como una montaña hecha de carne. O, dado el vacío que le rodeaba, un asteroide podría haber sido una comparación más apropiada. Mi mente recordó la llameante criatura moribunda que había llegado a entrever en medio de la erupción de Nusquam Fundumentibus, donde nos habíamos visto obligados a sacrificar toda una ciudad para conseguir matar un primo lisiado de aquella monstruosa cosa. Así que podía confirmar que era realmente enorme, y eso que yo sólo había visto una parte de ella.

-¿De dónde viene esto?- pregunté, dándome cuenta nada más hablar que había formulado la pregunta de forma tan imprecisa que fácilmente podría ser mal interpretada, pero El'hassai pareció entender lo que quería decir.

-Esta es la última transmisión de una nave exploradora perdida en las Marcas Coreward [35] **hace poco menos de dos ciclos.**

[35] Ninguna zona del Golfo de Damocles o sus alrededores tiene esa designación imperial, por lo que es de suponer que El'hassai estaba dando el nombre en su equivalente tau. Tampoco queda claro si ese lugar estaría cerca de la frontera imperial o más hacia el interior del imperio tau, por lo no se puede determinar su posición exacta. Cain tampoco precisa si el embajador fue posteriormente, algo más preciso.

-Unos dieciocho meses- murmuró Donali, en beneficio de los que no estábamos familiarizados con el calendario tau. **-**

Veinte como mucho.

-¿Y acaba de conseguirlas?- pregunté, tratando de parecer no demasiado escéptico.

El'hessai asintió con la cabeza, un gesto que parecía haber aprendido gracias a su prolongado trato con los humanos [36]; le recordaba haciendo lo mismo en Gravalax. **-La nave lanzó un dron-correo [37] poco antes de ser destruida-** dijo. **-Las imágenes que están viendo, fueron grabadas en tiempo real.**

[36] O profusamente practicado para poder tranquilizar a las delegaciones humanas durante las negociaciones.

[37] No confundirlos con los pequeños drones normalmente utilizados por la Casta de Fuego y otras, los drones-correo son esencialmente torpedos autoguiados lo suficientemente grandes para dar cabida en su interior a un banco de datos, un motor gravitatorio y al espíritu-máquina que lo pilota; a falta de astrópatas, esta es la única forma en la que las naves de exploración pueden permanecer en contacto con sus mundos de origen, ahorrándose así el tener que enviar naves-correo tripuladas.

Con una horrorizada fascinación, observé como innumerable y diminutas pústulas comenzaban a inflamarse en el cuerpo de la horrenda e hinchada bestia que estaba sobre nosotros para luego estallar, lanzado nubes de organismos que volaron a través del vacío. Miles y miles de ellos, con sus endurecidos caparazones protegiéndolos del frio y del vacío del espacio, repletos de colmillos, garras y armas biológicas preparadas para la matanza. En más ocasiones de las que me siento cómodo al recordar, me había enfrentado a innumerables horrores engendrados por las flotas-colmena tiránidas, pero nunca a nada tan espantoso como lo que

estaba viendo en estos momentos: mitad guerreros, mitad cápsulas de abordaje, en conjunto una implacable máquina de matar. Algunos llevan en su interior criaturas que reconocí: genestealers, termagantes y tiránidos Alcaudón (Reavener en el original) en su mayor parte, enquistados tras membranas semitransparentes, mientras que otros parecían ser lo bastante letales como para sobrevivir en el vacío por sí mismos.

-¿Por qué no encendieron los motores principales?- pregunté; si hubiera sido el capitán tau a aquellas alturas ya estaría a medio camino de las Estrellas Necrófagas.

-Según la telemetría que hemos recuperado, en ese momento, los motores de la nave estaban a toda potencia- contestó sombríamente El'hassai. **-Creemos que la nave había sido inmovilizada de alguna forma. Las tensiones del casco bien podrían corresponder a la presión ejercida por unos tentáculos constrictores o por unas garras de sujeción.**

Zyvan asintió.

-Ya lo he visto otras veces- coincidió. **-Embisten a una nave, se pegan a ella y a continuación envían a sus asesinos.**

En aquel momento, el despliegue del enjambre ya ocupaba toda la pantalla, cada detalle aún más espantoso que el anterior y debo confesar que sentí cierto alivio cuando finalmente la imagen desapareció entre ráfagas de estática.

-Creemos que en ese instante, se sobrecargó el reactor principal- explicó El'hassai, **-aunque no podemos saber si fue un acto deliberado, ni cuánto daño infligió la explosión al leviatán. Cabe la esperanza de que la deflagración fuera lo bastante potente como para matar o al menos inutilizar a la nave-colmena, pero en cualquier caso, buena parte del enjambre habrá logrado sobrevivir.**

-Y se habrá dado cuenta de la presencia de presas en las proximidades - apuntó Zyvan.

-Exactamente- dijo El'hassai. El diplomático tau manipuló los controles del proyector y apareció una nueva imagen, un mapa estelar tachonado de constelaciones que me eran familiares. Aparecieron pequeños iconos marcando mundos imperiales, tau y no reclamados; aunque no hace falta decir que su idea de aquellas categorías no coincidía del todo con la nuestra. Sin embargo, no era el mejor momento para reabrir viejas rencillas, así que me abstuve de hacer comentario alguno, aunque estoy bastante seguro de que pude oír cómo rechinaban los dientes de Zyvan.

-El dron-correo fue recuperado aquí- prosiguió El'hassai. Un nuevo icono apareció bastante al interior de las fronteras del imperio tau, **-el pasado kai'rotaa…**

-Hace unos dos meses- murmuró Donali en voz baja.

El'hassai continuó hablando, como si no hubiera escuchado el comentario. **-… y nuestro análisis preliminar de los datos que contenía nos permite estimar que la invasión de la flota tiránida se producirá en algún lugar de esta zona-,** concluyó**.**

Un nuevo icono se materializó en la holoimagen y Zyvan meneó la cabeza, perplejo.

-No puede ser- sentenció**. -Las principales incursiones tiránidas proceden de la Grieta** [38]**.**

[38] Al menos, hacia la Franja Oriental, lo cual sería, naturalmente, su principal preocupación. El avance la flota-Colmena Leviatán a través del mapa galáctico difícilmente podría influir en la situación táctica en el Golfo de Damocles.

-Al menos hasta ahora- apunté, mientras mis ojos se posaban en el icono que marcaba Nusquam Fundumentibus. El enjambre dormido que descubrimos en aquel planeta tenía que haber llegado de alguna parte y la flota con la que habían tropezado los tau parecía estar lo bastante cerca como para haber enviado un grupo de exploración varios milenios atrás. **-Pero no sería la primera vez que una flotilla fragmentada y aislada de la flota principal aparece sin previo aviso.**

-Nuestras experiencia así lo confirman- coincidió El'hassai. **-Ante el evidente riesgo, enviamos un grupo de naves exploradoras siguiendo el mismo curso que el dron-correo y descubrimos que, efectivamente, los tiránidos habían alterado su curso.**

Una línea comenzó a extender desde el punto en el que la desafortunada tripulación de la nave de exploración se había encontrado con la flota-colmena hasta el punto en el que fue recuperado el dron.

-Los tiránidos lo siguieron- dije sombrío, mientras lo comprendía todo. Lo cual no era de extrañar, los tau habían hecho prácticamente todo lo posible para atraer a los tiránidos, menos entregarlos un mapa y la lista del menú.

-Efectivamente, eso hicieron- confirmó El'hassai y otro icono brilló en la pantalla. **-La flota de exploración se encontró con ellos aquí y se enfrentó a algunas de las bio-naves de la pantalla defensiva antes de verse obligada a retirarse. Si siguen avanzando al ritmo que hasta el momento han llevado, llegaran a la región fronteriza en cuestión de semanas** [39].

[39] Aquí no queda muy claro si el diplomático usó realmente el término imperial, o si Cain simplemente lo incluyó el mismo.

Una línea se extendió, cortando de un lado a otro la fluctuante frontera entre ambos imperios.

-Eso pone en peligro a más de media docena de mundos habitados- intervino Zyvan, con el tono de un hombre decidido a recibir todas las malas noticias de una sola vez. **-Si la flota absorbe tanta bio-masa, será imparable.**

-Por eso proponemos dejar a un lado nuestras actual disputa- dijo El'hassai, asintiendo gravemente. **-El Bien Supremo así lo exige.**

Zyvan también asintió, todavía tratando de asimilar las posibles implicaciones.

-Creo que sí- coincidió.



CAPÍTULO CINCO

Después de un bombazo como aquel, no había mucho que hacer, salvo regresar a la nave insignia de Zyvan para comenzar a elaborar nuestra estrategia mientras los tau se reunían para hacer lo mismo. Aunque, dado que ya habían tenido dos meses para pensarla, yo estaba seguro de que ya tendrían a punto la mayor parte de sus preparativos.

-No podemos abandonar Quadravidia- insistió el general Braddick, apoyando todo su peso sobre los reposabrazos de una de las tranquilizadoras y sólidas sillas repartidas alrededor de la pantalla principal de datos. Evidentemente, la suntuosidad de los aposentos privados de Zyvan y la presencia del oficial de mayor rango de la Guardia Imperial en el Brazo Oriental no le impresionaron lo suficiente como abstenerse de decir lo que realmente pensaba.

Nos habíamos reunido en la sala de operaciones de la nave insignia imperial, un espacio que, aparentemente, antes había sido una bahía de carga o un pañol de municiones [40], a juzgar por la cantidad de conductos soldados a toda prisa y de los improvisados cableados que abarrotaban el lugar. De hecho, aquel era como un auténtico hogar para un viejo soldado como yo, que confiaba más en lo útil que en lo estético, sobre todo en lo referente a la guerra. Los pasillos que conducían hasta allí habían sido alfombrados y se habían colocado estratégicamente cuadros y holoproyecciones sobre los desconchones más evidentes de

la pintura, como correspondía a su ocupación por alguien de tan elevada categoría como Zyvan, aunque al Lord General le gustaba que su espacio de trabajo estuviera lo más despejado y libre de distracciones posible.

[40] Tal y como era costumbre, Zyvan se limitaba a embarcarse en la nave de guerra más poderosa de la flotilla, apropiándose de todo el espacio que necesitaba; un acuerdo con el que la Armada parecía estar de lo más satisfecha dadas las circunstancias, sin duda pensando que al menos así podrían vigilar lo que el lord general se traía entre manos.

-No lo haremos- le aseguró el Lord General, como siempre valorando la franqueza en sus interlocutores. **-Pero tendrá que aguantar en el planeta con tan solo una guarnición simbólica.**

-Sin cambios, entonces- sonrió tristemente Braddick.

-Excepto que los tau también se retirarán- le recordé.

El hololito que teníamos frente a nosotros parpadeaba de la tranquilizadora forma a la que estaba acostumbrado e hice un gesto de agradecimiento cuando el visioingeniero murmuró una oración y golpeó abollado panel con una de sus mecanodendritas, consiguiendo que el campo estelar volviera a enfocarse.

-Están transfiriendo sus fuerzas para reforzar las defensas de tres de sus sistemas a lo largo de los límites del Golfo.

Hice un gesto y los citados sistemas brillaron en un tono verde bastante bilioso.

-Los tres más cercanos a la línea de avance estimada de los tiránidos- asintió Braddick, para demostrar que estaba al tanto de la situación, aunque no era necesario que demostrara su perspicacia táctica; su historial era más que suficiente para ello. **-¿También los tau van a dejar aquí una guarnición simbólica?**

-Ellos dicen que no- contesté. **-Consideran demasiado alto el riesgo de que un simple malentendido se convierta en una reanudación en toda regla de las hostilidades.**

-Así que van a hacer las maletas y marcharse- dijo Braddick, sin molestarse en ocultar su escepticismo. **-¿Después de todos los esfuerzos que han realizado para ocupar este planeta?**

-Los tau son muy pragmáticos, si no, no serían ellos- terció Zyvan. **-No tiene el menor sentido seguir gastando recursos aquí si el hacerlo les cuesta perder otros tres mundos a manos de los tiránidos.**

-Que para entonces ya tendrían la fuerza suficiente para devorar toda Quadravidia y a todos sus defensores, sean quienes sean- señalé. Braddick asintió de nuevo, dejando claro que aquella idea le gustaba tanto como a nosotros.

-El'hassai, el enviado tau, nos ha asegurado que sus tropas completaran la retirada mucho antes de que nosotros estemos preparados a para abandonar el sistema- dijo Zyvan. De hecho, ya habían comenzado a marcharse, cerca de la mitad de los efectivos del ejército atacante ya estaba en camino para defender los vulnerables puestos de avanzada a lo largo de la frontera. **-En tres días más, Quadravidia volverá a estar completamente en manos imperiales.**

-Gracias al Trono- suspiró Braddick, claramente emocionado, algo por lo que no podía culparlo. Llevaba un par de semanas haciendo frente a la inminente derrota y aquella inesperada liberación tenía un cierto tufillo a intervención divina, incluso para un cínico empedernido como yo.

-Hay una cosa que posiblemente le interesé vigilar- apunté, manteniendo el tono de mi voz todo lo neutro que pude, aunque Braddick no era ningún tonto e inmediatamente me lanzó una acerada mirada.

-¿Qué es lo que no me han dicho?- preguntó con un comprensible toque áspero.

-Los tau han ofrecido una serie de indemnizaciones que su Excelencia, el gobernador, está dispuesto a aceptar- dije empleando mi tono más diplomático.

-Porque su Excelencia, el gobernador, es un imbécil endogámico y egocéntrico incapaz de ver la trampa

en la miel- añadió Zyvan, de forma nada diplomática.

-¿Qué tipo de compensaciones?- preguntó Braddick, en un tono que claramente indicaba que compartía la opinión del Lord General sobre el representante ungido del Emperador en Quadravidia.

-Asistencia en el esfuerzo de la reconstrucción- le dije. **-Recursos, experiencia y asesores civiles para coordinarlo todo con el Administratum y el Adeptus Mechanicus.**

-Sin duda para predicar todo el tiempo la subversión y la herejía- resopló Braddick.

-Sin la menor duda- coincidí. **-En su lugar, yo vigilaría espacialmente a un grupo de renegados humanos que se hacen llamar "*Facilitadores*".**

-Cuente con ello- me aseguró antes de volverse hacia el hololito. **-¿Cuál es la estrategia principal?**

-La única que tiene sentido- señaló Zyvan. Un mundo en lado imperial de la frontera se iluminó de color carmesí, indicando la presencia del Adeptus Mechanicus [41]. **-Fecundia proporciona la mitad de las armas y municiones de todo el sector** [42]**.**

[41] Una convención cartográfica que ha dado lugar a ocasionales confusiones, dado que la mayoría de los despliegues tácticos imperiales utilizar el rojo para

marcar los contactos con el enemigo; aunque pocos incidentes fueron tan embarazosos como el bombardeo orbital por parte de una flota de la Armada Imperial del santuario del Omnissiah en Kaftagrie, por la errónea idea de que había caído en manos de la legión traidora que lo asediaba.

[42] Una exageración, aunque excusable. Pero es cierto que fabrica buena parte del material usado por las unidades de la Guardia Imperial en el Golfo y sus alrededores, incluidos los fusiles láser, las células de energía y las variantes más comunes del Leman Russ.

-Si lo perdemos, estamos jodidos- coincidí, mirando la pantalla. **-Y es el mundo imperial más cercano a la línea de avance de los tiránidos.**

-Eso suponiendo que los tau hayan extrapolado correctamente su rumbo- dijo Zyvan, con una leve cautela en su voz. Ninguno de los dos podía entender que podrían ganar los xenos proporcionándonos información falsa, pero eso no significaba que no fueran selectivos con lo que transmitían. Bien sabe el Trono que yo haría lo mismo si estuviera en su lugar. El Lord General manipuló los controles, le dio una patada al atril y la proyección de la línea del rumbo calculado de la flota colmena se extendió.

Asentí con sombría satisfacción cuando la línea rozó uno de los mundos tau que brillaban en verde. **-Si pasan por alto Fecundia, los tau serán los siguientes en el menú-** señalé con malsano regocijo. **-Lo que significa que podremos retirarnos hasta el Cumulo Sabina mientras ellos se llevan la peor parte del ataque. Eso debería darnos tiempo más que suficiente para atrincherarnos en el caso de que una parte fragmentada o rezagada de la flota se desplace hacia el interior de la frontera.**

¿Y por qué no hacerlo inmediatamente?- preguntó Braddick, sin duda dándose cuenta de que si hacíamos eso estaríamos mucho más cerca de Quadravidia. **-Dejemos que el Mechanicus defienda su mundo forja.**

-Lo haríamos, si fueran capaces de defenderse por sí mismos- intervino Zyvan. **-Pero frente a una flota de ese tamaño, no durarían más que unos pocos días.**

-Estos son sus activos- dije, mostrando una nueva pantalla de datos. **-Una compañía de skitarii, nada más. Ni titanes, ni milicia. ¿Por qué iban a gastar recursos para defenderse cuando saben que la Guardia Imperial los necesita tanto que no la quedará más remedio que intervenir a la primera señal de amenaza?**

-Muy inteligente por su parte- señaló Braddick con amargura.

-En efecto- contesté. Lo cierto es que no podía dejar de sentir una cierta admiración hacia los mecanos, ya que habían sido lo suficientemente astutos como para darse cuenta de que el constante flujo de unidades de la Guardia Imperial que llegaban al planeta para reabastecerse ya les proporcionaba toda la protección necesaria; al menos en circunstancias normales. Desgraciadamente, aquellos tiempos eran cualquier cosa menos normales.

-No podemos permitirnos el lujo de dejarlos a su suerte- añadió Zyvan con firmeza, y eso fue todo; una única frase y ya estábamos listos para obedecer.

Con todo, supuse que podría haber sido peor; al menos nadie había sugerido que nos lanzáramos contra la flota colmena. Con algo de suerte, pasarían de largo el mundo forja y los tau tendrían que encargarse de frenar su avance mientras nosotros nos quedábamos al margen, listos para prestarles toda la ayuda posible, o sea, no hacer absolutamente nada, preparados para acabar con los supervivientes de ambos bandos; incluso, para variar, podríamos anexionarnos un par de sus mundos (lo cual, si me lo pregunta, les serviría de lección por haber tratado de anexionarse Quadravidia).

Aquel era el plan, pero, por supuesto, nada salió como esperábamos.



A pesar de mis malos presentimientos, los tau completaron su retirada en el plazo previsto, dejando solamente un puñado de lo que ellos denominaban "*mercantes*" orbitando el planeta devastado por la guerra. El'hassai, como no, insistió en sólo estaban allí para entregar ayuda humanitaria, prestar asistencia en las tareas de socorro y que todo su formidable armamento había sido desactivado. Y estaba en lo cierto, al menos hasta donde yo sabía, a los habitantes del planeta les vendría bien cualquier tipo de

ayuda posible. Aunque, en mi opinión, tendrían que pagar un precio muy alto por ella, pero nadie me preguntó y menos que nadie el gobernador. En las afortunadamente pocas ocasiones en las que no pude evitar hablar con aquel engreído fantoche, me pareció que estaba absurdamente satisfecho consigo mismo, aparentemente en la creencia de que todo había sido idea suya desde el principio, así que me limité a guardarme mis consejos y asegurarme de incluir un registro literal de sus comentarios más estúpidos en mi siguiente comunicado para Amberley. Teníamos que abandonar la órbita en tan sólo unos días y tras eso, todo lo que ocurriera en Quadravidia, sería problema de otras personas, no mío.

Dado que nuestra principal preocupación era la defensa de Fecundia, no me sorprendió demasiado que, al entrar en el centro de mando de Zyvan unas cuantas horas después de nuestra partida me encontrara con que El'hassai ya estaba allí, inmerso en una seria conversación con el Lord General.

-Comisario-. El diplomático tau miró en mi dirección, dedicándome una grata sonrisa de bienvenida; aunque, como otras tantas expresiones aparentemente humanas, yo no estaba seguro de cuánto de aquel gesto sería genuino y cuánto estaría cuidadosamente estudiado y practicado para hacerme sentir cómodo. Así que dibujé una expresión igualmente cálida en mi propio rostro y, cortésmente, le tendí mi mano.

-Enviado. Un inesperado placer- le saludé mientras le dirigía una inquisitiva mirada a Zyvan, cuyo rostro mostraba una estudiada máscara de impasibilidad detrás de su

recortada e inmaculada barba**. -¿A qué debemos el placer de su visita?**

-El enviado tiene una propuesta que hacer- se adelantó Zyvan, en un tono más evasivo de lo normal, **-que espera que ayude a fomentar la confianza entre nosotros frente a nuestro enemigo común-** siguió, en lo que me pareció una cita literal.

El'hassai asintió con la cabeza.

-Así es- declaró, mirando primero al Lord General y luego a mí. **-Un intercambio de observadores para facilitar la comunicación entre los elementos tau e imperiales de nuestra alianza.**

-En otras palabras, algunos de los nuestros les acompañaran a… - tomó la palabra Zyvan, señalando el icono verde que probablemente acabaría en el carrito de refrigerios de la flota colmena y vaciló, **-Dreth… no sé qué.**

-Dr'th'nyr- sugirió amablemente El'hassai, pronunciando fácilmente el nombre del mundo en una de las típicas palabras sin vocales del idioma tau.

-Eso quería decir- asintió Zyvan. **-Para informar sobre el despliegue tau y transmitir cualquier información útil que se pueda reunir sobre los tiránidos.**

Y no sólo sobre los tiránidos, por supuesto, y aunque todos nos dimos cuenta de lo que no había llegado a decir, tuvimos el suficiente tacto como para no expresarlo verbalmente.

-¿Y cómo se transmitirá la información?- pregunté. **-Los tau no tienen astrópatas, ¿no es así?** [43]

[43] De hecho, los tau no parecen tener ningún tipo de psíquicos entre ellos, aunque hay numerosas especulaciones dentro del Ordo Xenos sobre si la capacidad de la Casta de los Etéreos para inspirar y liderar es un fenómeno natural, o si la disformidad podría tener algo que ver en ella, aunque de una forma en la que aún no se han encontrado ni evidencia ni explicación alguna. También existen dudas similares sobre las otras razas asociadas a los tau, aunque ahí la cuestión es aún más confusa y seguramente sólo los más optimistas pueden creer que los humanos del imperio tau están totalmente libres de la mancha, y a que los contaminados no sean indudablemente alentado para utilizar sus dudosos talentos en el nombre del Bien Supremo.

-No, no tenemos- confirmó El'hassai, **-pero estamos totalmente de acuerdo en que la delegación imperial incluya uno.**

-Eso se podría arreglar- aceptó Zyvan. **-Las dos flotas podrían coordinarse de forma más efectiva que enviando despachos en naves correo.**

Eso al menos hasta que la conexión astropatica fuera interrumpida por la sombra en la disformidad proyectada por la aproximación de los tiránidos. Aunque tal escenario, por sí mismo, serviría para informar al otro grupo de que el ataque había comenzado en otro lugar.

-¿Y a quién tiene usted en mente para dirigir esa delegación?- pregunté, sabiendo ya la respuesta y totalmente decidido a rechazarla. Ninguno de los mundos forja que había visitado hasta aquel momento me había resultado especialmente atractivo, aunque había muchas probabilidades de que los tiránidos pasaran de largo Fecundia, mientras que unirse a los tau en la defensa de Dr'th'nyr equivaldría prácticamente a cargar directamente hacia el gaznate de la nave colmena más cercana.

-Precisamente estábamos charlando a ese respecto - dijo suavemente El'hassai. **-Usted goza de la confianza de ambas fuerzas y cuenta con una amplia experiencia en campañas contra los tiránidos.**

Una experiencia que, no hace falta decirlo, no me apetecía ampliar más. Sin embargo, no hubiera sido políticamente correcto decirlo, así que asentí pensativamente, como si estuviera considerando el nombramiento propuesto.

-Efectivamente, la tengo- contesté con firmeza. **-Pero posiblemente esa no sea la cualidad más necesaria para ese trabajo.**

-¿De verdad?- preguntó Zyvan, enarcando una ceja. **-¿Cuál cree que sería esa cualidad?**

-La familiaridad con la metodología de los tau- respondí rápidamente. **-Si el ataque de los tiránidos va dirigido contra Dr'th'nyr-** y debo decir que, para sorpresa de todos y especialmente la mía, pronuncié

bastante bien la palabra, **-será vital saber exactamente lo que está ocurriendo. Un momento de vacilación o un mal entendido en medio del fragor de la batalla podría provocar una autentica catástrofe-** continué encogiéndome de hombros, de la forma más ingenua y autocritica de la que fui capaz. **-Y a pesar de que tuviera de mi parte toda la buena voluntad de la galaxia, apenas conozco las complejidades del protocolo tau.**

¿Y a quién sugiere, entonces?- preguntó El'hassai. Yo puse mi cara más convincente antes de responder.

-A Donali, por supuesto- dije. **-Ha pasado tanto tiempo con los miembros de la Casta del Agua que sabrá exactamente qué hacer ante cualquier eventualidad sin que sea necesaria ninguna indicación y dejando al resto del personal libre para hacer la guerra con la mayor eficacia.**

-Su análisis es muy meritorio- comentó El’hassai tras un momento y para mi bien disimulada sorpresa e incluso mayor alivio. **-Veo que comprende perfectamente los principios del Bien Supremo.**

-Sólo creo que tiene más sentido enviar a un diplomático a hacer el trabajo de un diplomático- sentencié, aún incapaz de creer que había logrado endosarle el trabajo a otro con tanta facilidad, **-mientras yo sigo ejerciendo mi trabajo de soldado.**

Zyvan asintió con la cabeza.

-De todas formas, prefiero que te quedes con la flota- admitió, lo que desencadenó en mi interior una nueva oleada de inquietud que no me esperaba mientras trataba de averiguar qué era lo que él sabía y yo aún ignoraba. **-Tendremos que negociar muchas cosas con los mecanos y ya sabes como son.**

-Pueden ser un tanto difíciles de tratar- acepté. Pero al menos eran humanos, más o menos y, en el peor de los casos, me resultaría más fácil mantenerlos entre los tiránidos y yo. Volví a echar otra rápida mirada al hololito, sólo para asegurarme de que estaba tomando la decisión correcta y, aparentemente, así era. Seguía pareciendo que el avance de los tiránidos iba a bordear el sistema Fecundia antes de dirigirse hacia los puestos avanzados tau. **-Sin embargo, espero que sigan nuestros consejos sin poner demasiadas trabas. Eso sería lo más racional.**

-Bien, tú sabrás- dijo Zyvan, aunque afortunadamente ninguno de los dos tenía ni la menor idea de lo equivocado que estaba al respecto, **-has tratado con ellos con bastante frecuencia.**

-Efectivamente, lo he hecho- acepté, absteniéndome con todo el tacto posible de añadir que un "*más que suficiente*" hubiera sido más preciso. A su manera, los miembros del Adeptus Mechanicus, son bastante útiles, e incluso he conocido a algunos de ellos de cuya compañía he disfrutado bastante, pero incluso esos pueden acabar resultando especialmente irritantes por su estrecha mentalidad, sobre todo en las ocasiones en las que nos habíamos visto obligados a elegir entre alguna preciada pieza de chatarra y

mi aún más preciado e inestimable pellejo. Por suerte y según mi experiencia, se puede convencer a la mayoría de los acólitos del Omnissiah para que sigan el camino del pragmatismo reduciendo el debate a la simple elección entre esto o aquello, subrayando que la parte que menos me gusta implica la segura aniquilación de todos nosotros, o, si todo lo demás fallaba, señalar cuál de los tiene un arma en ese momento. Me encogí de hombros. **-Después de todo, nos necesitan tanto como nosotros a ellos.**

-Así es- contestó Zyvan, pensando claramente que aquella no era precisamente la base más firme para una alianza entre dos de las numerosas organizaciones y facciones que componen el Imperio, y mucho menos entre nosotros y un grupo de ávidos invasores xenos que volverían a apuntarnos con sus armas a la primera oportunidad que tuvieran, al menos que nosotros lográramos hacerlo primero.

-Si eso ha quedado resuelto, entonces, les dejo que continúen- dije, preparándome para retirarme. Aliado o no, prefería posponer la conversación sobre nuestras futuras tácticas para cuando El’hassai se hubiera unido al éxodo de sus compatriotas.

-Todo menos la designación del representante tau en la flota imperial- puntualizó Zyvan, con una leve inclinación de cabeza que me indicó que prefería que me quedara donde estaba. Y con toda la razón. Técnicamente hablando, el Comisariado tendría que aceptar cualquier posible nombramiento y verificar que éste no suponía un riesgo inaceptable para la seguridad, y el hecho de que yo estuviera allí sentado aceleraría notablemente el proceso de ratificación. No es que yo estuviese contento con candidato

alguno, pero al menos sabríamos quién nos espiaba y podríamos mantenerlo alejado de cualquier material realmente sensible.

-Propongo a Au'lys Devrae- dijo El'hassai, mirándonos alternativamente al Lord General y a mí, mostrando una leve cara de desconcierto al ver nuestras expresiones. **-Habla fluidamente el gótico y es de su misma especie, lo cual facilitará enormemente el entendimiento y la comprensión.**

-Imposible- rechazó Zyvan. Yo asentí con énfasis.

-La lincharían en cuestión de días- expliqué. **-La mayor parte de los ciudadanos imperiales la considerarán una hereje, así de simple.**

-Eso complica las cosas- respondió tranquilamente El'hassai. **-Contamos con poco personal que hable gótico en el sistema Quadravidia y menos aún con las credenciales diplomáticas adecuadas. Y dado que la mayoría de ellos son humanos, difícilmente les irá mejor.**

-No es probable- acepté seriamente, esperando la inevitable sugerencia que, firmemente sospechaba que era lo que el diplomático tau había pretendido desde el principio.

-Entonces yo mismo tendré que representar a los tau- concluyó El'hassai, tal y como yo ya esperaba.

-Por supuesto- aceptó Zyvan amablemente, e hizo un gesto al más cercano de sus ayudantes, que rápidamente trató de aparentar que no había estado escuchando toda la conversación. **-Marlie se encargará de asignarle sus habitaciones.**

-Gracias- dijo El'hassai, tendiéndole la mano al desconcertado joven. **-Sólo me acompañará un pequeño séquito: media docena de consejeros, amanuenses y similares.**

-¿Todos tau?- pregunté, no deseando imaginarme la reacción de uno de los típicos oficiales de la Armada al encontrarse cara a cara con un kroot en un pasillo y mucho menos a un véspido. Al menos, los delgados humanoides no parecían especialmente amenazantes, a menos que estuvieran pisoteándolo todo con uno de sus trajes de combate y no parecía haber muchas probabilidades de ello.

-Todos tau- aseguró El'hassai. **-Principalmente de la Casta del Agua.**

-¿Principalmente?- pregunté y el tau asintió.

-Creo que uno o dos guerreros de fuego me ayudarían a comprender mejor la situación táctica- dejó caer el tau como si tal cosa.

-Por supuesto- contestó Zyvan, claramente nada feliz por la petición, aunque tampoco le había sorprendido. Yo si tuviera que viajar en una nave xenos, querría me acompañara como mínimo toda una escuadra de soldados de asalto.

-Entonces no les entretengo más- respondió El'hassai y se alejó, con el capitán Marlei pisándole los talones como el ansioso anfitrión de una fiesta preguntándose si ha pedido los suficientes canapés.

-¿Seguro que es prudente?- pregunté en cuanto la puerta se cerró tras ellos. Zyvan negó con la cabeza.

-No, pero ¿qué otra opción tengo? Donali también querrá guardaespaldas, así que no podemos negarle la misma cortesía a El'hassai- dijo y se encogió de hombros. **-Y no creo que pretendan apoderarse de la nave con un par de fusiles de pulsos.**

-Supongo que no- acepté y pasamos al asunto más serio de pensar en la mejor forma de proteger a un mundo aparentemente indefenso.

NOTA EDITORIAL

Dado que a continuación nos encontramos con otra de las habituales omisiones de Cain, que no vuelve a retomar su narración hasta su llegada al sistema Fecundia, este me parece lugar tan bueno como cualquier otro para incluir algunos de los antecedentes que tan obviamente falla en proporcionarnos.

El diario de viajes de Sekara, al que he recurrido en múltiples ocasiones en la edición de sus memorias, es de muy poca utilidad en este caso, ya que su entrada sobre Fecundia consiste únicamente en la frase "Horroroso, mucho más allá de lo creíble". En consecuencia, me he visto obligada a utilizar una fuente mucho menos cosmopolita para intentar proporcionar al lector una panorámica exacta del mundo en el que Cain pronto se encontraría luchando por su vida.

"¡BIENVENIDO A FECUNDIA!

Guía de Supervivencia del Trabajador que Contribuye a los Diezmos".

También disponible para auditorías y en formatos para descarga directa.

Que las bendiciones del Omnissiah recaigan sobre ti por haber elegido dedicar tu vida a la producción de Sus Dones.

(Por favor, omita esa bendición si ha sido el Magistratum de su mundo de origen el que le ha encomendado este servicio).

Fecundia es mundo forja consagrado al Dios-Máquina y cada uno de sus manofactorums es un templo a su grandeza. Las manufactorías en sí cubren aproximadamente el treinta y ocho por ciento de la superficie total del planeta, mientras que las instalaciones auxiliares, tales como los barrios de habitáculos, las unidades de síntesis de proteínas y los recicladores atmosféricos suponen otro diecisiete por ciento.

Debido a esto, en todos los lugares de trabajo y ocio se dispone gratuitamente de una alimentación nutritiva y un aire lo suficientemente desprovisto de partículas como para ser apenas cancerígeno, aunque se recomienda la mejora mediante augméticos de los sistemas digestivos y respiratorios a todos aquellos que se vayan a convertir en residentes a largo plazo (su supervisor estará encantado en explicarle el procedimiento para reembolsar el importe de dichas mejoras).

No se recomienda la exposición a los entorno no regulados y deben limitarse al menor tiempo posible, a menos que se haya obtenido una mejora corporal completa (el tiempo medio de amortización para esa mejora es de 285.000 horas de producción). La exposición a corto plazo es soportable para los no modificados, pero siempre que vistan trajes de protección completos; en cuyo caso, es esencial comprobar periódicamente las juntas y sellos para detectar posibles signos de corrosión.

Las zonas deshabitadas están formadas principalmente por desiertos de ceniza, lagos ácidos, desoladas cordilleras y tres plantas de extracción mineralógica. Dado que la mayoría de los recursos autóctonos se han agotado, se están llevando a cabo grandes esfuerzos para la extracción en los restantes cuerpos planetarios del sistema y en la mayoría de los grandes asteroides. El procesamiento preliminar de los recursos extraplanetarios se lleva a cabo en las refinerías orbitales y a continuación se entregan las materias primas mediante inserción balística directa hasta la superficie; la recuperación de esas cargas de las zonas de aterrizaje es un trabajo muy solicitado, ya que cada hora que se pasa en la superficie se consideran tres a efectos del cómputo de horas de producción y actualmente hay muchas vacantes para dichos puestos.

Si se ven atrapados en la superficie, es aconsejable buscar refugio inmediatamente, especialmente si se levanta el viento. Las tormentas de escorias son capaces de desgastar el blindaje de un transporte de orugas pesado e incluso pueden infligir graves heridas a los humanos mejorados en tan solo unos instantes.



CAPÍTULO SEIS

Tenía pocas expectativas respecto al mundo que nos esperaba y las que me quedaban, se vieron rápidamente frustradas. Desde la órbita, Fecundia parecía una inmensa pústula hinchada y lívida, ahogada por los detritus de su industria. Gran parte de su superficie estaba oculta por espesas nubes color diarrea que se arremolinaban sobre las ciudades colmena [44], cada una de las cuales se extendía cientos de kilómetros en todas direcciones. A su alrededor no había más que desiertos de detritus y escombros. El lugar ya era una ruina inhabitable antes de que el Mechanicus se instalara y que yo pudiera ver, apenas habían hecho nada para mejorarlo [45].

[44] Parece que no distingue entre las fábricas propiamente dichas y los bloques de habitáculos adyacentes; aunque, para ser justos, estaban tan entremezclados que era difícil saber dónde comenzaba la línea divisoria entre unos y otros.

[45] Los trabajos de terraformación comenzaron en M35, con la creación de una atmósfera que rápidamente se volvió casi irrespirable en cuanto comenzó en serio el saqueo de los recursos del planeta.

-Todo un espectáculo, ¿no es así?- comentó El'hassai junto a mí en un tono estudiadamente neutro. Yo me sobresalté, pues estaba demasiado absorto en mis propios pensamientos como para haberme dado cuenta de que se había acercado silenciosamente.

-Si le gustan este tipo de cosas- concedí. El lado nocturno del mundo que teníamos bajo nosotros brillaba en un parpadeante rojo pagado, la luz de las incontables fraguas que hacían que pareciera que todo el planeta estuviera en llamas. Recordé el infierno volcánico del que había escapado por los pelos [46] y me estremecí. **-¿Le recuerda a alguna parte de su hogar?**

[46] Pyria, un planeta conocido por su extrema inestabilidad geológica donde el año anterior Cain se había enfrentado un grupo de piratas eldar.

-Nuestros fabricatorías son menos… despilfarradoras con el uso de la energía- contestó El'hassai de una forma que me pareció muy remilgada, pero con los xenos, a menudo es muy difícil saber lo que realmente piensan.

-Me alegro por ustedes- respondí por puro reflejo, dejando que él eligiera si quería darse cuenta del sarcasmo del comentario.

-No parece un objetivo muy tentador para los tiránidos- continuó, eligiendo claramente no hacerlo. **-Nuestros anteriores encuentros con ellos tienden a sugerir que prefieren planetas más verdes.**

-Ahí abajo debe haber unos veinte mil millones de personas- le corregí. **-Aunque la mitad sean de metal y probablemente haya el doble de servidores** [47]**. Hay biomasa más que suficiente para que un ataque merezca la pena.**

[47] En realidad, tres o cuatro veces más habría sido una suposición más precisa.

-Acepto la corrección- dijo El'hassai, alzando su mirada del mundo cloaca que teníamos debajo para mirar el frío y claro vacío que lo rodeaba. Algunos de los incontables puntos de luz que salpicaban el fondo tan oscuro como la boca de un lobo se movían contra la mancha luminiscente de la mayor parte de la galaxia y los señaló. **-Las naves de los piquetes de guardia parece que están ocupando sus posiciones con encomiable rapidez.**

-Así es- coincidí, aunque el despliegue de la flota nada tenía que ver conmigo.

El contingente naval tenía asignados a sus propios comisarios, que estarían lo suficientemente versados en tácticas tridimensionales como para entender lo que estaba sucediendo. Sin embargo, sospechaba seriamente que la mayoría de las naves que estábamos eran viendo eran en realidad los transportes de carga que alimentaban los insaciables apetitos de los hornos del planeta con materias primas o transportaban sus productos a medio centenar de mundos [48].

[48] Aunque el valor estratégico de Fecundia para el Imperio se basaba en su prodigiosa producción de municiones, también producía gran cantidad de productos civiles; en casi todos los mundos del sector estaban presentes los vehículos terrestres allí producidos y los fertilizantes químicos fabricados junto a los explosivos de uso militar (muy a menudo incluso en la misma cámara de reacción) eran lo único que hacía posible la producción de alimentos en tres agromundos vecinos de escasa fertilidad.

La preocupación más inmediata eran las naves que transportaban el contingente de la Guardia Imperial, que ya estaban a punto de entrar en órbita para comenzar a desplegar los soldados hacia la superficie, donde comenzarían a fortificar las colmenas. Precisamente el cómo íbamos a conseguirlo seguía siendo un importante quebradero de cabeza, ya que no contábamos con efectivos suficientes ni siquiera para proteger uno de los núcleos de población del planeta, por no hablar de todos; pero eso sí, había pocas posibilidades que nos quedáramos sin municiones.

Antes de que la conversación, o mis pensamientos, pudieran tomar una deriva más pesimista, un olor ya familiar anunció la llegada de mi ayudante.

-Menudo lio- comentó, mirando por la ventanilla.

-Los mundos forja suelen serlo- le recordé y él asintió con un bufido de desaprobación.

-Como el último en el que estuvimos- estuvo de acuerdo. **-Basura por todas partes-** sentenció y luego se encogió de hombros. **-Me atrevo a decir que probablemente será mejor de puertas para adentro.**

-Pronto lo sabremos- le contesté, esperando que tuviera razón. **-¿Supongo que el transbordador estará preparado?**

Jurgen asintió.

-El Lord General le envía sus saludos, señor y le gustaría verle a bordo lo antes posible.

-Estoy seguro de que esas no han sido exactamente sus palabras- dije.

Jurgen rascó el suelo con uno de sus pies. **-Eso fue lo esencial-** insistió. Habría sido muy poco amable por mi parte presionarle para que diera más detalles, ya que evidentemente estaba tratando de no herir mis sentimientos y conociendo a Zyvan tan bien como yo, era más que capaz de llenar por mí mismo los espacios en blanco.

-Entonces será mejor que no le hagamos esperar- dije volviéndome hacia El'hassai, que aún parecía hipnotizado mirando las estrellas más allá de los cristales blindados**-. ¿Querrá unirse a nosotros, embajador?**-. Debo decir que tenía mis dudas sobre si sería conveniente preguntarle o no, pero así lo exigía el protocolo y al menos, si nos acompañaba me ahorraría tener que regurgitar más tarde todo el contenido de nuestras discusiones con el Mechanicus para informarle. Eso por no decir que me sentía mucho más cómodo sabiendo dónde estaba.

-Esa será la opción más eficiente- aceptó el tau, apartando la mirada del supurante planeta que nos esperaba abajo y acompañándome mientras nos dirigíamos hacia los hangares de atraque. Los pasillos estaban

atestados de guardias imperiales y personal de la Armada que se apartaron con diversas expresiones de desconcierto, hostilidad o repugnancia al ver al xenos, aunque El'hassai los ignoró a todos. Por mi parte, apenas me di cuenta, ya que los comisarios tampoco es que sean especialmente bienvenidos en ninguna parte, pero, por el contrario, Jurgen fue devolviendo cada mirada hostil mientras nos abría paso con la misma eficiencia que lo habrían hecho las tropas de asalto de la escolta de Zyvan.

Parecía que íbamos a viajar a bordo de la lanzadera personal de Zyvan, lo cual me parecía una muy buena noticia: sus sillones profusamente acolchados y su moqueta eran mucho más cómodos que los duros asientos y la cubierta de metal de los transportes más utilitarios en los que yo estaba acostumbrado a entrar y salir de órbita, aparte, por supuesto, de que sabía por propia experiencia que el mueble-bar del Lord General estaba excelentemente surtido.

-¿Olvidaste tu comunicador personal?- me saludó el Lord General mientras subíamos por la rampa. Entonces su mirada se fijó en El'hassai, a un par de pasos detrás mío, que caminaba flanqueado por los guardaespaldas que se habían unido a él en cuanto entramos en el hangar.

-Enviado. Me alegra que se una a nosotros.

Sin embargo, si uno interpretaba correctamente su actitud, el Lord General hubiera estado encantado de que los tau se hubieran quedado a bordo de la nave.

Efectivamente, tras haberme acomodado en uno de los sillones y aceptar el amasec que Jurgen me sirvió, Zyvan se acercó y me habló en voz baja.

-¿Estás seguro de que esto es buena idea?- preguntó.

-Estamos destinados a ser aliados- le recordé, igualmente en voz baja. Había muy pocas probabilidades que nos escucharan gracias al ~~el~~ creciente rugido de los motores, pero con los xenos nunca se sabe [49], así que seguí hablando en susurros. **-Los mecanos saben que llevamos una delegación a bordo, así que ¿por qué no iban a permitirle participar en la reunión inicial?**

[49] De hecho, la audición de los tau y los humanos parecen estar en un espectro muy similar, aunque el tau medio parece ser incapaz de escuchar las frecuencias más altas mientras que si es capaz de distinguir sonidos que la mayoría de los humanos percibirían simplemente como una incómoda vibración. Esto probablemente explique su lamentable gusto musical.

-Bien, si crees que no pondrán ningún impedimento- contestó Zyvan, encogiéndose de hombros.

-¿Y por qué iban a hacerlo?- pregunté, sinceramente asombrado.

Zyvan volvió a encogerse de hombros y bebió un sorbo de su amasec.

-¿Por qué hacen los mecanos las cosas que hacen?- preguntó, muy razonablemente.



Nuestro descenso fue tan suave y sin complicaciones como podíamos esperar, las turbulencias al entrar en la atmósfera fueron lo suficientemente suaves incluso para el sensible estómago de Jurgen; algo que no era de extrañar sabiendo que el piloto personal de Zyvan era uno de los mejores de la flota. La vista del planeta desde los ojos de buey apenas mejoró a medida que nos acercábamos, las espesas nubes de la corrosiva contaminación que había visto desde la órbita lo cubrían todo casi hasta ras de suelo, algo que no pude más que agradecer a juzgar por los breves atisbos que logré ver entre los ocasionales claros de lo que nos aguardaba en la superficie.

Finalmente, unas intermitentes y brillantes luces atravesaron la niebla para guiarnos hacia la zona de aterrizaje y, surgiendo de entre las nubes de contaminación como una cordillera volcánica, comencé a distinguir por debajo y a nuestro alrededor la inmensa masa del principal complejo fabril. A la luz de las balizas se sumaron innumerables más, salpicando la opresiva masa de acantilados artificiales o moviéndose entre el banco del tráfico aéreo entre el que nos movíamos, al igual que pececillos bordeando las paredes de un arrecife. Supongo que no es una mala comparación, ya que, al igual que un arrecife, la colmena había ido creciendo gradualmente gracias a la acción de innumerables individuos durante miles de años. Con el tiempo, se marchitaría y moriría al agotarse los recursos por los que había sido creada allí. A continuación el Mechanicus se marcharía y comenzaría a

crear otra en algún otro trozo de roca que fuera lo suficientemente desafortunada como para poseer algo que ellos desearan [50].

[50] De hecho en aquel momento, su flota prospectora ya había identificado otros cinco mundos en el sector aptos para su explotación y ya habían comenzado los trabajos preliminares en dos de ellos, estimando que se convertirían en mundos forja a pleno funcionamiento a finales de la primera centuria del M43. De los otros tres, uno también interesaba a los tau, que lo habían fortificado considerablemente contra posibles reclamaciones de otros rivales, el segundo había sido invadido por los orkos y no se consideraba que mereciera la pena limpiarlo y el tercero se encontraba directamente en el rumbo de la flota colmena Kraken, por lo que se consideraba una mala inversión a largo plazo.

-¿No nos dirigimos a la plataforma principal de aterrizaje?- pregunté, mientras, con un brusco acelerón, que hizo que el rostro de Jurgen adquiriese un tono claramente verdoso, incluso para lo que era habitual en él, nuestro piloto nos sacaba fuera del tráfico normal para elevarnos majestuosamente sobre las imponentes agujas de la cordillera de la colmena.

-Los magi que dirigen este lugar quieren que nuestra reunión sea discreta- contestó Zyvan, yo asentí con la cabeza, aprobando la idea. Ya iba a ser bastante difícil el elaborar una estrategia eficaz sin tener que complicarse con recepciones oficiales y todo aquel tipo de cosas. Especialmente porque los tecno-sacerdotes no son precisamente famosos por sus buenas fiestas.

-¿Dónde, entonces?- pregunté. Zyvan me señaló hacia una aguja, coronada por un icono de la rueda dentada lo suficientemente grande como para haber podido estacionar un Baneblade en uno de sus dientes [51].

[51] Obviamente no en uno de los que apuntaban hacia abajo.

-La Aguja de la Bendita Computación- dijo, entrecerrando los ojos mientras miraba la placa de datos que tenía en la mano. Era un sencillo modelo de campo militar, incongruentemente gris frente al elegante uniforme de gala que se había puesto para la ocasión, pero no sería él mismo si no prefiriera las cosas más prácticas. Muy a menudo, yo pensaba que, si pudiera, el Lord General prescindiría de todas las condecoraciones y ceremonias que le rodeaban, pero estaba tan atado a los protocolos de su posición como yo a los míos. Le debí parecer desconcertado, porque acto seguido añadió: **-Desde allí se dirige la mayor parte de esta patética roca.**

-Buena elección, entonces- afirmé. Cuanto más cerca estuviéramos del centro de mando de los mecanos, más fácil sería lograr su cooperación.

-Me alegro de que lo apruebes- me contestó Zyvan, no del todo en broma.

La aguja estaba ya tan cerca que oscurecía gran parte de la colmena mientas sus pisos superiores se hacían más visible a medida que nos acercábamos a ella a través del océano de oscuridad. El sol apenas era visible, perceptible solamente como un disco luminoso, lo suficientemente tenue como para poder mirarlo directamente, brillando débilmente a través de las espesas nubes marrones que nos separaban del resto del universo, de modo que dependíamos casi por completo de los focos para ver hacía

donde íbamos. Cerré mi pulgar contra la palma de mi mano [52], confiando en que el piloto dispusiera de un auspex lo bastante fiable. Desde donde estábamos, los costados de la aguja que se nos habían antojado lisos desde apenas un par de kilómetros de distancia, parecían ahora nudosos, como la corteza de un árbol increíblemente alto, del que sobresalían todo tipo de subestructuras, conductos de ventilación, antenas y plataformas de trabajo. Servidores y trabajadores de mantenimiento de la Aguja, protegidos con trajes blindados contra las infernales condiciones medio ambientales, pululaban sobre su superficie, haciendo lo que solo el Emperador podría imaginar.

[52] Un gesto muy común en varios mundos de aquel sector, en el que se dobla el pulgar sobre la palma de la mano para que los dedos formen la estilizada ala de un Aquila, destinado a invocar la buena suerte o a ahuyentar las desgracias.

-Debe ser por ahí- dijo Jurgen, con un suspiro de alivio que me hizo disfrutar plenamente de su halitosis e hizo que lanzara una breve y envidiosa mirada a los cascos integrales que llevaba la escolta de guerreros de fuego de El'hassai. Seguí la dirección de la mirada de mi ayudante y descubrí que estábamos descendiendo hacia una pequeña plataforma de aterrizaje que sobresalía de la pared vertical de la Aguja, una las muchas dispersas entre los millones de salientes.

-Eso parece- coincidí, entrecerrando los ojos para mirar a través del enrarecido aire. Las parpadeantes balizas de aterrizaje que guiaban a nuestro piloto resaltaban los augméticos de la guardia de honor de skitarii de uniformes escarlatas que formaban junto a la puerta que conducía al interior de la torre. De repente, una idea pasó por mi cabeza y miré a Zyvan con cierto espanto.

-¿No esperaran que salgamos ahí fuera, ¿verdad?

-No será por mucho tiempo- me aseguró. **-El magos Dysen dicen que una breve exposición a esa atmósfera es bastante inofensiva.**

-"*Bastante*"- repetí, pronunciando la palabra como si fuera una afirmación, mientras rumiaba cuánta imprecisión podría albergar aquella simple palabrita. **-Eso estará bien para él, que ya no tiene pulmones que se le puedan joder** [53]**.**

[53] De lo cual podemos inferir que Caín al menos se había tomado un tiempo para familiarizarse con los archivos de datos de los miembros más antiguos del Adeptus Mechanicus en Fecundia.

-En todo caso, no de los biológicos- añadió Zyvan con cierta jocosidad. Pero antes de pudiéramos seguir hablando sobre el asunto, una leve vibración transmitida por el casco me indico que el piloto había aterrizado con la destreza que esperaba de él y de que el tiempo de conversar ya había pasado.



CAPÍTULO SIETE

Lo primero que llamó mi atención al bajar por la rampa fue el olor, una espesa y sulfurosa humedad que abofeteó mí rostro como una manta empapada en la tibia agua de un pantano. Un intenso calor bullía a nuestro alrededor a través del hediondo aire, ascendiendo desde el manofactorum que teníamos debajo gracias a imperiosas y fétidas ráfagas térmicas, como si las propias fraguas estuvieran constantemente quebrando el propio aire. Incluso prevenido como estaba, tosí e incluso estuve a punto de vomitar, envidiando, esa vez en serio, los respiradores que llevaban los guerreros tau.

-Apesta un poco- observó Jurgen, tan ajeno a la ironía como siempre, mientras yo me situaba junto a Zyvan y el pequeño grupo de ayudantes que lo acompañaban. Como no me atrevía a responder y estaba respirando todo lo superficialmente que podía, me limité a asentir.

La plataforma de aterrizaje era mucho más pequeña de lo que me había imaginado, apenas lo suficientemente grande para albergar nuestra lanzadera, y mi ya buena opinión sobre nuestro piloto subió varios enteros. El morro de la nave estaba a tan sólo un puñado de metros de la pared, cerca de donde se abría el atractivo e iluminado rectángulo de una puerta, mientras que el patín de aterrizaje de estribor estaba aún más cerca de la vertiginosa caída de tres kilómetros hacia el corazón de los hornos. Con un

escalofrío, me di cuenta de que el borde exterior carecía de cualquier tipo de barandilla, o incluso de un pasamanos para impedir que cualquier descuidado diese un paso en falso, así que decidí mantener el casco de la nave entre el abismo y yo. Estaba claro que los tecno-sacerdotes que allí trabajaban consideraban el instinto de auto-conservación como algo superfluo.

-Bien hecho- felicitó Zyvan a nuestro piloto a través de su comunicador personal y se volvió hacia mí. **-Nos ha situado en una posición en la que podemos utilizar la lanzadera como barrera contra el viento.**

-Algo por lo que todos deberíamos dar gracias al Trono- coincidí, sintiendo como las ráfagas de viento que atravesaban el caso hacían ondear mi abrigo como un estandarte. Sin la protección de la nave, me habría sido difícil mantenerme en pie. La alarmante visión de ser arrastrado y arrojado al vacío por el aire turbulento pasó por mi mente y la reprimí con firmeza.

-Bienvenidos- nos saludó el oficial al cargo del destacamento de skitarii con el átono zumbido de un codificador-vox, mientras hacía el gesto del engranaje que generalmente prefieren los seguidores del Dios-Máquina. **-Centurión Kyper, Primus Pilem, Cohorte Fecundia.**

Como la mayoría de los skitarii con los que me había cruzado en el curso de mis erráticos vagabundeos por la galaxia, tenía más el aspecto de un ogrete intensamente aumentado que el de un humano, con una musculatura

abultada gracias a los potenciadores químicos y entrelazada con sus biónicos.

-Descanse- dijo Zyvan, sin molestarse en presentarse; si Kyper no se daba cuenta inmediatamente de con quien hablaba, es que no tenía que estar allí. A continuación, señaló en mi dirección. **-Me acompaña el comisario Cain, junto al enviado tau y su escolta.**

-¿El enviado tau?- repitió Kyper, sonando tan sorprendido como se lo permitía su vocalizador mecánico. Podía ver muy poco de su rostro dentro de la capucha que los protegía de los elementos y la mayor parte de los que puede ver era demasiado metálico como permitir mostrar una expresión, pero no necesitaba mirarlo a los ojos para darme cuenta de estaba alterado. Comenzó a lanzar rápidos chirridos en binario a sus dos compañeros, ambos empequeñecidos por el corpulento servidor de combate que formaba al final de la escolta. **-No hemos sido informados de eso.**

-Fue una decisión de última hora- expliqué, con la voz ronca debido a la fina capa de cenizas y sin duda otras muchas sustancias aún menos agradables que obstruían mi laringe.

-Debe permanecer en la lanzadera- señaló Kyper con firmeza.

-Esa no es una decisión que usted pueda tomar- le espetó Zyvan, con el tono de un hombre para que el que

tener que poner en su sitio a los subordinados molestos se había convertido en algo natural.

-¿Hay algún problema?- preguntó El'hassai, apareciendo al pie de la rampa de desembarco y enmarcando sus palabras con unas pequeñas y precisas toses. Se dirigió directamente hacia el skitarii. **-Mis credenciales diplomáticas han sido totalmente aprobadas por…**

-Criatura no santificada- le interrumpió el servidor de combate mientras se ponía en movimiento. **-Purgar y reconsagrar.**

-Desconecta esa cosa- grité, con el mejor de mis tonos intimidatorios. Pero antes de que Kyper pudiera mover uno solo de sus músculos augméticos, el constructo ya había alzado el brazo armado con un cañón automático y disparado una ráfaga de proyectiles de grueso calibre que rechinaron y rebotaron contra la, de repente, muy abollada rampa de desembarco. El'hassai volvió a subir por ella con una encomiable rapidez mientras el servidor había con paso firme hacia la lanzadera, con la clara intención de matarlo.

-¡Despegue!- le gritó Zyvan al piloto, pero éste había apagado los motores nada más aterrizar, sin duda previendo una larga y tediosa espera hasta que finalizaran las negociaciones preliminares, y todos sabíamos que no había forma de que la lanzadera se elevara antes de que el servidor la alcanzara.

Volví a desconectar mi comunicador vox justo a tiempo para escuchar al piloto confirmar la orden.

-Encendiendo- confirmó y los motores principales se encendiendo con un rugido que me hizo castañetear los dientes. **-Quince segundos para el despegue.**

-¡No tenemos quince segundos!- grité. **-Esa maldita cosa logrará subir antes a bordo. ¡Suba la rampa!**

-Lo estoy intentando- me informó el piloto, su voz sonaba con la antinatural calma de alguien acostumbrado a lidiar con situaciones extremas. **-Uno de los disparos del cañón automático ha desactivado los servos.**

-¡Entonces, acabe con él!- ordené, mirando el cañón multilaser situado bajo la cabina.

-No puedo apuntarle- replicó el piloto, con el tono de hombre acostumbrado a acompañar las malas noticias con otras aún peores. **-Ya está fuera de su alcance.**

-¡Entonces tendréis que hacerlo vosotros!- grité volviéndome hacia el centurión skitarii**-. ¡Abrid fuego o desconectadlo! Vosotros elegís.**

Durante un instante, se comunicaron consternados los unos a los otros mediante su chirriante lenguaje código.

-Lamentablemente, comisario, no podemos hacer nada de lo que nos pide- contestó Kyper. **-La unidad está programada para defender la Aguja de entradas desconocidas y dañarla va en contra de uno de los principios del Omnissiah. Puedo solicitar los códigos de desactivación apropiados a una autoridad superior, pero…**

-Oh, por el amor del Emperador- exclamé, sacando mi arma. Enfrentarme a un servidor de combate totalmente acorazado iba en contra de todos mis instintos de auto-conservación, pero si El'hassai moría, sabía demasiado bien a quién echarían la culpa; caramba, si ni siquiera habría estado allí si yo no lo hubiera invitado. Disparé un par de descargas a la espalda blindada del contructo, con la única intención de desviar su atención durante el tiempo suficiente para que piloto pudiera despegar, antes de que yo hiciera lo propio, saliendo a la carrera hacia la seguridad que ofrecía la puerta.

Pero cuando me giré, vi como la puerta se sellaba con un siseo, dejándonos atrapados en la estrecha plataforma de aterrizaje.

-¿Y ahora qué?- bufé exasperado.

-Los espíritus-maquina están sellando la Aguja en respuesta al uso de armas de fuego- contestó Kyper.

En ese justo momento se hizo evidente el fallo de mi plan. El servidor se giró pesadamente y alzó su brazo armado

para apuntarme. **-Se ha detectado acción hostil-** zumbó. **-Tomando represalias. Tomando represalias.**

Salté a un lado para salvar mi vida mientras los impactos de los proyectiles del cañón automático se dirigían hacia donde me había encontrado un instante antes. Zyvan y sus ayudantes se alejaron de la línea de fuego como patos asustados. Yo rodé por el suelo, efectuando otro disparo con la esperanza de alcanzar algo vital. No hubo suerte, por supuesto, pues todo lo vulnerable estaba bien a cubierto detrás de su blindaje.

-Permítame, señor- dijo Jurgen, disparando una ráfaga con su fusil láser. Como ya era de esperar tampoco surtió mucho efecto, aunque sí logró frenar por un momento el avance de aquella cosa, que se giró para lanzar una ráfaga en su dirección, la cual chirrió mientras rebotaba en el patín de aterrizaje detrás del que se había refugiado. A continuación, se volvió de nuevo hacia mí, con la intención de ocuparse de un solo objetivo a la vez [54].

[54] Probablemente porque, al estar al descubierto, Cain era el objetivo más visible.

-Solicito códigos de desactivación, autorización Alfa Beige Cero Siete Seis Ocho Cantata- dijo Kyper, aparentemente a través de algún enlace de vox interno. **-Máxima urgencia.**

Al menos ya estaba haciendo algo, pero si no era capaz de solucionarlo muy rápidamente, iba a ser demasiado tarde para mí.

Volvía a lanzarme hacia un lado, con los trozos de rococemento salpicando mi rostro y me acerqué a la lanzadera justo cuando el sonido de sus motores se elevaba hasta convertirse en un aullido. La neblina marrón se arremolinó a mis tobillos, agitada por la contracorriente y corrí a toda velocidad hacia la atascada rampa. Era una apuesta desesperada, pero en aquel instante parecía ser la mejor de entre un montón de posibles opciones, la mayoría de las cuales probablemente provocarían mi muerte.

-¡Despegando, ya!- gritó el piloto y yo salté desesperado hacia la placa de metal que se elevaba, sintiendo como el borde la misma se estrellaba contra mi estómago, arrancándome el aire de los pulmones, (lo que probablemente no fuera nada malo, teniendo en cuenta la calidad del mismo). Justo en ese momento fui consciente de que aún tenía mi pistola en la mano, lo que me impedía agárrame a cualquier otra cosa.

Apenas tuve tiempo de maldecir antes de sentir como me resbalaba por la rampa. Agitándome desesperadamente, conseguí agarrarme con mi mano libre a uno de los pasadores de retención, lo que me dejó colgando como un pececillo recién pescado mientras el panorama de la colmena giraba vertiginosamente bajo mis pies. No tengo ni la menor idea de por qué no había soltado la pistola, pero supongo que aquellas alturas, aunque lo hubiera intentado, estaba demasiado aterrorizado como para ser capaz de abrir los dedos.

-¡Aguante, señor!- me gritó Jurgen a través del vox, en lo que me pareció el consejo más superfluo que jamás había

recibido. Entonces, el servidor volvió a abrir fuego y las balas de gran calibre abrieron una ominosa línea de cráteres a lo largo de la parte inferior de la rampa sin que alcanzaran mis piernas, que pataleaban salvajemente, por un margen demasiado estrecho y entonces adiviné la razón de su advertencia.

Nunca sabré por qué el servidor siguió descargando su rencor contra la lanzadera en lugar de volverse contra mi ayudante en cuanto tuvo un tiro claro contra él, pero el caso es que continuó apuntándonos con la misma despiadada ansia de venganza que un orko [55].

[55] Esos servidores suelen estar programados para concentrar su fuego en lo que perciben como la mayor amenaza, y en aquel caso ésta era el multiláser de la lanzadera y la presencia de un intruso xenos a bordo.En comparación, Jurgen y su fusil láser no constituían-más que una irritante molestia.

-El motor de estribor se ha incendiado- anunció el piloto, con un tono de profesionalidad que me sonó más débil que nunca. La lanzadera dio una brusca sacudida que casi me hace perder mi precario control. Los músculos de mis hombros gritaban en señal de protesta y sentía como mi brazo estaba punto de soltarse de su agarradero. Una columna de espeso humo negro, que se veía perfectamente entre lo que pasaba por ser la atmósfera en aquel lugar, comenzó a brotar de la cubierta del motor, alejándose para juguetear con sus amigas que surgían de los hornos que había debajo. Si caía, probablemente ardería antes de chocar contra el suelo (o más probablemente contra el techo de algo), lo cual no era precisamente el más tranquilizador de los pensamientos. **-Tendré que volver a aterrizar-** terminó. *Y aplastándome como insecto en el proceso*, pensé.

-¡ Manténgase en el aire!- grité desesperado, intentando apelar a su sentido del deber, ya que mi propia situación no le haría desistir, dado que los comisarios no son precisamente las personas más populares entre la soldadesca [56]. **-¡Si aterriza, esa cosa matará al embajador!**

[56] Es muy típico en él que no se le ocurriera pensar en la alta estima que gozaba, en vivo contraste con la de la mayoría de sus colegas.

-Es aterrizar o estrellarse- contestó obstinadamente el piloto. **-¡Y seguro que no podrá sobrevivir a eso!**

-Su preocupación por mi bienestar es muy gratificante- anunció una voz familiar que se elevó sobre el silbido de nuestro maltratado motor, el rugido del aire que entraba por el reducido espacio sobre la rampa y el estruendo de otra ráfaga procedente de la plataforma de aterrizaje. **-Pero creo que estaré bastante protegido.**

Una delgada mano de cuatro dedos [57] aferró mi muñeca y tiró de ella con sorprendente fuerza.

[57] Tres y un pulgar, para información de los más pedantes de entre mis lectores.

No pudo subirme a bordo con sus propias fuerzas [58], por supuesto, pero me impulsó lo suficiente para desplazar mi centro de gravedad hacia la rampa que se movía salvajemente y después me fue fácil arrastrarme hasta ponerme a salvo.

[58] Dada su relativamente pequeña estatura, no es de extrañar que el promedio de los tau sean algo más débiles que los humanos, pero, como en otros tantos aspectos, no es prudente subestimar su determinación o tenacidad en una situación de crisis.

-Gracias- dije, poniéndome en pie con cierta dificultad y guardando finalmente la pistola en su funda. Sin embargo, no hubo más tiempo para conversar, ya que la plataforma de aterrizaje se iba haciendo cada vez más grande y el servidor asesino seguía disparando contra nosotros mientras descendíamos. Nuestro piloto parecía demasiado ocupado intentando que descendiéramos de una sola pieza como para usar el multiláser [59]. Tropecé cuando la lanzadera volvió a tambalearse y me sujeté por simple reflejo a El'hassai, arrastrándolo hacia un lado justo cuando un torrente de proyectiles del cañón automático trituraban el mamparo donde justo había estado parado tan solo un instante antes. **-Espero que esa protección suya esté lista para atacar en cuanto toquemos tierra.**

[59] O más probablemente, pensó que el riesgo del alcanzar accidentalmente a Zyvan era demasiado alto para intentarlo.

-Lo está- me aseguró El'hassai. Al mirar a mi alrededor, vi a la pareja de guerreros del fuego que habían acompañado al diplomático hasta la rampa. Cada uno de ellos extrajo un delgado cable de algún lugar de entre los recovecos de su armadura y la engancharon en lo soportes del techo, liberando sus manos para poder manejar sus armas. Un segundo más tarde, dos descargas de plasma salieron de sus fusiles de pulsos e impactaron de lleno en el servidor rebelde.

-¡Buena puntería!- grité, aunque probablemente no entendieran ni una sola palabra de lo que les dije. Animar a las tropas se había convertido en un hábito muy arraigado, especialmente cuando yo mismo estaba en la línea de fuego. **-¡Ya está, acabado!**

Sin embargo, mi júbilo resultó ser algo prematuro, ya que el Adeptus Mechanicus había hecho un trabajo demasiado bueno construyendo aquella cosa. El constructo se tambaleó bajo el fuego, mientras yo observaba con aprobación como Jurgen se había sumado a la refriega con la habitual tenaz determinación a la que me había acostumbrado durante el transcurso de nuestra larga asociación, pero desafortunadamente para mí, el servidor se recuperó, intentando una vez más alzar su brazo fusionado con el cañón automático a la vez que intentaba recuperar el equilibrio.

-Al menos le hemos arrancado los dientes- anunció Zyvan por el vox con evidente aprobación. Vi que su mano estaba junto a su arma, sin duda deseando desenfundarla y comenzar él mismo a disparar, pero ya le iba ser lo bastante difícil el negociar con nuestros anfitriones sin que él también hubiera agujereado uno de sus juguetes.

Justo en ese momento, la cubierta tembló bajo mis pies cuando la lanzadera se estrelló con un brutal estruendo contra la plataforma de aterrizaje, arrojándonos al suelo a Al'hassai y a mí. El tau apenas tuvo tiempo de gritar algo en su propia lengua, aunque no tengo ni idea de si se trataba una pregunta interesándose por sus escoltas o una simple blasfemia, similar a la yo estaba lanzando. La lanzadera rebotó contra la pista, volvió a chocar contra la plataforma y

finalmente se detuvo, con la cubierta inclinada en un extraño ángulo.

-Buen aterrizaje- transmití por vox al piloto, con un palpable alivio en mi voz que disipó cualquier posible sospecha de sarcasmo.

-Lo mejor será que salte mientras pueda- respondió este, haciendo saltar los cierres de emergencia de la carlinga mientras hablaba para luego comenzar a descender hasta la cubierta por una escalerilla de emergencia.

La lanzadera vaciló ligeramente cuando el piloto saltó sobre la cubierta y, con un estremecimiento de horror, comprendí de repente el por qué la pequeña nave estaba inclinada en un ángulo tan agudo. En su prisa por hacernos descender y con los controles de la nave afectados por los daños causados por el servidor rebelde, el piloto no había logrado aterrizar del todo sobre la plataforma. Nos estábamos tambaleando casi colgando del precipicio, azotados por los irregulares vendavales que subían desde las profundidades y sólo haría falta una ráfaga de viento especialmente fuerte para hacernos caer al vacío.

-¡Comprendido!- dije y luego me volví hacia El'hassai, que se tambaleaba a mi lado. **-Tenemos que saltar ahora mismo. Este saco de tuercas se precipitará al vacío en cualquier momento.**

-Ra'sncr'ns y Gl'den'sn- respondió, algo que me desconcertó por un momento, durante el cual lo examiné

disimuladamente en busca de cualquier signo visible de traumatismo craneal, antes de seguir la dirección de su mirada y darme cuenta de que estaba hablando de sus guardaespaldas. **-¿Están muertos?**

-Demasiado bien no parecen estar - le respondí, corriendo hacia el más cercano, fuera el que fuera de los dos. Él (o ella, nunca me ha resultado fácil distinguirlo, incluso sin su armadura corporal, algo que, de todas formas sólo le interesaría a otro tau) colgaba flojamente de la cinta que había utilizado para sujetarse. Al no saber cómo soltarlo, me limité a desenfundar mi espada sierra y la corté de un tajo, atrapando al conmocionado guerrero mientras caía.

El xenos se agitó débilmente cuando cerré mi brazo para sujetarlo, lo cual al menos respondió a una de las preguntas, aunque, sí he de ser sincero y dadas las circunstancias, hubiera preferido encontrar un cadáver que hubiera podido abandonar de inmediato sin ver afectada mi reputación. No queriendo perder más tiempo, me lo cargué al hombro y me giré a ver cómo le iba a El'hassai con el otro guerrero.

Gracias al Trono, el segundo guardaespaldas parecía poder estar en condiciones de caminar, aunque se apoyaba con tanta fuerza sobre El'hassai que los ralentizaba a ambos, por lo tanto, yo iba tres o cuatro pasos por delante cuando salté el metro o así que me separaba del rococemento de la plataforma de aterrizaje. Con sesenta y tantos kilos de xenos [60] a cuestas, mi aterrizaje no fue precisamente elegante, lo cual, teniendo en cuenta todo lo anterior, no era de extrañar. Y menos mal que así resultó, porque al tropezar, logré evitar el tajo de una ruidosa espada sierra

que atravesó el lugar donde un instante antes había estado mi cabeza. Retrocedí por mero reflejo, dejando caer al suelo al guerrero de fuego y rodé a un lado para esquivar otro golpe. El servidor se giró para seguirme, arrastrando un poco la pierna izquierda, algo que me permitió ampliar la distancia.

[60] No es mala estimación, si se tiene también en cuenta la armadura de combate.

-¡No tengo un disparo limpio, señor!- me gritó Jurgen desde cerca de la puerta. Todos los demás se agrupaban junto a ella, discutiendo y gesticulando, lo cual era una pésima noticia desde mi punto de vista. Incluso si lograban abrirla, nunca conseguiría llegar a un lugar seguro a través de toda aquella aglomeración. Tendría que seguir manteniendo a raya al constructo y confiar en que todo se solucionaría.

-Ya tengo los código de desconexión de la unidad- murmuró Kyper, un poco tarde en mi opinión. **-Transmitiéndolos ya.**

-Muy agradecido- le contesté, rechazando en pro de la diplomacia otras alternativas más breves y sonoras que me habían venido a la mientras adoptaba la posición de en guardia con mi propia espada sierra. Debía seguir pareciendo adecuadamente heroico ahora que lo peor del peligro ya había pasado, y no sabía cuánto tiempo podría tardar antes de desactivarse aquella cosa. Menos mal que así lo hice. Apenas había alzado la espada, aquella maldita cosa me lanzó otro golpe, que paré por puro reflejo. Las chispas saltaron al chocar los dientes giratorios de nuestras

hojas y yo retrocedí, agachándome bajo la alzada proa de la lanzadera. **-Cuanto antes lo haga, mejor.**

-Lo voy a volver a intentar- dijo Kyper, una frase que me produjo un comprensible escalofrío. **-Los nodos de comunicación del servidor parecen haber sufrido daños en el combate.**

-No me digas- repliqué ahogando una nueva salva de exabruptos al tiempo que desviaba otro veloz golpe para luego lanzar un tajo hacia el descubierto vientre del constructo. Había quedado claro que las armas de los tau no habían podido detenerlo, pero habían roto su caparazón como el de un crustáceo cocido. Como recompensa, un chorro de una apestosa mezcla de icor y lubricantes se derramó del servidor, pero apenas conseguí frenarle y logré esquivar otro golpe colocándome detrás del patín de aterrizaje de la proa de la lanzadera. La nave se estremeció con siniestro crujido cuando hoja del servidor chocó contra ella y yo me encontré a tan solo tres o cuatro pasos del borde del abismo.

Sin embargo, no tuve tiempo para preocuparme por eso, ya que el servidor seguía acercándose, ignorando el constante tintineo de los proyectiles láser contra su espalda. Tras haber visto que el patín me ofrecía algo de cobertura, Jurgen no tardó ni un segundo en volver a disparar contra el enloquecido constructo.

Lanzando chispas, el chirriante servidor y yo nos enlazamos en un letal vals, dando mandobles y tajos alrededor del grueso patín metálico, girando a su alrededor en un intento

de encontrar un punto débil en la defensa del contrario o esquivando un inesperado y repentino golpe. Un juego en el que yo tenía ventaja a corto plazo, ya que mi instinto y mi inteligencia me mantenían por delante del limitado repertorio de golpes pre-programados del constructo, pero era una ventaja que se iría erosionando rápidamente a medida que me fuera agotando bajo sus incesante embestidas.

Mientras yo seguía intercambiando golpes con el asesino mecánico, El'hassai finalmente había saltado de la oscilante lanzadera con el otro guerrero de fuego acompañando su incómodo aterrizaje. Por el rabillo del ojo, vi como tropezaban y caían, lo que atrajo mi atención durante un segundo potencialmente fatal. Sólo unos reflejos perfeccionados en innumerables prácticas y demasiados combates como aquél me libraron de perder la cabeza. Así pues, y sin ser realmente consciente de lo que hacía, levante mi propia espada, logrando desviar un golpe que hubiera resultado letal en aquel momento de distracción.

-¡Quitaos de ahí!- grité, consciente únicamente de que ahora estaban bloqueando la línea de fuego de Jurgen. Sin embargo, los tau parecieron interpretarlo como si me estuviera preocupando por su bienestar, ya que El'hassai se volvió para hacer un breve saludo en mi dirección antes de ayudar a su compañero a ponerse en pie. Mientras lo hacía, me fijé en el cable de seguridad que aún colgaba del equipo del guerrero de fuego y comenzó a formarse una desesperada idea en mi mente.

-¡Embajador! ¡El cable!

-¿El cable?- preguntó El'hassai, recibiendo su susurrante voz a través del comunicador personal de mi oído. En ese momento, bendije la previsión de Zyvan al proporcionarle acceso limitado a nuestra red de vox. **-¿Qué pasa con él?**

-¿Puede desconectarla de la armadura?-. Aquella pregunta tan sencilla, estuvo salpicada de golpes y paradas, hasta el punto de parecerme que la pronunciaba silaba a silaba. El'hassai no perdió ~~el~~ tiempo en responder, sino que se limitó a manipular una especie de abrazadera y a levantar una pequeña caja, aproximadamente de un palmo de ancho.

-¡Bien, tíremela!- le grité.

En fin, lo hizo lo mejor que pudo, pero era un diplomático, no un atleta. La cajita se elevó en el aire aproximadamente en mi dirección, rebotó contra el fuselaje de la lanzadera, que gemía siniestramente, y cayó sobre la plataforma de rococemento a unos tres metros de mí, demasiado cerca del precipicio para mi gusto.

-Lo siento- se disculpó, lanzándonos una última mirada a su conmocionado compatriota y a mí por encima de su hombro antes de salir corriendo hacia la puerta tan rápido como le permitía el tambaleante andar de su compañero.

-No se preocupe- contesté, seguro de que, pasara lo que pasara, mi muerte no le iba a quitar lo más mínimo el sueño. Lance una finta con mi espada sierra hacia la derecha, como si estuviera a punto de lanzar un golpe hacia

mi izquierda, confiando en que el constructo reaccionara tan previsiblemente como yo pensaba. Por suerte, eso fue exactamente lo que hizo, dando un pesado paso hacia la izquierda para detener mi previsible golpe. Pero no fue aquello lo que hice, sino que, una fracción de segundo más tarde, mantuve mi golpe hacia la derecha, mientras rezaba al Emperador para que no tuviera que detener con los dientes el golpe de la espada sierra de mi adversario.

Tal vez fue que, por una vez, Él me estaba escuchando, o tal puede que sea cierto aquello de que la fortuna sonríe a los tontos, pero para cuando el servidor se dio cuenta de yo no estaba donde creía que iba a estar, él ya había propinado su golpe sobre el rococemento y yo había rodado por el suelo y extendido mi mano para tomar el carrete del cable tau.

Por un momento pensé que se me iba a escurrir entre los dedos, pero logré sujetarlo con mi espada sierra, sintiendo como mis botas se acercaban al abismo durante un instante que me paralizó el corazón; luego, el extraño bloque de polímero estaba en mi mano y yo me alejé del borde del precipicio, respirando con dificultad.

-¡Cuidado, señor!- me advirtió Jurgen mientras yo me ponía de rodillas y me giraba para ver al servidor esquivar el patín delantero y cargar contra mí con una implacable determinación. Con siniestro chirrido, la lanzadera en precario equilibrio volvió a moverse y sentí claramente como se estremecía el rococemento. El servidor dejó caer su espada, rociándose de grava y polvo cuando los dientes giratorios se clavaron en la roca mientras yo retrocedía con dificultad. Al ponerme en pie, mi cabeza chocó dolorosamente con la inclinada panza de la lanzadera

varada y sólo el acolchado de mi gorra impidió que el inesperado golpe me aturdiera.

Estaba jodido, acorralado y sin una línea de retirada.

-¡¿Cómo funciona esta cosa?!- grité, rechazando otro golpe del arma de la implacable máquina, para luego agacharme y arrastrarme para refugiarme todo lo posible bajo el inclinado casco. El servidor no podía agacharse y esperaba que allí no le fuera fácil alcanzarme.

-Saque todo el cable que necesite y luego cierre el seguro- me contestó El'hassai, como si aquello fuese algo que toda la galaxia debería saber. Tiré cuidadosamente del extremo y descubrí que el carrete dentro de la caja se deslizaba libremente, aparentemente sin la menor fricción. Un pequeño interruptor cerca del agujero por donde salía el cable encajó en su lugar cuando lo empujé y el hilo quedó bloqueado. **-Al soltarlo de nuevo, el cable se rebobinará automáticamente.**

-Perfecto- le aseguré, manoseando la caja en busca de algo más que presionar. **-¿Cómo consigo que se pegue?**

-Si activa el control superior, la parte plana de la carcasa se adherirá a nivel molecular. Si activa el inferior, se pegará el extremo del cable- me explicó El'hassai con una encomiable brevedad.

-Entendido- contesté, esquivando mientras hablaba otro golpe mecánicamente predecible de mi adversario mientras me preguntaba cuánto tiempo me acompañaría la suerte. Coloqué la parte plana de la caja contra la parte inferior de la lanzadera, convencido de que toda la nave se movería en cuanto la tocara [61] y apreté el botón que me había indicado El'hassai. Para mi sorpresa, aguantó [62].

[61] Algo muy improbable, si hubiera estado tan críticamente equilibrado, se habría derrumbado por las vibraciones provocadas por el desembarco de Cain y El'hassai.

[62] Como ciertamente debía hacerlo; un enlace molecular hace que ambas piezas formen parte del mismo objeto.

A continuación, llegó la parte difícil. Al pulsar el segundo botón, giré el extremo del cable delante de mí, moviéndolo de un lado a otro, utilizándolo para defenderme del constructo. Tal y como esperaba, reaccionó de inmediato, utilizando el muñón del cañón automático para enredar el cable, con la intención de tirar de él para arrastrarme a un desagradable encuentro con su espada sierra. Sincronizando el movimiento con total exactitud, alcé mi arma para parar el golpe y rodé bajo el servidor para ponerme en pie a su espalda. A pesar del deseo de lanzarle un último golpe de despedida, clavé mis botas en el rococemento y corrí con todas mis fuerzas hacia la puerta.

-El procedimiento de desconexión sigue fallando- me comunicó Kyper, con un tono tan enojado como lo permitían los filtros de voz mecánica.

-Entonces, olvídelo. Sólo abra esa maldita puerta- gruñí mientras corría. Al encontrarme frente a mí el cuerpo

inconsciente del tau y demasiado consciente del público que me observaba apelotonado ante la puerta, resistí la tentación de saltarle por encima y seguir adelante, optando por agacharme y tomarle de un brazo. No es necesario que diga que aquello no me ayudó precisamente a avanzar y me giré esperando que el servidor estuviera de nuevo cargando hacia mí. Sin embargo, para mi enorme alivio, estaba justo donde lo había dejado, inmovilizado junto a la lanzadera y yo ya estaba lejos del alcance de su espada sierra. Sólo en aquel momento comencé a relajarme.

-Ya estoy con usted, señor- ~~dijo~~ me llegó una voz familiar mientras me alcanzaba un característico aroma seguido un instante después por el propio Jurgen. Sin demorarse, mi ayudante tomó por el otro brazo al tau, lo que aceleró considerablemente nuestra marcha.

-Gracias, Jurgen- dije, mientras llegábamos por fin a la puerta cerrada. Me giré, justo a tiempo para ver como la lanzadera resbalaba hacia atrás acompañada por el gemido del metal sobre-tensionado y el chirrido de las planchas del casco al romperse. A continuación, casi tan rápido como para darnos cuenta, desapareció por el borde del abismo, arrastrando al servidor con ella.

-Te voy a decir una cosa, Ciaphas- me dijo Zyvan, tras un instante de un horrorizado silencio, finalmente roto por un resonante estruendo procedente de algún lugar cerca de la base de la Aguja. **-Realmente sabes cómo hacer una buena entrada.**



CAPÍTULO OCHO

Ni que decir tiene que nuestra espectacular llegada no causó precisamente una buena impresión en nuestros anfitriones. El recibimiento que nos hicieron fue decididamente gélido, incluso para el lamentable nivel de hospitalidad del que suelen gozar los invitados del Adeptus Mechanicus.

Cuando finalmente entramos en la Aguja y lo cierto es que, a juzgar por mis resentidos pulmones, ya habíamos tardado más que bastante, el contraste con el mundo exterior fue, como mínimo, muy marcado. En aquella época, yo ya había estado en los suficientes santuarios del Mechanicus como para que me resultara familiar el filtrado aire frío con su penetrante olor a ozono, combustibles y lubricantes, al igual que la sobreabundancia de superficies de acero pulido y engranajes en relieve. Los habituales pedazos de veneradas chatarras estaban diseminados por todas partes, protegidos de los dedos mugrientos y de las mecanodendritas de los curiosos por vitrinas de cristal meticulosamente limpias, mientras que las excesivamente brillantes lámparas hacían todo lo posible para que las paredes metálicas resplandecieran de una forma adecuadamente reverencial.

Kyper y sus skitarii nos guiaron a toda prisa por el laberinto de pasillos metálicos, que sólo se diferenciaban por la disposición de las baratijas tecno-teológicas que cubrían las paredes, tan rápido como podían, presumiblemente en un

intento de evitar que los xenos pudiera ver sus maravillas; aunque, dado el estado de dos de ellos, tampoco es que pudiéramos ir muy deprisa y sólo El'hassai parecía estar en condiciones de hacer turismo. Aunque tampoco es que pareciera que tuviera especial interés en hacerlo, ya que iba dividiendo su tiempo a partes iguales entre su compañero que cojeaba y el que estaba siendo transportado con la mayor delicadeza posible por los dos subordinados más jóvenes de Zyvan.

-He visto mecanos más felices- le murmuré al Lord General, sin que me importara lo más mínimo que nos escuchara alguno de los skitarii con sus amplificados sentidos. Pero ninguno dio el menor indicio de haberme oído, sólo se limitaron a seguir comunicándose los unos a los otros en su chirriante lenguaje prohibido, sin duda para asegurarse de que la culpa del desastre de la plataforma de aterrizaje no recayera sobre ninguno de ellos.

-¿Cómo puedes saberlo?- me replicó, lanzando una agria mirada a nuestros escoltas. **-No he conocido a ninguno que pueda esbozar una sonrisa sin tener que rajarse el cráneo.**

-Esperen aquí- nos pidió Kyper, cuando llegamos a unas puertas de bronce de una altura aproximadamente del doble de la necesaria para que por ella pasara un hombre normal, aunque supongo de esos no habría muchos por allí. Abrió de un empujón la hoja izquierda, lo suficiente como para poder pasar por ella y la cerró tras de sí con un golpe que resonó incómodamente a nuestro alrededor, recordándome con demasiada claridad el impacto de la lanzadera al caer poco antes entre las forjas.

-No soportaré esta desconsideración- rugió Zyvan, con la barba erizada y se adelantó para agarrar el picaporte. Los skitarii se movieron para no dejarle pasar y él los fulminó con la mirada**-. Soy el jodido Señor de la Guerra de los Sectores Rimward y yo no espero por nadie. ¡*Se me espera a mí!***

En el silencio que siguió a aquellas palabras, logré escuchar claramente detrás de mí el sonido de las pistolas al ser desenfundadas y montadas, pues a sus ayudantes no les quedó más remedio que seguir el ejemplo del Lord General. Por supuesto, cualquier intercambio de disparos con los skitarii hubiera sido suicida, ya que llevaban augméticos hasta en las cejas, y no me cabía la menor duda de que los fusiles Infierno que llevaban era la menor de las letales sorpresas con las que contaban. Además, estaban programados para el combate y probablemente abrieran fuego por puro reflejo en cuanto se sintieran amenazados. Sin embargo, lo que más me preocupaba era el simple hecho encontrarme justo entre los dos grupos, en el lugar más idóneo para ser acribillado por el fuego cruzado. Definitivamente, había llegado el momento de poner fin a todo aquello.

-Tal vez deberíamos irnos- dije, dando un paso hacia adelante para colocar mi mano sobre el brazo de Zyvan antes de que pudiera abrir la puerta con el hombro. Estaba seguro de que sí lo hacía, confiando en la autoridad de su posición para protegerlo, la programación neuronal de los skitarii interpretaría aquel movimiento como un acto hostil y abrirían fuego, como si fuéramos unos malditos herejes. **-Si el Adeptus Mechanicus no quiere nuestra ayuda,**

podemos utilizar todas las fuerzas que hemos traído con nosotros para reforzar las defensas de otros sistemas.

-No creas que no estoy tentado de hacerlo- gruñó Zyvan, volviéndose hacia mí para hablarme. Nadie más podría haber salido bien parado por haberse atrevido a sujetarle del brazo de aquella forma, pero el fajín rojo le da a uno mucho margen de maniobra [63] y, para mi alivio, el Lord General parecía estar de humor para escuchar. **-De todas formas, es muy probable que los tiránidos pasen de largo esta pústula en el culo de la galaxia.**

[63] Por lo general, parece que a Cain nunca se le ocurrió siquiera pensar que Zyvan lo solía escuchar por la amistad que le unía a él y no por la autoridad que le concedía el Comisariado.

Activé el comunicador portátil que llevaba en mi oreja a través del cual había estado escuchando la conversación entre nuestro antiguo piloto con el control de vuelo a bordo de la nave insignia, que no habían reaccionado del todo bien a la noticias de que nuestra lanzadera se había convertido en un costoso montón de chatarra y de que necesitábamos otra lo antes posible.

-Entonces sugiero que volvamos a la plataforma de aterrizaje. Otra lanzadera ya está en camino y si la esperamos allí, podremos evitar cualquier otro desafortunado malentendido.

En ese justo instante, la puerta se abrió de golpe con una fuerza totalmente innecesaria, confirmando mi suposición

de que al menos unos de los skitarii había estado transmitiendo nuestra discusión a fuera quién fuera que estuviera dentro. Kyper apareció en el hueco, casi pegando su placa olfativa a las narices de Zyvan y a las mías, con un aspecto de lo más agitado para tener una cara compuesta casi exclusivamente por inmóviles objetos metálicos.

-Lord General- dijo, haciéndose a un lado y haciendo un gesto de invitación con su brazo que hubiera parecido mucho más atractivo sin las aserradas cuchillas, **-sea usted bienvenido.**

-¿Desde cuándo?- me susurró Zyvan, mientras se encaminaba a la cámara sin hacer ningún comentario ni mirar hacia atrás. Yo le seguí, con una cortes y leve inclinación de cabeza hacia el centurión convertido en portero, con Jurgen colocándose a mi lado con la misma fiabilidad que de costumbre. Los ayudantes de Zyvan también dieron paso al frente, pero fueron detenidos por la mano alzada de Kyper.

-Los xenos no pueden entrar en el Santuario del Raciocinio- insistió con firmeza. **-Deben regresar a su nave lo antes posible.**

-La delegación tau está aquí por una invitación personal mía- dije, ignorándolo mientras echaba un vistazo a la cámara a la que acababa de pasar. Era alta, con una bóveda recubierta de metales preciosos y dominada por un enorme icono del Emperador en su advocación como Dios-Máquina. Una medialuna de asientos, cada uno de ellos con un atril de datos, rodeaba a un venerable tecno-

sacerdote con tantos augméticos que apenas ya podía calificársele de humano, atendido por una pandilla de acólitos y un par de servo-cráneos flotando en el aire a su lado. Los asientos que le rodeaban estaban ocupados por otros magi, la mayoría de ellos tremendamente aumentados, aunque una de ellas parecía conservar aún buena parte de su tejido original, al menos lo suficiente para mostrar una apariencia de expresión en su rostro, aunque, como buena tecno-sacerdote, intentaba permanecer impasible en lugar de estar atónita ante el drama que se estaba desarrollando frente a ella**-. Comprendo que no somos precisamente aliados naturales, pero tenemos un enemigo común: los tiránidos.**

-Esa no es la cuestión- replicó el montón de piezas de repuesto del estrado, como si estuviera afligido por tener que comunicarse con nosotros mediante algo tan impreciso como el gótico [64]. **-Profanan los dominios del Omnissiah con sus paganos artilugios-** siguió y miró a través de la puerta a los guerreros de fuego. Las lentas ópticas de estos parecieron brillar rojas de ira, aunque supongo que sólo sería el reflejo de su túnica. Prácticamente todos los presentes vestían con algún tono de ese color, salvo un par de ellos que llevaban túnicas blancas [65] y me pregunté si aquellas sutiles variaciones de la tonalidad serían algún tipo de indicador de su posible estatus. Por otra parte, también podía deberse al número de veces que la prenda había pasado por la lavandería.

64] Probablemente habría perdido la práctica después de décadas comunicándose casi exclusivamente en binario.

[65] Una tradición que todavía mantiene obstinadamente un puñado de tecno-sacerdotes, que afirma que el blanco es anterior al rojo generalmente preferido por el clero de Marte. Parece que ese tan poco convencional atuendo pretende

demostrar la posición de su portador en una u otra de las innumerables disputas doctrinales que libran continuamente entre ellos los discípulos del Omnissiah, aunque lo que realmente puede significar continua siendo desconocido para los no iniciados y es muy poco probable que le importe a alguien aparte de los propios interesados.

-Entonces el asunto tiene fácil remedio- anunció El'hassai, aparentemente negándose a sentirse ofendido, aunque bien sabe el Trono que yo si lo estaría de estar en su lugar. El embajador se quitó algo de la oreja, luego hurgó en sus bolsillos y le entregó al guerrero de fuego su comunicador y algunos objetos que no reconocí. **-Toda la tecnología tau será devuelta inmediatamente a la plataforma de aterrizaje y se quedará allí hasta que llegue la lanzadera.**

-Lo mejor sería destruirlos- aconsejó la mujer. El magos que presidía la reunión gorjeó y tarareó a la manera de los de su clase durante un momento, aparentemente en comunión con sus colegas.

-Llevárselos de aquí será suficiente- dijo finalmente con cierta reticencia, si es que interpreté correctamente sus palabras. **-Con la condición de que ningún artefacto xenos vuelva contaminar la santidad de Fecundia-.** Me quedó bastante claro de lo que realmente quería decir era cualquier portador de tales artefactos, pero dadas las circunstancias, difícilmente podía decirlo abiertamente**-. Tal y como están las cosas, simplemente tendremos que soportar el intolerable insulto de su presencia un poco más.**

-¿Intolerable insulto?- rugió Zyvan, que evidentemente no estaba de humor para la diplomacia. **-Han abierto fuego contra nosotros, han destruido nuestra lanzadera y casi matan al comisario Cain. ¡*Eso* sí que es un insulto, santurrón saco de tuercas!-** exclamó con furia al tiempo que se giraba sobre sus talones, aparentemente dispuesto a marcharse de la sala. **-Les deseo suerte con los tiránidos, porque a menos que escuche una disculpa en los próximos cinco segundos, ¡saldremos de la órbita en cuando lleguemos a nuestra nave insignia!**

-Lord General- dijo la mujer, poniéndose en pie mientras lanzaba una mirada a su superior que apenas fue necesaria para transmitir su mensaje dado el casi audible chillido del intercambio en binario que la acompañó. Zyvan dudó; si cualquier otro hubiera hablado en ese instante, creo sinceramente que hubiera cumplido su amenaza, o al menos me habría hecho pasar un mal rato intentando disuadirle. No se enfadaba fácilmente, pero cuando lo hacía, era auténticamente terrible y yo no había tardado en darme cuenta de por qué era buena idea que tuviera un comisario cerca cuando cabía la posibilidad de que perdiera la paciencia. Pero la clara voz femenina lo había tomado por sorpresa, atravesando la niebla de ira que lo rodeaba. **-Puede que el magos Dysen haya elegido mal sus palabras. Me temo que pocos de nosotros estamos acostumbrados a hablar con personas ajenas a nuestra orden.**

-Efectivamente- se apresuró a secundarla el magos, a tenor de su rostro nada contento de que una subordinada le salvara (o más bien atendiendo a la parte delantera de su cabeza, porque no tenía nada que pudiera describirse como

rasgos faciales). **-La magos Kildhar tiene razón. No pretendíamos insultar a nadie. Si hubiera sabido que lo iban a acompañar unos xenos, el cortex del servidor hubiera sido modificado, incluyendo las actualizaciones apropiadas en su programación.**

-Bien- dije a mi vez. **-Lo cierto es que todo ha sido un poco dramático, pero al final nadie ha salido dañado-.** De pronto, un pensamiento algo tardío cruzó repentinamente por mi mente-. **No había nadie debajo de la lanzadera cuando cayó al vacío, ¿verdad?**

-Nadie de importancia- me aseguró Kildhar.

-Sin embargo, la producción de azadones, salvamanteles y de reguladores de tiro para chimeneas se verá significativamente afectada- apuntó otro de los tecno-sacerdotes, sonando claramente afligido. **-Sera necesario hacer serias reparaciones en la fábrica.**

-Pero, por otra parte, hemos conseguido una significativa cantidad de materias primas ya refinadas- señaló otro, claramente decidido a ver el lado positivo. Miró a Zyvan. **-A no ser que quiera le sean devueltos los restos de la lanzadera. Estoy prácticamente seguro de que no se puede reparar.**

-Sírvase usted mismo- respondió bruscamente Zyvan, que ya empezaba a tranquilizarse. Como la mayoría de los tecno-sacerdotes, aquellos idiotas vivían en su propio

mundo, en el que la galaxia real rara vez se inmiscuía. Por desgracia, una de sus facetas más desagradable estaba a punto de caer sobre ellos en unas inimaginables cantidades a menos que hiciéramos algo al respecto y pese al enfado de Zyvan, no nos quedaba otra opción que hacer todo lo posible para defenderlos. Aunque seguía pareciendo que los mundos fronterizos tau tenían más posibilidades de ser el objetivo, no podíamos darlo por hecho. Perder Fecundia y las armas y municiones que allí se fabricaban podía costarnos la mitad del sector y eso siendo optimistas.

-Entonces, lo mejor será que nos pongamos manos a la obra- sugerí, dándoles algo más en lo que pensar que en sus quejas, tanto reales como imaginarias.

Por supuesto, no había sillas para los visitantes en ninguna parte de la cámara, pero tal deficiencia no tardó en remediarse una vez lo señalé educadamente. Dysen lanzó un gruñido hacia uno de los servo-cráneos, que voló apresuradamente fuera de la sala y regresó unos minutos más tarde a la cabeza de una pequeña cola cometaria de sirvientes cargados con asientos de un pulido acero, con los respaldos grabados con una representación del sagrado engranaje. Eran terriblemente incómodas, pero las sillas en las que se sentaban nuestros anfitriones eran casi idénticas, por lo que quejarse hubiera sido una grosería, aunque me apuesto lo que quieran a que aquellas malditas cosas se adaptaban mejor a sus culos de hojalata que a los nuestros. A medida que avanzaba la reunión, incluso comencé a sentir una cierta nostalgia por los champiñones tau.

-La buena noticia- dijo Zyvan, aprovechando ser el militar de más rango y veteranía de la expedición para permanecer

en pie mientras dirigía la sesión informativa, **-es que la flota colmena principal sigue su curso-.** El Lord General señaló el hololito que flotaba en el aire sobre su cabeza mientras un grupo de adeptos hurgaban esperanzados en el equipo de proyección. Lo cierto es que aquella no fue la primera vez que tuve la sensación de que la mayor parte de nuestro público estaba indignada por que el hecho de que el intercambio de información se producía a un ritmo que les debía parecer excesivamente lento.

-Entonces parece que tenemos poco que temer- señaló Dysen, mirando la imagen que finalmente habían logrado estabilizar. La proyección de la posible línea del avance tiránido dejando a un lado el sistema de Fecuandia provocó una palpable sensación de alivio cuando el resto de los magi lo comprendió.

-Con todo respeto, magos- dije, aprovechando la oportunidad que me brindaba mi intervención para ponerme en pie y señalando teatralmente la pantalla mientras lo hacía, **-esa conclusión no sólo sería prematura, sino también potencialmente fatal.**

Lo último que yo necesitaba era ser arrastrado de nuevo al principal frente de batalla, que sería lo más probable si Zyvan cumplía su promesa de dejar Fecundia a su suerte.

-¿Y cómo es eso?- preguntó Dysen, claramente sorprendido. Al menos, el magos fue lo suficientemente honesto para admitir su propia ignorancia en lugar de fanfarronear y me di cuenta de cómo, tras aquel comentario, mi opinión sobre él mejoraba ligeramente.

-Porque esta es solo nuestra mejor suposición sobre su posible curso, basada en las informaciones más recientes de las que disponemos- le contesté. **-La Armada y los tau han enviado escuadras de exploración para verificarlo, pero hasta que lo hagan, debemos trabajar con la hipótesis de que los tiránidos podrían desviarse de esa trayectoria en cualquier momento. Lo cierto es que la población de Fecundia es lo suficientemente numerosa como para tentarlos si se percatan de su existencia.**

-Y aunque la flota principal siga su curso- añadió Zyvan, **-pueden enviar a sus propios exploradores en busca de presas. Ya hemos visto eso otras muchas veces.**

-Entonces, nuestras fuerzas terrestres deben estar alertas- intervino Khildar para mi sorpresa. **-Si nos descubren, deberíamos esperar que organismos infiltrados intenten sondear nuestras defensas.**

-Deberíamos- acepté. **-Parece estar muy bien informada, magos.**

-Soy una magos biologis- explicó, **-y los métodos de los tiránidos no me son del todo desconocidos.**

-Eso es una suerte para nosotros- dije alegremente, sin saber lo equivocado que estaba.

-Estoy dispuesta a prestar todo la ayuda que necesiten- aseguró.

-Bien- dijo Zyvan, evidentemente calmado por aquella muestra de cooperación. **-Al menos alguien se está tomando esto en serio.**

-Creo que se dará cuenta de que todos lo hacemos- intervino Dysen. **-Aunque nuestras prioridades difieran de las suyas en algunos aspectos.**

-Nuestra prioridad es la defensa de este mundo- dije, interrumpiendo rápidamente la conversación para sofocar otra posible discusión. **-En eso estamos todos totalmente de acuerdo.**

Al decir eso, miré de reojo a El'hassai, preguntándome si eso sería realmente cierto en su caso. Después de todo, si Fecundia caía, los tau podrían invadir sin apenas oposición medio Golfo, eso suponiendo que quedara algo de él después del paso de los tiránidos. Sin embargo, fui incapaz de interpretar la expresión de su rostro, aunque inclinó la cabeza en una apenas perceptible señal de asentimiento.

-Lo estamos- sentenció Dysen, para mi tremendo alivio, **-y sus consejos sobre el asunto serán escuchados.**

Lo cual no era lo mismo que ser aceptados, por supuesto, pero aquello era lo mejor que íbamos a conseguir en aquellos momentos. Pero una vez que tuviéramos treinta

mil guardias fuertemente armados estacionados en el planeta, estaba bastante seguro de que prevalecería nuestra opinión.

-¿Tiene las suficientes naves para defender el sistema de una invasión?- preguntó Kildhar, mirando el hololito con expresión crítica. **-Si he interpretado bien esos iconos, sólo un tercio de su flota son naves de guerra.**

-Es cierto- admitió Zyvan, **-la mayor parte son transportes de tropas que volverán a Coronus en cuanto hayan desembarcado las unidades de la Guardia Imperial. Pero la Armada me ha asegurado de que, entre todas las naves de guerra, disponen de la suficiente potencia de fuego para rechazar a una o dos naves colmena.**

-Entonces esperemos que los tiránidos no envíen más que esas- replicó secamente Dysen.

Zyvan se volvió hacia el hololito.

-La Flota de Batalla Damocles es plenamente consciente de la amenaza y se está moviendo para hacerle frente- dijo. **-Tres escuadras y un grupo de combate están reuniéndose en Quadravidia, listos para interceptar el avance principal de los tiránidos en el espacio profundo en cuando se determine de forma fiable el curso de la flota colmena.**

-Es reconfortante saberlo-, replicó Kildhar en un tono que implicaba precisamente lo contrario**-. Sin embargo, si interpreto correctamente los datos de los que disponemos, ese encuentro no tendrá lugar hasta entre cinco y treinta y siete días después de que la flota colmena pasé en su actual rumbo por el punto más cercano a Fecundia, y eso siempre dependiendo de los caprichos de la disformidad.**

-Entonces, tal y como el magos Dysen ha expresado tan claramente- dije, haciéndole la pelota descaradamente al venerable tecno-sacerdote en aras de hacernos la vida más fácil a todos-,**esperemos que los tiránidos sean lo suficientemente educados como para atacarnos en un número que seamos capaces de manejar.**

-La flota que defiende Dr'th'nyr está mucho más cerca- señaló El'hassai. **-Podría socorrer este sistema si fuera necesario.**

-Pensé que había dejado clara nuestra posición- dijo Dysen. **-La tecnología pagana no será permitida en un sistema dedicado a la adoración del Dios-Máquina.**

Zyvan abrió la boca para decir algo, mientras su rostro se ensombrecía de nuevo y yo tuve que intervenir apresuradamente para adelantarme a él.

-Estoy seguro de que el Omnissiah nunca permitirá que un mundo tan devoto como este sufra tantos

daños como para que sea necesaria tal intervención- tercié, mintiendo descaradamente. La mayoría de los mecanos presentes en la sala asintieron con aire de suficiencia.

-Entonces, es casi imposible que se produzca tal posibilidad- señaló El'hassai, con su peculiar acento camuflando el evidente sarcasmo de sus palabras.

-Volviendo a su principal preocupación, magos- dije, dirigiéndome directamente a Kildhar, **-es muy probable que, a corto plazo, las mayores amenazas procedan de las infiltraciones más que de un asalto masivo. La Armada, por supuesto, hará continuos barridos con sus auspex, pero las esporas tiránidas son especialmente difíciles de detectar cuando llegan en pequeñas cantidades. Les agradeceríamos cualquier consejo que pueda darnos para mejorar la sensibilidad de nuestros instrumentos.**

-Por supuesto- contestó. **-Haré las gestiones oportunas.**

-El verdadero problema es el enorme número de naves que hay en el cielo- puntualizó Zyvan. **-Todos los auspex de la flota están siendo obstruidos por tanto miles de vuelos [66]. Tenemos que cerrar el sistema al tráfico civil mientras dure la emergencia.**

[66] Como todos los mundos forja, Fecundia estaba continuamente rodeada por todo un enjambre de cargueros que transportaban al planeta alimentos y materias primas y se llevaban los productos allí fabricados. Es posible que

Zyvan exagerara algo el número de naves civiles presentes, pero no demasiado. Los registros de envíos de la época muestran un promedio de seiscientas a ochocientas llegadas y salidas diarias, mientras que otras muchas más permanecerían en órbita, transfiriendo sus cargas a lanzaderas.

-Eso es imposible- replicó Dysen, como era de esperar. **-Dependemos completamente de los alimentos importados. Nuestras plantas de síntesis de proteínas sólo proporcionan los nutrientes necesarios para el cuarenta y siete por ciento de la población.**

-Entonces, raciónenlos- le espetó Zyvan.

-Me temo que esa no es una opción- dijo Kildhar, con una pasable expresión de pesar. **-La ingesta nutricional de la población está calculada con total precisión para mantener un máximo de actividad con el mínimo gasto de recursos. Incluso una reducción del cinco por ciento tendría efectos notablemente nocivos, y reducir la ingesta de toda la población de forma equitativa, haría que todos murieran de hambre en un mes.**

-Eso nunca llegaría a ocurrir- dije, ante la evidente sorpresa de la magos. Y sonreí sombríamente. **-Las ciudades colmena habrían sido arrasadas antes por las revueltas.**

-Bien pensado- coincidió ella. **-No me cabe la menor duda de que los trabajadores que contribuyen al diezmo responderían de una forma muy emocional.**

-Entonces parece que no podremos reducir el número de vuelos- dijo Zyvan de mala gana, aunque a mí, aquello me pareció muy bien, cuantas más naves hubiera en órbita, más probabilidades tendría de huir si los tiránidos llegaban a aplastar nuestras defensas.

-Al parecer no- tuve que aceptar. **-Así que tendremos que hacerlo lo mejor que podamos-.** Miré a nuestro alrededor. La sensación de tensión, malestar y hostilidad apenas reprimida aún crepitaba en el aire como el eco de un lejano relámpago**-. Y ojalá tengamos suerte con ello-** añadí en voz baja para mí mismo, colocando el pulgar sobre la palma de mi mano en señal de buena fortuna.



CAPÍTULO NUEVE

Con unas relaciones tan tirantes como las que mantenía la fuerza expedicionaria con el Adeptus Mechanicus, no fue de extrañar que la mayor parte del trabajo como enlace recayera sobre mí humilde persona [67]. Zyvan no quería tener el más mínimo contacto con los s, un sentimiento que Dysen se aseguró dejar bien claro que era mutuo. Por otro lado, todas las partes me consideraban como un modelo de las virtudes imperiales, por lo que todos estaban dispuestos a escucharme. Al menos, mas de los que estaban dispuestos a escucharse unos a otros. En consecuencia, pasé las dos siguientes semanas en medio de una complejo baile de medias verdades y descaradas mentiras, con la intención de dar la impresión, tanto al Lord General como al Magos Senioris, de que yo consideraba su punto de vista más razonable y que con un poco más de flexibilidad podríamos ser capaces de convencer al otro. No tengo la menor duda de que Donali lo habría hecho mejor, pero estaba a muchos años luz de distancia y, al menos, yo tenía bastante práctica en aquel tipo de cosas tras haber pasado toda una vida esquivando con éxito las culpas y cubriéndome de gloria por unos méritos que no merecía.

[67] O conociendo a Cain, más bien sobre Jurgen.

En lo que mí respecta, la mayor desventaja de todo aquello fue que me vi obligado a abandonar la comodidad de la nave insignia para trasladarme a las relativamente espartanas comodidades del mundo forja, para ejercer más eficazmente mis recién adquiridas—responsabilidades.

Además del trabajo a tiempo completo de intentar hacer entrar en razón a Dysen, estaba el pequeño detalle relativo a todo un ejército de la Guardia Imperial que había que desplegar y acomodar, con todas las fricciones que eso suele conllevar entre los soldados recién llegados y la población civil local. Más aún en aquel caso, ya que teníamos innumerables zonas cerradas por motivos de religiosos, seguridad o la simple y pura estupidez.

Por lo menos, el Death Korps parecía estar lo suficientemente preparados para ser desplegados en el desierto, algo que habría matado a más soldados de otros regimientos que el propio enemigo, así que ellos no tenían problemas, pero el resto de nuestras fuerzas, una variopinta colección de unidades de más de una docena de mundos [68], me proporcionó un constante flujo de quebraderos de cabeza. Más de una vez estuve tentado de mandarlo todo al cuerno y recomendar nuestra retirada, alegando que los tiránidos seguían vigilando Dr’th’nyr de la misma forma en que Jurgen acecharía un bufé libre y sólo me detuvo la absoluta convicción de que, si lo hacía, Zyvan nos conduciría todos a un enfrentamiento directo con la flota colmena. Además, todavía no podíamos estar seguros de que el mundo estuviera fuera de peligro, y pasar a la historia como el hombre que había perdido el Golfo no habría sido el mejor final para mi inmerecidamente brillante carrera.

[68] Principalmente procedente de mundos del Sector, aunque también hubo regimientos de Brimlock, de Elyssia y de Vahalla, incluyendo el 12º de Artillería de Campaña, la unidad en la que Caín había comenzado su carrera, aunque no se molesta en mencionar si tuvo tiempo para realizar alguna visita a sus antiguos compañeros de armas.

Afortunadamente, el Mechanicus mantenía una serie de suites cómodamente amuebladas cerca de su santuario interior para alojar a los dignatarios imperiales que los visitaban, algo que parecía considerarme a mí, así que estuve bastante menos incómodo de lo que me había temido, pero lo cierto es que eché muchísimo de menos la genialidad del chef personal de Zyvan, ya que la insípida dieta de soylens veridianos con la que me veía obligado a subsistir la mayor parte del tiempo hizo auténticos estragos a mis digestiones [69]. Afortunadamente, Jurgen se las apañó para conseguirme, no sé de donde, ni se me ocurrió preguntar, algunas especias, lo que salvó a mis pupilas gustativas de una atrofia terminal. El caso es que, si no hubiera sido por mis periódicas visitas a la nave insignia para informar a Zyvan, supongo que no habría tenido una comida decente durante todo el tiempo que pasé en Fecundia.

[69] En una alimentación que consistía principalmente en legumbres rehidratadas, las consecuencias de depender de ellas como alimento básico se vuelven rápidamente evidente, especialmente en los espacios cerrados.

-¿Cómo va el despliegue?- me preguntó, tras tener la decencia de esperar a que yo terminara de masticar y tragar. Durante aquella visita no había podido organizarme para dejar un hueco en mi agenda que me permitiera aprovecharme de la hospitalidad del Lord General, pero Jurgen, tan eficiente como de costumbre, había corrido a la cocina más cercana y regresado con todo un botín de bocadillos de grox caliente y una humeante taza de recafeina que acepté agradecido.

-No peor de la que esperábamos- respondí, alternando los mordiscos al bocadillo con la conversación mientras nos

abríamos paso entre el familiar bullicio del puesto de mando. Una imagen de Fecundia rotaba lentamente en el hololito, más parecido a una gigantesca úlcera que nunca, salpicada de iconos en los que se mostraba nuestro actual estado de preparación. Para mi gusto, demasiados pocos de aquellos iconos iban acompañados de la runa de preparados para la acción, y no dudé en decirlo, seguro de Zyvan compartiría esa opinión. **–Pero lo que realmente me gustaría es que ya tuviéramos más unidades desplegadas.**

-También me gustaría a mí- coincidió el Lord General, mientras miraba con desagrado la imagen levemente translúcida. **-Pero al menos hemos logrado que nos permita fortificar primero las principales zonas residenciales.**

-Tras varias discusiones, logré convencer a Dysen de que así lo hiciera- señalé, sin ruborizarme lo más mínimo por el hecho de recordarle lo mucho que estaba trabajando. **-El Magos Senioris quería que fortificásemos primero los centros fabriles.**

-No me cabe la menor duda- contestó Zyvan, aceptando con gesto de agradecimiento y un leve estremecimiento la taza de recafeina que Jurgen le ofrecía. **-¿Cómo conseguiste convencerlo?**

-Señalando el hecho de que no podría producir nada si los tiránidos devoraban su mano de obra- contesté. De hecho, Kildhar había sido la primera en ver la lógica de nuestra propuesta y aquello me ayudó a convencerlo, pero

como la magos no estaba allí para para explicar sus razones, pensé que no valía la pena liar aún más las cosas contándoselo al Lord General.

-Muy bien- dijo Zyvan. A continuación dio un rápido sorbo a su amarga y cálida bebida y se volvió hacia el hololito. **-Aunque lo cierto es que no necesitamos su permiso para hacer lo que consideremos oportuno.**

Lo cual era técnicamente cierto, ya que teníamos la mayor parte de nuestras unidades desplegadas sobre el planeta, si uno cree que basta la fuerza de las armas para que sus ideas se impongan en cualquier discusión. Pero, si teníamos que llegar a eso, seguramente los espíritus-máquina de Fecundia se pondrían del lado de los ultrajados s, algo que no nos habría facilitado el trabajo en manera alguna.

-No obstante, probablemente sea mejor mantener contentos a los mecanos todo el tiempo que podamos- señalé. Si realmente llegaba la guerra, se tendrían que tomar decisiones difíciles sobre a quienes, cuando y en qué orden habría que salvar, un asunto sobre el que mis propios viejos huesos me advertían que nuestras dispares prioridades convertirían en algo aún más complejo, especialmente si los viejos agravios seguían latentes.

-Tienes razón- suspiró Zyvan. **-Pero me alegro de que ese sea tu problema, no el mío.**

-Vaya, y yo pensando que ese sería tu problema- contesté y él sonrió por primera vez desde mi llegada.

-Nuestro principal punto débil es el desierto- siguió, estudiando detenidamente el globo que rotaba lentamente. **-Podemos atrincherarnos para defender las colmenas, pero no tenemos nada que aguante mucho tiempo en terreno descubierto. Por lo que sabemos, los tiránidos ya habrían podido crear allí una cabeza de puente y nosotros ni siquiera nos habríamos enterado.**

-Hasta que se agrupen para atacar- coincidí. Aquella era una idea que me gustaba tan poco como al Lord General. Las infernales condiciones que reinaban en la superficie no molestarían en lo más mínimo a los tiránidos, ya que los que no pudiera enterrarse para protegerse, sólo tendrían que hacer crecer una piel o un caparazón más grueso para protegerse.

-El problema es que apenas tenemos unidades que pueden operar eficazmente en esas condiciones, así que cualquier tipo de patrullas de reconocimiento de largo alcance está totalmente descartado- dije, señalando los pocos que iconos desplegados fuera de las murallas de la colmena. **-El Death Korps ha creado una extensa línea de puestos avanzados, que estamos apoyando con todos los vehículos blindados que podemos conseguir, pero nuestros carros de combate y transporte acorazados sólo pueden operar unas cuantas horas en el exterior antes de tener que regresar a la colmena.**

-¿Y eso?- preguntó Zyvan. Yo me encogí de hombros.

-Por las cenizas. Se mete entre las orugas y en los motores y en cualquier otra cosa que los mecanos instalan para intentar filtrarla. Cada vez que uno de nuestros vehículos vuelve de una patrulla, hay que desmontarlo por completo y limpiar las cenizas o corre el riesgo de quedar inutilizado.

-Ya comprendo por qué quieres mantener contento a Dysen- concedió Zyvan. **-¿Y los skitarii?**

-También salen a patrullar- dije, señalando sus iconos. Las tropas del Mechanicus contaban con suficientes augméticos como para sobrevivir en el páramo, aunque no tantas como para poder permanecer indefinidamente en él, y realizaban periódicas salidas desde la colmena, aunque yo sospechaba que era más para vigilar al Death Korps que para localizar a los tiránidos. **-Se supone que deben cooperar con nosotros pero, hasta el momento, ellos se han limitado a mantenerse en sus zonas y nosotros en las nuestras. Sin embargo, si los tiránidos nos atacan, es muy probable que sólo acaten sus propias directrices. Lo mejor será no desarrollar ninguna estrategia que dependa de su cooperación.**

Zyvan bufó y bebió otro trago de recafeina.

-Ya me lo suponía- resopló, algo que no me sorprendió lo más mínimo. **-Esto es incluso peor que tener que trabajar con un grupo de sororitas** [70]**.**

[70] Dado que el Adepta Sororitas vive en la creencia de que reciben las órdenes del propio Emperador a través de la Eclesiarquía, apenas tienen tiempo para escuchar las instrucciones de simples generales o de los señores de los Capítulos junto a los que luchan. Tampoco de los inquisidores, aunque los miembros del Ordo Hereticus suelen hacer más progresos con ellas que los demás.

-Pero con menos salmos- le dije, provocando la segunda sonrisa del día antes de volver al tema principal. Estudié el necrótico globo tan desapasionadamente como pude. A pesar de todos nuestros esfuerzos, seguían existiendo enormes franjas de terreno de las que no sabíamos nada. **-Me temo que dependemos demasiado del reconocimiento orbital.**

-Efectivamente- confirmó Zyvan. **-La Armada está escaneando continuamente la superficie del planeta en busca de bioseñales de los tiránidos, al menos tanto como se lo permiten las tormentas de arena, así como vigilando la llegada de esporas. Hasta ahora no han localizado nada, pero eso no significa que no estén ya allí.**

-Pensaba que Kildhar iba a ayudar a mejorar los auspex- recordé. **-¿Ha habido suerte con eso?**

-Algo- dijo una nueva voz y la magos en persona salió de detrás de un grupo de sensorium que ocupaban el rincón más alejado de la sala. A jugar por la expresión del Lord General, se había olvidado totalmente de que ella estaba allí y estaba repasando mentalmente toda nuestra conversación con la esperanza de que ninguno de nosotros hubiera dicho nada demasiado incorrecto u ofensivo. Pero si ella nos había escuchado, no mostró el menor signo de

irritación o malestar, pero como los s rara vez lo hacían, era muy difícil estar seguros. Sin embargo, ya no tenía el menor sentido preocuparse por eso, así que simplemente me encogí de hombros**. -Hemos instalado algunos filtros mejorados-** continuó ella, **-que deberían ayudar a refinar los datos y eliminar los falsos positivos. Nadie quiere que se active la alerta máxima y que cuando los skitarii salgan, se encuentren persiguiendo a una colonia de ambulls, ¿no es así?**

-¿Hay ambulls ahí abajo?- pregunté, asombrado ante la idea de que aquel contaminado páramo albergase algún tipo de vida y mucho menos aún aquellos enormes y agresivos excavadores.

-De hecho, existe todo un ecosistema- asintió Kildhar. **-Le aseguro que mi título no tiene nada de honorífico.**

-Estoy seguro de eso- contesté. **-Pero me preguntaba si habría alguna posibilidad de conseguir un buen filete cuando volvamos.**

-Cabe la posibilidad- dijo Kildhar, ligeramente desconcertada. **-Algunos de los trabajadores de la superficie los cazan si se presenta la oportunidad, pero el consumo de tejido animal es una forma singularmente ineficaz de ingerir nutrientes-,** siguió, mirando con desprecio los restos del bocadillo que yo tenía en la mano. **-El soylen veridiense en mucho más práctico y proporciona todos los elementos necesarios para mantener una excelente salud.**

-Excepto por el sabor- dije, con una leve nostalgia, **-y el aroma, y la textura.**

La boca se me llenó de saliva mientras pensaba en un trozo de carne muerta sobre una sartén bien caliente, con la grasa chisporroteando a su alrededor.

-Ah- dijo Kildhar, que parecía todavía más desconcertada. **-Esas trivialidades.**

-**Veré lo que puedo hacer, señor-** dijo Jurgen, con su serena confianza mientras el estado de mi ánimo mejoraba notablemente ante la perspectiva de tener finalmente una comida en condiciones. El talento de mi ayudante para gorronear comida rozaba lo sobrenatural y yo estaba seguro de que si había un bistec de ambull en algún lugar de la colmena, él lo encontraría, aunque tuviera que cazar él mismo a la bestia.

Entonces se asaltó otro pensamiento mucho más inquietante y me volví hacia la tecno-sacerdote.

-Si hay todo un ecosistema, eso significa que si los tiránidos consiguen llegar al planeta, podrán encontrar presar y aumentar sus fuerzas mucho más rápido de lo que esperábamos.

-Ese sería el caso- admitió Kildhar, **-*si* consiguieran pasar. Lo que tenemos que hacer es asegurarnos de que no lo hagan.**

En mi opinión, aquello era mucho más fácil decirlo que hacerlo, pero verbalizar aquella idea no serviría para nada, así que me limité a soltar algunos tópicos sobre las bondades de la colaboración entre ambas partes y la dejé en paz, alejándome de ella para reanudar mi conversación con el Lord General.

-¿Alguna noticias de los escuadrones de exploración? - pregunté. Con expresión sombría, Zyvan negó con la cabeza.

-Todavía nada- contestó, **-pero cuanto más se acercan a la flota colmena, más potente la sombra disforme de los tiránidos. Los astrópatas no podrán enviar nada hasta que salgan de ella.**

-Eso sí lo consiguen- añadí, recordando con demasiada claridad los últimos momentos de la nave exploradora tau.

Zyvan asintió, claramente pensando lo mismo.

-Si se dirigen hacia aquí, nos podrán avisar con muy poca antelación. Puede que incluso que con ninguna.

-Entonces más vale que sepa lo que está haciendo- dijo, mirando a Kildhar, que ya había vuelto a su trabajo, toqueteando esperanzadamente algo en el sensorium con sus mecanodendritas. Un algo que respondió con un estridente sonido y un brillante chispazo.

-Eso espero- asintió Zyvan, haciendo el signo del Aquila mientras hablaba.



El resto de mis asuntos con Zyvan nos llevó algún tiempo, tal y como era de esperar cuando se tienen que cotejar y resumir los informes de todo un ejército y para cuando terminé, mi inestimable ayudante había tenido que volver a la cocina más de una vez. Finalmente, nos despedimos y regresamos al hangar, donde nos esperaba una desagradable sorpresa.

-¿Cómo que no hay lanzaderas disponibles?- exclamé, con más asombro que rabia. El suboficial de la Armada [71] que me acababa de dar la noticia retrocedió un paso y tragó saliva.

[71] No debería sorprender a nadie que Cain apenas esté familiarizado con los rangos navales, sus insignias y la cadena de mando de la Armada, ya que pasó toda su carrera adscrito a la Guardia Imperial.

-La nave en la que llegó usted ha sido reasignada, señor. Evacuaciones médicas, prioridad uno.

Sentí como un escalofrío me recorría la espalda. **-No sabía que alguna de nuestras unidades hubiera entrado en combate-** inquirí, preguntándome si los tiránidos habrían

podido colarse ante nuestras narices pese a todos los esfuerzos de Kildhar, con sus remiendos y soldaduras, parches en los codificadores y quemadores de incienso. Entonces, de repente, me asaltó otra idea mucho más siniestra: un incidente de fuego amigo entre los soldados de la Guardia y los skitarii complicaría tremendamente las cosas, eso si es que alguna vez lograba suavizar algo la situación…

-No es eso, señor- se apresuró a asegurarme el marinero, para mi más profundo alivio. **-Ha sido un accidente en la fábrica de municiones de Rusthill. El Lord General pensó que sería bueno para la moral que nos vieran echando una mano.**

-Efectivamente, lo será- estuve de acuerdo. Los trabajadores heridos y sus compañeros apreciarían los esfuerzos que habíamos hecho para ayudarlo y estarían gustosos de pagar su deuda con nosotros manteniéndonos bien abastecidos, el Mechanicus conseguiría que su preciosa planta volviera a estar a plena capacidad algo más rápido y la experiencia de trabajar juntos nos ayudaría a que se superara la persistente animosidad que seguía haciendo que mi trabajo fuera mucho más difícil de lo necesario. Aquella era una muy buena decisión que yo mismo habría tomado de estar en el lugar de Zyvan. Pero, por otra parte… **-¿Cuánto falta para que haya una lanzadera disponible?**

-No sabría decirle, señor- contestó el marinero, visiblemente aliviado de que no le hubiera pegado un tiro allí mismo por ser portador de malas noticias. **-Supongo**

habrá alguna en cualquier momento. Pero parece que allí abajo se ha liado una gorda.

-¿Y qué hay de esa?- preguntó Jurgen, señalando vagamente con un mugriento dedo hacia un Aquila carmesí, con las placas de las alas doradas y un rueda dentada plateada en el fuselaje.

-Ésa es la mía- dijo Kildhar, saliendo por la esclusa. **-Para uso exclusivo del Adeptus Mechanicus.**

Mientras hablaba, nos saludó con una amable inclinación de cabeza, la rigidez de su cuello era mudo testimonio de lo poco que estaba acostumbra a realizar aquel gesto. El'hassai podría darla algunas lecciones sobre como imitar las respuestas humanas normales, pero bueno, al menos lo había intentado.

-Me sorprende que aún siga a bordo, comisario.

-Lo mismo la digo- respondí, preguntándome si podría aprovechar semejante oportunidad. Seguramente habría espacio para un par de pasajeros más en la lanzadera y ella parecía estar sola. **-Mis consultas con el Lord General me han llevado más tiempo del que pensaba.**

-Lo mismo que mis ajustes a los sensoria- respondió, sin sorprenderse lo más mínimo al ver que Jurgen y yo la seguíamos. **-Pero creo que ahora serán perfectos para el trabajo que queremos que hagan.**

-Me alegra oír eso- dije. **-Una excelente noticia que comunicaré al Magos Senioris en cuanto lo vea-** seguí y miré mi cronógrafo, exagerando el movimiento lo suficiente como para que ella se diera cuenta. **-Algo que se supone que ocurrirá dentro de una hora.**

-Estoy seguro de que pronto conseguirá un transporte- respondió Kildhar, deteniéndose al pie de la rampa de embarque y negándose rotundamente a captar la indirecta.

-Podríamos ir con usted- señaló Jurgen con su habitual franqueza. Para él, la sutileza era algo que practicaban los demás. **-Si le parece bien, señorita-** añadió, en un tardío intento de cortesía.

-Me temo que eso será imposible- contestó Kildhar, haciendo todo lo posible para dejar claro que hablaba en serio. **-Mi servidor-piloto tiene instrucciones de vuelo pre-programadas que no pueden ser anuladas. De lo contrario, esta nave estaría ayudando en la actual crisis.**

-Lo único que tendría que hacer es llevarnos a la superficie- insistí. **-Podremos llegar a la Aguja desde cualquier plataforma de aterrizaje en la que nos pueda dejar.**

-Lamentablemente, no voy a aterrizar en la colmena- dijo Kildhar, con el aire de un jugador de regicida que

acababa de asesinar a mi rey. **-Y el lugar al que voy, está completamente vedado a los extraños.**

-Ya veo- repliqué, con mi curiosidad activada a plena marcha, aunque si hubiera sabido a donde nos iba a llevar eso, le habría dicho que se sentara y se callara. Sin embargo, en aquel momento pensé que cualquier cosa que el Mechanicus no quería que supiéramos, probablemente fuera algo que necesitáramos saber y la oportunidad de descubrirlo era demasiado buena para perderla. Ya era lo bastante malo tener que defender aquel miserable montón de escoria sin que nuestros aliados nos sorprendieran con alguna desagradable sorpresa en el peor momento posible.

-Estoy seguro de que el Magos Dysen se hará perfectamente cargo de su imposibilidad para ayudarme a reunirme a tiempo con él. Y tampoco me cabe la menor duda de que el Lord General no se opondrá a que se le sigan ocultando cosas durante algún tiempo más.

Un leve fruncimiento de ceño debido a la incertidumbre comenzó a rodear las partes metálicas e inmóviles del rostro de Kildhar mientras reflexionaba sobre lo que le había dicho.

-Espere un momento- dijo finalmente y desapareció en el interior de la lanzadera. Unos segundos más tarde apareció en la desierta carlinga superior, parcialmente oculta por las bandas metálicas que sujetaban los paneles de cristal blindado, y usó el vox. Estaba de espaldas a nosotros, bien fuera por simple casualidad, o a propósito, por lo que no

pude captar la esencia de la conversación intentado leer sus labios, aunque, en cualquier caso, a aquella distancia, apenas hubiera podido captar nada [72].

[72] Eso casi seguro, ya que, cuando los s hablan entre ellos, es muy poco probable que usen el gótico.

Tras unos momentos de discusión, acompañados por una buena dosis de enfáticas gesticulaciones, regresó y nos hizo una señal para que subiéramos a bordo del Aquila.

-Dadas las circunstancias- explicó, **-y dado que se trata de usted, la mayor parte de los magos de mayor rango están dispuestos a permitirle un acceso limitado a las instalaciones.**

-Bien por ellos- dije, subiendo por la rampa. Aunque, de haber sabido lo que nos esperaba en la superficie, habría regresado andando a Fecundia antes de poner un pie en aquella maldita lanzadera.



CAPÍTULO DIEZ

Nuestro descenso transcurrió sin el menor incidente y fue tan incómodo como yo ya había previsto. Al parecer, fieles a su estilo, el Mechanicus había decidido que los refinamientos tales como el acolchado de los asientos era algo innecesario y probablemente ineficiente, por lo que nos encontramos sentados en un banco de metal soldado sobre el que habían fijado los arneses de seguridad a una altura que cualquier tipo de análisis racional habría determinado excesiva.

Ninguno de nosotros intentó entablar una conversación. En todo caso, hubiéramos tenido que alzar mucho la voz para escucharnos por encima del rugido de los motores, ya que la insonorización era otro refinamiento que los tecno-sacerdotes parecían considerar superfluo [73]. Jurgen había caído en su ya habitual letargo inducido por el mareo en cuanto llegamos a la atmósfera, mientras que Kildhar se mantenía en un pensativo silencio, con la mirada perdida [74] y yo estaba tan preocupado como de costumbre, preguntándome si habría hecho lo correcto. En el hangar, parte de las palabras de la me habían inquietado y las repetía obsesivamente en mi cabeza.

[73] De hecho, la mayor parte de ellos hubieran encontrado el ruido inspirador, considerándolo un himno de alabanza de la lanzadera al Omnissiah.

[74] Probablemente analizando datos o interactuando directamente con los sistemas de a bordo.

“Dado que se trata de usted” había dicho. Cuando lo dijo, yo lo tomé como una clara referencia a mi reputación y a mi posición como intermediario entre Dysen y Zyvan dentro del Mechanicus, pero al reflexionar sobre aquellas palabras, el tono de su voz había dejado entrever algo más. Además, parecía haber negociado la autorización para que yo visitara aquel santuario con una excepcional rapidez, algo a destacar, teniendo en cuenta lo apegados a la tradición y a los preceptos que generalmente están los discípulos del Omnissiah y lo celosamente que guardan sus secretos.

-¿Adónde vamos exactamente?- la pregunté cuando finalmente pareció centrar de nuevo su mirada. En aquel instante, estábamos atravesando uno de los eriales de ceniza, un páramo de cenizas a sotavento de los altos hornos de las fábricas del suroeste, una zona que parecía extenderse casi hasta el horizonte. Unas biliosas nubes marrones y amarillentas flotaban sobre su superficie, convertidas en caprichosas y fantasmales formas por las corrientes que nos llegaban desde popa: los nocivos efluvios procedentes de lo más profundo de las brasas de la industria enfriándose lentamente, cuyo tóxico toque asfixiaría o mataría a los incautos en cuestión de segundos. A decir verdad, se me ocurren pocos lugares en los que haya estado que fueran tan horriblemente desagradables.

-A Regio Quinquaginta Unus- respondió. **-Uno de nuestros santuarios más sagrados. Muy pocos conocen su existencia fuera de nuestra orden.**

-Entonces es todo un honor ser una excepción- dije, en mi tono más diplomático.

-¿Y qué tiene de especial?- preguntó Jurgen, despertando de su silencioso sufrimiento ante la perspectiva de verse dentro de poco de nuevo en tierra y yendo directamente al grano, tal y como solía hacer.

Kildhar pareció sorprendida por la franqueza de la pregunta y reflexionó un momento antes de responder.

-Es un repositorio- contestó finalmente. **-De un saber tan antiguo que sus orígenes se han perdido en el tiempo. Y un santuario para los que se dedican a su recuperación y aplicación.**

-Estás hablando de arqueotecnología, ¿no es así?- dije y la tecno-sacerdote asintió. Observé distraídamente que parecía estar mejorando al hacer aquel gesto, a no ser que esa vez lo estuviera haciendo en serio.

-Objetos recuperados de una docena de planetas a lo largo y ancho de todo el sector- explicó con reverencia. **-Y traídos hasta aquí para su conservación y estudio.**

-Comprendo que quiera mantener la confidencialidad- dije, reprimiendo un escalofrío. A lo largo de mis décadas de servicio, me he encontrado con algunos artefactos de ese tipo y las consecuencias nunca fueron buenas.

Los recuerdos de cómo tuve que esquivar a los genestealers en las entrañas de un pecio espacial se mezclaron los del

fervor lunático en los ojos de Killian cuando intentaba convencerme de que arrastrar la galaxia a su condenación era la mejor forma de salvarla y con los del implacable avance de los asesinos de brillante metal en el laberinto de túneles bajo Interitus Prime.

-Ese tipo de conocimientos puede atraer una atención no deseada.

-Entonces tendremos que confiar en su discreción- dijo ella.

-Me siento honrado de que piense que puede hacerlo- contesté, con bastante sinceridad, mientras comenzaba a redactar en mi cabeza un correo urgente para Amberly al tiempo que hablaba [75]. Hasta donde yo sabía, la Inquisición ya conocía aquella reserva de chatarra primigenia, pero nunca está de más dar un nuevo toque de atención, especialmente si uno de los inquisidores enterados resultaba ser un loco peligroso [76], tal y como lo había sido el difunto y nunca llorado Killian.

[75] Informe que, en efecto, fue muy convincente.

[76] Prácticamente uno de los requisitos para entrar al servicio del Ordo Malleus.

No hubo tiempo para más conversaciones, ya que el Aquila viró bruscamente y el santuario apareció ante nosotros. Un bloque hexagonal de rococemento alzándose entre los oscuros montículos de residuos grises que teníamos bajo nosotros, muy similar a la mayoría de búnkers defensivos

que he visitado, en los que me he escondido o he intentado no atacar durante mi larga e ignominiosa carrera, hasta que la enorme profusión de antenas, disipadores de calor y otras subestructuras situadas sobre su superficie me permitieron calcular aproximadamente su tamaño. Tenía al menos doscientos metros de alto y el doble de ancho. A medida que nos elevábamos hacia ella, se fue haciendo visible el contorno del icono del sagrado engranaje grabado en el hexágono del techo. Ese mismo motivo se repetía en su centro, rodeando una plataforma de aterrizaje elevada que, en aquel momento, parecía estar vacía.

-No veo que haya ninguna guardia- dijo Jurgen, girándose en su asiento para poder ver mejor y casi estrangulándose con los pesimamente situados arneses de seguridad.

-Estoy completamente seguro de que tiene que haber alguna- señalé, lanzando una inquisitiva mirada a nuestra anfitriona. **-¿Skitarii?**

-Hay tres contubernia destacados permanentemente en esta instalación- contestó, levemente evasiva. (Contubernia, unidad básica de una legión romana, la formaban ocho legionarios acompañados, en ocasiones, por dos no combatientes, nt)

-Tres escuadras- dije pensativo, calculando su equivalente en la Guardia Imperial [77]. **-Deberían ser suficientes para una instalación de este tamaño.**

[77] Una aproximación bastante acertada, aunque en ocasiones, el número real de combatientes puede variar: los servidores de combate como el que Caín se enfrentó durante su primer desembarco a veces se incorporaban a la unidad en

lugar de skitarii normales, al igual que otros especialistas en campos que pudieran ser de utilidad.

-Hasta el momento ha sido suficiente- me aseguró Kildhar. El Aquila ya estaba en la aproximación final, con los reactores de frenado activados. Sentí su repentina aceleración contra mi columna vertebral mientras se elevaba ligeramente para situarse sobre el centro de la plataforma. A continuación, los motores se apagaron y los patines de aterrizaje se posaron sobre el rococemento. **-Y, por supuesto, también tomamos otra serie de precauciones-** siguió, con un ligero atisbo de una sonrisa en sus labios pese a sus esfuerzos por mantener inexpresivo su rostro, tal y como uno se espera en un . Me quedó muy claro que ella esperaba que le preguntara cuáles eran esas otras medidas.

-No esperaba menos- contesté, mientras se extinguía el zumbido de nuestros motores, negándome a entrar en su juego. Si preguntaba, ella me contestaría que yo no disponía de la autorización necesaria, subrayando así sutilmente quién estaba realmente al mando, mientras que, si mostraba una absoluta indiferencia, había muchas probabilidades de que se la escapara algo en un intento de incitarme a que preguntara. Sin embargo, antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo, el Aquila volvió a estremecerse, lo que provocó una desconcertada mirada de mi ayudante.

-No estaremos a otra vez a punto de despegar, ¿verdad?- preguntó, en un tono de resignado temor.

Hice un gesto negativo con la cabeza. **-Los motores se han apagado-** señalé, mientras comenzaba a preguntarme por qué el piloto no habría bajado aún la rampa. Pero mientras hablaba, la lanzadera se estremeció por segunda vez y comenzó a descender lentamente desde el techo. La gruesa losa de rococemento y las vigas de apoyo comenzaron a pasar suavemente ante mis ojos y de pronto me encontré mirando como descendíamos hacia un hangar no muy diferente del que no hacía tanto habíamos abandonado. Sin embargo, al formar parte de un santuario del Mechanicus y no de una nave de guerra, los mamparos brillaban resplandecientes, en lugar de ser todos grises y cubiertos de manchas y el personal de tierra que se caminaban hacía nosotros llevaban las túnicas rojas de los visioingenieros en lugar de trajes de vacío.

-Yo les recomendaría que permanecieran sentados- dijo Kildhar, con leve toque de suficiencia en su voz cuando yo me levanté para ver como el grueso techo se cerraba sobre nosotros. Estaba claro que, desde que se abrió la plataforma, se estaba burlando de nuestra sorpresa. El elevador se detuvo con una breve sacudida y yo vacilé un segundo antes de recuperar el equilibrio.

-Un buen truco- tuve que admitir, mientras un pequeño tractor atravesaba el hangar para acoplarse al morro de nuestra lanzadera y comenzar a remolcarnos hacia un rincón [78], junto a una estación de reabastecimiento de combustible.

[78] Lo que implica que los patines de aterrizaje ya habían sido montados sobre ruedas o algún tipo de repulsores gravitatorios, probablemente por alguien fuera de la línea de visión de Caín.

-Tenemos muchos más- me aseguró Kildhar una vez el Aquila dejó de moverse y la rampa de desembarco comenzó a bajar.



Jurgen y yo descendimos cautelosamente por la rampa, examinando cuidadosamente todo lo que nos rodeaba mientras Kildhar nos seguía uno o dos pasos por detrás. El aire del enorme y oscuro hangar parecía estar impregnado del sulfuroso hedor de la atmosfera exterior, pero parecía perfectamente respirable. De hecho, unos instantes más tarde apenas se notaba el olor residual [79].

[79] Probablemente porque el aire contaminado que había entrado junto a la lanzadera había sido disipado rápidamente por las corrientes de aire de los recicladores.

-Esto ha sido mucho más cómodo que la primera vez que desembarcamos- comenté, con mucho menos tacto del que podría haber empleado, pero Kildhar entendió lo que quería decir sin llegar a ofenderse.

-La exposición directa al medio ambiente tan lejos de la colmena puede ser extremadamente perjudicial, incluso para aquellos dotados de augméticos- nos explicó. **-Además, muchos de los artefactos llegan aquí en un estado extremadamente frágil. Lo mejor es descargarlos en un lugar en el que puedan ser adecuadamente protegidos.**

-Evidentemente- estuve de acuerdo. **-Y desde el hangar, ¿a dónde las llevan?**

-Eso depende- contestó Kildhar mientras se dirigía hacia una gran puerta, siguiendo las marcas hechas en el suelo por las ruedas de innumerables carros de transporte. A juzgar por el tamaño del corredor que se abría más allá de la puerta, me quedó muy claro que algunos de aquellos artefactos debían ser enormes. **-Aquí tenemos amplia gama de instalaciones de análisis, capaces de realizar todo tipo de mediciones y experimentos.**

-Siempre y cuando sepan lo que hacen- murmuró Jurgen, con una voz que ilusamente imaginó inaudible.

-Lo sabemos- nos aseguró Kildhar, y la ligereza de sus modales demostraba que ella así lo creía, aunque yo no, por supuesto. La magos nos condujo a paso ligero hacia el interior del enorme edificio, cambiando tan a menudo de dirección que me vi obligado a llegar a la conclusión de que intentaba confundirnos deliberadamente. Sin embargo, mi innato instinto para orientarme en los complejos sistemas de túneles seguía tan fiable como de costumbre y estaba seguro de que si era necesario, sería capaz de encontrar el camino de vuelta al hangar. **-Ya no falta mucho.**

-Me alegro oír eso- dije, con otra ostentosa mirada a mi cronógrafo. **-Pero me temo que ya llego tarde a mi reunión con el Magos Dysen. ¿Podría llevarme hasta un transmisor de vox?**

-Eso no será necesario- afirmó Kildhar, con aire de suficiencia. –Se han hecho otros arreglos- tras decir eso, se detuvo ante una puerta que parecía más grande de lo necesario. **-Aquí no disponemos de habitaciones para invitados, pero sí recibimos visitas ocasionales. Si quiere esperar aquí, el Magos Senioris se reunirá con usted dentro de una hora.**

-Gracias- dije, completamente desconcertado, aunque decidió a no demostrarlo. Kildhar tecleó un complejo código de acceso en un teclado cerca de la puerta, la cual se abrió hacia un lado con un leve chirrido de unas guías mal engrasadas.

La sala que había más allá era tan espartana como yo había llegado a esperar conociendo el gusto de nuestros anfitriones y en ella sólo había una serie de atriles de datos, una mesa de conferencias de acero pulido con iconos devocionales de partes de máquinas grabados sobre ella en bronce y una serie de aquellas sillas horriblemente incómodas. Varias de ellas parecían más grandes y robustas que las demás y las miré con curiosidad. Además, algunos de los atriles parecían estar situados a una altura inusual, hasta el punto que yo no habría podido utilizar los teclados sin ponerme de puntillas. Aquello me recordó algo, pero, como siempre ocurre cuando intentas centrar un recuerdo esquivo, cuanto más lo intentaba, más parecía alejarse de mi mente.

-¿Sabe que es eso, señor?- preguntó Jurgen, mirando una de las piezas metálicas de curiosas formas que estaban

repartidas por la sala sobre unos expositores artísticamente forjados.

-Ni la más pajolera idea- respondí, encogiéndome de hombros mientras me acercaba a echar un vistazo. Unos cuantos cables corroídos sobresalían de la carcasa y sus brillantes extremos mostraban los puntos en los que se había acoplado una de fuente de alimentación u otro instrumental durante su examen. **-Pero si está metido en este expositor, es que, o bien ya han sacado todo lo que podían de él o lo han dejado por imposible-** seguí, mirando a Kildhar, que me devolvió la mirada con gesto de reproche.

-Ninguna de las dos cosas- dijo, con un tono levemente pretencioso. **-Las obras del Omnissiah nunca podrán ser comprendidas en su totalidad, ni descartadas porqué sí-** siguió. Luego su expresión se suavizó ligeramente. **-Pero tienes razón en lo esencial. Este artefacto ha sido examinado cuidadosamente y en este momento ya no queda ninguna línea de investigación abierta que nos pueda aportar más conocimientos.**

Intrigado, me acerqué un poco más y empecé a leer la inscripción grabada en la minúscula placa de metal remachado al soporte, en unas letras tan pequeñas que apenas podía distinguirlas.

-Muestreador atmosférico, M28… - en momento me callé, impresionado muy a mi pesar por la asombrosa antigüedad del objeto. **-M28-** continué, tratando de ignorar

la expresión de Kildhar, que un rostro con menos chapas de metal sólo habría podido describir como petulancia. **-Recuperado 854935.M41, sistema Serendipita…** -sólo entonces caí en la cuenta y me volví, sorprendido, hacia la tecno-sacerdote. **-¡Esto es del *Engendro de Condenación*!**

-Así es- aceptó, como si fuera lo más natural de la galaxia. **-La mayoría de los artefactos recuperados del pecio han sido traídos aquí para su custodia.**

Lo cual, por extraño que me pareciera, tenía una cierta lógica si se pensaba bien. Fecundia era el mundo forja más cercano a Serendipita, todo un planeta repleto de tecno-sacerdotes y que poseía las instalaciones adecuadas para poder analizar el botín correctamente.

Eso, por supuesto, también explicaba el por qué me habían permitido visitar el lugar. Si no hubiera sido por mí, cuando conseguí que los orkos y los genestealers del pecio lucharan entre ellos, nunca habrían logrado sacar de allí ni la mitad de lo que lograron rescatar antes de que el *Engendro de Condenación* volviera a desaparecer en la disformidad. Eso suponiendo que en realidad ya lo hubiera hecho, dado que eso es algo que nunca se puede saber con los pecios espaciales, cuyos movimientos son tan caprichosos como las corrientes de la disformidad por las que viajan.

-¿Sigue en Serendipita?- pregunté, incapaz de contener mi curiosidad.

-No- respondió Kildhar, cuya voz sonó sinceramente arrepentida. Era la primera emoción real que había escuchado influir en su voz. **-Desapareció en la disformidad el 948 y no ha vuelto a aparecer desde entonces. Al principio, se intentó rastrear y localizarlo, pero sin éxito. En los últimos años, los Recobradores han estado muy solicitados.**

-Todos lo estamos- respondí con tristeza. Entre los tau y los tiránidos, la presión que soportaba el Imperio en el Brazo Oriental era muy superior a la que había tenido que soportar en más de un milenio y ninguno de sus otros enemigos tampoco habían permanecido especialmente ociosos. No me cabía la menor duda de que un capítulo de marines espaciales que habían sido lo bastante locos como para adentrarse en un pecio abandonado, encontrarían muchas más cosas con las que entretenerse, incluso sin un gigantesco laberinto tridimensional repleto de criaturas letales que saquear.

-Así es, en efecto- respondió Kildhar, tras quedarse pensativa un momento junto al umbral. **-Y ahora, hay muchas cosas que reclaman mi atención. Confío en que su entrevista con el Magos Senioris resulte productiva.**

Y tras decir esto, se retiró, cerrando la puerta tras ella.

-Típico- dijo Jurgen, dejándose caer sobre la silla más cercana y sacando de uno de sus bolsillos una placa de datos porno con la que pasar el rato. **-Ni siquiera nos han ofrecido una taza de recafeina.**

-Probablemente ella ya habrá comido este mes- aventuré con amargura, mientras recorría la sala. Había alrededor de media docena de objetos expuestos, todos menos uno salidos del *Engendro de Condenación* y todos igualmente incomprensibles para mí en lo referente a su antigüedad y posible función.

Jurgen dejó de mirar la lectura de los artísticos grabados anatómicamente casi imposibles y miró en mi dirección.

-Afortunadamente, he traído un termo de tanna. Si considera que una taza le vendría bien…

-Por supuesto- dije, aceptando con gratitud la caliente bebida. Pero apenas acaba de dar el primer sorbo, cuando comenzó a sonar una estridente alarma. **-¡Por las tripas del Emperador! ¡¿Y ahora qué pasa?!**

Dejé la taza humeante y corrí hacia la puerta, presagiando lo peor, algo que, según mi experiencia, es la mejor actitud que uno puede asumir. Tiré de la manilla de la puerta, pero ésta se negó a abrirse y, consternado, miré el teclado. Kildhar había tecleado la clave tan rápidamente, que me habría resultado imposible seguir el borrón de sus dedos augméticos, incluso si hubiera prestado atención, algo que, no tengo más remedio que admitir, no había hecho.

-Permítame, señor- dijo Jurgen, mientras alzaba su fusil láser y efectuaba dos rápidos disparos contra el mecanismo antes de que yo pudiera detenerlo. En fin, ya era demasiado

tarde como para preocuparnos por la reacción de nuestros anfitriones, así que me limité a agarrar la manija y tirar otra vez. **-Oh, mierda.**

-Yo no lo habría expresado mejor- suspiré, más ásperamente de lo que realmente pretendía. Con el mecanismo de cierre destruido, estábamos atrapado, sin siquiera poder descubrir que era lo que había alterado tanto a los tecno-sacerdotes. Agudicé el oído, tratando de distinguir cualquier cosa que pudiera darnos una pista mientras rogaba fervientemente al Trono que no fuera el premonitorio estruendo de alguna titánica explosión que estuviera a punto de abrasarnos a todos. Pero las paredes eran muy gruesas, revestidas de metal y lo único que pude oír fue el zumbido de los recicladores de aire. Lo que hizo que se me ocurriera otra idea. **-Jurgen, ¿ves algo que parezca una salida de aire?-** pregunté. Con nuestra única salida completamente atascada, no iba a quedarme sentado esperando que todo reventara a nuestro alrededor.

-Por aquí, señor- llamó Jurgen, tras un momento de búsqueda, alzando la voz para que le escuchara sobre el áspero gemido de la alarma. Señaló una rejilla cerca del suelo, de unos veinte centímetros por diez.

-Bien hecho- le animé, sintiendo que al menos le debía eso por mi anterior momento de mezquindad**, -pero esperaba algo más grande.**

Jurgen negó con la cabeza. **-Me temo que son todas iguales, señor.**

-Entonces tendremos que improvisar- dije, desenvainando mi espada-sierra y llevaba el selector de velocidad hasta la máxima potencia. No era la primera vez que me tenía que abrir paso con ella a través de una puerta o una pared, aunque rara vez tenía que usarla contra alguna tan robusta como parecía ser aquella. **-Cuidado con las chispas.**

Pero antes de que pudiera comenzar a cortar, de repente, la hoja de la puerta se abombó hacia dentro cuando algo la golpeó con fuerza desde el otro lado, arrancándola de las guías. Jurgen y yo intercambiamos una incómoda mirada y luego retrocedimos, alzando nuestras armas. Dirigí mi mano libre hacia la pistola que llevaba enfundada junto a mi costado, pero antes de que pudiera sacarla, otro golpe sacudió la puerta y un cuarteto de garras increíblemente afiladas se abrió paso. Mientras observaba, momentáneamente paralizado por el horro, la mano que había detrás de ellas se cerró en un puño y abrió un agujero del tamaño de mi cabeza en la gruesa placa de acero.

Jurgen abrió fuego de inmediato, dirigiendo una ráfaga de proyectiles láser~~s~~ a través de la abertura. La criatura que estaba en exterior retrocedió momentáneamente antes de volver al ataque. Entonces, un segundo par de garras perforó el metal como si fuera de cartón, cortando hacia abajo, desgarrando el metal, mientras el primer juego de garras rasgaba en diagonal para poder unirse al primer corte.

Desenfunde mi pistola mientras un segundo par de manos, con unas garras más pequeñas y dedos extra en cada una,

sujetaban los restos de la desgarrada puerta antes de arrancarla de las guías y arrojarla hacia un lado.

Desde el momento en el que el primer par de garras habían aparecido por la puerta, sentí la extraña sensación de que conocía la clase de bestia que había al otro lado y justo en ese momento, me di cuenta de que estaba en lo cierto. Sólo tuve una fracción de segundo para darme cuenta antes de que los dedos de Jurgen y los míos apretaran los gatillos y un genestealer de pura cepa con las fauces abiertas de par en par, cargara directamente contra los cañones de nuestras armas.



CAPÍTULO ONCE

Nuestras primeras descargas frenaron la acometida de aquella horrenda criatura, que se tambaleó bajo los múltiples impactos de las ráfagas en automático del fusil de Jurgen a las que, si he de ser sincero, mi breve ráfaga de descargas láser en poco ayudó. Cráteres cauterizados se abrieron por todo su tórax, levantando un fino rocío de icor y quitina pulverizada que, dado que estábamos lo suficientemente cerca, vimos como flotaba a su alrededor como la niebla surgiendo de un pantano al amanecer. Sin embargo, no tardó en recuperarse y, chasqueando sus mandíbulas, saltó de nuevo hacia adelante, derramando chorros de un apestoso icor por el agrietado caparazón, pero Jurgen y yo no estábamos en el mismo lugar, habíamos saltado en diferentes direcciones. Se giró para seguirme, extendiendo sus dos brazos izquierdos, con la aparente esperanza de atraparme con su brazo inferior mientras me diseccionaba vivo con las afiladas garras del superior.

Sin embargo, yo estaba preparado para aquel tipo de ataque, dado que ya había luchado anteriormente contra otros genestealers y me agaché bajo el brazo que intentaba aferrarme al tiempo que propinaba un mandoble hacia arriba con mi espada sierra. Sus dientes gimieron un momento al morder el duro caparazón de la criatura, luego se liberaron, cortando la extendida extremidad como si de la rama enferma de un árbol se tratará y se hundieron en su vientre. Un chorro de vísceras brotó de él, poniendo perdido mi abrigo y desparramándose por el suelo. Por dura y tenaz

que fuera la criatura, no podía durar demasiado tiempo con semejante herida y se lanzó hacia adelante, aparentemente con la intención de atacar a Jurgen a modo de postrer acto de venganza. Pero antes de que pudiera alcanzarlo, resbaló sobre sus propias entrañas para acabar estrellándose contra la mesa, abollándola y lanzando por los aires varias de aquellas horribles e incómodas sillas que estaban alrededor con un estruendo que resonó con fuerza por toda la sala revestida de metal. Increíblemente, a pesar de la tremenda paliza que había recibido, el monstruo seguía agitándose débilmente y tratando de levantarse. Yo alcé mi espada sierra y lo decapité, aunque, si he de ser sincero, creo que estaba muerta un instante antes de que la hoja lo alcanzara.

-Bueno, al menos, eso ha abierto la puerta- señaló Jurgen, decidido a ver el lado bueno, y yo asentí sombríamente.

-Y también sabemos la razón de tanto alboroto- coincidí, alzando la voz sobre el estruendo de las alarmas, que resonaban con el doble de fuerza ahora que ya no estaba amortiguadas por la puerta. **-Los tiránidos ya han llegado.**

Active el comunicador de mi oído, esperando recibir una actualización táctica, pero no puede escuchar nada en ninguno de los canales de comunicación de la Guardia Imperial; ninguna de las unidades de vox en las cercanías estaba sintonizada y lo único que pude escuchar fue un galimatías incomprensible. Sólo nos quedaba esperar que se tratara de una incursión aislada y no de la invasión a gran

escala que mi imaginación, presa del pánico, se empeñaba en creer que estaba teniendo lugar.

-Vamos, tenemos que averiguar qué demonios está pasado.

Por lo que pude ver, lo que pasaba era que reinaba el pánico, con todo el pasillo exterior atestado de acólitos vestidos de rojo corriendo en todas las direcciones, chillándose los unos a los otros en su incomprensible gorgoteo. El hecho de vernos a Jurgen y a mí, armados y cubiertos por los despojos del genestealer no ayudó precisamente a tranquilizarles y pronto desistí de intentar detener a uno para pedirle información. La mayoría de ellos se limitó a farfullar un momento, señalar el camino por el que había venido y volver a escabullirse tan rápido como sus piernas (o, en algunos casos, las ruedas, las placas gravitatorias o resortes) les permitieran. Como parecían correr por el pasillo en ambas direcciones, ni siquiera podía seguir lo que suele ser mi respuesta instintiva en momentos como aquel y así alejarme lo más posible de donde pareciera estar el mayor peligro.

-¿Volvemos al hangar, señor?- preguntó Jurgen en cuanto la multitud despejó un poco el pasillo y yo asentí. No tenía ni idea de que más cosas podría haber en aquel laberinto y si nos lanzábamos a correr y deambular por su interior, o bien lográbamos salir por pura casualidad, o bien nos perdíamos en él indefinidamente o, al menos, hasta que los tiránidos nos alcanzaran. En el hangar, podríamos requisar una lanzadera, o al menos encontrar una aparcada que tuviera un vox que pudiera usar para contactar con Zyvan y averiguar en qué lío nos habíamos metido.

-Parece que esa es nuestra mejor opción- asentí, girándome para dirigirme hacia el hangar, pero antes de pudiera dar más que unos pocos pasos en aquella dirección, ciertas señales de movimientos al final del corredor frenaron mi paso. Otros tres genestealers aparecieron ante mis ojos, acuchillando y desgarrando a los tecno-sacerdotes lo suficientemente rezagados como para cruzarse en su camino. El avance de las criaturas quedaba marcado por un reguero de sangre y lubricantes, manchando el suelo bajo sus garras y salpicando las paredes. Pocas de sus víctimas se movían tras su paso, aunque un par de ellas seguían retorciéndose y lanzando torrentes de chispas eléctricas, al cortocircuitarse sobre la superficie metálica sobre la que se arrastraban.

No fue necesario que vocalizara mi repentino cambio de planes, Jurgen y yo ya habíamos combatido codo con codo durante demasiado tiempo y con demasiada frecuencia como para tener que hacerlo. Sólo nos detuvimos para lanzar una ráfaga de descargas láser con la vana esperanza de ralentizarlos un poco, nos dimos la vuelta y comenzamos a correr, vagamente esperanzados en que algo ocurriera en los pocos segundos que teníamos antes de que las criaturas nos alcanzaran.

-Sabía que tenía que haber traído mi melta- refunfuñó Jurgen, cuando el siniestro traqueteo de las garras sobre el metal se hizo audible sobre el estruendo de las alarmas. Si ya estaba lo suficientemente cerca como para poder oírlos sobre todo aquel ruido, es que ya los teníamos prácticamente sobre nosotros, así que ni siquiera me atreví a mirar hacia atrás. Girarme para mirar por encima del

hombro sólo me habría llevado una fracción de segundo, pero, en aquella situación, incluso eso podría resultar fatal. Además, no quería que lo último que viera en mi vida fuera el esófago de un genestealer.

-Habría sido muy útil- coincidí, pero no se le podía culpar por haber no haber traído consigo su juguete favorito. La voluminosa arma no era precisamente la más ideal para ir cargada con ella por los pasillos de una nave estelar y tampoco habíamos recibido ninguna advertencia sobre un posible ataque tiránido, así que no había razón alguna para pensar que la necesitaríamos. Entonces se me ocurrió otra idea. **-¿Tienes granadas?-** pregunté. Por lo general, mi ayudante siempre cargaba con un par de ellas, incluso cuando estábamos lejos del frente, una costumbre por la que le he quedado muy agradecido en varias ocasiones.

-No puedo usarlas- dijo apesadumbrado. **-Hay demasiados civiles.**

En efecto, varios tecno-sacerdotes seguían abarrotando el pasillo, aunque su afición a los augméticos había permitido que muchos se alejaran a gran velocidad y ya estaban lejos y, a juzgar por los ruidos que escuchaba tras de nosotros, cada vez iban quedando menos con vida de los que no podían correr tanto.

-Una perforante entonces-, propuse, bastante menos preocupado por los posibles daños colaterales que pudieran sufrir los mecanos, que por la idea de que una granada de fragmentación que estallara lo suficientemente cerca como

para herir a los genestealers, probablemente también nos destrozaría a Jurgen y a mí.

-Tengo una de esas- confirmó mi ayudante. Rebuscó entre sus numerosos macutos, sacó una granada, arrancó hábilmente el seguro con los dientes y la arrojó por encima de su hombro sin dejar de correr. **-Pero no veo para que puede servir.**

-Yo tampoco- tuve que admitir, **-pero no creo que nos haga daño.**

El suelo tembló al detonar la carga perforante y algo pequeño, afilado y metálico golpeó la pared demasiado cerca de mi oreja. Evidentemente, debimos dañar algún circuito eléctrico en alguna parte, porque, de repente, la chillona alarma se silenció, dejándome con un agudo pitido en los oídos. Pero el ruido de movimiento también parecía haber disminuido detrás de nosotros y me arriesgué a echar un vistazo hacia atrás.

Nuestra desesperada estratagema al menos nos había servido para ganar algo de tiempo. La carga explosiva había creado un agujero en el suelo metálico, dejando al descubierto una maraña de tuberías y cables de las que brotaba una nube de algún tipo de vapor. Los genestealers parecían aturdidos por la explosión, pero no podía contar con que aquella feliz circunstancia durara mucho tiempo.

-Eso les dará algo en lo que pensar- dijo Jurgen, lanzado mientras hablaba otra lluvia de descargas láser por el

corredor. Si yo hubiera podido elegir, me habría limitado a poner la mayor distancia entre aquellas terroríficas criaturas y yo, pero teníamos que pensar en los aturdidos tecno-sacerdotes que teníamos como público, la mayoría de los cuales parecían aún más aturdidos que los genestealers. Los mecanos se arremolinaban y parloteaban los unos con los otros, como si no pudieran creer el desastre que acabábamos de preparar en su bonito y limpio pasillo, pero dadas las circunstancias, debieron considerar que lo mejor era no protestar, aunque no me cabía la menor duda de que al menos unos cuantos de ellos tendrían picto-grabadores incorporadas a sus ojos augméticos. Lo último que yo necesitaba era que las imágenes de Caín, el héroe imperial, actuando como el cobarde que realmente soy, se difundieran por todo el planeta, especialmente por si necesitaba que mi inmerecida reputación me ayudara más tarde a huir. Así que disparé un par de veces, blandí teatralmente mi espada sierra y adopté una pose defensiva, como si quisiera proteger a los supervivientes de una nueva carga.

-Corran, pónganse a salvo- les grité, con el mejor gesto de preocupación que puede fingir, mientras miraba hacia atrás por encima de mi hombro. Estaba a punto de añadir un par de tópicos para que se dieran más prisa, cuando la nube de vapor se inflamó, envolviendo a los dos genestealers en una bola de fuego y lanzando una onda expansiva por el corredor que me aplastó contra el frío metal del suelo.

Me puse en pie, tambaleándome mientras trataba de asimilar aquel inesperado giro de los acontecimientos. Me quedó muy claro que lo que salía por la tubería era altamente inflamable, aunque era imposible saber si lo

había prendido una de nuestras descargas láser o una chispa del cableado dañado. Sin embargo, tampoco tuve demasiado tiempo para pensarlo, ya que en ese preciso momento, un genestealer envuelto en llamas surgió de aquel infierno y se lanzó ciegamente a por mí, aunque me es imposible saber si lo hizo impulsado por la mente de la prole, o simplemente era que había enloquecido por la terrible agonía que sufría. Le disparé por mero reflejo y salté hacia un lado en el último momento, asestándole de paso un afortunado tajo con mi espada sierra que le cortó los ligamentos de las piernas. Lisiado, cayó al suelo, donde rodó por el suelo, estremeciéndose y proporcionándome unos angustiosos instantes para evitar sus dientes y garras antes de que finalmente asumiera que estaba muerto.

-Los otros dos también están muertos- me informó Jurgen, tras regresar de su rápido viaje para comprobarlo. **-Menos mal que explotó esa tubería, o las cosas podrían haberse puesto muy feas.**

-Efectivamente- dije, y dejé de intentar contar el número de tecno-sacerdotes muertos tendidos en el suelo y envueltos por la nube de humo. Bien sabe el Trono que tengo muy poco en común con los mecanos y normalmente aún menos paciencia con ellos, pero aun así, me pareció una imagen deprimente, probablemente porque bien podría haber sido yo el que estuviera allí tumbado con las tripas al aire.

-En verdad, el Omnissiah procesa sus datos- me dijo un asombrado tecno-sacerdote de sexo indefinido [80], que se acercaba a nosotros haciendo la señal del engranaje.

[80] A partir de cierto grado de augmentización, las diferencias ya son puramente académicas.

-Se lo agradezco mucho- dije educadamente, sin saber cómo responder a esas palabras. Yo seguía recibir nada inteligible a través de mi comunicador, pero quizás mi interlocutor tendría acceso a otras fuentes de información. **-¿Sabe cuántos más de esos bichos andan sueltos por aquí?-** pregunté sabiendo que las camadas de genestealers suelen ser mucho más numerosas que los cuatro que acabábamos de ver.

La cabeza encapuchada hizo un gesto negativo, el fuego que teníamos detrás de nosotros se reflejó en su rostro metálico, haciendo que destellara de forma inquietante en las profundidades de su capucha.

-¿Algún otro organismo infiltrado? ¿Tal vez lictores?

No me importa admitir que me estremecí interiormente ante semejante perspectiva, aunque evité que mis sentimientos se reflejaran en mi rostro con la facilidad que proporciona una larga práctica. Los genestealers ya eran lo suficientemente malos, pero la idea de cazar, o mejor dicho, de ser cazados por unos organismos perfectamente adaptados al camuflaje y la emboscada me resultaba mucho más inquietante.

-Lamento no poder proporcionarle información actualizada- me contestó Cara de Chapa, haciendo de nuevo el signo del engranaje sin motivo alguno, o al menos que yo pudiera ver, presumiblemente porque no sabía que

otra cosa hacer con sus manos. **-Las consultas sobre xenobiología deben dirigirse a la Magos Kildhar**

-Por supuesto. ¿Y tiene alguna idea de dónde pueda estar?- pregunté, ya seguro de la respuesta que iba a obtener.

-Tampoco tengo información actualizada a ese respecto- contestó el tecno-sacerdote, sonando sinceramente afligido. **-Sin embargo, su analyticum se encuentra en el nivel veintiocho, sección tres. Si desea consultar algo con ella, seguramente ese sea el lugar donde haya más probabilidades de que la encuentre.**

-Gracias- dije, **-pero ahora mi deber es informar al Magos Senioris y al Lord General.**

Quienes seguramente sabrían qué demonios estaba pasando, si es que alguien lo sabía.

-El Magos Senioris llegará en cualquier momento- contestó el tecno-sacerdote, claramente decidió a mostrarse lo más servicial posible. **-De hecho, puede que ya haya aterrizado.**

-Entonces debemos volver al hangar lo antes posible- dije, aprovechando la oportunidad que el Emperador acababa de presentarme. **-Su protección debe ser nuestra máxima prioridad-** me apresuré a añadir. Y la

mejor manera de lograrlo sería llevarlo de nuevo a la lanzadera y sacarlo de allí lo antes posible, preferiblemente acompañado por mí. Volví a mirar el fuego que ardía detrás de nosotros y que seguía bloqueando el pasillo. **-¿Puede sugerirnos una ruta alternativa?**

-Por allí, la primera a la derecha, luego la segunda a la izquierda… - comenzó a desgranar el tecno-sacerdote mientras empezaba a recitar una lista de direcciones que amenazaba con prolongarse casi indefinidamente. Después de las primeras indicaciones, me di cuenta de que íbamos a volver por donde habíamos venido, o al menos lo suficientemente cerca como para que pudiera confiar en mi innata habilidad para orientarme en lugares como aquel y le corté en seco.

-Lo encontraremos- dije con confianza y comencé a correr a paso ligero, con Jurgen y su fusil láser como una tranquilizadora presencia tras mis talones. Dado que la maldita alarma ya no ahogaba el resto de los ruidos, pude usar mis oídos además de mis ojos. El ruido de nuestras botas sobre el suelo metálico provocaba ecos que interferían la concentración, sonidos a los que se sumaban los creados por la enorme cantidad de mecanos confundidos y asustados que se apartaban de nuestro camino, pero estaba bastante seguro de que no podía escuchar los arañazos de las garras de los genestealers detrás nuestro. No obstante, me mantuve totalmente alerta, lanzando rápidas y aprensivas miradas cada rincón o hendidura junto a la que pasábamos, prestando especial atención a la tuberías y conductos que pendían del techo; aquellas malditas criaturas podían aferrarse a las superficies más lisas y yo ya había visto caer a demasiados Recobradores en emboscadas que les llegaron desde arriba en nuestra

desafortunada incursión a bordo del *Engendro de Condenación* como para no estar completamente paranoico ante la posibilidad de ser víctima de un ataque similar.

-Creo que nos habían dicho que aquí había una guarnición de skitarii- dijo Jurgen con amargura, mientras apartaba a unos cuantos G.A.T.O [81] que parecían haberse extraviado. **-¿Dónde demonios se supone que están?**

[81] Geolocalización Autónoma Tecnológicamente Optimizada.

-Me temo que deben estar ocupados- aventuré, separando el fuerte chasquido de los fusiles Infierno de entre los ecos que nos perseguían. Lo cierto es que el sonido parecía proceder de varias direcciones, aunque no era capaz de precisar más, eso pese a que, si he de ser sincero, lo cierto es que no estaba tan preocupado como para molestarme en intentarlo. Los disparos sonaban a lo lejos, lo suficiente como para que me creyera que no íbamos a lanzarnos de cabeza a ninguna escaramuza y en aquellos momentos, eso era lo único que me importaba.

Esquivamos a un servidor que seguía trabajando en la última tarea que le habían encomendado, totalmente ajeno a la confusión que le rodeaba, dimos la vuelta a la última esquina del itinerario que nos había indicado el tecno-sacerdote y finalmente me encontré en un corredor que reconocí de inmediato.

-Por aquí- le indiqué a Jurgen, cada vez más animado, pero tan solo para que unos momentos más tarde mi moral se precipitó en el más profundo de los abismos. El sonido de

los disparos también se escuchaba frente a nosotros, justo en la dirección del hangar.



CAPÍTULO DOCE

Les mentiría si les dijera que no tuve mis dudas en aquel momento, pero la verdad es que no tenía más remedio que seguir adelante. Había demasiados mecanos abarrotando el pasillo como para que cualquier signo de vacilación por mi parte pasara desapercibido y, para agravar aún más la situación, se me había llenado la boca declarando mis intenciones de proteger al Magos Dysen de los genestealers. Tanto si el tecno-sacerdote había gravado o transmitido la conversación, como si no, seguro que seguía allí afuera y sin duda compartiendo excitadamente la conversación con otros de sus compañeros.

Así que, una vez más, me veía abocado a emprender un curso de acción de iba directamente contra todos mis instintos, ya que la simplista excusa destinada para mantenerme alejado de los problemas se había vuelto contra mí para morderme el culo. Además, llegar al hangar para ponerme a salvo, implicaba, me gustase o no, tener que enfrentarme a lo que fuera que allí nos esperase, pero, al menos, parecía que allí tendría unos cuantos skitarii detrás de los que esconderme, en lugar de volver a jugar a ser un simple cebo, mera carnaza para los tiránidos.

La enorme puerta del hangar ya estaba abierta y, de nuevo, mis fosas nasales fueron asaltadas por el sulfuroso hedor del aire del exterior, tan fuerte que incluso eclipsaba el característico olor personal de Jurgen. Eso significaba que la

lanzadera de Dysen ya debería haber llegado y descendido en el elevador, arrastrando consigo una importante cantidad del casi irrespirable aire de la atmósfera del planeta.

Casi habíamos llegado a la puerta cuando un skitarii con uniforme carmesí la atravesó, arrastrado por un genestealer que intentaba arrancarle la cara. Sangre y otro tipo de fluidos menos identificables se filtraban por los grandes cortes de su coraza, unas heridas que habrían acabado con un hombre normal, pero él seguía luchando ferozmente, con su cuerpo fuertemente augmentado soportando el tipo de castigo que normalmente tan sólo un marine espacial habría soportado. Los dos contrincantes rebotaron contra el mamparo opuesto, dejando una abolladura sobre su pulida superficie y volaron hacia donde estábamos Jurgen y yo, tan absortos en su lucha privada que probablemente fueran totalmente ajenos a nuestra presencia.

Reaccionando instintivamente, mis reflejos de duelistas entraron en acción sin que apenas me diera cuenta de ello, me giré para esquivar a los dos luchadores entrelazados y golpeé en la espalda al genestealer con mi espada sierra. La hoja giratoria cortó profundamente, rociando la abollada pared con fragmentos de quitina y vísceras. Totalmente tomada por sorpresa, la abominable criatura se volvió y se abalanzó contra mí, con los colmillos chasqueando tan cerca que podría haberme arrancado un brazo si yo no me hubiera apartado un poco para guardar las distancias. El asediado skitarii se recuperó y aprovechó aquel momento de distracción del genestealer para golpear con su antebrazo la sien de la criatura, rajándola con la hoja dentada montada en él. Parcialmente aturdida, la horrible criatura aflojó su presión y alzó el cuello para propinar un mordisco, como si de una serpiente se tratara. Al ver mi oportunidad, intervine

de nuevo y seccioné su columna vertebral con un preciso golpe horizontal.

Rugiendo de rabia, con las partes de su rostro que aun eran de carne hinchadas y casi tan rojas como su uniforme, el skitarii agarró con ambas manos la cabeza del pura cepa y la retorció. Con unos desagradables sonidos de crujidos y desgarros, notablemente similares a los que produciría Jurgen junto a un plato de marisco, la cabeza del genestealer se separó limpiamente de su cuerpo.

Tras contemplar su espantoso trofeo durante uno momento, el skitarii lo arrojó hacia un lado y caminó hacia mí, pisoteando los restos de su enemigo caído. Su distorsionado rostro presentaba un aspecto incluso aún menos humano que el de un típico soldado del Adeptus Mechanicus y comencé a preocuparme por mi propia seguridad. Parecía estar totalmente fuera de sí por el zerk [82], o algo parecido, y probablemente no estaría en condiciones de distinguir entre amigos y enemigos, y posiblemente tampoco le preocupara.

[82] Una droga de combate diseñada para aumentar la fuerza y la agresividad, normalmente usada por las legiones penales. Los efectos a largo plazo sobre las fisiologías no aumentadas son extremadamente perjudiciales, pero eso no se considera una desventaja si se tiene en cuenta que no se espera que los soldados sobrevivan a más de una o dos batallas.

Entonces, casi en el último momento, reconocí el mosaico de augméticos incrustados en su rostro.

-Centurión Kyper, informe- grité, con mi tono más autoritario, complacido al ver por el rabillo del ojo como

Jurgen le apuntaba con su fusil láser. Esperaba que no tuviera que usarlo, pero si eso implicaba que yo siguiera de una sola pieza, dejaría que abatiera inmediatamente al oficial skitarii y ya me preocuparía más tarde las posibles implicaciones políticas.

Pero, para mi alivio, los ojos de Kyper comenzaron a centrarse y un vestigio de comprensión apareció casi inmediatamente en ellos.

-Comisario Cain- me saludó con una sonrisa. **-Bienvenido, aún nos quedan muchos genestealers a los que matar.**

El frenesí inducido por las drogas de combate comenzó de nuevo a apoderarse de él y volvió a la lucha, evidentemente decidido a volver al trabajo lo antes posible, sin que importara que fuera perdiendo fluidos vitales como un grifo corroído.

-¿Está a salvo el Magos Senioris?- le pregunté rápidamente, antes de que la marea de sed de sangre lo arrastrara demasiado lejos como para que sus pensamientos siguieran un curso racional.

-Lo está- confirmó Kyper y luego volvió a la batalla, aparentemente con la intención de despedazar miembro a miembro y con sus propias manos al siguiente genestealer lo suficientemente desafortunado como para cruzarse en su camino [83]. Si Dysen seguía en el hangar, allí seguiría su lanzadera y aún existía la posibilidad de que pudiera utilizar

a ambos para poner a salvo mi propio y miserable pellejo. Un pensamiento optimista que sólo duró dos o tres segundos, justo hasta que obtuve la primera visión clara de la batalla que se estaba librando en el hangar.

[83] De lo cual podemos inferir que, al menos a los ojos de Caín, el centurión parecía desarmado; una impresión que puede no ser del todo precisa, ya que los skitarii del Mechanicus suelen tener varios sistemas de armas implantadas diseñadas para mejorar su letalidad en espacios reducidos.

-¡Híbridos!- gritó Jurgen con repugnancia, disparando una ráfaga con su fusil láser a una criatura encorvada y de tres brazos que empuñaba el fusil Infierno que acababa de arrebatar a un moribundo skitarii, con la apariencia de ser muy capaz de utilizarlo, impresión que confirmó un momento después al dispararlo en nuestra dirección. Sin embargo, la lluvia de descargas láser de alta potencia salió desviada y antes de que pudiera corregir el tiro, la superior puntería de mi ayudante lo derribó de un limpio tiro en la cabeza.

-Unos cuantos- coincidí, al ver más abominaciones semihumanas, con una creciente sensación de desconcierto. Los genestealer son bastante comunes en las líneas de una invasión tiránida, pero yo nunca había oído que fueran acompañados por su descendencia de otras especies cruzadas con ellos. Sólo aparecían después de que las victimas implantadas por la mente de la prole se hubieran infiltrado al menos durante una generación en la población de un planeta.

Pero no había recibido ningún tipo de informes sobre cualquier indicio de agitación social ni de disturbios que nos

indicaran que hubiera una secta de genestealers activa en Fecundia y, en cualquier caso, entre una población tan dotada de augméticos, cabría esperar que encontraran pocas presas.

En ese momento, otro puro cepa saltó para intentar arrancarme la cabeza con un golpe de sus terribles garras y no me quedó más tiempo para pensar. Me lancé a un lado en el momento justo y le propine un corté a la altura del cuello, siendo recompensado por un chorro del apestoso icor justo antes de que Jurgen acabara con él con otra ráfaga de disparos de su fusil láser.

-Por allí, señor- dijo mi ayudante y a través de la vorágine de figuras que corrían, se disparaban y se acuchillaban, todas ellas inhumanamente rápidas y ágiles, ya fueran humanos augmentados o abominaciones xenos, alcancé por fin a ver a Dysen y a sus guardaespaldas. Parecían haber tenido la misma idea que yo, e intentaban abrirse paso a través de la confusa melee de los cuerpo a cuerpo hacia la lanzadera que los había llevado al santuario, pero no habían conseguido llegar muy lejos. La mayoría de los genestealers y su progenie se habían agrupado bajo las alas extendidas de la gran nave de transporte, que seguía descansando sobre el elevador que la había bajado hasta el hangar, al igual que unos polluelos buscando la protección de su madre. La mera presión de su número estaba aislando al tecno-sacerdote y a su séquito, lo que significaba que tampoco yo tendría muchas posibilidades de subir a bordo sin acabar destrozado.

-¿Qué está pasando?- grité cuando nuestro avance a base de tajos, cortes y disparos láser nos llevó cerca del Magos

Senioris. **-Kildhar nos acababa de indicar que usted estaba a punto de llegar cuando se desató todo este infierno.**

Me dirigí hacia él en cuanto mi ayudante me indicó que podía hacerlo, por supuesto, en parte para dar la impresión de que intentaba cumplir con mi imprudente fanfarronada, pero sobre todo porque interponerse entre un grupo de skitarii fuertemente armados y los genestealers no me parecía que fuera a ser la mejor oportunidad de salir de allí con todas mis extremidades.

-Entonces sabe tanto como yo- contestó Dysen, con un tono notablemente irritado para ser un hombre que se suponía que estaba por encima de rasgos humanos tan insignificantes como una vulgar reacción emocional al estrés. Pero no creo que nunca antes su ordenado y racional mundo se hubiera visto tan perturbado.

Disparé a un pura cepa que acababa de liquidar a otro de los skitarii mientras trepaba sobre el cadáver de su última víctima en su afán por alcanzar a Dysen. Mi disparo lo alcanzó en la garganta mientras abría sus mandíbulas casi imposiblemente, de esa desconcertante forma en lo que lo hacen esas criaturas. La bestia se desplomó sobre el cuerpo del skitarii que acababa de matar, retorciéndose y gorjeando por última vez, aunque debo admitir que su muerte por mi parte había sido algo muy afortunado y probablemente no hubiera podido hacerlo si no hubiera recibido un fuerte castigo de los skitarii antes de que yo la dispara.

-Son muy duros, ¿verdad?- dije, sintiendo que una muestra de despreocupación por mi parte quedaría muy bien si alguien estaba grabando la lucha para posteridad [84].

[84] De hecho, Dysen sí lo grabó. Sus registros interno muestran que la acción tuvo lugar tal y como la describe Cain, aunque con una serie de blasfemias bastante audibles.

-Se lo agradezco, comisario- respondió Dysen, escondiéndose con una muy prudente presteza tras lo que quedaba de su escolta. **-Me informaron que estaba en camino, pero temí que hubiera perecido.**

-Yo pensaba lo mismo de usted- contesté. Al parecer, mi conversación en la planta inferior [85] había sido transmitida por algunos de los arcanos métodos que utilizan los mecanos para mantenerse en contacto. Señalé la lanzadera. **-Tenemos que volver a bordo y salir de aquí. ¿Hay algún lugar en el que los tiránidos todavía no hayan aterrizado?**

[85] Es la primera vez en la que Caín menciona un cambio de nivel, aunque no es de sorprender, dado que el hangar estaba justo debajo del techo.

-No han aterrizado en ninguna parte- contestó Dysen, sonando tan confundido como le permitía el –codificador vox que tenía implantado. **-Ni siquiera una sola espora.**

-Entonces, ¿de dónde demonios han salido todos estos genestealers?- exigí.

Los xenos comenzaron a retroceder hacia la lanzadera situada sobre la plataforma elevadora, donde muchos de ellos ya se habían refugiado. Los skitarii se reagruparon y comenzaron a acosarlos por todos los lados con el fuego de sus fusiles Infierno La mayoría de los híbridos habían conseguido hacerse con algún arma y respondían al fuego, pero con mucha menos precisión.

-No tengo ni la menor idea- respondió Dysen, con un tono uniforme y mecánico que indicaba claramente que la situación no era en absoluto de su agrado, que tenía la intención de corregirla inmediatamente y que si alguien era el responsable de que las criaturas se hubieran infiltrado en el santuario, no lo iba a pasar nada bien. **-Atacaron el hangar en cuanto desembarcamos.**

-Ya veo- dije, disparando un par de veces contra la prole según seguía retirándose, mientras las palmas de mis manos comenzar a hormiguearme, como siempre sucedía cuando mi subconsciente comenzaba a gritar, a dar saltos, en un esfuerzo para que cerebro percibiera los signos de que una catástrofe estaba a punto de suceder. Había algo en las tácticas de los genestealers que no me cuadraba.

-Al menos los tenemos a la fuga- comentó Jurgen, encajando una nueva célula de energía en su fusil láser mientras me miraba. **-Esta es la última, señor. Luego tendré que usar la bayoneta.**

-Eso no será necesario- le interrumpió Kyper, que llegó corriendo para unirse a nosotros. El centurión parecía más un cadáver cosido con grapas y cubierto de augméticos que

nunca; cuando por fin se le terminara el efecto de las drogas de combate, se iba a derrumbar como una marioneta a la que la hubieran cortado los hilos. Pero supuse que, al menos, estaba en el lugar más adecuado para que lo arreglaran. **-Se están agrupando junto a la lanzadera. Si enviamos a los lanzallamas pesados, acabaremos con todos de una sola vez.**

-Oh, Trono- dije, cuando por fin me di cuenta de lo que iba mal. Los genestealers nunca se reunían en un espacio abierto, siempre corrían a esconderse entre las sombras, donde podrían montar otra emboscada. **-¡No están intentando refugiarse!-** exclamé, señalando a un par de figuras de aspecto totalmente humano en medio de los xenos, una de las cuales llevaba un roto y andrajoso traje de vuelo. **-¡Están planeando salir de aquí volando!**

-Eso es ridículo- protestó Dysen. **-Los genestealers son totalmente incapaces de utilizar mecanismos complejos. Pilotar una lanzadera requiere destreza e inteligencia.**

-Algo que sus híbridos poseen- prácticamente le grité. No soy un experto en el tema, pero a lo largo de mi carrera me he encontrado con los suficientes nidos de esas perniciosas criaturas como para saber que, tras unas cuantas generaciones, algunos de sus descendientes son prácticamente indistinguibles de los humanos [86]. **-Además, han infectado a un piloto.**

[86] A su vez, .otros miembros de su generación se convertirían en genestealers de pura cepa, listos para propagar la infección.

-¿Y cómo puede saber eso?- preguntó Kyper, que parecía sinceramente desconcertado.

-Porque parece que tiene una buena cogorza- intervino Jurgen, **-y los mecanos no beben**

Como si quisiera subrayar sus palabras, el piloto se tambaleó, aferrándose en el horror de varios brazos más cercano para no caerse y siguió tambaleándose, apoyándose en él. Se parecían notablemente a un par de guardias decididos a probar todos los bares de la ciudad antes de que terminara su permiso de dos días.

-La mente de la progenie aún está tratando de integrarlo- expliqué de forma más diplomática, **-por eso parece tan desorientado. Dentro de poco, ni siquiera sus amigos más cercanos serían capaces de notar nada anormal en él.**

-Pero no parece estar en condiciones de volar- rezongó Kyper, sin inmutarse. **-Y nuestros servidores de combate pesados no tardarán en quemarlos a todos.**

-No tiene que estarlo- le expliqué, como si fuera un niño. Como para subrayar la urgencia de la situación, una tenue nube de vapor sulfuroso entró por el techo abierto del hangar mientras yo observaba como se enroscaba alrededor de las vigas con una distante fascinación, como si estuviera mirando el futuro de aquel mundo en un microcosmos. Si la prole lograba escapar, volarían hasta la superficie y esparcirían su mancha por todas partes, hasta que fueran lo

suficientemente fuertes para desafiar a la humanidad por el dominio de Fecundia.

-La mente de la progenie tiene acceso a todos sus conocimientos. Uno de los híbridos puede pilotar la nave.

-Me temo que tiene razón- respondió para mi sorpresa Dysen. **-Uno de ellos está sentado en la carlinga.**

Sólo el Emperador sabrá cómo podía saber eso [87], pero acepté su palabra sin la menor duda. Cualquier reticencia que tuviera sobre la veracidad de sus palabras se disipó rápidamente con el creciente rugido de los motores de la lanzadera al ponerse en marcha para el despegue.

[87] Probablemente fuera ampliando las imágines que le proporcionaban sus ojos augméticos, o de alguna manera, interactuando directamente con la telemetría de la lanzadera.

-Entonces no hay tiempo que perder- añadió Kyper con decisión, reuniendo a lo que quedaba de sus hombres con un chillido rápidamente modulado por un agudo galimatías que hizo que me rechinaran los dientes. **-Debemos atacar antes de que despeguen-** prosiguió. A continuación se volvió hacia mí y, por un instante, me temí que fuera a invitarme a dirigir aquella carga suicida contra las fauces del enemigo. **-Comisario, debo pedirle que garantice la seguridad del Magos Senioris.**

-Me alegra que confíe en mí- dije con sinceridad, pero cuidándome muy mucho de ofrecerle nada que sonara como una garantía. Por una vez, parecía que no iba a tener que esforzarme por salvar mi pellejo y me tomé un momento para saborear la novedad.

Tan solo un instante después se lanzaron contra la lanzadera con misma delicadeza de una horda de orkos, pero, la verdad, no se podía negar que parecían casi imparables. Sin embargo, la mente de la progenie no parecía estar de acuerdo, ya que toda una avalancha de quitina endurecida salió por la rampa de embarque de la nave y chocaron contra los atacantes con un estruendo que pareció hacer temblar las propias paredes.

-¿Por qué no se van?- se preguntó Jurgen en voz alta mientras la batalla se reanudaba con una ferocidad inhumana por ambas partes. Garra contra espada, proyectil láser contra colmillo, nadie sabía quién podría ser el vencedor. Mientras contemplaba aquella intrincada danza de mortales lances cuerpo a cuerpo, sólo pude agradecer que, por una vez, me hubieran permitido quedarme al margen. **-Estaban todos a bordo y listos para partir.**

-Buena pregunta- reflexioné, mientras me volvían a cosquillear las palmas de las manos. Estaba seguro de que nos estábamos dejando algo. Entonces un movimiento llamó mi atención y me giré hacia la puerta.

-¡Y ahí está la maldita y puta respuesta!

Justo lo que debía haber esperado. Después de todo, ya había escuchado más disparos mientras subía. Si hubiera pensado en ello en lugar de tratar de evitarlos, habría supuesto que se trataba de un grupo de genestealers como el que Jurgen y yo nos habíamos encontrado y al que los skitarii ya estarían llamando al orden, pero aquello era mucho peor.

-Es el líder de la progenie- me explicó Jurgen, como si yo no hubiera reconocido de inmediato aquella aterradora aparición. Me había enfrentado a otro igual en las catacumbas de Gravalax y aquel habría acabado conmigo si Jurgen no lo hubiera asado con el melta que en esos momentos yacía olvidado en algún lugar del caótico desorden en el que había convertido su camarote a bordo de la nave insignia. Sin embargo, no tenía el menor sentido quejarse, también podría haber deseado tener un Leman Russ o un Dreadnought de los marines espaciales detrás del que esconderme. Tendríamos que conformarnos con lo que teníamos y, si todo lo demás fallaba, asegurarnos de que la criatura alcanzara a Dysen antes que a mí.

-Eso explica porque seguían esperando- acepté, mientras preparaba mis armas lo mejor que podía.

La monstruosa criatura entró en el hangar, alzándose sobre su progenie y los asediados defensores por igual, vez y media más alta que cualquiera de ellos. Al igual que los pura cepa, sus seis extremidades estaban provistas de garras capaces de cortar la ceramita y su cola tenía unas púas que iban abriendo surcos en el suelo y en los mamparos mientras la movía de un lado a otro. Iba girando la cabeza de derecha a izquierda mientras avanzaba, como

si estuviera olfateando el aire, algo que me pareció el camino más rápido para asfixiarse. Luego echó a correr hacia la lanzadera, aparentemente indiferente a la suerte de su prole.

-¡Deténgalo!- gritó Dysen, con habitual murmullo tranquilo y monótono reforzado por algún tipo de amplificador implantado, que supongo que habría activado para que yo pudiera oírle con claridad sobre el estruendo de la batalla que se estaba librando alrededor de la rampa de embarque [88]. Desgraciadamente, el líder de la progenie también le oyó y se desvió hacia nosotros, como si fuera la propia muerte viniendo a reclamar mi alma. No sé por qué se dirigió hacía donde nos encontrábamos en lugar de ir directamente hacia la lanzadera y la seguridad: tal vez se temiera un ataque por el flanco y pretendía eliminarnos primero de la ecuación, o tal vez los últimos momentos de vida de los pura cepa que habíamos matado en el corredor seguían resonando en la mente de la progenie, incitándola a tomar venganza póstuma en su nombre [89].

[88] Una suposición más que razonable, ya con que con los skitarii podría intercambiar datos directamente.

[89] Una sugerencia fantástica, pero todavía hay muchas cosas que no alcanzamos a entender del todo sobre la naturaleza de la telepatía de la prole de los genestealers, por lo que quizás no debamos descartar del todo esa idea. Sin embargo, lo más probable es que la bestia se quedará atrás hasta que los skitarii fueran expulsados de la rampa de abordaje y que sólo se percatara de la presencia de Caín y los demás cuando Dysen llamó su atención.

Intenté moverme cuando la horrible bestia se abalanzó contra mí, con las mandíbulas abiertas, ofreciéndome una visión demasiado buena de unos dientes preparados para arrancarme la cabeza de un solo mordisco, pero mis

miembros se negaron a obedecer. Por supuesto, no era la primera vez que el terror me paralizaba, eso ya me había sucedido antes, tantas veces que la sensación casi me resultaba familiar, pero siempre había sido momentánea. Mi instinto de supervivencia se había vuelto a activar al instante, los reflejos y mis instintos de auto-conservación me habían impulsado a moverme. Sin embargo, esa vez me quedé paralizado, con mis ojos clavados en los de la criatura que tenía frente a mí, abrumado por la absoluta inutilidad de intentar oponerme a ella.

-Sea como sea, señor, es un objetivo enorme- comentó Jurgen alegremente y comenzó a disparar en automático, aparentemente sin que le preocupara lo más mínimo lo pronto que así agotaría la célula de energía de su arma.

¿Y por qué iba a estarlo? Si no acabábamos con aquella horrible máquina de matar en los próximos segundos, estaríamos demasiado muertos como para preocuparnos por ahorrar municiones, y si la hubiéramos guardado, ya no nos serviría para nada.

Algo en su voz me sacó de mi estupor y disparé varias veces mi pistola láser, mientras me preguntaba que, en el nombre del Trono, me habría ocurrido [90]. Sin embargo, por lo que podía ver del efecto de nuestros láseres, bien podíamos estar disparándole a un Baneblade, ya que lo único que conseguimos fue aumentar aún más la impresionante colección de impactos que salpicaban la superficie de su grueso blindaje natural (Si es que el producto de un algo tan vil como la cría selectiva de tiránidos puede describirse como natural). Me lancé hacia un lado cuando me lanzó un golpe con sus garras abdominales y paré el golpe como mi

espada sierra, el impacto fue tan fuerte que casi se me escapa la espada de la mano. Volé lejos por el impacto y rodé desesperadamente por el suelo mientras el patriarca se giraba para perseguirme, lo que, tal vez por simple suerte, lo alejó de Dysen. Lo cierto es que, justo en aquel momento, no hubiera tenido el menor inconveniente en que aquella espantosa criatura le arrancara unas cuantas extremidades al magos, pero, visto con perspectiva, las consecuencias para la ya tambaleante alianza que se suponía yo debía mantener unida, no hubieran sido nada buenas.

[90] Seguramente el patriarca genestealer estaba usando todo el poder de su mente para lanzar un ataque psíquico a Cain, que Jurgen, al ser un paria, fue capaz de anular.

-¡Granada Krak!- grité, esperando que Jurgen tuviera más como la que ya había usado, pero mi ayudante negó con la cabeza con gesto de pesar.

-No me queda ninguna- respondió. **-Pero tengo un par de ellas de fragmentación-** añadió. Algo que nos haría tanto daño a nosotros como al escurridizo horror contra el que estaba luchando por mi vida y ambos lo sabíamos. **-Nunca pensé que necesitaríamos perforar blindajes.**

Miré a mi alrededor en busca de ayuda. Los skitarii tenían sus propios problemas y estaba claro que no iban a acudir para socorrerme. Había bastantes menos de ellos luchando alrededor de la rampa de la lanzadera de los que había hacía tan solo un momento, aunque también había un gratificante número de cadáveres de genestealers. La lucha en la plataforma de aterrizaje se había convertido en un

macabro juego de desgaste, en el que ninguno de los dos bandos se detendría ante nada que no fuera la victoria total o la aniquilación. Paré otro par de golpes de las garras del líder de la progenie, uno tras otro, retrocediendo desesperadamente ante aquella implacable máquina de matar.

Entonces, un olor familiar se materializó junto a mi hombro, seguido por la grata visión de Jurgen levantando su fusil láser para lanzar otro chorro de fuego contra la horrible cara de la bestia. Sin embargo, apenas había logrado apretar el gatillo, haciendo poco más que nuestro monstruoso adversario se estremeciera, cuando se le agotó la célula de energía.

-¡Agáchate!- grité en el momento exacto y mi ayudante lo hizo, esquivando unas mandíbulas que se cerraron a lo a mí me pareció que no fueron más que unos pocos centímetros de su cabeza.

Miré desesperado a mi alrededor, buscando alguna salida o, en su defecto, algún medio para distraer a la criatura y mis ojos se posaron en el Magos Senioris, que hacía todo lo posible para pasar desapercibido para alguien vestido con una túnica de color carmesí con bordados en oro. Se había escondido detrás de un banco de conmutadores y diales del que salían unos gruesos cables aislados hacia el elevador y una idea comenzó a formarse en mi cabeza.

-¡Dysen!- grité. **-¿Puede cerrar el techo desde ahí?**

Si lograba hacer algo que impidiera que el elevador se pusiera en funcionamiento, los genestealers se verían obligados a separarse, bien subiendo a la lanzadera antes de que fuera demasiado tarde, o bien desviando su atención para ocuparse del nuevo problema, lo que supongo que no sería demasiado agradable para Dysen, pero en fin, al menos tendría a los skitarii para vigilar sus espaldas de nuevo.

-Eso significaría anular los sagrados protocolos de seguridad- protestó Dysen, con una expresión similar a la de un eclesiarca que acaba de escuchar a alguien sugiriendo que, probablemente, las intenciones de Horus podrían haber sido un tanto malinterpretadas. **-¡Sin herramientas, ni incienso ni los oleos adecuados!**

-¿Y le parece que todo esto es especialmente seguro? - respondí, lanzando un desesperado tajo contra el torax del líder de la progenie, sin lograr hacer otra cosa que arañar la gruesa coraza de quitina que lo protegía. El tecno-sacerdote asintió enérgicamente.

-Su lógica tiene sentido- concedió, al tiempo que toda una maraña de mecanodendritas brotaba de algún lugar debajo de su túnica y se conectaba a los controles. Desgraciadamente, aunque la conversación había sido muy breve, me distrajo durante un instante crucial. Apenas tuve de tiempo escuchar el grito de advertencia de Jurgen cuando una enorme garra salió disparada y me agarró. Me escabullí frenéticamente y casi logré zafarme, pero los dedos que intentaba sujetarme aferraron el dobladillo de mi abrigo y me alzaron en el aire con el audible sonido del cuero al desgarrarse.

Me quedé colgando en el aire durante un momento, pataleando, retorciéndome y dando golpes a ciegas con mi espada sierra, con la esperanza de evitar el golpe de las enormes garras que seguramente me destriparían.

Justo entonces, la sobrecargada costura cedió. Caí en picado un par de metros hasta el suelo de metal, sobre el que me estrellé pesadamente a pesar de haber vaciado mis pulmones y extendido mis manos en un intento de amortiguar el golpe. A continuación, medio aturdido, miré hacia arriba para ver una enorme boca plagada de afilados dientes que descendía demasiado rápido para tener la más mínima esperanza de detenerla. Sin embargo, no duden que lo intenté, retrocediendo frenéticamente mientras, instintivamente, alzaba mi espada sierra.

-¡Comisario! ¡No se levante!- gritó una nueva voz, profunda, resonante y lo suficientemente fuerte como para que resonara por toda la cámara. Antes de que pudiera siquiera pensar en responder y mucho menos en alzar la cabeza para ver quién había hablado, el inconfundible rugido de un bolter me ensordeció. El tórax del líder de la progenie se convirtió en una ciénaga de órganos destrozado cuando fue desgarrado por un torrente de proyectiles explosivos que también le arrancaron limpiamente la afilada garra guadaña de su brazo izquierdo y le obligó a retroceder de un salto, alejándose de mí.

En ocasiones tengo la sensación de que toda mi vida no ha sido más que una larga sucesión de sorpresas, en su mayoría desagradables, pero incluso a pesar de lo acostumbrado que estaba a lo inesperado, debo confesar

que me sorprendió ver a mi libertador. Un marine espacial con armadura de exterminador estaba entrando con dificultad en el hangar, con el bolter Tormenta de su mano derecha aún humeante tras la descarga que había herido al patriarca genestealer. Llevaba sobre sus hombros dos lanzacohetes y se volvió tranquilamente hacia la confusa melee que le se libraba alrededor de la rampa de embarque de la lanzadera.

-¡Sikitarii, retírense!- gritó, con una voz que ahogó sin mayor dificultad el ruido de la batalla.

-Es uno de los Recobradores- dijo Jurgen, como si la repentina aparición de un miembro del Adeptus Astartes fuera algo de lo más normal.

Yo asentí con la cabeza, pues ya había reconocido la heráldica amarilla y blanca con la que tanto me había familiarizado durante nuestro nefasto viaje en la búsqueda del *Engendro de Condenación*. **-Debería haberme dado cuenta-** repuse. **-En la planta inferior, vimos varios artefactos recuperados- del pecio espacial. ¿Quién más podría haberlos traído hasta aquí?**

-Efectivamente, ¿quién si no?- comentó cordialmente el marine espacial, recordándome accidentalmente la agudeza de su oído sobrenatural mientras, una vez se hubieron dispersado los skitarii supervivientes siguiendo sus órdenes, disparaba un cohete hacia el grupo más numeroso de genestealer. El misil detonó en el centro del grupo, derribando a varias de las repugnantes criaturas con su

metralla y luego comenzó a acabar con los que habían sobrevivido con rápidas y precisas ráfagas de bolter.

-Interfaz conectada- dijo Dysen, recordándome su presencia, algo que, dadas las circunstancias, había olvidado por completo. Con un fuerte estruendo, el techo sobre nuestras cabezas comenzó a cerrarse con dolorosa lentitud.

-Excelente trabajo- le animé, preguntándome si el hueco se cerraría lo suficientemente rápido. **-¿Puede hacer que funcione el elevador?**

-Por supuesto que no- me aseguró Dysen, quien, si no me equivocaba, seguía deleitándose con los halagos. A pesar de toda su cháchara sobre estar por encima de las simples reacciones y sentimientos humanos, según mi experiencia, al tecno-sacerdote promedio le~~s~~ encanta que le~~s~~ regalen los oídos. **-Ahora nunca podrán despegar.**

Frases como esa nunca se deberían pronunciar a la ligera, porque, a la postre, nunca es buena idea tentar al destino. Con el aullido de una banshee casi lo suficientemente fuerte como para ahogar el rugido de los motores, el líder de la progenie herido cargó hacia adelante como un berserker de khornate, dispersando a los skitarii que se estaban reagrupando y que, para mi mayor alivio, habían vuelto para protegernos al Magos Senioris y a mí. Subió atronadoramente por la rampa, perseguido por otra ráfaga de disparos de los bolters del exterminador, que causó un más que satisfactorio destrozo entre los genestealers rezagados, pero que no logró molestar a su objetivo

principal. El rugido de los motores subió otra octava de tono y, para mi horror, vi como la lanzadera comenzaba a elevarse sobre la plataforma de aterrizaje.

-Nunca lo conseguirán- observó Jurgen, como si estuviera opinando sobre el resultado de un partido de scrumball muy igualado, mientras iba mirando alternativamente a la lanzadera que ascendía lentamente y al hueco que se iba cerrando en el techo.

-Si la nave se estrella aquí dentro, nosotros tampoco sobreviviremos- dije, haciendo un rápido gesto hacia la puerta. **-Magos, ¿puede desconectarse de los controles?-** pregunté. Lo cierto es que no era que me importara demasiado, pero lo adecuado era preguntarlo.

-El proceso ya es irreversible- me aseguró y sus mecanodendritas volvieron a desaparecer entre los pliegues de su túnica.

-Entonces nos vamos. ¡Fuera de aquí!- grité y, pasando de las palabras a los hechos, comencé a correr hacia la puerta tan rápido como puede, intentando que pareciera que marchaba en cabeza para protegerlo de algún posible genestealer rezagado que hubiera perdido el autobús.

Los demás me pisaban los talones, con los skitarii formando una pantalla protectora alrededor de Dysen que corría a bastante velocidad para alguien tan cargado con toda la chatarra que llevaba acoplada a su cuerpo.

Cuando llegamos al corredor, el hueco en el techo era notablemente más pequeño que ~~lo~~ el largo de lanzadera, que parecía estar revoloteando por el hangar como un pajarillo atrapado en una habitación.

-Ya los tenemos- dijo Kyper con lo que me pareció una vengativa satisfacción a pesar de ausencia de inflexión de su voz generada artificialmente. Sus skitarii y él apuntaron sus armas [91], anticipándose a cualquier intento de desembarco desde la lanzadera en cuanto ésta tomara tierra, decididos a no dejar que ninguno de los genestealer encontrara de nuevo el camino de vuelta al interior del santuario.

[91] Entonces, o bien Cain se equivocó cuando dijo que el centurión estaba desarmado, o éste había recogido alguna del suelo durante el combate cuerpo a cuerpo.

-Me temo que todavía no- repliqué, mientras el piloto alzaba el morro de la lanzadera y accionaba el motor principal. El ardiente chorro de llamas de los motores se extendió sobre el suelo del hangar, derribando a los skitarii que habían sido tan incautos como para tomar posiciones cerca del elevador e incinerando los cadáveres situados alrededor de la vacía plataforma de aterrizaje. Sin embargo, la solitaria figura del Exterminador de los Recobradores permanecía en pie, sin que la abrasadora corriente pareciera incomodarlo lo más mínimo, totalmente impasible mientras las cenizas y los restos de los cuerpos se arremolinaban a su alrededor. **-Parece que van a conseguirlo-** señalé y efectivamente, por un momento, pareció que aquella casi suicida apuesta estaba a punto de dar sus frutos. La lanzadera estaba prácticamente en pie sobre su cola, acelerando hacia lo alto a través de la

estrecha abertura, volando hacia la libertad, con al menos un metro de margen alrededor de su casco.

Sin embargo, el Exterminador pensaba lo contrario. Los lanzacohetes de sus hombros se alzaron siguiendo el objetivo en fuga y una ráfaga de cohetes surcó el aire, impactando contra el motor principal y la popa del fuselaje.

-¡A cubierto!- grité, algo bastante innecesario dadas las circunstancias, y me arrojé detrás de la reconfortante solidez de un mamparo. La sección de la cola de la lanzadera estalló, y una corriente de llamas, brillantes y ardientes como la cabeza de un relámpago, recorrió el hangar y todo el enorme edificio pareció estremecerse a mi alrededor. Un calor abrasador y una huracana onda expansiva atravesó el corredor, arrastrando equipos sueltos, paneles de las paredes y hasta un par de servidores extraviados y, a continuación, el fuselaje en llamas se estrelló contra la cubierta del hangar, haciendo que los mamparos que nos rodeaban se estremecieran de nuevo por el impacto.

Las sirenas comenzaron a sonar y una espuma retardante comenzó a brotar de ocultos aspersores, rociando el infierno de la cubierta como si de una espesa y pegajosa nevada se tratara. Se activaron los servidores especializados, que salieron de sus nichos para luchar contra las llamas, lanzado chorros de agentes químicos contra el fuego hacia las zonas más activas del incendio.

-Eso seguro que habrá acabado con ellos- dijo Jurgen, con cínica satisfacción. Yo comencé a asentir con la cabeza

y luego me quedé helado, con el gesto a medio hacer. Increíblemente, algo se movía en el centro de aquel infierno, medio oculto por las llamaradas, las densas nubes de humo y la ventisca de espuma. Algo que se movía hacia nosotros con un obvio propósito.

Mi mano se dirigió hacia la pistola que acaba de guardar en su funda, aunque no sabía de qué podría servirme contra algo capaz de sobrevivir a un choque como aquel, pero antes de que pudiera desenfundarla y hacer el ridículo, el humo se disipó durante un instante y me di cuenta de que era el Exterminador alejándose de la catástrofe que había provocado, separando las llamas como si de una cortina se tratara. Alcé mi cabeza y fijé mi mirada en su casco, encajado entre los altos y encorvados hombros de la voluminosa armadura. Su placa facial se abrió un instante más tarde, revelando a su ocupante, que me tendió un enorme guantelete blindado, lo suficientemente grande como para haberme aplastado las cotillas con tan solo un apretón.

-Camisario Cain- retumbó, con la resonante y profunda voz de un típico miembro del Adeptus Astartes. **-Es un honor el conocer a tan incondicional amigo de nuestro capítulo.**

-El honor el mío por haber gozado de la oportunidad de servir junto a ellos- mentí descaradamente. **-Aunque debo confesar que me sorprende su presencia en este lugar.**

Antes de que marine espacial pudiera responder, otra voz intervino que, en cierta forma, también me sorprendió.

-Hermano sargento Yail- dijo Kildhar, trotando por el corredor hacia nosotros, con su túnica roja ondeando por una agitación que no lograba ocultar. **-¿Se han recuperado con éxito los especímenes?-** preguntó. A continuación vio el infierno que había más allá de las puertas del hangar y sus hombros se desplomaron. **-Ya veo que no.**

-¿Especímenes?- pregunté, miré a Kildhar y a continuación al enorme marine espacial, al que no se le veía especialmente inquieto, aunque me dio la impresión de que sí lo habría estado, si ese rasgo en cuestión no le hubiera sido extirpado genéticamente. **-Magos, me temo que tendrá que darme algunas explicaciones.**



CAPÍTULO TRECE

-¿Qué han estado criando esas malditas cosas en Fecundia?- exclamó Zyvan, lanzando hacia el lado de la mesa de acero pulido ocupada por el Adeptus Mechanicus una mirada tan gélida que hubiera sido capaz de congelar el helio. Sentado a su lado, El'hassai tenía un aspecto igualmente sombrío, si es que yo era capaz de interpretar su expresión con un cierto grado de precisión. Kildhar, aún abatida por una larga e incómoda conversación privada con Dysen que había tenido lugar mientras esperábamos la llegada del Lord General y su comitiva, se estremeció visiblemente mientras el Magos Senioris emitía una ráfaga de estática por su vox que sonó extrañamente como un molesto carraspeo que probablemente ya no tenía la capacidad física de sufrir. **-¿Y por qué no se nos informó de la presencia de una unidad del Adeptus Astartes en Fecundia?**

Yail, que ya se había despojado de su armadura de Exterminador a favor de la armadura táctica más ligera y cómoda que usaban la mayoría de sus hermanos [92], sonrió con ironía. Sólo él permanecía en pie, en parte porque ningunas de las sillas de típicamente espartana sala de conferencias que Dysen había puesto a nuestra disposición habría podido soportar su peso sin doblarse, pero sospeché que, principalmente, lo hacía porque de ese modo destacaba sobre todos los demás de una forma aún más impresionante que de costumbre. En cualquier caso, los Adeptus Astartes rara vez parecían sentarse.

[92] Al parecer, esa superficial familiaridad de Caín respecto a la terminología de los marines espaciales fue adquirida en el 928, durante su adscripción a los Recobradores como enlace de la Guardia Imperial: sus experiencias durante aquella época ya han sido descritas y no creo necesario detenernos más en ellas.

-Si hemos de ser honestos, no somos exactamente lo que se dice una unidad de combate- dijo.

-Estoy seguro de que los genestealers que incineró estarían encantados de saberlo- respondí, dándome cuenta de que era necesario tranquilizar un poco el ambiente.

La sonrisa de Yail se volvió algo más cálida.

-Perdone mi imprecisión. Por supuesto, todos mis hermanos de batalla están dispuestos a combatir cuando sea necesario, pero esa no es la razón por la que estamos aquí.

-Entonces, ¿cuál es?- preguntó Zyvan, conteniendo su mal genio con un esfuerzo que probablemente solamente yo pude apreciar, gracias a que hacía mucho tiempo que lo conocía. Para empezar, no le había hecho ninguna gracias el tener que descender hasta la superficie desde su nave insignia, sobre todo después nuestro accidentado primer desembarco, pero había aun sido extremadamente desconcertante descubrir que nuestros anfitriones nos habían estado ocultando muchas cosas, a pesar de sus promesas de cooperación. Por muy comunicativos que

fueran a partir de aquel momento, siempre habría una molesta vocecita en nuestras cabezas, preguntándonos *qué otras cosas no nos habrían contado*.

-Estamos como observadores- contestó Yail, claramente dudando entre la necesidad de informarnos dadas las secretistas tradiciones de su capítulo, en el cual, por lo que yo recordaba, tendían a guardarse para sí sus propios secretos y deliberaciones. y a ser muy poco comunicativos con los extraños. No era de extrañar que se llevaran tan bien con los mecanos. **-Durante siglos, el Adeptus Mechanicus y los Recobradores han trabajado juntos. Buscamos arqueotecnología donde y cuando podemos para que ellos la analicen, a cambio de conocimientos que podamos utilizar para combatir con mayor eficiencia a los enemigos del Emperador.**

-¿Y por qué estáis aquí ahora?- preguntó Zyvan, dejando bien claro que no iba a dejarse impresionar, intimidar o engatusar en forma alguna.

Yail pareció sorprendido durante un instante, pero continuó hablando, aceptando la interrupción con una cortés inclinación de cabeza.

-Uno de nuestros apotecarios ha estado intercambiando información con la Magos Kildhar. Está acompañado por varios tecno-marines que desean profundizar en sus estudios sobre el Omnissiah en este sagrado santuario, junto a una escolta de hermanos de batalla, de la que tengo el honor de estar al mando.

-Espere un momento- le interrumpí, un instante antes de que el Lord General estallara. A pesar del alto rango de Zyvan, los Recobradores parecían tener mejor opinión de mí que de cualquier otro miembro del contingente de la Guardia Imperial presente en el planeta, y si intervenía, sería mucho menos probable que el hermano sargento pensara que le estábamos quedando en evidencia. **-¿Quiere decir que ya sabía lo de las mascotas genestealers de Kildhar?**

-Por supuesto que sí- intervino Kildhar**. -Ellos fueron los que nos proporcionaron los primeros especímenes.**

-Efectivamente- asintió Yail. **-Hará unos sesenta años, un equipo de trabajo de siervos de la Orden fue atacado por los genestealer en el *Engendro de Condenación*. Cuando logramos encontrarles, la mayoría de los supervivientes ya habían sido infectados.**

Eso, por supuesto, era precisamente lo que los serendipitanos y yo nos habíamos temido, pero en esos momentos ya era demasiado tarde para decir *"os lo dije"*.

-Antes de que pudieran ser purificados, uno de los miembros de la delegación del Adeptus Mechanicus que estaba colaborando en la catalogación de los hallazgos, nos pidió permiso para estudiarlos.

-Alguien que supongo que sería usted- deduje, volviéndome hacia Kildhar con una mirada casi tan gélida como la que le había lanzado Zyvan apenas unos momentos antes.

-Así es- confirmó ella, con un tono de voz mucho menos tranquilo del habitual en un . **-La oportunidad de estudiar el ciclo de reproducción de esas criaturas en condiciones seguras era algo casi sin precedentes.**

-Disculpe- intervino El'hassai en voz baja desde nuestro lado de la mesa, **-pero la información de la que nosotros disponemos indica que un individuo contaminado debe aparearse con un miembro normal de su propia especia para poder transmitir los genes alterados. ¿No es así?**

Su intervención provocó un suspiro casi audible entre el grupo del Mecahnicus, o al menos entre aquellos que aún conservaba sus pulmones. La presencia del diplomático tau en el santuario más secreto y sagrado del planeta debía molestarles tremendamente, pero necesitábamos el apoyo de los xenos contra los tiránidos y esa era razón más que suficiente para que estuviera allí. Cualquier intento de excluirlo después de unas revelaciones tras transcendentes, podría socavar la alianza, así que los indignados mecanos tendrían que aguantarse.

-Así es- contestó Kildhar, tras una incómoda pausa, durante la cual quedo muy claro que ninguno más de entre sus compañeros se iba a dignar a hablar con el xenos y, si se debía tener en cuenta la cantidad de chirridos en binario,

resultaba evidente que el resto de los tecno-sacerdotes opinaban que ella tenía la culpa de que ellos tuvieran que estar allí. **-Afortunadamente, conseguimos reunir los suficientes delincuentes que estaban destinados a ser convertidos en repuestos para los servidores para utilizarlos para nuestro experimento.**

La piel de El'hassai adquirió una peculiar tono grisáceo.

-Una difícil decisión- dijo con tranquilidad, **-pero, en ocasiones, el Bien Supremo exige decisiones difíciles.**

Kildhar asintió con rigidez, aparentemente apreciando que alguien le hablara educadamente, aunque se tratara de un herético xenos al que probablemente le gustaría ver quemado. **-Hubo un cierto debate sobre el adecuado uso de recursos-** admitió, **-aunque la adquisición de conocimientos tiene una indudable prioridad sobre los meros aspectos técnicos.**

-Les agradecería que me proporcionaran una copia de sus hallazgos- dijo finalmente El'hassai, tras una pausa, durante la cual, por alguna razón, respiró profundamente varias veces.

-Le he dejado muy claro a la Magos Kildhar que espero que la más completa y total colaboración por su parte- afirmó Dysen, con un zumbido metálico que no logró ocultar del todo su reticencia a mostrarnos sus secretos. **-E informes complementarios sobre cualquier otra línea de investigación que esté llevando a cabo.**

Ni que decir tiene que sentí como un escalofrío recorría mi espalda al escuchar aquellas palabras.

Kildhar sonrió de una forma que no me pareció nada tranquilizadora.

-Sugiero que el comisario Cain realice la inspección inicial- dijo. **-Después de todo, fue él quien hizo posible mi trabajo.**



Me dirigí hacia el analyticum de Kildhar con creciente inquietud, especialmente debido a que la tecno-sacerdote se había mostrado muy poco comunicativa desde su inquietante comentario en la sala de conferencias, pero lo disimulé muy bien. No quería darle la satisfacción de parecer intrigado o desconcertado por ello. En lugar de eso, me pasé el largo paseo por los resonantes corredores, muchos de los cuales aún presentaban huellas de los destrozos provocados por los genestealers, conversando con Yail, preguntándole por mis antiguos amigos en su capítulo, a la mayoría de los cuales resultó que no conocía [93].

[93] Lo cual no es nada de extrañar: como la mayoría de los capítulos del Adeptus Astartes, los Recobradores contaban con unos mil guerreros, que operaban en compañías o unidades de menor tamaño, a menudo aislados de sus compañeros durante décadas o puede que incluso siglos.

-Está todo algo revuelto- comentó Jurgen mientras bordeábamos una sección de la cubierta con señales de quemaduras, agujeros de proyectiles y algunas inquietantes manchas.

Yo asentí con la cabeza. **-¿Alguna idea de cómo se escaparon los genestealers?-** pregunté intencionadamente y Kildhar negó con la cabeza.

-Eso aún está por determinar- contestó, probablemente tratando de encontrar algún subordinado al que pudiera echarle la culpa de forma creíble. **-Muchos de los grabadores de datos resultaron dañados en la fuga, así que no tenemos muy claro cómo consiguieron burlar los protocolos de seguridad.**

-Dudo tuvieran que esforzarse mucho- la corté secamente, **-dado que pueden abrir agujeros en la ceramita.**

Las zonas del rostro de Kildhar que aún tenían la suficiente carne se sonrojaron, pero lo que no puedo decir es si fue de vergüenza o de rabia. Antes de que pudiera tener la oportunidad de hablar y aclarar la cuestión, a nuestro alrededor resonó la carcajada de barítono de Yail, como si alguien lanzara piedras dentro de un pozo, ahogando cualquier réplica de la magos.

-Tiene razón, comisario. Pero quizás la pregunta que deberíamos hacernos no es como escaparon, sino por

qué precisamente ahora.

-Entiendo lo que me quiere decir- acepté. Con la formidable combinación de la fuerza bruta de los pura cepa y la inteligencia de los híbridos, probablemente toda la prole podría haber escapado en cualquier momento. **-Deben haber sentido la proximidad de la flota colmena.**

-También esa sería mi conclusión- estuvo de acuerdo Yail.

-Se tomaron todas las máximas precauciones- insistió Kildhar. **-Los recintos de contención estaban rodeados por barreras de energía además de las físicas.**

-El suministro de energía fue cortado por medios aún desconocidos- intervino Yail, **-lo que nos proporciona una provechosa lección sobre los peligros de subestimar al enemigo.**

-Un error que me imagino que su capítulo no tenga la costumbre de cometer- dije, cediendo al infantil impulso de burlarme un poco más de Kildhar, pues no podía evitar sentir que se lo merecía, si su arrogancia había sido realmente la responsable de la muerte de tantos inocentes. Muchos miembros de la Guardia Imperial habían sido ejecutados por muchos menos, algunos de ellos por mí propia mano.

-Lo cierto es que no- estuvo de acuerdo el sargento, pasando oportunamente por alto el papel protagonista que habían tenido en la entrega y transporte de las abominaciones xenos hasta Fecundia.

Justo en ese momento llegamos a nuestro destino: una gruesa puerta metálica, como muchas junto a las que habíamos pasado e igualmente anodina a primera vista, a no ser que se contaran las numerosas advertencias de peligro biológico pegadas a ella. Además, las otras no tenían un lector de códigos genéticos soldado a la cerradura, ni tampoco dos marines espaciales con su armadura táctica montando guardia fuera. Ambos llevaban los cascos puestos y sus ominosas placas faciales puntiagudas [94] se giraron para observarnos mientras nos acercábamos. Yail se detuvo para intercambiar unas cuantas palabras con ellos, confirmando para mi gran alivio, que hasta el último de los genestealers fugitivo había sido eliminado, mientras Kildhar se escaneaba los genes.

[94] Evidentemente, el antiguo modelo Corvus, un casco que los Recobradores otorgan a aquellos que habían demostrado su valor o una especial iniciativa en el campo de batalla.

La puerta se abrió con un chasquido, probando definitivamente que era ella. Al pasar por la puerta, me dedicó una tensa sonrisa. **-Por aquí-** me indicó, algo totalmente innecesario.

Después de todo el despliegue del exterior, hasta donde pude ver, el interior de la cámara me pareció notablemente sobrio. En aquella época, ya había estado en los suficientes santuarios del Mechanicum como para poder reconocer la

disposición general, aunque no tuviera ni la menor idea de los que se suponía que hacían la mayor parte de los aparatos que zumbaban, chasqueaba y destellaban. El habitual y brillante engranaje de metal estaba soldado sobre una pared y varios líquidos borboteaban y goteaban en el interior de unos complejos laberintos de cristal instalados sobre un par de bancos de trabajo. Unos cuantos acólitos con túnicas rojas se dedicaban a hurgar en los instrumentos y a vigilar las pantallas, mientras uno o dos servidores se encargaban de las tareas más tediosas. Lo único que me pareció algo inusual fue el penetrante olor a desinfectante y a descomposición biológica, lo suficientemente penetrante como para eclipsar incluso al olor corporal de Jurgen, de tal forma que incluso tuve que mirar por encima de mi hombro para asegurarme de que seguía conmigo.

-¿Supongo que los genestealers no salieron por aquí? - inquirí. Kildhar negó con la cabeza.

-Sus jaulas están… estaban en el nivel superior- contestó.

Asentí con la cabeza; habíamos descendido rápidamente es un ruidoso y traqueteante ascensor, pero mi instinto para mantenerme orientado en espacios cerrados me seguía funcionando tan bien como de costumbre y yo estaba completamente seguro de nos encontrábamos muy por debajo de los cimientos del santuario. Detrás de los paneles metálicos que nos rodeaban y que tan inexplicablemente tanto gustaba a los acólitos del Dios-Máquina, no había nada más que roca. Bueno, excepto, por supuesto, de la maraña de conductos de aire, conducciones de energía y

túneles de servicio que los genestealers habrían utilizado para escapar.

-Así que ésta es su misteriosa línea de investigación- dije, intentando no parecer totalmente desconcertado.

-Esto sólo es un rutinario análisis de tejidos- me corrigió Kildhar, permitiéndose una mueca de desprecio muy poco propia de una magos. **-La investigación continúa allí.**

Nos condujo a Jurgen a mí a través del concurrido analyticum hacia una anodina puerta que, al entrar, supuse que conduciría a un almacén o al necessarium [95]. Sin embargo, cuando la atravesamos, sentí como se me paraba el corazón y un grito de asombro apenas reprimido brotaba de mis labios, mientras una repentina sensación de frío parecía helarme hasta los mismísimos huesos.

[95] Una instalación que, probablemente, la mayoría de los tecno-sacerdotes no necesitarán.

Estábamos de pie en un alto puente metálico sobre una profunda caverna natural, cuya superficie estaba cubierta de escarcha. Dado de que quien lo había construido al parecer compartía la aversión de la mayoría de los tecno-sacerdotes de Fecundia por las barandillas, decidí mirar atentamente donde pisaba. Un resbalón y estaría volando hacía los brazos de una desagradable y dolorosa muerte. Jurgen, por supuesto, estaba completamente despreocupado, caminando sobre la fina capa de hielo tan

seguro de sí mismo lo hubiera hecho de estar en su hogar en Valhalla.

-Me alegro de volver a ver su aliento- comentó, como si eso fuera algo bueno. **-¿Por qué hace aquí tanto frío?**

-Me imagino que será por eso- contesté, señalando un enorme y zumbante revoltijo de tuberías y metal en el otro extremo de la galería. **-Parece una unidad de refrigeración.**

-Lo es- dijo Kildhar, aparentemente molesta porque un simple humano no modificado pudiera darse cuenta de algo tan obvio. **-Los especímenes que tenemos aquí tienen que mantenerse congelados-** explicó, siguiendo caminando mientras hablaba, tan indiferente a la resbaladiza superficie que tenía bajo sus pies como mi ayudante.

-Al menos, de aquí no saldrán- comenté, aunque el escalofrío que recorrió mi espalda al escuchar sus palabras no se debió únicamente al frío.

Obviamente, Kildhar no creyó que mis palabras merecieran una respuesta y se limitó a guiarnos hacía una plataforma elevadora abierta situada al final del puente.

Me situé lo más cerca posible del centro de la misma mientras la tecno-sacerdote accionaba los controles y, con una brusca sacudida que casi me hizo caer, descendimos

unos quince o veinte metros hasta el suelo de la caverna. Esta resultó ser completamente de hielo, que crujió bajo las suelas de mis botas al caminar mientras finos cristales se desprendían tras mis pisadas como si fueran copos de nieve. La parte superior del hielo estaba recubierta de escarcha allí donde la humedad del aire se congelaba continuamente, aunque, debajo de aquella fina capa, el resto del hielo era tan transparente como el cristal. Resultaba difícil calcular su profundidad, ya que la luz de los lumen montados en el techo se reflejaba en deslumbrantes y vertiginosos diseños, pero pude estimar que el suelo de roca de la caverna estaría al menos a la misma distancia que el puente del hielo.

-Comisario- nos saludó una nueva voz, sin duda otro marine espacial a juzgar por su tono y me giré para encontrarme con un gigante vestido con armadura que salía de una unidad habitacional modular que había instalado a la sombra del puente. El marine no llevaba casco, era tan indiferente al frío como mi ayudante y, para mi sorpresa, tenía un rostro que reconocí de inmediato.

-Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nuestros caminos se cruzaron. De hecho, habían pasado sesenta y cinco años.

-Sholer- dije, extendiendo mi mano en señal de saludo. **-Los años le han tratado bien.**

-A usted también, salta a la vista- respondió el Recobrador, envolviendo la mano enguantada que le ofrecía

con su gigantesco guantelete. **-Confío en que los dedos le sigan funcionando bien.**

-Por supuesto- le aseguré. Él había sido quien me había injertado los dedos augméticos de mi mano derecha en el apotecarium a bordo del crucero de ataque *Revenant*, donde terminé después de mi fortuita huida de los necrones en Interitus Prime. **-Tengo muchas cosas que agradecerles a usted y a Drumon [96]. Confió en que también él se encuentre bien.**

[96] El tecnomarine que le fabricó los dedos augméticos y que posteriormente se convirtió en lo más parecido a un amigo que Caín tuvo entre los Recobradores.

-También yo- asintió Sholer, de una forma que dejó muy claro que ser trataba más de una piadosa esperanza que de una expectativa realista. **-No me cabe la menor duda de que recibiremos noticias suyas cuando el *Engendro de Condenación* vuelva a ser localizado.**

-¿Todavía estaba a bordo cuando saltó de nuevo a la disformidad?- pregunté, incapaz de evitar que la incredulidad y el horror ante semejante información se reflejaran en mi voz.

Sholer asintió.

-Cuando nos dimos cuenta de que el salto a la disformidad era algo inminente, se desembarcó a bordo una fuerza expedicionaria con la esperanza de

mantener el pecio en manos imperiales en el próximo lugar en el que apareciera. Desde entonces, estamos esperando a que aparezca.

Y, después de todo aquel tiempo, lo más fácil es que ya nunca apareciera. Lo más probable es hubiera saltado al espacio material en el camino de una de las flotas colmena que se acercaban, en el corazón de algún sistema fortificado por los orkos o, simplemente, todavía siguiera a la deriva entre las corrientes de la disformidad.

-El Emperador protege- recité para romper el incómodo silencio, descubriendo que, al menos por esa vez, deseaba que fuera cierto. Entonces la razón de presencia del marine espacial en Fecundia comenzó a filtrarse a través de la sorpresa de haberlo encontrado allí. **-¿Eres el apotecario con el que Kildhar ha estado trabajando?**

-Así es - contestó Kildhar, girándose para mirarme. **-Por eso se le concedió a usted permiso para visitar Regio Quinquaginta Unus, pese de todas las reservas del Adeptus Mechanicus. El consejo de un marine espacial nunca es tomado a la ligera.**

-Me complace oír eso- dijo Sholer, girándose. Yo me puse a su lado, trotando con torpeza sobre la resbaladiza superficie para intentar mantenerme a su altura, pese a sus grandes zancadas, mucho mayores que las de un humano normal. **-Aunque, al parecer, me temo que, a pesar todas mis objeciones, tendremos que explicar nuestro trabajo aquí a los no especializados.**

-Y las mías- añadió Kildhar. **-Sin embargo, el Magos Senioris ha insistido mucho.**

-Al igual que el Lord General- les recordé. **-Si tenemos que defender este planeta contra una flota colmena, necesitamos toda la información que podamos obtener.**

-Nuestra investigación en estos laboratorios es puramente teórica- añadió Kilhar, algo irritada. **-Estamos tratando de profundizad en nuestra comprensión de la mutabilidad genética de los tiránidos, pero eso no hará que sea más fácil dispararles.**

-Eso, a no ser que se escapen y nos ataquen ellos primero- señalé, algo encabronado. El intenso frío me estaba dando dolor de cabeza y la constante sucesión de sorpresas no estaba contribuyendo a mejorar mi estado de ánimo.

-No hay nada que temer de estos especímenes- me aseguró Sholer, señalando la gruesa capa de hielo a nuestros pies.

Miré hacia abajo y retrocedí, conmocionado. A menos de un metro de la suela de mis botas había una enorme boca abierta, lo bastante grande como para tragarme de un solo bocado y me aparté instintivamente. La monstruosa y serpentina forma de un trigón tiránido descansaba incrustada en el hielo cristalino, inerte e insensible, aparentemente muerto. Pero aquello mismo habíamos

pensado del ejército congelado de aquellas criaturas que habíamos encontrado en Nusquam Fundumentibus. No me cabía la menor duda de que si esa bestia se descongelaba, saldría a la superficie a tomar un tentempié tan rápido como sus cilios le permitieran.

-¿De dónde demonios ha salido esto?- pregunté, aflojando el agarre instintivo que casi había hecho que desenfundara mis armas. **-Dysen nos informó de que no se había producido ningún desembarco de tiránidos en el planeta.**

Al igual que en la sala de conferencias, una vocecilla en lo más profundo de mi mente comenzó a gritar *"¿Qué más no nos han dicho?"*, pero con mucha más fuerza e insistencia.

-Eso es correcto, no ha habido ninguno- me aseguró Sholer, sin duda adivinando que yo estaría más inclinado a creer en su palabra que en la de Kildhar. **-Estos especímenes fueron capturados en otros mundo y traídos hasta aquí en un estado totalmente inerte.**

-De ahí que se construyera toda esta instalación- añadió Kildhar, decidida hacer valer su opinión. **-Para garantizar que sigan así.**

-¿Y qué pasa si se corta la energía?- preguntó Jurgen, claramente compartiendo mis temores. **-Ya hemos visto antes tiránidos congelados y, en cuanto se derritió el hielo, se despertaron y nos atacaron.**

-Es imposible que eso suceda- nos aseguró Kildhar. **-La planta de refrigeración está equipada con múltiples y redundantes sistemas de seguridad y emergencia. El suministro de energía sólo podría ser interrumpido por un accidente lo suficientemente catastrófico como para arrasar todo el santuario.**

-¿Cómo la explosión de la planta de energía?- sugirió Jurgen y la tecno-sacerdote asintió con la cabeza, preguntándose claramente si mi ayudante se estaría burlando de ella, o si realmente había entendió todo el asunto.

-Lo cual es algo muy poco probable- dijo.

-Bastante- coincidió Sholer, mientras nos guiaba a través del hielo, señalando un espécimen tras otro al igual que lo haría una vieja viuda preocupada por su colección de tazas de té. **-Aquí tenemos a las bioformas más básicas, hormagantes, termagantes y similares. Las criaturas sinápticas están en el rincón más alejado y los excavadores, bueno, ya los está viendo…**

Y en efecto, otras criaturas serpentiformes, algunas tan grandes como el trigón sobre el que acababa de pasar y otras lo suficientemente pequeñas como para infiltrarse en las líneas fortificadas para caer sobre los defensores por detrás, continuaban bajo nuestros pies mientras caminábamos sobre la fina capa de escarcha.

-¿Dónde las han encontrado?- pregunté, tan entusiasmado como se podría esperar tras descubrir que teníamos todo un ejército de aquellas horribles criaturas bajo nuestros pies. Ya estaba seguro de conocer la respuesta, las palabras de Kildhar en la planta superior adquirieron un nuevo significado, aunque no estaba de más el intentar estar completamente seguro.

-En Nusquam Fundumentibus, por supuesto- confirmó Sholer. Ambos sistemas no eran exactamente vecinos, pero estaban lo suficientemente cerca el uno del otro como para que los viajes entre ellos a través de la disformidad fueran bastante sencillos. **-En el planeta quedaron un gran número de organismos que no llegaron a despertarse y el Adeptus Mechanicus no mostró la menor intención de querer estudiarlos sobre el terreno.**

-No es de extrañar, dadas las circunstancias- contesté secamente **-teniendo en cuenta los numerosos colegas suyos que fueron devorados.**

-Las analyticae de Fecundia son las mejores del sector- dijo Kildhar, algo ofendida, **-y los miembros del Mechanicus de Nusquan son muy conscientes de ello. Estuvieron más que gustosos de cedernos a nosotros el estudio de todas estas criaturas.**

Jurgen murmuró algo que sonó sospechosamente como "*Apuesto a que sí*".

-Entonces, ¿cuál es la línea principal de sus investigaciones?- pregunté, con la esperanza de haber podido lograr que no se hubieran escuchado las palabras de mi ayudante, aunque lo dudé mucho. Sholer tendría el oído sobrenatural común a todos los miembros del Adeptus Astartes y Kildhar probablemente también tendría algún augmético que funcionaría igual de bien. **–Y por favor, explíquenmelo en términos sencillos, para que pueda transmitírselo al Lord General y a su estado mayor en un lenguaje que todos podamos entender.**

Aquella vez fue a Kildhar a la que la tocó murmurar para sí misma, pero como se la daba mucho mejor que a mi ayudante, lo único que conseguí captar fue algo relacionado sobre lápices de colores sin punta.

-Nuestro principal objetivo es el mecanismo gracias al cual la mente colmena es capaz de mantener el control del enjambre- explicó Sholer. **-Si fuéramos capaces de interrumpirlo y de privarla de la capacidad de controlar sus acciones en amplias zonas, eso nos proporcionaría una significativa ventaja táctica.**

-Desde luego- acepté, momentáneamente deslumbrado ante tal perspectiva. **-¿Y han logrado hacerlo?**

Sholer negó con la cabeza.

-Nuestro trabajo aún está en una fase muy temprana- dijo. **-Pero creemos que hemos logrado identificar**

algunas de las vías neuronales implicadas.

-Vaya- dije, tratando de disimular mi decepción.

-Y todo gracias a usted- dijo Kildhar con media sonrisa en su rostro que me hizo sentir profundamente incómodo. Señaló hacia abajo, justo donde ella estaba y, a pesar de la extraña sensación de temor que iba creciendo a cada nuevo paso me acerqué a ella. **-Tenemos tanto tejido neuronal que podríamos desear y de muy buena calidad.**

Miré un chamuscado y ennegrecido trozo de carne del tamaño de un Baneblade. La carne cruda brillaba alrededor de las manchas necróticas y que parecía todavía fresca a pesar de los daños. Lo que estaba viendo absurdamente me recordó un filete poco hecho, muy quemado por fuera pero sangrante por dentro.

-¿Qué demonios es esto?- comencé a decir, pero, de repente, guardé silencio cuando lo recordé. Algo vivo, enorme, a punto de alzar el vuelo, cayendo de nuevo en la erupción volcánica que Jurgen y yo habíamos desencadenado casi a costa de nuestras vidas.

-¡Santo Trono! ¡Es parte de una bio-nave!

Kildhar asintió. **-Y más exactamente, uno de sus nodos corticales. La mayor parte estaba demasiado quemada como para poder salvarla, pero algunos fragmentos cayeron en los bancos de hielo y se**

congelaron lo suficientemente rápido como para poder preservar los tejidos. Este es el trozo más grande y mejor conservado.

Intenté hablar, verbalizar mi horror y mi absoluta repugnancia, preguntar cómo era posible que hubieran sido tan asombrosamente estúpidos, pero las palabras no me salían. Todo lo que pude hacer es quedarme mirando aquel monstruoso pedazo de carne, que tenía el potencial de acabar matándonos a todos.



CAPÍTULO CATORCE

-Hay que destruirlos inmediatamente- dijo Zyvan con firmeza. Aquella vez habíamos conseguido celebrar nuestro consejo de guerra a bordo de la nave insignia y el Lord General parecía mucho más tranquilo, sintiendo claramente que controlaba mejor la situación en su propio terreno, aunque la noche anterior, su reacción cuando le comuniqué lo que había encontrado en las profundidades del santuario, casi había derretido los mamparos. **-Los daños potenciales que pueden causar si se reaniman son incalculables.**

Para mi bien disimulado alivio, su voz ya no tenía el menor indicio de su inicial impulso de apuntar las baterías de lanzas del acorazado contra el santuario desde la órbita, a pesar de su insistencia durante nuestra larga y algo tensa conversación de que aquella era la única forma de estar seguros de acabar con ellos. Puede que eso fuera lo mejor, pero difícilmente habría mejorado nuestras relaciones con los mecanos, eso por no hablar de los Recobradores, que sin duda no verían con buenos ojos que vaporizáramos a un grupo de sus hermanos junto a todos los demás. Aparte de eso, el santuario era una estructura grande y sólida, que probablemente resistiría varias descargas antes de ser destruida por completo. Lo más probable es que derritiéramos el hielo con nuestra primera salva permitiendo que todas aquellas malditas criaturas escaparan. Tuve que usar todos aquellos argumentos y emplearme bien a fondo para poder convencerle. (Por supuesto, podría haberle

apuntado con mi arma, pero eso habría arruinado nuestras relaciones y aquello era algo que quería evitar si me era posible. A aquellas alturas, llevábamos trabajando juntos más de sesenta años y yo ya me había acostumbrado a gozar de los privilegios de su hospitalidad).

Por suerte, al final se calmó lo suficiente como para entrar en razón [97] y elaboramos lo que esperábamos que fuera un enfoque más diplomático. Al fin y al cabo, las baterías de lanzas no iban a ir a ninguna parte y siempre estarían disponibles como último recurso.

[97] Como es normal en Caín, no parece que siquiera se le ocurriera que la buena opinión que Zyvan tenía de él jugara, casi toda certeza, un importante papel en su disposición a escuchar.

-¿Y cómo sugiere que lo hagamos?- preguntó Dysen, desde el otro lado de la mesa de conferencias. Si estaba cabreado por haber sido arrastrado hasta allí, lo disimulaba muy bien, aunque, dado que Zyvan había viajado para reunirse con él para discutir la catástrofe creada por la huida de los genestealers, no podía quejarse por tener que devolverle el favor. Sin duda, el Magos Senioris hubiera preferido que lo consultaran a través de un enlace de vox, pero en un mundo en el que la información se intercambia constantemente y a un ritmo desconcertante, la única forma de mantener el secreto era discutir los asuntos cara a cara, preferiblemente en una sala sellada, e incluso entonces había pocas posibilidades de éxito.

En consecuencia, solo éramos un reducido y selecto grupo. Aparte de Dysen, Zyvan y yo, , sólo El’hassai y Sholer estaban en la sala, aunque Jurgen merodeaba justo fuera de

la misma, con su fusil láser y su dudosa higiene personal igualmente dispuestos a repeler cualquier intento de intromisión. Kildhar, por supuesto, había protestado por haber sido excluida, pero, dado que el Magos Senioris tenía más rango que ella y que Sholer podía responder a las preguntas referentes a la investigación que ambos estaban llevando a cabo juntos, su presencia no era necesaria. En cambio, la presencia del marine espacial era esencial. Si queríamos defender Fecundia con alguna posibilidad de éxito, tendríamos que tener informados a los Recobradores. Una vez más, yo era el único al que estaban dispuestos a fingir que escuchaban, lo que me obligaba a pedirles consejo cada poco tiempo para así poder mantenerlos involucrados en la conversación.

Lo mismo ocurría con el enviado tau y me estremecí pensando lo que podrían contener los informes que estaría preparando para enviar a su casa. La única suerte era que, al no disponer de astrópatas, los otros tau seguirían felizmente ignorantes del completo desastre que estábamos cometiendo con nuestra parte del acuerdo. Por supuesto, Zyvan le había ofrecido el uso de uno de los miembros de nuestros coros, a través del cual podría contactar directamente con el astrópata que acompañaba a Donali, y el El'hassai, con idéntica cortesía, había rechazado la oferta, consciente de que todo lo que transmitiera aparecería casi al instante sobre el escritorio de Zyvan.

-Ese sería un trabajo bastante complicado- señaló Sholer. **-Cada organismo tendría que ser desenterrado individualmente de hielo e inmediatamente incinerado, o de otro modo podrían despertar. Difícilmente es algo que podamos hacer de inmediato; yo le calcularía al menos todo un mes de**

trabajo. Y no olvidemos que tenemos una oportunidad sin precedentes de obtener una ventaja táctica sobre los tiránidos, una que a mí no me gustaría desperdiciar.

-Así es- estuvo de acuerdo Dysen. **-La huida de los genestealers fue muy desafortunada, pero los organismos que están congelados no están en condiciones de imitarlos.**

-Ni el comisario ni yo estamos de acuerdo con eso- dijo Zyvan, en un tono notablemente tranquilo dadas las circunstancias.

Yo asentí con la cabeza.

-He visto lo rápido que esas criaturas pueden despertar de una hibernación- expuse. **-Casi invaden todo Nusquam Fundumentibus cuando apenas un puñado de ellos había logrado despertarse. Lo último que necesitamos es proporcionar a la flota colmena un ejército de infiltrados antes de que caiga una sola espora sobre la superficie.**

Por supuesto, bien habría podido ahorrarme todas mis anteriores palabras. Sholer parecía tan obcecado como tan sólo puede serlo un marine espacial, Dysen zumbaba y chasqueaba en silencio para sí mismo, igualmente impasible y Zyvan los miraba con desprecio, sintiendo como iba creciendo su cólera. Viendo que todo aquello sólo podría

salir mal y para desviar la atención, más que porque creyera que sirviera para algo, me dirigí al embajador tau.

-Enviado, ¿quiere hacer algún comentario?

Para mi sorpresa, El'hassai asintió con la cabeza, haciendo un respetable trabajo al parecer pensativo, a no ser que un tau meditabundo se parezca tanto en privado a un humano pensativo [98].

[98] Tras haber tenido la oportunidad de haber interactuado durante bastante tiempo con los miembros de su especie y de ya gozar de la suficiente confianza, he podido sorprenderles desprevenidos en algunos momentos, por lo que puedo confirmar que, en efecto, los tau tiene el mismo aspecto de atontados que la mayoría de los humanos cuando están perdidos en sus pensamientos.

-Ambos argumentos son convincentes- dijo, tan diplomático como siempre, **-pero, en conjunto, me inclino a pensar que deshacerse de los especímenes antes de tiempo sería algo imprudente. Si la investigación del apotecario descubre alguna debilidad en los tiránidos, se puede servir al Bien Supremo permitiendo que las investigaciones continúen sin obstáculos durante el mayor tiempo posible.**

Tanto el tecno-sacerdote como el miembro del Adeptus Astartes se quedaron boquiabiertos durante un breve instante para, a continuación, relajarse tras asimilar aquella inesperada declaración de apoyo. Zyvan parecía igualmente sorprendido y respiró profundamente varias veces, como una granada sin el seguro conteniéndose para no explotar. Por mi parte, al haber pasado tanto tiempo entre

diplomáticos, me fije inmediatamente en las apenas veladas reservas que implicaban su declaración.

-¿Qué quiere decir exactamente con eso de "*durante el mayor tiempo posible"*?- pregunté, lo que hizo que el resto de los presente se sobresaltaran al comenzar a digerir las implicaciones de aquellas palabras.

El'hassai entrelazó sus dedos, sin duda alguna un gesto muy practicado en beneficio de los gue'la [99] de la sala.

[99] La palabra tau para nombrar a los humanos, una de escasa frases que aparentemente, Caín aprendió durante sus ocasionales contactos con los miembros de esa raza que no implicaron violencia física.

-A pesar de los dictados del Bien Supremo- dijo, **-también comparto las reservas que usted y el Lord General han expresado. Por lo tanto, sugiero que, mientras el apotecario Sholer y la Magos Kildhar continúan sus investigaciones, se hagan los preparativos necesarios para poder eliminar rápidamente a todos los especímenes si eso se hiciera necesario.**

-Me parece razonable- aceptó Zyvan, aprovechando, para mi indescriptible alivio, la posibilidad de un compromiso para salvar la cara. Contra todo pronóstico, los tau parecían estar esforzándose en mantener unida nuestra tambaleante alianza, en lugar de ser la cuña que la separaba, tal y como yo había esperado. El Lord General se volvió hacia Dysen. **-¿Sería posible preparar algo así?**

-Asegurar la destrucción física de tantos especímenes a la vez será un extraordinario reto-dijo pensativo el Magos Senioris, **-pero, sin la menor duda, el Omnissiah nos guiará hacia una solución satisfactoria. Tal vez bastaría con purgar el reactor de fusión en la cámara de almacenamiento.**

-Entonces lo dejamos en sus hábiles manos- respondió Zyvan, evitando milagrosamente cualquier indicio de sarcasmo en sus palabras. **-Por favor, manténganos informados de sus progresos.**

-Para ambos casos- añadí, para que no pudieran alegar que pensaban que sólo queríamos estar informados de uno de los trabajos y no en el otro. Como he comentado, la semilla de la desconfianza había germinado con fuerza al tratar de ocultarnos las investigaciones de Kildhar y *la pregunta "qué otras cosas no nos habrían contado"* se había convertido en un soniquete casi constante en mi cabeza. No me importa el admitir que, cuanto antes saliéramos allí y pudiéramos abandonar aquella lamentable roca, mejor.

Desde ese momento, cuando al menos parecía haber una apariencia de consenso, la reunión transcurrió rápidamente, con una serie de amplias generalizaciones y vagas promesas de acción, todos deseosos de salir de allí antes que los demás tuvieran la oportunidad de cambiar de opinión o de presentar argumentos para nuevas objeciones. Sholer y Dysen partieron tran pronto pudieron en dirección al muelle de atraque, seguidos por El'hassai, quien sin la menor duda, se apresuró a volver a sus aposentos para redactar un informe convenientemente mordaz para sus

superiores, aunque yo no tenía ni idea de cómo pensaba entregarlo [100].

[100] No me cabe la menor duda de que había llevado a la nave insignia imperial varios drones-correos con él.

-Quiero que esa instalación sea completamente rodeada- dijo Zyvan, en cuanto la puerta se cerró detrás del tau. **-Si los tiránidos se liberan, tendremos que contenerlos.**

-Eso requerirá mucho personal- señalé. **-Incluso toda una compañía estará exageradamente extendida si es desplegada en un cordón lo suficientemente amplio como para evitar los efectos de un bombardeo orbital.**

El Lord General asintió. **-Si no lo supiera, juraría que eres un psíquico.**

-Después de tanto tiempo, creo que ya entiendo cómo piensa- dije. **-Además, eso es justo lo que yo haría.**

Lo cual era absolutamente cierto.

Zyvan asintió.

-Mantendremos las baterías de lanzas apuntando hacia el santuario, al menos por el momento. Ahora mismo no las necesitamos para nada más, a menos que aparezca la flota colmena.

-Algo que, si el Emperador así lo quiere, nunca sucederá- dije, tentando de nuevo al destino. Seleccioné el área alrededor de Regio Quinquaginta Unus en la pantalla táctica y lo examiné cuidadosamente. **-Tendrá que utilizar a los Death Korps. Ninguna otra unidad de las que dispone puede ser desplegada en terreno al descubierto.**

-Justo eso es lo mismo que yo había pensado- aceptó Zyvan y se encogió de hombros. **-Pero el problema será evitar que los descubran. Son muy buenos en su trabajo, pero no se les da demasiado bien la discreción.**

-Yo ni me molestaría en intentarlo- contesté. **-De todos modos, los mecanos se enterarán que están allí. Si le presentan alguna queja, dígales que ha decidido proporcionar protección extra al santuario ahora que sabe lo importante que es su trabajo. No le creerán, por supuesto, pero no se atreverán a protestar.**

Zyvan se rió. **-No tendrán cojones-** coincidió, lo cual era literalmente cierto para la mayoría de los tecno-sacerdotes, dada su exagerada tendencia a cubrirse de augméticos.

Justo en aquel momento, nuestra diversión se vio bruscamente interrumpida cuando Jurgen llamó a la puerta. Sin dar tiempo siquiera a que el estruendoso eco de sus nudillos contra el metal tuviera tiempo de extinguirse e incluso antes de que alguno de nosotros le diera permiso para entrar, su aroma irrumpió en la sala, seguido un instante después por su rostro cubierto de mugre.

-Lamento interrumpirles, señor- dijo, **-pero acabamos de recibir noticias de la flota exploradora-** siguió y aspiró mientras apretaba los dientes, como hacia siempre que intentaba encontrar la manera de decirme algo que sabía que yo no querría oír. **-No son buenas-** añadió, después de una embarazosa pausa.



Nunca he conocido a ningún astrópata que se pudiera ser calificado de sociable, lo que supongo que no es de extrañar, dado que siempre al menos parte de su atención está constantemente atenta a los susurros de la disformidad en su mente, esperando que se forme algún mensaje. No soy una persona que se asuste fácilmente [101], pero no puedo negar que me inquietan. Tal vez sean sus tatuajes de protección, un visible recordatorio de que pueden ser poseídos en cualquier momento por un demonio, o tal vez sea la forma en la que sus hundidos ojos ciegos te miran fijamente en cualquier lugar de la sala donde uno esté, como si estuvieran clavándose directamente en tu alma.

[101] ¡Ja!

Madrigel, el astrópata de mayor rango entre el personal de Zyvan, personificaba la mayoría de todos aquellos rasgos: demacrado y esquelético, con tan sólo su cabeza y sus manos emergiendo del sudario de su túnica, merodeaba dentro de la cámara como uno de los necrófagos de los túneles que se decía rondaban por los niveles más bajos de la colmena en la que pasé los primeros años de mi vida [102].

[102] A pesar de todos mis esfuerzos, todavía no he logrado averiguar el mundo en cuestión, o mejor dicho, la colmena subterránea.

Aunque hubiéramos podido sacarlo su guarida, no era cuestión que se nos trasmitiera ese mensaje en medio del centro de mando, rodeados de testigos, así me encontré encorvado en la claustrofóbica celda en la que vivía y trabajaba [103], tratando de distinguirlo lo mejor posible a través de la penumbra que lo rodeaba. Como no necesitaba luz, no se había molestado en encenderla, por lo que Zyvan y yo tuvimos que conformarnos con la vacilante iluminación de unas velas situadas junto a un quemador de incienso que, a juzgar por el olor, debían contener un par de calcetines sucios de Jurgen en llamas. (Por supuesto, a mi ayudante lo había enviado de vuelta a nuestros aposentos, no deseaba que su secreto fuera descubierto cuando Madrigel sufriera un ataque delante del Lord General).

[103] En realidad, una hermosa suite, aunque, para ser justos con Cain, probablemente no se percatara de la existencia de las otras habitaciones.

-¿Qué tiene para nosotros?- pregunté, un poco más bruscamente de lo que pretendía, mirando fijamente al astrópata con un considerable esfuerzo de voluntad.

Abrió la boca, sacó la lengua y se lamió los finos labios de una forma ligeramente reptiliana que hizo que se me erizaran los pelos de nuca. **-Mucho-** respondió, con una voz que llevó a mi mente el desagradable recuerdo del susurro del viento a través de las pieles desolladas que colgaban de las murallas de la ciudadela de los piratas eldar en Sanguia, **-pero muy poco que pueda transmitir de una forma comprensible para usted.**

Unas palabras que la mayoría de la gente hubiera considerado como un escandaloso y deliberado insulto, pero dado el trabajo de Madrigel, posiblemente no fueran más que la pura verdad. Cuando la schola progenium me escupió por primera vez, asumí, al igual que la mayoría de los soldados regulares a cuyo lado (o detrás de ellos si es que el enemigo estaba cerca) servía, que los astrópatas eran poco más que aparatos de vox vivientes, capaces de repetir como loros cualquier cosa que les dictaran o les mostraran. No fue hasta mucho más tarde, cuando me abrí paso hasta los escalones superiores de la Guardia Imperial, que comencé a comprender la verdad, que los precisos informes y las imágenes granuladas procedentes del exterior del sistema estelar que yo estaba tan desesperado por abandonar en aquellos momentos, habían llegado en forma de imágenes y sensaciones fragmentarias a la mente de un psíquico autorizado, por lo normal sólo marginalmente cuerdo. Sólo después de un largo y dificultoso trabajo se podía desenmarañar el significado de lo que el astrópata había intentado transmitir, una empresa que a menudo implicaba el uso de otro personal autorizado como filtros. Un proceso que normalmente llevaba mucho más tiempo del que la fluida situación de una zona de guerra activa podía permitirse.

-Entonces, díganos lo que necesitamos saber- le exigió Zyvan. **-¿Qué noticias ha escuchado de la flota de reconocimiento?**

-¿Escuchar?- preguntó Madrigel, mientras se volvía a lamer los labios. **-Nada, solo balbuceos. Todavía se está trabajando en ello. Pero todos lo sentimos, todos los miembros del coro.**

-¿Sentir el qué?- pregunté, seguro de que no me iba a gustar la respuesta. Y tuve razón, la respuesta no me gustó.

-Miedo- respondió Madrigel y su susurro flotó en el aire durante varios segundos. **-Los astrópatas de las naves exploradoras estaban aterrorizados.**

-Eso no significa apenas nada- dijo Zyvan, sin andarse con rodeos, tratando de pronunciar aquellas palabras como si realmente se las creyera. **-Han estado dentro de una sombra en la disformidad, aislados del resto del universo. No es de extrañar que lo encontraran molesto.**

-Mejor dicho, sería todo un bendito alivio para ellos- graznó Madrigel con absoluta sinceridad. **-Si hay un lugar en la galaxia en la que un psíquico pueda encontrar la paz, es en el interior de la sombra que rodea a una flota-colmena.**

-Eso si no se tiene en cuenta a los tiránidos que, sin duda, los perseguirían- añadí, sintiendo que alguien de la sala debía prestar atención a nuestro verdadero problema. Para mi sorpresa, el astrópata asintió.

-Exactamente- pronunció, de forma algo misteriosa. **-Eso mismo hicieron. Y ahora hay muchos ecos de dolor y de miedo, de olor a sangre y a llamas. Aún no tenemos los detalles, pero la flota ha entrado en combate.**

-Eso no es nada bueno- dije, minimizando considerablemente la importancia de las palabras del Astrópata. **-Sus órdenes eran simplemente observar e informar, evitando el contacto siempre que les fuera posible. ¿Tiene alguna idea de los daños que ha sufrido la flota?**

-Son graves- contestó Madrigel y la última esperanza a la que me había aferrado se fue extinguiendo ante mis ojos. **-Se han perdido naves.**

-¿Cuántas?- preguntó Zyvan con tono sombrío.

-Eso no se sabrá hasta que no se haya completado el proceso- respondió Madrigel, volviéndose a lamer los labios. Los continuos movimientos de su lengua eran casi hipnóticos y me obligué a concentrarme en el resto de su rostro, lo que apenas sirvió de ayuda. **-Pero más de una.**

-¿Y los supervivientes?- pregunté. **-Deben haber escapado si han logrado salir de la sombra.**

-Dañados- contestó el astrópata. **-Heridos. Traumatizados.**

Era difícil saber si se refería a las naves, a las tripulaciones, o a ambas cosas a la vez. De todas formas, la mitad del tiempo, los miembros de su orden solían hablar con metáforas, eran incluso peores que los eclesiarcas.

-Vuelven renqueantes al hogar, allí donde puedan lamerse las heridas.

Zyvan y yo intercambiamos una mirada de preocupación, a los dos se nos había ocurrido lo mismo. Sólo había un mundo cerca de la mala maltrecha flota en el que podrían encontrar las instalaciones necesarias para reparar cualquier daño significativo sufrido en los combates y, en esos momentos, nosotros estábamos orbitando a su alrededor.

-Se dirigen hacia aquí- dije. Madrigel asintió.

-Efectivamente. Podemos sentir como la conexión con las mentes de nuestros hermanos se hace más fuerte a cada hora que pasa.

-Entonces, los tiránidos les seguirán- señaló Zyvan.

Eso era evidente. Al enfrentarse a la flota colmena, la habrían alertado de la presencia de posibles presas y, como mínimo, parte de ella iría tras los supervivientes para ver si quedaban algún bocadillo más en la mesa. Si teníamos mala suerte, toda la maldita manada ya estaría dirigiéndose hacia nosotros.

-Avisaré a los mecanos- dije, con la boca seca, manteniendo mi voz firme con un supremo esfuerzo. Nuestros temores acababan de hacerse realidad. Lo único que ya nos quedaba por esperar era que hubiéramos recibido la advertencia a tiempo de poder prepararnos para su llegada.

NOTA EDITORIAL:

Como era de esperar, Caín no dedica ni una sola línea más al destino la flota de reconocimiento. Por tanto, he incluido los siguientes extractos para enmarcar su relato de los hechos en un contexto algo más amplio.

Transcripción de la declaración efectuada por la capitana Nansi Blakit, de la fragata *Amazona* (Amazón en el original) ante la junta de investigación por la pérdida de las naves *Atroz* (Egregious en el original), *Llama Purificadora* (Cleasing Flame en el original), *Martillo del Emperador* (Emperor'r Hammer en el original) y *Xenovore*, 485992.M41.

Capitán Blakit: ***Nos dirigimos a toda velocidad hacia la posición estimada de la flota colmena, basándonos en la información que nos habían proporcionado los tau. En vista del peligro del que nos avisaban nuestras órdenes, ordené a mi tripulación que cargara las armas y se prepararan para sufrir fuego enemigo antes de que se completara la transición de vuelta al materium.***

Almirante Jaymstea Flynt (Presidente): ***¿Una precaución tomada también el resto de los capitanes de las otras naves de la flotilla.***

Capitán Blakit: ***Creo que sí, ninguno de ellos es un idiota con ganas de que lo maten.***

Codicius Mallun (observador del Administratum y registrador de actas): ***¿Puedo recordarle a la capitán que las especulaciones y opiniones personales no son pruebas?***

Almirante Flynt: ***No, no puede. El historial militar de la capitán Blakit habla por sí mismo y cualquier observación que una oficial de su experiencia considere hacer, es pertinente para esta investigación.***

Capitán Blakit: ***Así se habla, tío Jym.***

Almirante Flynt***: Borre ese último comentario del acta. Continúa, Nansi.***

Capitán Blakit: ***No había nada en los auspex, aunque sabíamos que debían estar cerca. Ninguno de nuestros astrópatas pudo comunicar con la flota principal, así deberíamos estar dentro de la sombra en la disformidad proyectada por los tiránidos.***

Codicius Mallum: ***Una especulación…***

Almirante Flynt: ***Guarde silencio, Mallum. No eres el único zángano de por aquí que puede manejar una pluma.***

Capitán Blakit: ***Así que el comodoro Stocker dispersó la flota. No mucho, pero con una separación de media de unos cincuenta millones de kilómetros. Le dije que aquello era una mala idea, pero no quiso escucharme.***

Inquisidora Vail (observadora del Ordo Xenos): ***¿Por qué?***

Capitán Blakit: ***Él estaba al mando. Tenía todo el derecho a no estar de acuerdo con la opinión de una oficial de menor rango.***

Inquisidora Vail: ***¿Por qué fue una mala idea?***

Capitán Blakit: ***Yo creía que lo más prudente sería mantener las naves de la flota lo suficientemente cerca las unas de las otras como para que se pudieran apoyar mutuamente con campos de fuego superpuestos. El capitán Warka, del Hirundin, estuvo de acuerdo conmigo.***

Almirante Flynt: ***¿Pero el comodoro no lo hizo?***

Capitán Blakit: ***No, pensó que tendríamos más probabilidades de obtener una lectura positiva en los auspex con la flota más desplegada. Se suponía que en cuanto una nave consiguiera un contacto, enviaría un mensaje de vox a las demás y todos nos reuniríamos con ella.***

Inquisidora Vail: ***Las bio-naves tiránidas son muy difíciles de detectar a tales distancias.***

Capitán Blakit: ***Ese es el problema. Para cuando la Xenovore estuvo lo bastante cerca como para estar segura de que tenía una lectura confirmada, los tiránidos también la habían detectado o más probablemente antes. Fue atacada por todo un enjambre de pequeñas naves apoyadas por un par de cosas del tamaño de un crucero. Todos respondimos a su llamada de socorro, pero estábamos tan dispersos que incluso la nave más cercana no la captó hasta más de dos minutos después de haberla transmitido.***

Almirante Flynt: ***¿Fue la Atroz?***

Capitán Blakit: ***Así es, el único crucero de la escuadra y nave insignia del comodoro Stocker. El Martillo del Emperador y el Llama Purificadora llegaron tres minutos después del crucero, justo cuando explotó la Xenovore. Los tiránidos ya les habían abordado y estaba a punto de conquistar toda la nave. La única opción que les quedó a esos pobres bastardos fue detonar el núcleo de plasma.***

Codicius Mallum: ***¿Más especulaciones? ¿O tiene alguna prueba sólida de que la Xenovore fue destruida por sus propios tripulantes?***

Capitán Blakit: ***Si quiere, puedo mostrarle unas imágenes de su visioingeniero jefe sobrecargando los motores antes de ser destrozado por los hormagantes. Puede que las encuentre educativas.***

Almirante Flynt: ***¿Estaban recibiendo datos de la Xenovore en esos momentos?***

Capitán Blakit: ***De las cuatro naves que habían trabado combate con el enemigo. El comodoro Stocker nos ordenó al resto que nos retiráramos para que llevásemos toda la información reunida a la flota principal. El capitán Warka y yo protestamos, pero nos amenazó a los dos con un consejo de guerra si intentábamos intervenir.***

Inquisidora Vail: ***Muy inteligente por su parte. Si hubiera intentando resistir, también habría muerto y nosotros no tendríamos ni la menor idea de qué o quién la mató. ¿Supongo que los tiránidos estarían recibiendo refuerzos continuamente*?**

Capitán Blakit: ***Efectivamente. Nosotros nos mantuvimos en posición todo el tiempo que pudimos, por si podíamos salvar a algunos supervivientes. El Martillo del Emperador logró lanzar algunas cápsulas de salvamento, pero fueron capturadas y devoradas por las criaturas más pequeñas. Los gritos por el vox eran…***

Almirante Flynt: ***¿Alguna de las naves supervivientes fue atacada?***

Capitán Blakit: ***Todos lo fuimos. El vacío estaba lleno de tiránidos. El capitán Warka tomó el mando de lo que quedaba de la escuadra, ya que era el oficial de más antigüedad en el escalafón, pero estábamos tan dispersos por el espacio que fue imposible coordinar una estrategia defensiva. Aguantamos todo lo que pudimos para recabar toda la información que pudiéramos obtener, pero, uno a uno, nos vimos obligados a saltar a la disformidad o todas nuestras naves también hubieran sido destruidas.***

Almirante Flynt: ***¿Y qué hicieron tras haber efectuado el transito?***

Capitán Blakit: ***Nos reunimos en el espacio exterior, ya fuera del alcance de la sombra, donde nuestros astrópatas pudieran contactar de nuevo con la flota. Mientras tanto, evaluamos los daños y nos dirigimos a toda marcha hacia Fecundia, con la esperanza de que pudiéramos efectuar las reparaciones necesarias para poder luchar contra los tiránidos antes de que desembarcaran en el planeta.***

Inquisidora Vail: ***Parece muy segura de que ese sería su próximo objetivo.***

Capitán Blakit: ***Lo estábamos. Nos informaron de ello los astrópatas. Los límites de la sombra se habían***

movido. Sólo conozco una cosa que podría explicar eso: los tiránidos habían cambiado de rumbo para seguirnos.



"De la Cruzada y lo que vino después: una historia militar del Golfo de Damocles"*, por Vargo *Royz, 058.M42.

Las funestas noticias que trajeron los agotados supervivientes de la escuadra de reconocimiento de la Armada Imperial no tardaron en llegar a la Flota de Batalla Damocles y los preparativos para su despliegue se iniciaron de inmediato. Las naves comenzaron a converger hacia el mundo-forja de Fecundia desde todo el sector, decididas a defenderlo a toda costa, ya que sí caía, la capacidad del Imperio para luchar contra aquellas terribles criaturas sufriría un golpe demoledor. La mayoría, por supuesto, tuvieron que pasar el sistema de Quadravidia, que permanecía en manos imperiales casi milagrosamente.

Mientras tanto, los tau habían centrado todos sus esfuerzos en fortificar un puñado de mundos a lo largo de la recién disputada frontera entre ambos imperios, aparentemente sin saber que, al menos unos cuantos elementos de la flota colmena en movimiento, habían cambiado de rumbo, alejándose de ellos, y si lo sabían, todavía temerosos de que los planetas en su poder siguieran siendo los objetivos más probables de la despiadada furia de los invasores tiránidos.

En cualquier caso, no mostraron la menor intención de desviar ningún recurso para la defensa de un mundo imperial, ni el Imperio se sentía inclinado a solicitar la ayuda de los xenos.

Así que, ambos socios de la incómoda alianza, se ocuparon primero de sus propios intereses y esperaron el ataque.



CAPÍTULO QUINCE

La noticia de que los tiránidos estaban en camino barrió Fecundia como uno que aquellos vendavales capaces de arrancarte la carne hasta llegar hasta los mismísimos huesos que asolaban la superficie y causó casi el mismo daño. La mayoría de las unidades de la Guardia se mantuvieron firmes, por supuesto, debido en gran parte a que la mayoría de los regimientos presentes en el planeta nunca se habían enfrentado aquellos escurridizos horrores y me pasé varios días inspeccionando los puestos de avanzada y las guarniciones, soltándoles todo tipo de tópicos alentadores, asegurándoles que si podían enfrentarse a los orkos, los eldar y a las marionetas de los poderes ruinosos, sin duda podrían acabar con la flota colmena. Los Death Korps fueron la excepción, como lo son en otras tantas cosas, ya que el año anterior habían perdido a muchos de sus miembros en combate contra una flotilla escindida de una flota colmena, pero, por lo general estaban tan hasta el culo de drogas de combate, que les daba igual. Como de costumbre, lo único que parecía molestarles era la posibilidad de no haberse llevado suficientes enemigos consigo cuando cayeran [104]. Ni que decir tiene que aquella actitud me resultaba difícil de entender, pero a la vez, era bastante reconfortante, ya que tenía la intención de mantenerlos a ellos entre la horda que se acercaba y mi humilde persona.

[104] Para un soldado de los Death Korps, la muerte en acción es un don; aunque en su mayor parte, intentan retrasarla el mayor tiempo posible para ser de mayor utilidad al Emperador.

Por supuesto, donde la noticia realmente causo estragos fue entre la población civil. Debo admitir que los mecanos se las arreglaron para aguantar sorprendentemente bien y la mayoría de ellos disimularon razonablemente sus temores, pero los trabajadores de las fundiciones no tenían tales inhibiciones a la hora de expresar sus emociones, por lo que Kyper y sus skitarii se pasaron tanto tiempo reprimiendo disturbios como preparando las defensas del planeta. La mayor parte de los siervos que no estaban causando problemas, preferían pasar el tiempo en los templos del Omnissiah, rezando por la liberación, aunque deduzco que volvieron rápidamente a las cadenas de producción en cuanto los tecno-sacerdotes comenzaron a decirles que a Él le resultaría mucho más sencillo el trabajo si primero acumulaban una buena reserva de armas y municiones.

La única buena noticia fue la llegada de los maltrechos restos de la flota de reconocimiento, que reforzaron un poco nuestras defensas orbitales, seguida poco después por un continuo flujo de naves procedentes de todo el sector. En el plazo de un mes, Fecundia estaba rodeada por un centenar de naves [105], algo que contribuyó en gran manera a tranquilizarme. Si las mejoras de Kildhar en los sensoria funcionaban tan bien como ella parecía creer, sería necesario un asalto muy decido para poder desembarcar en el planeta algo realmente capaz de causarnos problemas.

[105] Bastantes más si se tiene en cuenta la flota de mercantes con armamento defensivo que llegaban y salían continuamente al mundo forja; aunque tales armas resultarían tan insignificantes frente a una flota colmena que se puede disculpar el hecho de que Cain las haya olvidado por completo.

Pero, por supuesto, la determinación era prácticamente un sinónimo de tiránidos, así que no pude relajarme del todo,

sobre todo porque Sholer y ella aún conservaban su malsana colección de muerte y destrucción congelada bajo los cimientos de Regio Quinquaginta Unus y, pese a todas sus garantías, yo no era tan optimista como ellos en lo referente a que no fueran a descongelarse en el peor momento.

Una preocupación que debo añadir Zyvan compartía y que expresó en voz alta la mañana en cuanto entré en el centro de operaciones a bordo de la nave insignia, encontrándomelo estudiando atentamente un hololito con aire pensativo. El supurante globo de Fecundia estaba rodeado de brillantes luciérnagas, codificadas en distintos colores para poder diferenciar las naves de guerra de los transportes civiles. Asentí con aprobación. La red defensiva era tan densa como podíamos desear y cualquier cosa que quisiera desembarcar en el planeta lo tendría muy difícil para aterrizar sin ser vaporizada en el camino.

-¿Alguna noticia de Madrigel?- lo saludé, aferrándome a la improbable esperanza de que los tiránidos se hubieran dado cuenta de que había más presas entre los tau. El Lord General negó con la cabeza.

-Ninguna buena- dijo. **-Nuestros astrópatas no pueden contactar con nadie.**

-Entonces es que ya estamos dentro de su sombra- reflexioné, con un escalofrío de aprensión recorriéndome la nuca.

-Lo estamos-, asintió Zyvan con tristeza. **-Puede que aún haya algunas naves más en camino, pero ya no podemos contar con ellas. Y, a falta de las noticia que puedan traer, lo próximo que sabremos será la llegada de lo tiránidos.**

-Entonces tendremos que confiar en que Kildhar sepa lo que está haciendo con los auspex- dije, sintiendo un casi irresistible impulso de colocar el dedo gordo sobre la palma de mi mano mientras hablaba.

-Sólo espero que sepa lo que está haciendo en ese maldito congelador de carne- replicó Zyvan. **-Siguen sin averiguar cómo escaparon los genestealers y eso ya es bastante grave.**

-Sholer debería vigilarla- dije, tratando de parecer menos preocupado de lo que realmente me sentía. No conocía muy bien al apotecario del *Revenant*, ya que yo había estado inconsciente la mayor parte del tiempo que estuvimos juntos [106], pero era de suponer que se tomara su deber tan en serio como cualquier otro marine espacial y aquello era lo más fiable que podíamos conseguir. **-Además, los otros marines espaciales mantienen el analyticum bien vigilado y bloqueado.**

[106] En el apotecarium de la nave, recuperándose de sus terribles experiencias en Interitus Prime.

-Bien, supongo que tú lo sabrás lo que dices-, concedió Zyvan, no demasiado convencido. **-Serviste junto a ellos.**

Y había visto como los despedazaban los genestealers que infectaban el *Engendro de Condenación*, algo que no era precisamente el pensamiento más reconfortante en aquellos momentos, por lo cual lo eliminé rápidamente de mi mente, al igual que hice con su lógica conclusión, que por supuesto, era que se necesitaría mucho más que Yail y su escuadra de combate [107] para mantener encerrado a un enjambre de ese tamaño si estos preferían estar en otro lugar.

[107] Una designación informal del Adeptus Astartes para referirse a un equipo de combate de aproximadamente cinco marines espaciales. Una escuadra táctica completa de diez astartes se dividen en dos equipos de cinco para brindarse apoyo mutuo. En ninguna parte del relato, Caín nos indica el número real de Recuperadores que había en Fecundia, si es que llegó a enterarse, pero dada su familiaridad con la terminología de los marines, es casi seguro el asumir que serían alrededor de media docena, además de Sholer y los tecnomarines neófitos a los que hace referencia como de paso.

-¿Cómo están las unidades de la Armada?- pregunté, mirando de nuevo la nube de iconos de contacto que rodeaba la leprosa imagen del mundo forja bajo nosotros. Unas cuantas naves de guerra estaban acompañadas por unas runas que indicaban que aún estaban siendo reparadas, lo cual no era de extrañar. Lo primero que habían hecho los capitanes era aprovechar los muelles orbitales para poner la capacidad de combate de sus naves al máximo. La mayor parte de ellas estaban registras como completamente armadas, con las tripulaciones listas [108] y preparadas para entrar en combate, lo cual era un alivio para mí, pero sólo parcialmente. Nunca me ha gustado estar en una nave espacial bajo fuego enemigo, especialmente desde mi breve y desesperado intento de respirar el vacío a bordo del *Mano de la Venganza* y las imágenes de los horrores que habían aplastado a las naves de exploración tau seguían estando demasiado frescas en mi mente. La idea de tener que andar jugueteando con aquellas criaturas

por los corredores de un acorazado [109] no era nada atractiva y no podía evitar preguntarme si, por formidable que pareciera, la flota que habíamos reunido sería suficientemente poderosa como para frenar el avance de la flota colmena.

[108] Sin duda, las cuadrillas de reclutamiento habían tenido que esforzarse para poder compensar las pérdidas en los combates.

[109] Es la primera vez que Cain menciona el tipo de nave en el que Zyvan había establecido su puesto de mando. Si está siendo literal, en lugar de usar "*acorazado*" como término coloquial para un navío de la Armada Imperial, probablemente se tratara del *Trono Eterno*, de la clase Retribución, la única nave de ese tipo involucrada en la defensa de Fecundia.

Zyvan se encogió de hombros. **-Impacientes-** respondió, algo que tampoco me sorprendió. La mayoría de los almirantes que había conocido eran firmes creyentes de llevar la lucha al corazón del enemigo, un espíritu distintivo que el conjunto de Armada suscribía de todo corazón y no me imagino que quedarse de brazos cruzados en órbita, esperando a que les dispararan, fuera del agrado de la mayor parte de la flota.

-¿Han conseguido los analistas sacar algo en limpio de la información aportada por las naves de reconocimiento?- pregunté, algo que era lo más cercano que podía hacer de la verdadera pregunta que tenía en la mente: ¿era la flota colmena lo suficientemente potente como para reventarles los morros a los marineros, o conseguirían éstos rechazar a los tiránidos?

-Todavía la siguen masticando- contestó Zyvan, unas palabras elegidas con muy poco tacto, dadas las circunstancias. **-Pero sabemos que al menos hay un par de leviatanes en ella. Posiblemente más, a juzgar por el número de bio-naves más pequeñas que aparecen en las grabaciones.**

Aquella información distaba mucho de ser una buena noticia. Nuestra única probabilidad de acabar con uno de aquellos gigantes que nadaban en el vacío, sería rodearlo y para eso, antes tendríamos que abrirnos paso entre los escoltas. Por muy numerosa que fuera la flota reunida alrededor de Facundia, si por fin se llegaba a enfrentarse los tiránidos, sería un combate muy reñido.

-Necesitamos algo que nos proporciones algún tipo de ventaja- comenté, incómodamente consciente de que casi estaba repitiendo los razonamiento de Sholer para mantener con vida sus preciados especímenes. Tal vez había llegado la hora de presionarlos a Kildhar y a él para que obtuvieran algunos resultados.

-Así es- asintió Zyvan, sin demasiado entusiasmo, tras haber llegado a la misma conclusión. **-¿Crees que podrás obtener algunas respuestas sencillas de tu amigo, el apotecario?**

-No, si no le apetece darnos alguna- contesté. Mi buena relación con los Recobradores ya nos había conseguido más concesiones de las que normalmente nadie podría esperar conseguir del Adeptus Astartes, siempre tan decididos a ocuparse solamente de sus propios asuntos, y yo no me

hacía ilusiones de que pudiera presionar más al marine espacial de lo que ya lo había hecho. Pero no estaría de más el preguntar. En aquel momento, comencé a darme cuenta de que una visita diplomática para consultar personalmente a Sholer era exactamente el tipo de excusa que necesitaba para salir de la línea de fuego cuando ambas flotas se enfrentaran.

-Entonces, intenta sacarle algo cuanto antes- dijo Zyvan, cuyo entusiasmo por la propuesta probablemente tendría tanto que ver tanto con poder seguir dirigiendo la guerra sin tener un copiloto con faja escarlata cuestionando cada una de sus decisiones [110] como con la esperanza de poder obtener algunas respuestas que nos fueran de utilidad.

[110] Esto, probablemente no sea más que una pequeña autocrítica en clave de humor, ya que, como he señalado anteriormente, la relación entre los dos era mucho más cordial de lo que normalmente se suele dar entre un oficial superior y el miembro del Comisariado adscrito a su mando. Una especial habilidad que Caín parece haber tenido a lo largo de su carrera (consúltense sus memorias sobre su servicio con 597º Valhallano).

-Me pondré a ellos inmediatamente- contesté, felizmente ignorante de las consecuencias que eso iba a acarrearme.

Para mí alivio, aquella vez me fue muy sencillo requisar un Aquila, ya que los habitantes del planeta habían sido lo suficientemente considerados como para no interrumpir mi viaje con más accidentes fabriles. Sin embargo, el aspecto del hangar era completamente distinto de nuestro último vuelo, ya que la pequeña nave que nos esperaba se veía empequeñecida por los Furies y los Starhawks [111] que la

rodeaban mientras estaban siendo armados y abastecidos de combustible. Jurgen y yo nos dirigimos hacia nuestro transporte a través de una vorágine de frenética actividad: marineros de cubierta arrastrando cables blindados tan gruesos como el antebrazo de un orko, vagones cargados de misiles circulando arrastrados por pequeños tractores, grandes montacargas con chasis derivados de Sentinels moviéndose de un lado a otro. Todo aquello redujo nuestro avance a un errático vals en el que teníamos que cambiar de dirección cada cuatro pasos para esquivar un nuevo obstáculos. Por supuesto, también había servidores por todas partes, transportando cargas demasiado pesadas o demasiado peligrosas para ser manejadas por la tripulación sin augméticos. Además, parecía haber por todas partes un desmesurado número de adeptos del Mechanicus vestidos de rojo, entonando letanías, quemando incienso y santificando los sistemas de armas de las naves espaciales de las que muy pronto iba a depender nuestra supervivencia.

[111] Interceptores espaciales y cañoneras de ataque anti-nave, respectivamente; unos aparatos que es muy poco probables encontrar a bordo de un acorazado de la clase Retribución, por lo que, después de todo, probablemente, la nave insignia de Zyvan fuera uno de los muchos cruceros de la flota, y no el *Trono Eterno*. Una nave así, también podría llevar a bordo unas cuantas lanzaderas de asalto clase Shark, pero, dado que el intentar abordar una nave tiránida sería una auténtica locura, de haber allí algunas, no parece que se hubieran intentado desplegar.

-¿Qué les ha entretenido tanto?-, preguntó nuestro piloto, con un alegre saludo a través del cristal antibalas de la carlinga, con su voz crepitando ligeramente en mi comunicador personal.

-Estábamos haciendo turismo- respondí brevemente, sin la menor gana de aguantar bromas pero consciente de que

molestarle con una visible muestra de enfado no era la mejor forma de garantizar una rápida y segura llegada a nuestro destino. El piloto asintió, entendiendo la indirecta y volvió a comprobar los instrumentos mientras mi ayudante y yo subíamos a bordo y tomábamos asiento.

Nuestra partida fue tan sencilla como lo son siempre esas cosas, las planchas de la cubierta sobre la que estaba estacionada la pequeña nave comenzaron a alejarse suavemente, aparentemente acompañada por el progresivo aumento del rugido de los motores. Lentamente, comenzamos a acercarnos a las enormes fauces de las esclusas interiores, con unas planchas de metal de un metro de grosor cerrándose detrás de nosotros tras pasar entre ellas.

Como de costumbre, se necesitaron varios minutos para extraer el aire antes que las esclusas exteriores comenzaran gradualmente a abrirse, revelando un espacio tachonado de nítidas estrellas, la mayoría de las cuales fueron rápidamente eclipsadas por el canceroso rostro del mundo que había debajo. Durante aquellos momentos de forzosa espera, el piloto nos mantuvo suspendidos en posición gracias a los propulsores de maniobra, algo que mejoró notablemente mi opinión sobre sus habilidades. No sería una maniobra nada sencilla de realizar debido a las corrientes de aire cruzadas creadas por las bombas de aire, algo que la mayoría de los pilotos de lanzadera habrían evitado simplemente posándose sobre la cubierta para no complicarse innecesariamente la vida.

Finalmente salimos al vacío, rodeados por la tenue ráfaga de cristales de hielo procedentes del aire residual que las

bombas no habían logrado extraer y miré a nuestro alrededor, contemplando los visibles signos de preparación para el enfrentamiento contra la tormenta que se avecinaba.

Con sus motores rugiendo, una escuadrilla de Furies pasó frente a nosotros, uno de los grupos que protegían a la nave insignia de los ataques de las pequeñas naves alienígenas enemigas. Cuando miré hacia atrás, pude ver una veintena de cazas, o tal vez más, posados sobre el casco, esperando a que se les llamara para entrar en acción [112].

[112] Lo que implica que la nave, fuese la que fuese, no tenía hangares preparados para los cazas y que los que Caín había visto dentro de la bahía de atraque estaba allí solamente para ser aprovisionados para las operaciones en curso, por lo cual, después de todo, la nave bien podría haber sido el *Trono Eterno*. En fin, que me doy por vencida.

A cualquier lugar donde mirara, una estrella solitaria parecía ir a la deriva, con su movimiento destacando claramente contra el fondo fijo de la galaxia: el inconfundible rastro de una nave espacial, demasiado lejos para distinguirla, pero traicionada a simple vista por la luz que se reflejaba en su casco.

-Hay muchas- comentó Jurgen, aunque no llegué a saber si pretendía tranquilizarme o era una simple observación.

-Genial- dije, dirigiendo mi atención al planeta hacia el que descendíamos. Su aspecto era igual de atractivo que en el resto de ocasiones en las que había viajado a él, con las zonas de su superficie visibles entre las densas nubes de residuos que flotaban en el aire, similares a vísceras en

descomposición. Incluso las luces de las colmenas tenían pocas probabilidades de atravesar la oscuridad que ocultaba eternamente el hemisferio sur debido a una de las periódicas tormentas capaces de arrasar todo un continente (eso, por supuesto, suponiendo que aquel enorme basurero tuviera algo que fuera claramente identificable con un continente que pudiera ser arrasado). Sin embargo, no pude evitar el tratar de identificar nuestro destino, o al menos, su ubicación aproximada.

Ocupado como estaba en aquel inútil empeño, tarde un momento en darme cuenta de que nuestro piloto estaba manejando la lanzadera más bruscamente de lo acostumbrado. Afortunadamente, el campo gravitatorio interno de la nave seguía estable, o de lo contrario, Jurgen y yo habríamos sido arrojados contra los mamparos con la fuerza suficiente para habernos roto varios huesos. Sin embargo, la rápida oscilación del planeta a través de la escotilla panorámica fue el primer indicio de que las cosas comenzaban a ir tan mal como de costumbre.

-¿Qué está pasando?- le pregunté al piloto, tratando de disimular la preocupación en mi voz. Parecía que el piloto estaba muy ocupado y todas las razones que se me ocurrían que explicaran semejante comportamiento eran bastante desagradables.

-¡Tenemos naves entrantes!- me contestó, con un tono de voz que me indicó que no tenía nada más que añadir y que le dejara trabajar. Eso fue algo que me pareció una buena idea, así que cambié de canal y me puse en contacto con Zyvan.

-Los auspex modificados por Kildhar están captando algo-, me contestó el sorprendido general**-. Empezaron a recibir ecos hará unos treinta segundos y la Armada está lanzado al aire todo lo que tiene para interceptarlos**

Aquello, al menos, explicaba las violentas maniobras de la nave; nuestro piloto debía haber estado efectuando bruscos cambios de rumbo para apartarse del camino de las escuadrillas de cazas.

-No logro ver nada-, comenté, aunque, visto con la perspectiva que da el tiempo, aquellas palabras fueron ridículas, las posibilidades de ver algo a simple vista eran mínimas. **-¿Ha movilizado a las fuerzas en tierra?**

-Están todo lo preparadas que pueden estar- contestó Zyvan. El problema era que ambos ya habíamos luchado antes contra los tiránidos y no nos hacíamos ilusiones de lo que aquello realmente significaba. Entonces me di cuenta de que el Lord General debía estar hirviendo de frustración al ser un involuntario espectador en una batalla en el espacio en la que no podía ni influir ni participar: posiblemente la posición más irritante para un soldado de su destreza y perspicacia táctica.

-A cualquier señal de… - comencé a decir para a continuación dejar de hablar bruscamente cuando algo parecido a una pesadilla pasó aullando junto al ojo de buey [113]. **-¡Santo Trono!**

[113] Claramente una figura retórica, ya que el sonido no viaja por el espacio; algo que los productores de las series de picto-dramas parecen curiosamente reacios a aceptar..

Era algo difícil de distinguir, ya que parecía estar formada principalmente por una serie de espinas y garras, cada una de las cuales era más grande que nuestra propia lanzadera. Lo único que puedo decirles con seguridad es que fue inmediatamente acosada por un grupo de cazas que rugió tras ella, acribillando su espalda y sus flancos con misiles y cañones láser mientras se alejaba.

Entonces, sin previo aviso, todo el espacio se iluminó cuando las naves de guerra comenzaron a disparar todas sus baterías principales a la vez. Y tenían múltiples objetivos entre los que elegir. Cuando los rayos de energía y las descargas de torpedos impactaron contra una quitina tan dura como el acero, los destellos de los miles de impactos deslumbraron mis ojos. La voz de nuestro piloto volvió a chirriar en nuestros oídos.

-Agárrense ahí atrás-, nos aconsejó. **-La cosa se va a poner jodida.**

Me tragué la sarcástica respuesta que estaba a punto de salir de mis labios e hice lo que me indicó, ajustando algo más los arneses de seguridad de mi asiento. Jurgen hizo lo mismo mientras su rostro palidecía ligeramente bajo su habitual capa de piel descamada por la psoriasis, sin la menor duda preocupado su delicado estómago, algo que no solía molestarlo hasta que entrábamos en la atmósfera planetaria. Vi que los nudillos de sus manos se ponían blancos al aferrar con mucha fuerza el melta que llevaba en

su regazo y confié en que mi ayudante se hubiera acordado de dejarlo con el seguro puesto: a aquella alturas, lo último que necesitábamos era vaporizar accidentalmente un trozo del fuselaje.

-Parece que por fin han llegado- dijo, estirando el cuello para poder ver mejor la carnicería que se estaba produciendo más allá de las escotillas panorámicas de la lanzadera. Las bio-naves tiránidas respondían al fuego imperial extendiendo largos tentáculos para atrapar a las naves más pequeñas y escupiendo, desde una distancia más segura, chorros de algo corrosivo que abrasaba y derretía los cascos. Sin embargo, tuve que reconocer que sin duda nuestra Armada parecía saber lo que se hacía. Alcancé brevemente a ver las baterías de lanzas de un crucero cortar los zarcillos que habían inmovilizado un destructor, pero antes de que pudiera ver como la nave de escolta se volvía vengativamente contra su torturador, nuestro Aquila se tambaleó descontroladamente y comenzó a caer en picado hacia la superficie del planeta.

-¿Qué ha sido eso?- pregunté, con mi repentino estallido de alarma anulando mi decisión de no molestar al piloto antes de que volviéramos a estar posados sobre una superficie sólida.

-No tengo ni la menor idea, pero casi nos da- contestó, mientras el campo de estrellas que se veía más allá de los paneles de cristal blindado comenzaba a girar enloquecidamente. **-Tenemos que entrar en la atmósfera todo lo rápido como podamos.**

Bueno, les aseguro que no tenía nada que discutir sobre aquella decisión. Los tiránidos estaban en el espacio y a mí me iría genial estar en cualquier lugar donde no estuvieran. Las vistas del exterior comenzaban de nuevo a estabilizarse cuando el piloto equilibró el Aquila para proporcionarle el ángulo correcto para la reentrada atmosférica. Mientras tanto, yo eché un último vistazo hacia lo que, según tengo entendido, se conoce ahora comúnmente como la primera batalla del asedio de Fecundia.

Debo advertir de antemano que, aunque no soy ningún experto en las complejidades de los combates en tres dimensiones, a lo largo de aquellos años ya había participado en un buen número de batallas navales en el vacío y tuve la impresión que nuestras fuerzas estaban resistiendo bien el asalto. La mayoría de las bio-naves tiránidas parecían relativamente pequeñas, del tamaño de nuestros destructores o cruceros ligeros, aunque no tenía la menor duda de que tendrían otras mucho mayores y más peligrosas en reserva. Aquello solo se trataba de una incursión exploratoria destinada a calibrar nuestras defensas para, más tarde, preparar un asalto con más medios, una táctica que había visto utilizar a los enjambres en innumerables ocasiones. Esta vez sólo había tenido la mala suerte estar en el vacío, en una pequeña lanzadera que podía ser barrida del cielo con una simple descarga.

-Están lanzando cazas-, comentó Jurgen, mirando con preocupación una pequeña bio-nave aparentemente no tripulada. Obstaculizado por los arneses de seguridad que me había ajustado unos momentos antes, me retorcí en el asiento para intentar verla y sentí como se me cortaba la respiración.

-No son cazas- dije. **-Son esporas micéticas.**

Pulsé mi comunicador individual y usé el código de anulación del Comisariado para cortar cualquier tráfico de vox entre las unidades de la Guardia Imperial situadas sobre la superficie por supuesto, era de muy mala educación el interrumpirlas así, pero, dadas las circunstancias, dudo que alguien tuviera algo en contra.

-A todas las unidades en tierra, prepárense para el combate-, transmití, tratando de sonar lo más apropiadamente tranquilo y digno que me fue posible, en lugar de chillar aterrado que es lo que realmente me pedía el cuerpo. **-Están descendiendo esporas sobre el planeta. Repito, los tiránidos ya están en camino.**



CAPÍTULO DIECISEIS

Sin embargo, no tuve mucho tiempo para preocuparme por la situación en tierra, ya que muy pronto me quedó claro que las probabilidades de llegar al suelo intactos iban disminuyendo a cada segundo que pasaba. Desde mi asiento en el interior de la lanzadera, sólo podía ver dos o tres de las espinosas bio-naves [114], aunque no me cabe la menor duda de que teníamos muchas más incómodamente cerca. Todas estaban bajo el fuego de todas nuestras naves que las tenían a tiro, incluso probablemente de unas cuantas más que ni siquiera las veían, a juzgar por la frecuencia y la violencia de maniobras evasivas que estaba efectuando nuestro piloto. En aquel momento, nuestro casco comenzó a atravesar el enrarecido aire de las capas superiores de la atmósfera y ni siquiera los compensadores gravitatorios internos fueron suficientes para evitar que toda la nave comenzara a vibrar.

[114] Probablemente se tratase de una subespecie de zángano de vanguardia clasificado por la Armada como "*Acechador*", aunque su descripción es tan vaga que podría ser aplicada a otras muchas variantes de esas bestias. Los tiránidos no son demasiado amigos de la uniformidad.

Jurgen gimió audiblemente cuando realizamos un rizo en el espacio mientras varios torpedos pasaban a nuestro alrededor para impactar contra la más cercana de las monstruosidades espaciales pero, afortunadamente para ambos, mi ayudante consiguió mantener el control de su desayuno.

-Se está desintegrando- jadeó, sin duda contento de tener algo que le hiciera olvidar las miserias de su mareo, aunque fuera la perspectiva de una inminente muerte. Durante un momento de pánico, pensé que su hipersensibilidad a nuestro vertiginoso descenso le había permitido detectar algún fallo en la estructura de la lanzadera que estaba a punto de condenarnos, pero entonces, mis ojos miraron hacía donde él miraba y me di cuenta que se refería a la bio-nave tiránida que los torpedos acababan de destripar.

Pedazos de carne e icor instantáneamente congelados, salieron disparados al espacio desde el punto de impacto convertidos en una metralla mortal lo suficientemente dura como para atravesar nuestro casco si nos alcanzaba aquella velocidad. El agonizante zángano se tambaleó y cayó hacia la atmósfera, a menos de un kilómetro de distancia, escupiendo esporas mientras caía. Entonces, comenzó a carbonizarse por la fricción del aire, mientras su exoesqueleto quitinoso comenzaba a chisporrotear y a crujir mientras caía contra la superficie del planeta.

-¡Prepárense!

Nuestro piloto sólo tuvo tiempo de gritar aquella advertencia antes de que chocáramos contra la atmósfera, algo que hizo que nuestro Aquila se bamboleara violentamente como una lata de raciones pateada por una bota descuidada. Aun a día de hoy sigo sin comprender como Jurgen no acabó vomitando su última comida.

El esfuerzo que le debió suponer aguantarse tuvo que ser sin duda heroico. Por mi parte, debo admitir que alivié la tensión soltando una andanada de blasfemias que hubiera hecho sonrojar a la puta más tirada del más miserable de los puertos espaciales. En mi defensa, sólo puedo decir que, o las soltaba en aquel momento, o pensé que tendría que soltarlas delante del propio Emperador, y ya tenía las suficientes cuentas pendientes como para recitarle al ocupante del Trono Dorado semejante retahíla nada más llegar ante su augusta presencia. Comenzaron a saltar chispas de los sobrecargados circuitos eléctricos y abrirse diminutas fisuras en las soldaduras, pero los visioingenieros habían hecho un buen trabajo al consagrar los conmutadores de la pequeña nave y, a pesar de mis temores, ninguno de los circuitos comenzó a arder. Y menos mal, porque nunca habríamos logrado alcanzar los extintores sin rompernos la cabeza.

Tras toda una eternidad subjetiva de ruidos y movimientos aleatorios, nuestro rumbo se estabilizó y fui consciente de la voz de Zyvan en mi comunicador, exigiendo saber qué estaba sucediendo con un tono de preocupación que encontré bastante reconfortante.

-Estamos bien- le aseguré, esperando convencerme a mí mismo tanto como al Lord General. **-Sólo algo aturdidos.**

Lo cual, dada la cantidad de veces que he marcado mi llegada a un nuevo planeta haciendo un agujero en él, quizás nuestra situación fuera algo más optimista de lo que parecía. Después de todo, anteriormente siempre me las había arreglado para salir caminando (o para ser más exacto, cojeando, arrastrándome o corriendo como un

demonio, todo dependiendo de las posibilidades de que el impacto fuera seguido por una explosión) y nuestro piloto parecía conocer bien su oficio. Todavía conservaba el control y nuestros motores parecían estar funcionando todo lo bien que se podía esperar en aquellas circunstancias.

Considerándolo en su conjunto, lo más probable es que todo acabaría con un simple aterrizaje forzoso, nada comparable con nuestra agitada llegada a Perlia o cuando casi nos hicimos literalmente pedazos contra Nusquam Fundumentibus.

-Me alegra escuchar eso- dijo Zyvan, tras una especie de ladrido que sonó sospechosamente como una risa de alivio apresuradamente sofocada. Al parecer, una vez más, mi infundada reputación de saber mantener la sangre fría frente al peligro estaba recibiendo un nuevo impulso.

-Estamos siendo arrastrados por la estela de una bio-nave-, me interrumpió el piloto, sin darse cuenta, o sin que le importara que yo estuviera hablando por otro canal. **-No nos queda suficiente potencia para poder apartarnos de ella.**

-¿Y por qué no?-, pregunté, sintiendo como un nuevo escalofrío de temor resquebrajaba mi cuidadosamente construido optimismo.

-Estoy desviando la mayor parte de la energía a los sistemas gravitatorios de a bordo- explicó, lo que me pareció más que suficiente. Si no lo hubiera hecho, a

aquellas alturas Jurgen y yo no seríamos más que una mancha en alguno de los mamparos.

-De todos modos, probablemente lo mejor sea seguirlo- dije, tratando de sonar como si se tratara de una acertada decisión táctica en lugar de tratar de poner buena cara a algo que no podíamos evitar. Que nunca se diga que Ciaphas Cain ha eludido la llamada del deber, por lo menos cuando tiene a un Lord General escuchándole. **-Algunos organismos podrían sobrevivir al impacto (conociendo a los tiránidos, eso era algo prácticamente seguro) y es posible que las criaturas se reúnan allí.**

También era una apuesta bastante segura y basada en mis anteriores encuentros con enjambres tiránidos. Las criaturas sinápticas intentarían coordinar a las otras en una horda cohesionada, mientras que éstas se veían impulsadas por su instinto a buscar su guía. Un simple reconocimiento aéreo sería lo suficientemente seguro, eso mejoraría mi espuria reputación de liderar desde el frente sin, para variar, tener que poner mi vida en peligro, especialmente si podíamos acabar con unos cuantos con el cañón automático del Aquila [115].

[115] Una extraña elección de armamento para una nave espacial, donde el retroceso tendría que ser compensado con ráfagas de los propulsores de maniobra a cada disparo. Es por eso que los cañones láser son las armas más comunes de las naves de la Armada. Presumiblemente, esta lanzadera en particular se empleaba comúnmente para viajes desde las naves a la superficie, lo que hacía que la defensa dentro de la atmósfera fuera una prioridad, o que fuera enviada por el Adeptus Mechanicus como una muestra de cortesía hacia Cain.

-Lo mejor sería dejar que se reunieran-, aconsejó Zyvan, **-y luego eliminarlos desde la órbita.**

-Eso sí la Armada puede-, repliqué. **-Parecían algo ocupados la última vez que los vi.**

-Todavía lo están-, suspiró Zyvan. **-Pero, de todas formas, transmite las coordenadas, nunca se sabe. Además, aunque sólo sea por eso, ayudará a que lleguen las unidades terrestres.**

-Eso haré-, le aseguré y luego me acomodé para disfrutar lo más posible del resto del vuelo (que, debo admitir, no fue mucho). Al menos, las sacudidas comenzaron a disminuir ligeramente cuando el piloto logró atravesar la vorágine de turbulencias y se colocó justo detrás del bio-nave que caía en picado. Por lo que pude ver a través de humo y el vapor, la criatura tiránida se iba deshaciendo poco a poco, con su parte delantera cubierta de llamas grasientas. De vez en cuando fragmentos del tamaño de un Chimera se desprendían de ella, cada uno de ellos más que capaz de borrarnos del cielo si nos alcazaba, obligando a nuestro piloto a realizar bruscas maniobrar para esquivar aquellos letales trozos de quitina cuando se acercaban demasiado para su comodidad.

Entre la neblina del calor, que teñía el horizonte del color de la compota de moras y la coloración a cloaca de la superficie bajo nosotros, era difícil saber dónde terminaba el cielo y donde comenzaba el suelo, así que me sorprendió cuando el cadáver incinerado que teníamos debajo despareció entre una nube de deshechos.

-¡Impacto!- grité para demostrar que estaba atento, mientras trozos del tamaño de un puño de la superficie de Fecundia comenzaban a golpear nuestro casco. No es que nos causara ningún problema en particular. Estábamos volando a través de una nube de partículas, en las que también había trozos más grandes, la mayor parte de los cuales estaban formados por grava y polvo mezclados con una generosa porción de carne pulverizada.

-¡La criatura se ha estrellado!- grité, bueno, poco más o menos, porque la mayor parte de la bio-nave seguía rebotando y destrozándose en trozo cada vez más pequeños.

Justo en aquel momento comencé a notar un preocupante cambio en el sonido de nuestro motor, que comenzó a fluctuar de forma más que alarmante.

-Eso no suena bien- dijo Jurgen, haciendo gala de su especial don para subestimar los problemas. El Aquila cayó como una piedra y sentí una vertiginosa nausea en la boca de mi estómago. Un instante más tarde, la nave se recuperó y volvió a trepar hacia el cielo durante unos momentos, sólo para vacilar por segunda vez.

-¡Prepárense para el impacto!-, gritó nuestro piloto, algo innecesario, ya que yo había estado en demasiadas veces en situaciones similares y sabía reconocer una catástrofe inminente en cuanto la veía. Por ello, ya estaba bien asegurado en mi asiento, así que simplemente hice de tripas corazón y esperé, apartando un poco más de mi

pecho el cañón del melta de Jurgen con la punta de mi bota. Acababa de ver cómo se asaba una nave llena de tiránidos y, aquellas alturas, no tenía el menor deseo de compartir su destino.

El Aquila chocó con fuerza contra el suelo, arrancando el aire de mis pulmones con un único y brutal juramento, luego se tambaleó, deslizándose sobre la superficie hasta detenerse con una extraña y casi decepcionante ausencia de fuego, inundación o el sonido del metal al desgarrarse. Respiré profundamente y me arrepentí casi instantáneamente; aparte de la proximidad de Jurgen, era evidente que la nave ya no era hermética y que en el compartimento estaba entrando de lo que en Fecundia consideraban atmósfera. Toqué el comunicador de mi oído, pero sólo recibí el sonido de la estática. Evidentemente, el sistema de vox del Aquila había dejado de funcionar, o al menos, era incapaz de recibir transmisiones. Eso, unido a la falta de cualquier sonido, o movimiento en la cabina, me resultaba cuanto menos inquietante.

-La puerta está atascada, señor- dijo Jurgen, para mi total falta de sorpresa, mientras le propinaba una malhumorada patada al grueso panel metálico que nos separaba de la cabina de vuelo. Sería inútil intentar atravesarla con mi espada sierra o usar el melta en un espacio tan reducido, algo que probablemente nos hubiera incinerado a los dos, y eso por no hablar del piloto, así que abandoné esa idea y me dirigí hacia la rampa trasera [116]. Llegar hasta ella implicaba trepar por la empinada pendiente en la que se había convertido la cubierta, algo inclinada hacia estribor, pero las nervaduras del suelo nos proporcionaron un punto de apoyo lo suficientemente firme.

[116] Una configuración muy común en los Aquila, aunque, dado el tremendo número de los que existen y su versatilidad, no puede decirse que haya un diseño estándar.

-También esta lo está-, rezongué, tras apoyar todo mi peso contra la palanca de apertura de emergencia. Jurgen se unió a mí y, tras dos o tres intentos conjuntos y unos cuantos porrazos con la culata de mi pistola láser, conseguimos aflojarla lo suficiente como para abrir la rampa uno o dos centímetros. Inmediatamente, el compartimento se llenó de una asfixiante y densa nube de fino polvo mientras se multiplicaba el hedor procedente del exterior. Medio ahogado, me arranqué a tientas el fajín de la cintura y me la até alrededor del cuello cubriendo la nariz y la boca, consiguiendo así respirar algo mejor, aunque me seguían ardiendo los pulmones y mis llorosos ojos no dejaban de picarme.

Jurgen siguió mi ejemplo y no me sorprendió ver como se cubría rápidamente la cabeza con una toalla que sacó de alguno de su amplia colección de macutos. Debo confesar que aquel era un artículo que nunca hubiera asociado con él.

-Ya lo tengo, señor-, me aseguró, inclinándose contra la palanca con renovada confianza y siendo recompensado casi de inmediato con una brecha ligeramente más amplia y la entrada de más de aquel apestoso arenoso polvo.

A pesar del optimismo de mi ayudante, tardamos un buen rato en abrir la rampa lo suficiente como para poder salir, cosa que hice todo lo rápido que pude, harto ya de la asfixiante tumba en la que habíamos estado encerrados

durante tanto tiempo [117]. Mis ojos se encontraron con un panorama de la más completa y total desolación. Bien sabe el Trono que, a lo largo de mi carrera, he visto algunos infiernos abandonados de la mano del Emperador, pero aquel estaba a la altura de los peores. Un desierto de arena color óxido [118] se extendía en todas las direcciones, sin ningún tipo de relieve, excepto por unas lejanas tormentas de arena. Me sentí aliviado al comprobar que ninguna de ellas parecía moverse en nuestra dirección. En el lejano horizonte, se alzaba la imponente mole de una colmena, con sus laderas superiores cubiertas por el humo de las fraguas, aquello era lo único que parecía ofrecer algún tipo de esperanza, aunque nuestras posibilidades de llegar hasta allí eran poco menos que inexistentes. Debía estar, como mínimo, a un centenar de kilómetros, a través de un terreno tan letal que incluso los Death Korps lo trataban con respeto.

[117] Posiblemente no tanto como Caín parece creer, ya que su percepción del tiempo seguramente estaba distorsionada por un ambiente desagradable y claustrofóbico.

[118] Probablemente fuera bastante literal, dada la tremenda cantidad de deshechos minerales liberados en el medio ambiente tras varios milenios de explotación de los recursos naturales del sistema.

Alargué mi mano para ayudar a salir a Jurgen, él me pasó su fusil láser y el melta, quedando así libre para salir del Aquila relativamente libre de impedimentos. Sin embargo, en lugar de hacer eso, se introdujo de nuevo en el compartimento con un breve *“Espere un momento, señor”* y comenzó a rebuscar en las taquillas del equipo. Dejándole hacer, me volví hacia el horizonte, recordando claramente al orko que me había atacado aprovechando una situación similar mientras me encontraba algo distraído tras nuestra

accidentada llegada a Perlia, y no quería que me volvieran a pillar desprevenido.

Puede que fuera mi imaginación, pero, durante un instante, creí ver algo de movimiento a lo lejos. Parpadeé con fuerza para intentar aclarar mis escocidos ojos todos lo que pude y los cubrí con mi mano para ver mejor. Una espesa masa de polvo seguía cubriendo todo el lugar, marcando el lugar donde se había estrellado la nave tiránida y la miré receloso, pero incapaz de distinguir algo más hostil que la arena arrastrada por el viento. Sin embargo, no podía descartar la posibilidad de que algo se ocultara detrás de aquel manto de polvo.

-He encontrado algunas cosas- dijo Jurgen, subiendo a mi lado. **-Podrían sernos de utilidad.**

-Seguramente-, coincidí, echando un rápido vistazo a la colección de material de supervivencia que había recogido. Una tienda de campaña plegada, incómoda de llevar, pero esencial si decidíamos salir del lugar del choque, intentar dormir a la intemperie en aquel lugar sería casi suicida. Un puñado de raciones, las suficientes para mantenernos con vida un par de días, incluso más si las racionábamos y unos cinco litros de agua. Una furiosa sed me invadió de repente al ver el fresco y transparente líquido, una necesidad que sabía que no debía saciar ahora; necesitaríamos hasta la última gota antes de terminar y mi garganta abrasada por la arena tendría que esperar todo el tiempo que pudiera soportar. El otro único artículo que pudiéramos necesitar inmediatamente, excepto el botiquín de primeros auxilios, lo que me recordó…

-Jurgen, supongo que lo mejor será que compruebes como está el piloto.

Jurgen asintió pesaroso con la cabeza, a buen seguro pensando exactamente lo mismo que yo: si estuviera en condiciones de unirse a nosotros, ya lo habría hecho. Desde luego, no creo que estuviera arreglando el vox, mi comunicador personal seguía tan silencioso como antes, a pesar de que había probado en todas las frecuencias.

Estaba a punto de bajar de lo alto del Aquila, pero dudé por un momento. Todavía no estaba seguro de haberme imaginado los movimientos que había creído ver y no necesitaba que el insistente picor de las palmas de mis manos me recordara que debía estar completamente seguro antes de irnos. Le pedí a Jurgen el amplivisor que siempre acostumbraba a llevar y me lo llevé a los ojos para examinar el terreno que nos rodeaba.

Por supuesto, el primer lugar hacia donde miré fue hacia donde había impactado la bio-nave, en busca de algún tiránido superviviente que estuviera escondido entre la nube de polvo y escombros levantada por su choque. Tras unos minutos de intenso escrutinio, seguí sin ver nada, sólo remolinos de polvo. Pese a la amarga experiencia de anteriores décadas y del prácticamente irrespirable aire, casi comencé a respirar con cierta tranquilidad, entonces decidí examinar el horizonte para asegurarme.

-Mierda-, maldije apesadumbrado. Algo se movía entre nosotros y las murallas de la colmena, no lo suficientemente cerca como para poder distinguirlo, pero si en un número lo

suficientemente grande para dejar a su paso una visible estela de polvo, fuera lo que fuera. Y se dirigía hacia nosotros. Moví el amplivisor de izquierda a derecha y aquella vez, ya mucho más cerca, pude distinguir las inconfundibles siluetas de seis brazos de una pequeña camada de genestealers, y algo después, aproximadamente un kilómetro más allá, el enorme contorno de un lictor fluctuaba como un proyecto de picto-imágenes mal sintonizado, mientras su piel camaleónica intentaba imitar las nubes de polvo que se movían continuamente a su alrededor**-Tenemos que ponernos en marcha.**

-Tiene razón, señor-, reconoció Jugen, con la misma tranquilidad que si le acabara de pedir un tazón de tanna recién hecha. Tras colgarse el voluminoso melta a la espada y con su fusil láser listo para ser utilizado, se deslizó por el inclinado casco del maltrecho Aquila, cargando con la mayor parte de nuestros suministros. Yo lo seguí un momento después, tras echar una última y recelosa mirada a los puntos que se movían a lo lejos.



CAPÍTULO DIECISIETE

Mis botas se hundieron profundamente en una arena que, casi de inmediato, comenzó a colarse dentro de mis calcetines. En cuestión de tan solo unos instantes, los afilados gránulos hicieron que mis pies me picaran horriblemente. En unas pocas horas, estarían en carne viva y yo estaría caminando por las dunas sobre una masa de ampollas. Sin embargo, tal como estaban las cosas, no tenía el menor sentido preocuparse por eso en aquel momento, pues unos pies doloridos probablemente serían el menor de mis problemas. Así que ignoré aquello lo mejor que pude y me deslicé por la arena hacia el morro de la maltrecha nave auxiliar, siguiendo el surco creado por Jurgen.

Bien sabe el Emperador que no soy ingeniero, pero incluso yo pude apreciar que el Aquila ya no volvería a volar sin unas muy serías bendiciones de los tecno-sacerdotes. Las alas estaban dobladas de una forma en la que ninguno de sus diseñadores habría imaginado, el tren de aterrizaje estaba completamente retorcido y varios paneles de mantenimiento se habían desprendido por el impacto, dejando al descubierto parte de sus mecanismos internos. El morro estaba profundamente enterrado en la arena, que cubría hasta la mitad de la cabina del piloto. Aunque los cristales estaban completamente agrietados por la fuerza del impacto, ninguno había llegado a romperse del todo y no logré ver el interior de la carlinga. Mi pesimista evaluación sobre las posibilidades de supervivencia de nuestro piloto ganó aún más fuerza.

Entonces, apenas un instante después, el inconfundible chasquido de un fusil láser resonó estruendosamente entre las dunas. Eché a correr, desenfundando mis armas y propinándome de paso un doloroso golpe en toda la espinilla con el cañón automático montado en el morro de la nave. Cuando divisé por primera vez el objetivo de Jurgen, un espasmo de repugnancia me hizo contener la respiración, lo cual probablemente no fuera nada malo, dada la calidad del aire.

Un trío de hormagantes carroñeros habían destrozado la cabina y estaban devorando el cuerpo del piloto. A aquellas alturas, no tenía ni idea de exactamente cuando había muerto, pero esperaba que hubiera sido durante el accidente. Uno de los tiránidos yacía retorciéndose sobre la arena, con la parte trasera de su cabeza reventada por el rayo láser de Jurgen, pero los otros dos ya estaban en movimiento, saltando hacia mi ayudante con claras intenciones asesinas.

-¡Tú al de la izquierda!-, grité, disparando mi pistola láser contra el de la derecha mientras hablaba. Acatando mi orden, Jurgen trituró el tórax de la bestia con una rápida ráfaga de disparos en automático. La horrible criatura tropezó y cayó, dejando a mi ayudante fuera del alcance de sus garras. Yo no tuve tanta suerte, mi apresurado disparo había fallado por completo al objetivo que había seleccionado. Antes de que pudiera volver a apuntar, se abalanzó contra mí, preparando un despiadado tajo calculado para partirme en dos.

Sin embargo, yo me había anticipado a su movimiento, pues sabía muy bien que esas criaturas tienen solamente un número limitado de respuestas, levanté mi espada sierra para bloquearla. Los dientes giratorios mordieron profundamente la extremidad, cortando la punta de una afilada garra del tamaño de mi brazo. Yo me giré, alzando la aullante hoja para detener el golpe de la otra garra, que sabía perfectamente estaba a punto de llegar.

Los genestealers siempre atacan siguiendo el mismo patrón, con la esperanza de atrapar a sus presas entre las dos afiladas guadañas de sus brazos primarios. Por desgracia para él, en esa ocasión estaba desequilibrado y pude esquivar su golpe sin problemas, cortando de paso una de sus ganchudas garra secundarias. Sin inmutarse, siguió avanzando, abriendo una boca demasiado repleta de colmillos para mi tranquilidad. Pero yo también había previsto eso y apreté de nuevo el gatillo, encajando un rayo láser en la parte posterior de su garganta, directo hacia donde se supone que está su cerebro.

Demasiada estúpida como para darse cuenta de que ya estaba muerta, la repugnante criatura volvió a la carga, solo para caer pesadamente cuando finalmente entendió el mensaje y expiró.

-Lo siento, señor-, dijo Jurgen, encogiéndose de hombros para disculparse-, **me tomaron por sorpresa.**

Pinchó con precaución a la criatura que había abatido con el cañón de su fusil láser y ésta se agitó débilmente durante un segundo antes de vomitar una rancia mezcla de bilis y

trozos a medio digerir del piloto. Ignorando la repugnante mezcla que manchaba sus botas, mi ayudante la disparó de nuevo en el cráneo para asegurarse de no volviera a levantarse, aunque, si he de ser sincero, creo que eso sólo aceleró las cosas uno o dos segundos.

-A mi también-, contesté, consciente de la ironía. Me había pasado bastante tiempo oteando el horizonte y resultó que las asquerosas criaturas estaban justo debajo de nuestras narices-, **Lo que realmente me preocupa es cuantas más habrá.**

Del zángano que habíamos seguido salieron expulsadas decenas de vainas de esporas y más de los otros que habían quedado en órbita, y todas se habrían dirigido hacia la misma zona [119]. Aquello significaba que habría cientos de aquellas horribles criaturas deambulando por el desierto, si no miles [120], lo que no iba a facilitar nuestro intento de atravesar un desierto letal en un intento de encontrar ayuda.

[119] Una suposición más que razonable, ya que las tácticas tiránidas suelen depender de su brutal superioridad numérica. Por lo general, los enjambres de vanguardia se despliegan en unos pocos lugares, en un intento de establecer cabezas de playa desde las cuales puedan expandirse en sus depredaciones, mientras los solitarios organismos exploradores, en su mayoría lictores, se despliegan a mayor distancia, en busca de potenciales objetivos para la siguiente oleada.

[120] Normalmente, cada vaina de esporas lleva alrededor de unos veinte organismos más pequeños, aunque el número puede ser menor, especialmente en el caso de las criaturas más grandes: los lictores generalmente son desplegados de uno en uno, tal y como corresponde a su papel de explorador solitario, igual pasa con los carnifex, en ese caso por su enorme tamaño.

Miré a mi alrededor con aprensión, consciente de los estrechamente rodeados que estábamos por las susurrantes arenas. El débil siseo de los granos al ser arrastrados los unos sobre los otros por el viento, ocultaba el sonido de que quienes pudieran acercarse y no podíamos ver más allá de la siguiente duna. Lo único que podíamos hacer era estar atentos y vigilar cada vez que coronábamos una, esperar que fuésemos igual de difíciles de detectar y rezar al Emperador para que ninguno de los miembros de aquel enjambre fuera un excavador.

-Lo mejor será que nos pongamos en marcha-, dije finalmente, consciente que si seguíamos retrasando la partida, perdería los nervios por completo. Quedarnos donde estábamos ya no era una opción, ya que la mente del enjambre no tardaría en darse cuenta de la pérdida de sus marionetas vivientes y enviara más a investigar [121]. Recoger el equipo de supervivencia que habíamos olvidado durante la pelea significaba guardar nuestras armas, algo que me produjo una cierta inquietud, pero no podíamos hacer otra cosa. Nuestras posibilidades eran tremendamente escasas, no podíamos dejar atrás la comida, el agua y nuestro refugio. De mala gana, envainé mi espada sierra, enfundé mi pistola láser y me eché la tienda al hombro. Llevarla fue tan engorroso como suponía, pero, con el melta colgado a la espalda, a Jurgen le hubiera resultado mucho más incómodo.

[121] Probablemente no, ya que, de hecho, los tiránidos que describe Caín parecían estar actuando por simple instinto animal, sin ningún tipo de guía o dirección, pero con esas bestias nunca es seguro asumir nada.

Atravesar las dunas fue tan agotador como había supuesto, pero pronto descubrimos que, trepar por ellas, suponía más

esfuerzo del que merecía la pena, ya que, por cada paso que dábamos, resbalábamos de nuevo por la arena hasta casi el punto de partida, levantando además nubes de polvo que nos dificultaban aún más la respiración. Así que, pese a mi temor de caer en una emboscada, comenzamos a caminar entre las dunas, intentando avanzar lo más posible en dirección a la colmena, aunque la desordenada disposición de las dunas hizo que pareciera que pasábamos tanto tiempo moviéndonos en paralelo a ella como hacia nuestro destino. Tuve que ir revisando mi estimación inicial del tiempo que tardaríamos en llegar prácticamente a cada paso, hasta que en mis cálculos superamos tanto el tiempo máximo que podríamos sobrevivir a la intemperie, que dejé de pensar en ello para salvaguardar mi propia cordura.

Perdimos de vista el Aquila siniestrado a los pocos minutos de abandonarlo, pero no pude evitar sentir que aquello no era exactamente una bendición, pues aunque estábamos ocultos de cualquier otro organismo tiránido atraído por la carroña que había dejado esparcida en el lugar del choque, también resultaba ser una referencia muy útil en aquel desierto de arena. Mi sentido de la orientación, tan fiable en espacios cerrados, era inútil en aquel maldito desierto y pronto me encontré completamente desorientado. Ni siquiera el sol nos servía de ayuda, oscurecido como estaba por la enorme capa de polvo y restos lanzados al aire por el choque de la bionave. Todo lo que nos rodeaba estaba cubierto por aquel polvoriento crepúsculo que no proyectaba sombras, sólo se iban oscureciendo a medida que llegaba el fin del día.

Después de lo que mi cronógrafo me aseguró que no habían sido más que un par de horas de infructuosa marcha, pero que me parecieron todo un día y una noche, hicimos una

parada para descansar y disfrutar de un trago de agua. El reseco tejido interno de mi boca pareció absorberla directamente, como una esponja, pero la suficiente bajó por mi garganta como para eliminar lo peor del polvo que se había pegado allí. A continuación, bebí un segundo trago y le pasé la botella a Jurgen, que bebió con la misma moderación que yo antes de volver a cerrar la botella. No era necesario que nadie nos recordara las duras lecciones aprendidas durante nuestro penoso viaje a través del desierto de Perlia.

-Tenemos que saber dónde exactamente estamos-, reflexioné, mirando sin mucho entusiasmo el costado de la duna más próxima. Pero no podíamos seguir caminando a ciegas eternamente, pese a que el breve descanso y los tragos de agua fresca me habían reanimado, bueno, al menos todo lo posible, dadas las circunstancias. Tomé mi amplivisor y comencé a trepar con el montón de arena. No me avergüenza admitir que para ello utilicé manos y pies, otra lección aprendida por las malas en Perlia, conocedor de que era una sensata precaución, ya que no tenía ganas de delatar nuestra presencia permitiendo que mi silueta se recortara contra el horizonte.

Desde lo alto de la duna, el paisaje que nos rodeaba parecía tan desolado como de costumbre, mientras lo examinaba cuidadosamente a través de mi amplivisor, sin que llegara a encontrar nada que ayudara a elevar mi ánimo. La lejana silueta de la colmena, similar en la distancia a las nubes de tormenta, no parecían estar más cerca de antes; algo que no era de extrañar, dada la ínfima distancia que habíamos recorrido~~s~~, pero estaba más hacia la derecha de lo que esperaba y, en consecuencia, decidí cambiar ligeramente nuestro rumbo. La columna de polvo que había visto antes

estaba más cerca de nosotros, lo suficiente como para que el amplivisor me permitiera distinguir figuras individuales entre ella, pero la neblina me impidió apreciar más detalles. Otra buena razón para alejarnos de allí era que algunas de las criaturas parecían inusualmente grandes, y al menos pude distinguir a una docena de ellas.

Seguí escudriñando el terreno que tenía frente a mí, alcanzando a ver varios grupos de gantes que vagaban a cierta distancia y, a lo lejos, observé lo que me pareció el sanguinolento amasijo de la cápsula que los había desembarcado, pero no vi ni rastro de la prole genestealer ni del lictor que había visto anteriormente, algo que me pareció genial. Entonces, mucho más cerca, vi un reflejo luminoso, tan brillante, que sólo podía proceder de una superficie metálica.

Mi estado de ánimo subió como la espuma. Allí afuera, entre tanta desolación, la única explicación posible para eso tenía que ser algo de origen humano. Probablemente algún tipo de vehículo o, como mínimo, puede que un altar del Adeptus Mechanicus, situado allí para vigilar algo y a través del cual podríamos atraer la atención de alguien que pudiera ir a rescatarnos.

-¡Jurgen!-, grité mientras me deslizaba hacia abajo por la duna entre una lluvia de granos de arena sueltos que casi me enterraron cuando me detuve bruscamente al llegar al fondo-. **Allí afuera hay algo metálico. Desde aquí no he distinguido que puede ser, pero significa que debe haber gente-,** continué, mientras me ponía en pie levantado una tormenta de arena en miniatura. **-Tal vez**

podamos conseguir que nos lleven de vuelta, o pedir ayuda.

-Eso si los tiránidos todavía no se los han comido-, añadió mi ayudante. Yo asentí, recordando la sombría realidad de nuestra situación.

-Nos moveremos con cuidado- le aseguré. Yo había tomado buena nota de la posición del objeto, fuese lo que fuese y estaba seguro de que podía encontrarlo sin demasiadas dificultades, pese a estar en terreno abierto**-. A partir de aquí, sólo tenemos que bordear dos dunas y deberíamos ver nuestro objetivo.**

Desenfundé mi pistola láser antes de salir. Lo que había dicho Jurgen era muy cierto, cualquier ser humano que estuviera por allí, no tardaría en convertirse en un cebo para los tiránidos, y eso también iba por nosotros.

Una vez mi ayudante hubo preparado su fusil láser, comenzamos a avanzar cautelosamente entre las dunas, atentos a cualquier señal de movimiento. A pesar del impulso casi abrumador de echar a correr, contuve mi impaciencia, demasiado consciente de las consecuencias de bajar la guardia, aunque fuera por un solo instante. Los tiránidos eran excelentes tendiendo emboscadas y aquel entorno parecía estar hecho especialmente a propósito para ocultar algún tipo de sorpresa mortal.

No me cabía la menor duda de que nos íbamos a encontrar con una sorpresa cuando rodeáramos la última duna,

aunque, dadas las circunstancias, yo esperaba que hubieran sido más tiránidos.

-¡Mierda!- dije con gravedad, seguido por unos cuantos juramentos más.

-Es el transbordador-, dijo Jurgen, con su habitual flema. **-¿Cómo ha llegado hasta aquí?**

-No se ha movido-, rezongue, mientras me liaba a patadas con el cadáver semienterrado del primer hormagante que habíamos matado. Al igual que los otros y los restos de nuestro desafortunado piloto, ya estaba medio cubierto por una fina capa de arena arrastrada por el viento; unas pocas horas más y habrían estado completamente enterrados. En fin, probablemente todo el Aquila desapareciera en un uno o dos días**-. Nos hemos debido perder entre las dunas.**

Iba a decir unas cuantas cosas más, pero antes de que tuviera la oportunidad, algo inhumanamente rápido y de al menos el doble de mi altura, saltó de entre la arena a unos pocos metros de distancia y se abalanzó contra mí, con sus garras y sus invertidas extremidades delanteras extendidas en mi dirección y los flagelos de alimentación que rodeaban su mandíbula retorciéndose como un nido de serpientes. El lictor nos había encontrado.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Reaccioné instintivamente, disparando un par de veces con la pistola láser que aferraba en la mano. Ambas descargas impactaron en la horrible criatura, justo en centro de su acorazado pecho, dejando dos cráteres cauterizados de quitina vaporizada como visible prueba de mi puntería, pero, o bien las gruesas placas que protegían su torax habían resistido, o bien no había logrado acertarle a nada vital. Jurgen también comenzó a disparar, tampoco con demasiado éxito, pero al menos su ráfaga de fuego en automático logró frenar su avance lo suficiente como para que yo pudiera desenvainar mi espada sierra. No esperaba aguantar demasiado contra algo tan monstruosamente rápido y ágil, que además tenía una gran ventaja gracias al alcance de sus mortales extremidades superiores, pero lo que estaba claro es que no iba poder tumbarlo con mi pistola láser.

En aquel momento, descubrí que la tienda de campaña que me había colgado al hombro en ese costado, me impedía desenvainar mi espada sierra para el cuerpo a cuerpo. Sin siquiera pensarlo, agarré el bulto y lo lancé contra el lictor, un impulso que, sin la menor duda, me salvó la vida. Justo en ese instante, una avalancha de afiladas púas ganchudas brotó de algún lugar de su tórax tachonado de impactos de láser y siseó en el aire hacia mí. Por suerte, mi torpe lanzamiento hizo que el refugio de supervivencia escapase de su bolsa y la delgada cúpula de tela impermeable se desplegara en el aire, atrapando los ganchos orgánicos. La

tienda se hizo pedazos cuando los delgados tendones unidos a los ganchos intentaron arrastrarles al alcance de los serpenteantes flagelos del lictor.

-¡Jurgen, el melta!-, grité, sabiendo que aquella era la única arma en nuestro poder capaz de derribar con una cierta certeza a aquella horrible criatura.

-Tiene razón, señor-, respondió mi ayudante, abandonando su intento de encontrar algún punto débil con el fuego de su fusil láser para descolgar el arma pesada que colgaba incómodamente de su espalda. Incluso para un tirador tan excepcional como él, las probabilidades de abatir a un lictor con un arma ligera, eran mínimas; habríamos necesitado el fuego concentrado de toda una escuadra para acabar con algo de aquel tamaño solo con fusiles láser. Lo único que yo tenía que hacer era proporcionarle los pocos segundos que necesitaba para prepararse para disparar, al tiempo que intentaba que la bestia no me despedazara.

Algo que era mucho más fácil decir que hacer. Aprovechando la confusión del lictor, me acerqué por detrás de los restos de la tienda, con los cuales la bestia parecía estar teniendo ciertas dificultades para desenganchar sus ganchos orgánicos: un hecho accidentalmente ventajoso para mí, porque, hasta que no pudiera liberarlos, no podría enroscarlos parar volver a lanzarlos. Además, mientras la tela y el armazón de polímeros con memoria siguieran aleteando frente a su rostro, su campo de visión estaría parcialmente oscurecida. Algo que también yo podría aprovechar.

Me aparté de un salto, justo a tiempo para esquivar un golpe del extremo interior de uno de sus perversos brazos dentados inferiores que, de haberme alcanzado, me habría sujetado y acercado hasta el alcance de sus brazos superiores, con los cuales me habrían cortado por la mitad.

La mortal extremidad pasó inofensivamente junto a mi espalda, lo suficientemente cerca como para que el viento levantado por su paso agitara mi abrigo y levantara una pequeña nube de polvo. Me arrojé contra él con la hoja de mi espada sierra girando a toda velocidad y lancé un golpe a la base de su brazo central, pero, inmediatamente, me di cuenta de que la garra situada en el extremo aquel miembro pretendía sujetarme. Cambié la dirección de mi golpe, esquivando así por un pelo unas garras capaces de perforar la ceramita y, aunque aquello me privó de la oportunidad de clavar la hoja de mi espada en uno de los pocos puntos vulnerable de la imponente bestia, mi precipitado golpe le privó de tres de sus dedos, dejándolo tan solo con el pulgar.

Sorprendido y herido, el lictor lanzó un rugido, rociándome con una ráfaga de su pestilente aliento, comparado con el cual, la halitosis de Jurgen resultaba ser una duce brisa primaveral y volvió a lanzarse contra mí, pero aquella vez tuve la clara impresión de que su ataque era más cauteloso. Los tiránidos crían a sus organismos exploradores para que permanezcan ocultos y ataquen por sorpresa sólo cuando estén seguros de su éxito. Y quedan algo desconcertados cuando fallan en matar rápidamente al enemigo. Éste parecía estar pensando [122] que podría haber cometido un error al atacarme y yo estaba dispuesto a reforzar aquella impresión. Si lograba asustarlo lo suficiente, podría imponerse en su mente su instinto de huir y esconderse,

pero debería hacerlo preferiblemente antes de que me asestara una herida mortal.

[122] Eso, en la medida que ese tipo de bestias sean capaces de pensar por sí mismas.

Así que, pese a que todos mis instintos me gritaban que me diera la vuelta y huyera, hice lo único que la bestia nunca esperaría que hiciera una presa y cargué hacia ella, bramando como un orko enloquecido, blandiendo mi espada sierra y dibujando un ocho horizontal en el aire con mi hoja, un movimiento que el viejo Myamoto de Bergerac [123] solía llamar "*pétalo flotante*" (aunque, en mi caso, solía decir que era más un "*ladrillo cayendo en picado*" [124]). En el peor de los casos, la oscilación de la espada crearía una barrera entre el lictor y yo, a través de la cual no podría golpearme sin correr el riesgo de perder algún miembro y en el mejor de los casos, me proporcionaría otra oportunidad provocarle alguna herida seria. Por supuesto, no esperaba matarlo, pero sin la menor duda, podría hacerle pensar si aquel bocado merecía el esfuerzo de ser devorado.

[123] El instructor de esgrima de Caín en la schola progenium.

[124] O bien el nivel del manejo de la espada de Caín había mejorado considerablemente desde sus días como progenii, o, como parece más probable, el suyo fuero uno de los raros casos en los que uno de los tutores de schola se relaja lo suficiente como para compartir una broma con alumno particularmente privilegiado. Como he tenido la ocasión de señalar en otra parte de sus memorias, el historial académico de Caín no es particularmente destacable, excepto por un precoz talento en sus habilidades marciales, en la que parece ser que destacó con una considerable aptitud.

Creo que mi iniciativa tuvo un éxito que fue mucho más allá de mis mejores expectativas. Cuando me acerqué, la

espantosa criatura se estremeció y se echó hacia atrás cuando la propiné un tajo en su vientre; los flagelos que rodeaban su boca se agitaron mientras alzaba la cabeza y, para mi infinito horror, salieron disparados hacía mí. Me había confiado demasiado, algo por lo que mi antiguo tutor me había reprendido más de una vez y en ese instante estaba a punto de sufrir las consecuencias. Si alzaba mi espada para proteger mi cabeza de los flagelos que descendían hacia mí, el lictor me destriparía con sus garras. Si ningún otro lugar a donde ir, me dejé caer al suelo, esperando ganar algunos segundos más.

Entonces, todo lo que me rodeaba se desvaneció en medio de un destello luminoso increíblemente brillante y el hedor de la carne abrasada. Jurgen había disparado su melta en el momento preciso. Alcé la cabeza y vi a la horrible criatura derrumbándose sobre la arena, con un agujero lo suficientemente grande en sus tripas como para poder pasar mi puño por él.

-¡Cuidado, señor!-, me advirtió mi ayudante. Yo rodé hacia un lado mientras el monstruo, aun pataleando, se estrellaba contra el suelo justo en el lugar donde yo había estado apenas un instante antes, levantando en su agonía, una nube de polvo que, curiosamente, me recordó la mortaja que se había posado lentamente alrededor de la bio-nave que lo había parido [125]. Me puse en pie, rodeé el cadáver lo mejor que pude y me dirigí hacia mi ayudante.

[125] O no. La espora micética que envió a la superficie podría haber sido lanzada desde cualquiera de las naves tiránidas en órbita.

-Gracias, Jurgen-, dije. **-Justo a tiempo, como siempre.**

-Parece que nos hemos quedado sin tienda-, se lamentó, lanzando una venenosa mirada al cadáver, ya inmóvil.

-Efectivamente-, acepté, permitiendo que la gravedad de nuestra situación me invadiera. Sin ningún tipo de refugio, no podríamos sobrevivir a una noche en el páramo tóxico que nos rodeaba. Lo que solamente nos dejaba una opción, sobre todo en aquellos momentos, cuando el crepúsculo se iba convirtiendo en noche**-, Tendremos que dormir esta noche en el Aquila y mañana comenzaremos de nuevo.**

-Tiene razón, señor-, aceptó Jurgen, como si nuestras probabilidades de alcanzar la seguridad de la colmena fueran exactamente las mismas de que cuando abandonamos la lanzadera por primera vez**-. Al menos, así tendremos algo sólido entre nosotros y los tiránidos, si se les ocurre volver.**

-Buena idea-, coincidí **Haremos turnos de guardia de dos horas.**

Por supuesto, los dos estábamos tan agotados que necesitábamos dormir mucho más que eso, pero en aquel momento, no apostaba mucho por mis probabilidades de permanecer despierto más de un par de horas, pero si los dos nos dormíamos al mismo tiempo, era muy probable que ninguno de los dos volviera a despertar.

-Yo haré la primera guardia-, se ofreció Jurgen, mientras comenzábamos a subir por la pendiente por la que nos habíamos dejado caer apenas unas horas antes. Eso sí, al menos teníamos el desgarrado y deformado metal del fuselaje como punto de apoyo para nuestras manos y pies, por los que no fue un proceso tan complejo como el trepar por la ladera de la duna. Aún así, el esfuerzo nos dejó jadeando en el fétido aire. A medida que se enfriaba el suelo con la llegada de la noche, comenzó a levantarse el viento y los silbidos de los granos de arena arrastrados por el aire se fue intensificando, mucho más de lo que yo hubiera esperado, especialmente dada mis experiencias con las noches en los desiertos de Perlia. Justo en ese momento, comenzaron a picarme las palmas de mis manos.

Y con razón. Desde lo alto del semienterrado fuselaje del Aquila, el desierto parecía bullir con un claro propósito maligno. Una veintena o más de hormagantes corrían por lo alto de la duna más cercana para unirse a otros tantos que se arremolinaban alrededor del cadáver del lictor. Entonces, tardíamente, recordé otra cosa por la que eran conocidas aquellas bestias asesinas. Guiaban el enjambre hacia una nueva presa.

-Ha debido dejar un rastro-, dije, confiando en que Jurgen atribuyera la ronquera de mi voz a la deshidratación de mi garganta**-, Tenemos que salir de aquí ahora mismo-.** Pero un simple vistazo a lo que nos rodeaba me bastó para demostrarme la total inutilidad de aquella esperanza. Ya estábamos rodeados, éramos una pequeña isla de vida en medio de un mar de tiránidos y, sabía muy bien que eso sólo podía acabar de una forma.

Al principio, aquella espantosa horda pareció no darse cuenta de nuestra presencia, completamente absorta en un frenesí alimenticio que eliminó todo rastro del lictor muerto, por no mencionar los tres hormagantes con los que habíamos acabado antes de emprender nuestro inútil viaje de ida y vuelta. Probablemente también habrían devorado los últimos restos de nuestro difunto piloto, pero intenté no mirar demasiado en aquella dirección.

-Al menos, no pueden dispararnos -, murmuró Jurgen, tendiéndose al abrigo de la rampa de desembarco abierta, que ya estaba cubierta de una fina capa de arena, pero no la suficiente como para suavizar el borde metálico que había debajo. Apoyó el melta en un pliegue del metal, lo equilibró lo mejor que pudo y, a continuación, colocó su fusil láser junto al arma pesada. Siguiendo con su metódico trabajo, sustituyó las células de energía medio vacías por otras nuevas, guardando las usadas para utilizarlas más adelante, ya que no me cabía la menor duda que íbamos a necesitar todos de los disparos que pudiéramos hacer y abrió el macuto en el que guardaba sus granadas. **-Suerte que pude pillar unas cuantas de estas.**

-¿Cuántas tiene?-, pregunté todo lo bajo que puede. No sabía lo agudo que era el oído de los genestealers y no tenía ganas de averiguarlo por las malas [126].

[126] Como suele ocurrir con todos los organismos tiránidos, es casi imposible llegar a conclusiones generales sobre semejantes asuntos, ya que las características individuales de una subespecie pueden variar mucho de una camada a otra. Pero dado que los genestealers son, por lo general, depredadores, probablemente tenía razón al ser tan cauteloso.

-Tres de fragmentación y dos krak-, contestó Jurgen, también en voz baja, guardando de nuevo en su macuto las dos cargas perforantes. No podía decirle nada por llevar las krak, ya que, a lo largo del tiempo que habíamos servido juntos, su potencia extra nos había sido muy útil con bastante frecuencia, pero, no voy a engañarles, habría sido muy feliz de poder cambiarlas por otras dos antipersonal. Pero, en fin, también me hubiera gustado que el Aquila estuviera intacto y que el piloto volviera de entre los muertos, dispuesto a sacarnos de allí. Pero como nada de aquello iba a suceder, tendríamos que aprovechar al máximo las pocas granadas que teníamos.

-Esperemos que sean suficientes- dije, sabiendo perfectamente que no sería así y seguí el ejemplo de mi ayudante, encajando una célula de energía nueva en la culata de mi pistola láser para luego guardar la usada en un bolsillo, con la débil esperanza de poder recargarla alguna vez. Como no quería encontrarme con que, de repente, se agotaban las municiones del arma, la guardé en un bolso diferente de aquel en el que guardaba las completamente cargadas. Había envainado mi espada sierra para subir más fácilmente por el lateral del Aquila y volví a desenvainarla cuidadosamente, asegurándome de no delatar nuestro paradero golpeando con ella el metal que nos rodeaba. Después de pensármelo bien, puse la hoja en marcha, a la más baja potencia, en parte para que el gemido característico del arma no fuese demasiado fuerte y, en parte, para conservar energía, ya que no tenía ni forma de recargar, ni el tiempo necesario [127].

[127] En las espadas sierra hay tantas variantes como en cualquier otro dispositivo de uso común en el Imperio: el modelo preferido de Caín era un diseño militar, construida para ser más resistente que estética y con una célula de energía que podía ser recargada en el terreno de la misma forma que la célula de una pistola láser. En caso de emergencia, una célula inutilizada puede

ser reemplazada por otra nueva, pero hacerlo requiere mucho tiempo y el uso de herramientas especializadas, por lo que, en aquellas circunstancias, hacerlo no era una opción.

A pesar de mis evidentes temores, fue el viento, más que el ruido, lo que nos traicionó. El aire se iba enfriando a medida que las temperaturas caían en picado, por lo que me alegré de no haberme librado de mi abrigo durante el calor del día (algo que, en cualquier caso, habría desaconsejado el continuo azote de las abrasivas arenas), lo que hizo que Jurgen se sintiera mucho más cómodo. No es que se le viera particularmente feliz, para eso tendríamos que tener una capa de escarcha bajo nuestros pies, pero, como ya había observado en el depósito en el que mantenían dormidas a tantas de aquellas criaturas, el poder ver el vaho de su aliento mejoraba considerablemente su estado de ánimo.

Por desgracias para ambos, la dirección del viento fue cambiando paulatinamente, de manera que, al cabo de, aproximadamente, un cuarto de hora, tiempo durante el cual, el crepúsculo se fue haciendo tan intenso que me resaltaba casi imposible distinguir a los genestealers como algo más que una confusa masa, la brisa comenzó a soplar desde nuestra espalda hacia las bestias.

En aquella creciente penumbra, primero vi vagamente como una cabeza brutalmente larga olfateaba el aire y luego otra, y otra, para luego volverse en nuestra dirección al captar nuestro olor. Cuando los primeros en detectarnos comenzaron a saltar en nuestra dirección, con el rápido trote de su especie, el resto se volvió para seguirlos, hasta que toda la manada de monstruosas y deformes criaturas se dirigió hacia nosotros.

-Espere a tener un buen blanco-, le aconsejé a mi ayudante, demasiado consciente de que cada disparo tendría que contar si queríamos tener la más mínima probabilidad de evitar que aquella sólida masa de muerte acorazada de quitina nos arrollara.

-Más me vale-, dijo Jurgen, apretando el gatillo del melta, que lanzó una ardiente masa de aire sobrecalentado al corazón del enjambre. El melta creó un agujero en la masa que avanzaba, derribando a varias de las bestias e incapacitando a otras, que rodaron por la arena, abandonando la carga. Jurgen disparó otras tres veces en rápida sucesión, pero por cada uno de los monstruos que caía~~s~~, varios más saltaban sobre la carnicería y corrían por las dunas hacia nuestro frágil refugio.

La principal ventaja que nos proporcionó el melta fue la incineración instantánea de un puñado de tiránidos fuera del principal cono de destrucción, prendiendo fuego a sus espasmódicos cadáveres en lugar de simplemente vaporizarlos. Gracias a eso, la escena estaba débilmente iluminada por las vacilantes llamas de su inmolación, lo que nos concedió el dudoso privilegio de poder ver lo que estaba a punto de matarnos.

Yo disparé varias veces mi pistola láser y supongo que debí darle a algo en un enjambre tan denso, pero los genestealers continuaron corriendo hacia nosotros, totalmente ajenos a cualquier daño que pudiéramos infligirles. Capté un destello de movimiento por el rabillo del ojo, me giré y descubrí que un segundo grupo de bestias nos había flanqueado y subía entre una nube de granos de

arena la pendiente de una duna, apenas frenados por el traicionero terreno.

Tras enfundar mi pistola, tomé una de las granadas de fragmentación del lamentablemente pequeño montón de explosivos de Jurgen y la lancé contra la manada de bestias. Tras detonar estruendosamente, su carga de metralla atravesó la hueste quitinosa, matando a un número gratificante de las bestias, pero, aun así, el resto siguió avanzando y me vi obligado a lanzar las otras dos antes de conseguir romper la carga. Mientras tanto, Jurgen seguía apretando el gatillo del melta casi sin descanso, y el actínico destello de las sucesivas descargas era aún más cegador que de costumbre en la cada vez más profunda oscuridad, añadiendo sus relámpagos a los estruendos de las explosiones de las granadas.

No me quedó más remedio que volver a desenfundar mi pistola láser y blandir mi espada sierra para hacer retroceder a uno de nuestros posible flanqueadores, uno que había persistido en su intento de escalar la pendiente pese a la muerte de muchos de sus compañeros. Tal y como esperaba, la hoja chocó con la garra y me vi obligado a despacharlo con una serie de furiosas estocadas.

-Se acabó-, dijo Jurgen, dejando caer el melta para tomar su fusil láser. **-Se agotaron las municiones.**

Ni siquiera tenía sentido el pensar en recargarla, ya que para cuando hubiera podido alcanzar una nueva célula de energía de uno de sus macutos, las bestias supervivientes nos habrían pasado por encima. Incluso antes de que

pudiera terminar de hablar, el chasquido del fusil láser de mi ayudante resonó entre las dunas mientras disparaba una serie de ráfagas cortas y precisas, efectuadas con la intención de ahorrar la mayor cantidad de municiones posible. En aquellos momentos, no me atrevía pensar que sucedería cuando se agotaran.

Inmerso como estaba luchando por mi vida, me quedaban pocas oportunidades, o ganas, de detenerme a admirar los estragos que Jurgen había causado en la primera oleada del enjambre, pero no me cabía la menor duda de que nos había comprado unos valiosos segundos y pensé que unas palabras de gratitud no estarían de más, especialmente porque era muy poco probable que pudiera dejarlas para más tarde.

-Muy buenos disparos, Jurgen- dijo, sin tiempo para decir algo más elogioso, además, en aquel momento, ya llevábamos más de setenta años luchando juntos y no quería que su última emoción que sintiera en su vida fuera la de vergüenza.

-No ha sido nada, señor-, me contestó, tan flemático como de costumbre, siguiendo derribando tiránidos mientras hablaba. Entonces, el fusil láser dejó de funcionar, mi ayudante expulsó la célula de energía agotada con un fluido movimiento y dirigió su mano hacía el macuto en el que había guardado las de repuesto.

Estaba claro que no iba a conseguirlo, ya que el genestealer que iba en cabeza acababa de saltar hacia él y yo aún tenía

mi espada sierra clavada en el vientre del que acababa de liquidar.

Frenéticamente, saqué la hoja del cadáver del monstruo y me di la vuelta, esperando ver la parte superior del Aquila derribado decorada con los intestinos de mi ayudante y a su asesino lanzándose hacia mí, pero, en lugar de eso, todo un huracán de disparos de armas láser resonó entre las dunas y el líder de las bestias cayó mientras estaba aún en el aire, casi partido por la mitad por un diluvio de descargas láser. Unas enormes criaturas con múltiples extremidades estaban apareciendo sobre las dunas que nos rodeaban y, por un segundo, me estremecí, preguntándome qué nuevos horrores estarían a punto de lanzarse contra nosotros, pero no tardé en darme cuenta de lo que eran en realidad. Se trataba de caballos, protegidos, al igual que sus jinetes, del infernal medio ambiente por grandes máscaras antigás y unas gruesas bardas, en lugar de los amplios abrigos que usaban sus amos.

-¡Es el Death Korps!-, grité exultante, mientras la columna de jinetes comenzaba a descender por las laderas de las dunas hacia el grupo de genestealers supervivientes. Algo que me pareció bastante peligroso, pero los caballos parecían saber lo que se hacían y mantuvieron perfectamente el equilibrio sobre la traicionera y resbaladiza arena, dejando a sus jinetes libres para seguir con la importante tarea de cazar tiránidos.

-Así es-, estuvo de acuerdo Jurgen, como yo acabara de señalarle algún conocido en un comedor abarrotado. Como no tardé en apreciar, no todos nuestros salvadores estaban armados con fusiles láser [128], algo que resultó más que

evidente cuando las granadas y las ráfagas de promethium de un lanzallamas comenzaron a caer entre los apelotonados hormagantes, todo aquello unido al continuo e incesante aluvión de salvas láser que seguía cayendo sobre ellos.

[128] Aquí, a Caín le puede estar fallando la memoria, ya que la mayoría de los miembros de la caballería de la Guardia Imperial llevan pistolas láser como armas ligeras, pero, también es muy posible que, dadas la dureza de las condiciones sobre la superficie de Fecundia y las dificultades que ya he comentado para el uso de vehículos, ese escuadrón en concreto actuara como dragones en lugar de cómo caballería y, en consecuencia, estaría equipado como una unidad de infantería.

Después de aquello, la batalla se convirtió en una masacre en la que los Death Korps no tardaron mucho tiempo en acabar con los últimos tiránidos, mostrando durante el combate el tipo de desprecio por sus vidas que tanto caracteriza a los guardias de ese regimiento. De hecho, se acercaron tanto a los genestealers, que más de uno acabo muerto pisoteado por los cascos de sus caballos después de haber sido abatidos por el fuego de las armas ligeras y, al menos en un caso, por una lanza de punta explosiva que atravesó el pecho de una de las bestias [129]. En aquel instante, se me ocurrió que no estaría de más mostrar mis deseos de luchar mientras ellos se encargaban por nosotros de hacer todo el trabajo sucio, así que efectué unos cuantos disparos con mi pistola láser hacia algunos de los probables objetivos, aunque, a decir verdad, dudo mucho que aportaran mucho a la derrota de aquellos horrores. Jurgen tuvo más suerte con su melta, una vez hubo cambiado la célula de energía.

[129] Una arma muy común entre las unidades de caballería, por lo que, aunque es esa ocasión estuvieran actuando como infantería montada, es casi seguro que esa era su papel habitual.

Finalmente, la victoria era nuestra, los únicos tiránidos a la vista estaban muertos o moribundos. El sargento al mando del destacamento espoleó su caballo por la ladera de la duna hasta situarse junto al accidentado Aquila. Unos ojos inyectados en sangre me miraron desde debajo de las lentes redondas de su máscara antigás, un grueso tubo flexible serpenteaba por encima de su hombro hasta el filtro que llevaba colgado a su espalda, su cabeza estaba casi al nivel de la mía, que seguía aun subido sobre el dañado fuselaje.

-¿Comisario Caín?-, preguntó, con el inexpresivo tono de alguien que sabe que está haciendo una pregunta jodidamente estúpida, pero que, en cualquiera caso, estaba decidido a cumplir todas las formalidades.

-Ese soy yo-, acepté, incapaz de pensar en aquellos momentos en una contestación que no sonara igual de estúpida que la pregunta**-. Y este es mi ayudante, el artillero Jurgen** [130]**. También teníamos un piloto, pero los tiránidos lo han devorado. Nunca supe su nombre.**

[130] Antes de ser asignado como ayudante de Caín, Jurgen sirvió en un regimiento de artillería.

-Líder de jinetes (ridemaster en el original) **Tyrie-,** se presentó el sargento de los Death Riders, saludando con una leve inclinación de cabeza. Evidentemente era un hombre de pocas palabras-. **Le habríamos avisado de nuestra llegada, pero perdimos a nuestro operador de vox hace un par de días.**

-Me alegra mucho que hayan llegado justo ahora- le contesté, con toda sinceridad.

Los ojos detrás de las lentes me miraron durante un instante y parpadearon, como si por primera vez se percatarán de mi lamentable estado.

-Al menos, han tenido el sentido común de quedarse quietos y esperar-, dijo.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Partimos con las primeras luces del día, dado que no tenía el menor sentido aumentar los peligros del viaje intentado esquivar tiránidos en la oscuridad. Hasta donde habíamos podido comprobar, no había criaturas sinápticas en el enjambre de vanguardia [131], lo que quería decir que el resto de las criaturas que vagaban por el desierto desconocían el destino de sus compañeras. Seguía cabiendo la posibilidad de que algunos tropezaran con el rastro de feromonas dejado por el lictor fallecido, pero Tyrie había puesto centinelas, así que tendríamos cierto margen de aviso si se acercaban, y también disponíamos de la suficiente potencia de fuego para vencer a todos los enjambres, excepto a los más numerosos. Lo cierto es que no puedo afirmar que aquella noche durmiera plácidamente, pero la verdad, es que me las arreglé bastante mejor de lo que esperaba, a pesar de tener que compartir una tienda con Jurgen, cuyos ronquidos desprendían continuas y pequeñas cascadas de arena de las dunas que nos rodeaban [132].

[131] Eso es lo más común, por lo tanto, en ese caso en concreto, también se trata de una razonable suposición, especialmente cuando estábamos hablando de criaturas tan impredecible como los tiránidos.

[132] Probablemente, una exageración humorística, aunque, tras haber sido mi sueño perturbado en algunas ocasiones a través de varias paredes intermedias por los ronquidos del ayudante de Caín, no me atrevo a asegurarlo.

El aire filtrado de su interior también me ayudó a animarme. Incluso adulterado por la presencia de mi ayudante, era una considerable mejora respecto a la pestilencia que me había visto obligado a respirar en el exterior de la tienda. Además, por primera vez desde nuestro accidentado aterrizaje, disminuyó el sordo dolor de mi pecho.

En consecuencia, tras desayunar un par de barritas de racionamiento y beber el suficiente agua tibia como para saciar mi sed, con cierta reticencia, volví a cubrirme narices y boca con mi maltratada faja y me arrastré al exterior para enfrentarme de nuevo a la contaminada atmósfera.

-Será mejor que tome esto-, me saludó Tyrie, tendiéndome una máscara antigás igual a la que llevaban sus hombres y él. La tomé inmediatamente, pese a saber que procedía de unas de las víctimas de la escaramuza de la noche anterior [133], me pasé las correas por la cabeza y aspiré agradecido. El aire filtrado olía a goma y a sudor rancio, pero aquel era un pequeño precio a pagar por poder respirar sin que me doliera el pecho. Tras eso, volví a colocarme lo que quedaba de mi faja en su posición habitual alrededor de la cintura.

[133] Como es costumbre en él, Caín es muy vago dando detalles sobre el número de soldados que componían la unidad que le había rescatado y cuantos quedaban con vida. Queda claro que al menos habían tenido una baja antes de localizarle (el operador de vox mencionado por Tyrie), pero, por lo que parece, prácticamente estaba al completo, salvo quizás por un par de hombres, como mucho tres.

-Gracias- respondí, con una voz que sonó sorda en mis oídos, mientras me esforzaba por acomodar el filtro de la máscara sobre mis hombros. Tras estar unos momentos

observando cómo me retorcía inútilmente, Tyrie intervino y lo ajustó sin decir una sola palabra. **-Muchas gracias, sargento.**

El jefe de los jinetes se encogió de hombros-. **Mis órdenes son llevarle hasta allí en una sola pieza-** contestó y comenzó a alejarse.

-¿Y dónde está exactamente *"allí"?-,* pregunté, situándome a su lado mientras ladeaba la cabeza en un ángulo extraño para mantenerlo centrado en el limitado campo de visión de la máscara antigás. Para alguien tan paranoico como yo, el estar privado de la visión periférica resultaba muy desconcertante.

-A donde se dirigía usted antes de estrellarse- contestó Tyrie, como si fuera algo obvio**-. Al santuario del Mechanicus.**

Una noticia que creó en mí una serie de sentimientos contrapuestos. Dado que en aquellos momentos nuestra flota en órbita había repelido el primer ataque [134], un rápido regreso a la nave insignia, alejándome todo lo posible de los tiránidos que contaminaban la superficie del planeta, parecía claramente atractivo. Por otra parte, Sholer y Kildhar me estaban esperando y aún quedaba por resolver aquel pequeño asunto de su colección de bestias. Probablemente, mi mejor opción fuera averiguar lo antes posible que narices estaban tramando, mientras Jurgen buscaba en la plataforma de aterrizaje alguna nave con capacidad orbital y la requisaba. Podría alegar la urgente

necesidad de informar al Lord General y el estado de mi uniforme hablaría por sí mismo. Había visto a cultistas de Nurgle con un aspecto más saludable que la aparición que me devolvía la mirada desde cualquier superficie reflectante.

[134] No está nada claro si eran Tyrie quien le había informado del resultado de la batalla o si estaba escribiendo a posteriori.

-¿Cuánto tardaremos en llegar?- pregunté, prácticamente salivando ante la perspectiva de la comida caliente y la taza de recafeinado que me esperaban en nuestro destino. En aquellos momentos, incluso unos soylens viridienses me parecían más que apetecibles.

Tyrie se encogió de hombros y alargó su mano para acariciar el cuello de un caballo que miraba a lo lejos con aire de paciente aburrimiento, lo que al menos me tranquilizó al notar que no podría haber más tiránidos en las inmediaciones.

-Eso depende- me respondió, mirándome de reojo a través de las lentes de su máscara antigás. **-¿Cómo de rápido puede montar a caballo?**



Por lo general, mi actitud hacia los animales de monta puede describirse como distantemente cordial. Nunca he

sentido ningún tipo de antipatía hacia los nobles brutos, pero siempre he pensado que si el Emperador hubiera deseado que nos desplazáramos así, nunca nos habría proporcionado los VCI [135].

[135] Un típico ejemplo de la manía de la Guardia Imperial por las abreviaturas de tres letras (o ATL –Abreviaturas de Tres Letras- como Caín insistía en llamarlas. En este caso, VCI, se refiere a los Vehículos de Combate de Infantería, como el ubicuo Chimera y su desconcertante cantidad de variantes, cuyo propósito principal es transportar a los soldados con una relativa seguridad hasta el campo de batalla, a la vez que estaban dotados de armamento pesado para brindarles apoyo de fuego cuando desembarcan.

En muy pocas ocasiones me he visto obligado a confiar en tan arcaico medio de transporte y siempre he necesitado un cierto tiempo para acostumbrarme a la curiosa sensación del balanceo del caballo debajo de mí, algo que, extrañamente, me recordaba a un pequeño bote a la merced de un suave oleaje. Tras una hora, poco más o menos, comencé a sentir una desagradable sensación en mis posaderas, algo que, por supuesto, no estaba dispuesto a admitir. No tenía la menor duda de que la tensa forma que la que sujetaba las riendas y mi continuo balanceo mientras intentaba mantener el equilibrio estarían divirtiendo a los experimentados jinetes que me rodeaban. Afortunadamente, las máscaras antigás que llevaban ocultaban sus expresiones, por lo que todos podíamos fingir que cabalgábamos con una cierta dignidad, aunque el contraste con sus relajadas posturas y la mía era más que revelador.

Para aumentar mi desconcierto, Jurgen parecía sentirse en la silla de montar tan cómodo como ellos, guiando a su montura con unos leves toques de sus rodillas, con la misma facilidad de alguien que monta a caballo todos los

días. Se acercó a mi lado por detrás, tomándome totalmente por sorpresa, ya que las máscaras antigás que llevábamos no sólo limitaban mi campo visual, también me privaban de la habitual advertencia olfativa de su aproximación.

-Está siendo divertido- me dijo.

-Supongo que sí- respondí. La verdad es que aquel monótono paisaje me habían embotado tanto los sentidos que no tenía ni la menor idea de lo que habíamos avanzado, ni de la distancia que aun nos quedaba por recorrer.

Habíamos abandonado el lugar del accidente poco después del amanecer, siguiendo un juego de coordenadas en el mapa de la placa de datos de Tyrie. Algo que esperaba nos permitiera no tardar demasiado en ver la mole de Regio Quinquaginta Unus, pero hasta aquel momento, lo único que había visto era las interminables y onduladas dunas de arena y las imponentes murallas de rococemento de la lejana colmena. La capa de polvo sobre el lugar donde había impactado la bio-nave se había desvanecido finalmente, disipada durante la noche por el constante viento del desierto, pero no logré ver nada desde tan lejos y no iba a sugerirles que nos desviáramos para echar un vistazo más de cerca; sólo el Trono sabría qué tipo de horrores nos esperarían allí. Además, cuanto antes llegáramos al santuario del Mechanicus, antes podría averiguar qué estaba pasando.

Además ya había pasado casi veinticuatro horas fuera de contacto [136] y en una zona de guerra un día es demasiado

tiempo. Podía haber pasado cualquier cosa, seguro que ninguna buena y traté de no pensar en los peores escenarios posibles.

[136] Algo menos de un día de Fecundia, que dura veintiséis horas estándar.

-Estos animales son mucho más fáciles de manejar que aquellos perezosos animales, comentó Jurgen. Yo asentí; aferrarse a unas sillas de montar atadas a los estómagos de unas bestias aterrorizadas mientras éstas trepaban y saltaban de una rama a otra entre árboles de más de mil metros de alto, no era uno de mis recuerdos más felices [137].

[137] Probablemente una referencia a la Herejía Manticana, o a la invasión de Mythago por los eldar, dos campañas en las que Caín se encontró luchando en mundos predominantemente arbóreos.

-Efectivamente-, estuve de acuerdo. Lo cierto es que no tenía ganas de conversar, pero no me importó en aquel momento, más bien lo contrario, pues me sentía feliz de encontrar una posible distracción a la incomodidad de mis palpitantes posaderas. Sin embargo, antes de que pudiéramos sumergirnos en los felices recuerdos de unos horrores del pasado, Tyrie alzó su lanza decorada con un banderín para detener la columna.

-Allí hay algo-, dijo, alzando una mano sobre para protegerse los ojos, un gesto probablemente fútil, ya que las lentes de su máscara se habían polarizado, como las mías y las del resto del grupo, convirtiéndolas en pequeños espejos circulares en los que yo pude verme reflejado, junto al resto de la columna.

-¿Su amplivisor, señor?-, me ofreció Jurgen, inclinándose en su montura de una forma que me pareció muy imprudente para ofrecérmelos. Intentando no parecer un completo Pie Azul [138] y rezando al Trono para no caerme de espaldas del jamelgo mientras lo hacía, los agarré, algo inseguro y me los llevé hasta los ojos, sólo para descubrir que las lentes de la máscara los mantenían demasiado lejos para poder enfocarlos.

[138] Jerga de Valhalla, una palabra que define a alguien demasiado ingenuo e inexperto para evitar congelarse; otra de las muchas expresiones que adquirió durante su servicio con regimientos de ese planeta.

Tyrie me miró con una clara incredulidad, y lo cierto es que debería haber estado agradecido de no poder ver su expresión.

-Las lentes tienen magnoculares incorporados-, explicó divertido.

-De acuerdo-, dije, guardando mi amplivisor en uno de mis bolsillos. Tras unos cuantos intentos, descubrí como manipular las lentes de la máscara y el campo de dunas a lo lejos, de repente, creció hasta ocupar todo mi campo visual.

-Lo mejor será que vuelva a ajustarles cuando termine-, me aconsejó Tyrie-, **o acabará cayéndose de morros cuando intente desmontar.**

-¿Qué es eso?-, pregunté, tratando de distinguir lo que estábamos viendo. Había, sin la menor duda, algo semienterrado en la arena y, hasta donde podía ver, era un objeto rugoso y redondeado, como las placas de quitina de los tiránidos. Pero no era uno de los monstruos, llevaba demasiado tiempo inmóvil. **-¿Una espora muerta?**

-Esto parece-, coincidió Tyrie**-. Está cerca de nuestro camino, así que podremos comprobarlo cuando pasemos cerca.**

-Yo estoy más preocupado por lo que pudo desembarcar-, contesté-. **Ya hemos visto un lictor, varios genestealers y unos cuantos gantes.**

-Sea lo que sea, lo mataremos-, dijo Tyrie**-. A menos que ya estén muertos.**

Luego hizo un gesto con su lanza. **-En marcha.**



A pesar de la confianza de Tyrie, yo me mantuve vigilante mientras monturas avanzaban, prestando especial atención a la espora micética que veíamos a lo lejos cada vez que subíamos otra duna y volvía a quedar a la vista. No me cabía la menor duda de que hacía ya tiempo que su funesta carga se habría dispersado en busca de alguna presa, tal

vez incluso formaran parte del enjambre que nos había atacado la noche anterior, pero eso no me impidió ajustar las lentes a su máximo aumento y examinar cuidadosamente la zona que la rodeaba en busca de algún tipo de movimiento. Había algo siniestro en aquel silencioso y oscuro bulto, aunque no podía entender el motivo. Tal vez fuera simplemente que el desolado vacío que nos rodeaba me hacía sentirme incómodamente expuesto, lo que hacía que toda mi atención se concentrara en la única evidencia visible de la presencia enemiga.

-¿Alguna señal de movimiento?-, pregunté. Tyrie consultó su auspex portátil y negó con la cabeza.

-Nada-, me contestó.

Lo cual podría ser una buena noticia, o no; en el mejor de los casos, los tiránidos no eran fáciles de detectar y dudaba mucho que los ajustes propuestos por Kildhar hubieran llegado ya a implementarse en los detectores individuales de los equipos de campaña. Hasta donde yo sabía, el puñado de tecno-sacerdotes capaces de entenderlos y reprogramarlos, seguía trabajando a destajo en las salas de sensoria de las naves de guerra en órbita [139]. Si había otro lictor emboscado bajo la arena, no tendríamos más que un segundo o dos de aviso antes de que atacara.

[139] En aquel momento, los trabajos ya estaban casi terminados y algunos de los tecno-sacerdotes habían abandonado sus trabajos para la Armada para prestar atención a los equipos de la Guardia Imperial, pero eran las matrices de los auspex de los puestos de mando y de la defensa aérea los que tenían la máxima prioridad.

-Mejor-, dije, agradeciendo la facilidad con la que la máscara antigás ocultaba mi inquietud. Ya estábamos lo suficientemente cerca de aquella cosa para poder verla a simple vista y sin ayuda de las lentes, aunque eso no me impidió aprovechar al máximo los aumentos para examinar la zona. Tal y como era de esperar, la espora estaba semienterrada, dada la constante deriva de la arena arrastrada por el viento, pero no por ello resultaba menos repugnante. En todo caso, simplemente reforzaba la impresión de ser un cáncer maligno brotando del cuerpo del planeta.

-No hay duda de que está abierta-, señaló Jurgen, estudiando la cosa tana atentamente como yo**-. Aunque parece que no del todo.**

-Tal vez se haya dañado durante el descenso-, propuse, observando los signos de cauterización en las zonas más carnosas y la calcificación de su blindaje externo.

Por alguna razón, la espora parecía haberse girado durante su descenso [140] por lo que todo su cuerpo estaba uniformemente quemado, en lugar de que fueran las placas ablativas de quitina las que soportaran todo el calor de la fricción atmosférica, algo que hubiera protegido sus tejidos blandos y las horrorosas criaturas que contenían en su interior.

[140] Probablemente fuera expulsada demasiado tarde de la bionave que acabó estrellándose y no pudo corregir adecuadamente su trayectoria antes de entrar en la atmósfera, o puede incluso que fuera lanzada ya dentro de ella.

-Será mejor que lo comprobemos-, dijo Tyrie, cambiando ligeramente de dirección para llevarnos directamente hacia la espora. Por supuesto, yo podría haberle desautorizado, aduciendo que mi misión era mucho más urgente, pero, pese a todos mis recelos, me resistí a hacerlo. Por falsa que fuera y aunque no me la mereciera, tenía una reputación que mantener, y no tenía la menor duda de que mi pésimo manejo del caballo ya habría proporcionado a los Death Riders una buena dosis de diversión a mi costa. A pesar del escozor de mi trasero, no estaría de más recordarles que yo era un héroe imperial y, desde luego, cualquier reticencia a ponerme en peligro no ayudaría a ello. Además, aquella cosa ya debía estar muerta del todo.

-Más vale-, coincidí sobriamente, probando que el lacónico estilo de conversación del jefe de los jinetes resultaba ser sorprendentemente contagioso [141]. Eso sí, aproveché disimuladamente mi ampliamente reconocida torpeza con mi montura para ir retrasándome de los demás. Inactiva o no, no tenía el menor sentido ser el primero en acercarse a la espora cuando tenía todo un grupo de jinetes detrás de los que esconderme.

[141] O Caín estaba mucho más agotado de lo que creía, algo que no sería sorprendente dadas las circunstancias.

Cuando nos acercamos a una veintena de metros, comencé a apreciar por primera vez la magnitud de aquella cosa, ya que en las anteriores ocasiones en las que había visto una similar, había sido desde una distancia mucho más segura (lo cual no debe extrañarles, ya que, en su mayor parte, solían estar vomitando enjambres de malignas criaturas empeñadas en acabar conmigo y acercarme tanto hubiera significado tener que abrirme paso entre ellas a estocadas,

en lugar de seguir mi natural inclinación de salir zumbado en dirección contraria). Incluso a caballo, tenía al menos el doble de mi estatura, un obsceno farallón de carne necrosada, en descomposición de cuyo hedor sólo me protegía mi máscara antigás.

-Parece abandonada-, comentó Jurgen, aunque, por si acaso, ya se descolgaba el melta de su espalda, una precaución que no pude más que alabar. Mientras tanto, yo me encontré agudizando mis oídos sobre el sordo repiqueteo de los cascos de mi montura en la arena, atento a cualquier señal de emboscada, pero la horda de genestealers que esperaba que surgiera del interior de la espora no llegó a materializarse. Quizá Tyrie tuviera razón y hacía ya tiempo que se hubieran ido, o puede que no sobrevivieran al ardiente descenso desde la exosfera.

Animado por aquel pensamiento, ajusté a su máximo aumento la óptica incorporada a la máscara y comencé a examinar todo lo que podía ver del interior del organismo a través de las aperturas del caparazón destinadas a permitir el desembarco de sus ocupantes. Afortunadamente, el sol estaba en la posición perfecta para permitir que un rayo de luz iluminara el interior de la espora, ahorrándome así la frustración de tener que intentar lidiar con los intensificadores de imagen que pudieran estar acoplados a las lentes de la máscara. En efecto, no tardé en distinguir las abatidas formas de varios tiránidos, con los restos coagulados de sus fluidos corporales filtrándose entre las juntas de sus caparazones y con sus hinchadas y cocidas lenguas colgando de sus desencajadas mandíbulas.

-Hay hormagantes en el interior-, anuncié [142], sintiendo que ya era hora de participar activamente en aquella estúpida misión. Unos minutos más y podríamos reanudar nuestro avance hacia una ducha y una taza de recafeina con la gratificante sensación del deber cumplido**-. Definitivamente, están muertos.**

[142] Algo que implica que ninguno de los Death Korps disponía de comunicadores personales. Aunque su uso está muy extendido, están muy lejos de estar a disposición de todas las unidades de la Guardia Imperial. El constante desafío logístico de mantener el flujo de suministros a las múltiples áreas en conflicto significa, sencillamente, que no hay los suficientes disponibles para equipar a cada soldado de línea, incluso, en ocasiones, ni siquiera para los comandantes al mando, mientras que, en otros regimientos, se restringe su uso y son entregados solamente a sus oficiales, como parte de su doctrina. Sea como sea, los jinetes tendrían muy baja prioridad a la hora de entregarles dicho equipamiento, ya que la mayoría de las veces, su función de exploración de largo alcance los mantendría fuera del alcance del resto de las unidades de su regimiento.

-Justo como yo los prefiero-, añadió Jurgen, una idea con la que yo estaba completamente de acuerdo.

Comencé a manipular los controles de la óptica, tratando que las lentes recuperasen la visión normal, pero el desgraciado trasto parecía haberse atascado, probablemente debido a unos cuantos granos de arena que se habrían colado en algún elemento vital. Lo golpeé con la palma de la mano, tal y como había visto hacer a los tecno-sacerdotes en múltiples ocasiones cuando trataban con aparatos particularmente rebeldes, mientras recitaba algunas frases que medio recordaba de la Letanía de Mantenimiento por Percusión que les había oído recitar en tales ocasiones. Evidentemente, el Omnissiah debió pensar que yo me merecía unos cuantos puntos por aquel esfuerzo, porque mi visión volvió a ser la correcta. Sin embargo, un

instante antes de que lo hiciera, una imagen temblorosa y muy ampliada rozó la superficie de la espora y yo estaba seguro de que había visto un leve movimiento en algún lugar entre las púas medio fundidas que sobresalían de su columna vertebral.

-¡A cubierto!-, grité, obviando por completo que podría estar haciendo el ridículo. Si aquella cosa aún no estaba muerta del todo y percibía nuestra presencia, respondería instintivamente, e incluso pese a estar tan dañada, sus púas eran lo suficientemente peligrosas como para destrozarnos a todos. Mientras hablaba, hice girar al acaballo y le propiné un buen rodillazo en las costillas, cerca de donde se introducían en su piel los gruesos tubos que bombeaban nutrientes y cualquier otra cosa que les permitiera sobrevivir en la superficie de aquel infernal planeta. El caballo comenzó a trotar, algo que hizo que casi me cayera de la silla de montar, mientras Jurgen espoleaba a su montura al galope hasta que pudo alcanzarme y frenar a mi caballo para que ambos pudiéramos ir a la par.

Con un chisporreteo similar al de un arbusto en llamas, las púas de la espora saltaron al aire y estallaron entre los jinetes, fragmentándose en miles de fragmentos tan afilados como una navaja de afeitar, lacerando a hombres y monturas por igual.

Un par de caballos cayeron, relinchando de dolor detrás de sus máscaras antigás, hasta que los reguladores químicos con los que estaban equipados los llenaron de tranquilizantes para que no sintieran los innumerables cortes abiertos a través de los cuales su sangre fluía hacia la sedienta arena. La mayor parte de los jinetes apenas

estaban mejor pero, fieles a la tradición de los Death Korps, no prestaron atención a sus heridas y se lanzaron al suelo, con sus armas preparadas. En cualquier otro terrenos y si la espora no hubiera estado tan dañada, capaz de usar aproximadamente tan solo una décima parte de su espinoso arsenal, probablemente todos los hombres hubieran sido aniquilados en el acto [143], pero, en aquella situación en concreto, fue la arena la que absorbió la mayor parte de aquella afilada metralla quitinosa.

[143] Y los caballos también.

-Gracias por el aviso-, dijo Tyrie, sin ningún tipo de sarcasmo que alcanzara a detectar. Su voz resonó claramente en el silencioso aire del desierto. Por muy tardía que hubiera sido mi advertencia, probablemente había salvado algunas vidas, ya que los jinetes reaccionaron instantáneamente, desmontando en el acto. Si no lo hubieran hecho, habrían estado en lo alto de las dunas, desprotegidos ante la brutal descarga de espinas. Irónicamente, el hecho de quedarnos atrás nos había salvado a Jurgen a mí de sus devastadores efectos, ya que éramos los únicos que aún seguían montados.

-Cuidado con sus ojos, señor-, me advirtió—Jurgen, girándose en la silla mientras se llevaba el melta al hombro. Un segundo más tarde, el familiar destello cegador, atenuado por las lentes polarizadas de la máscara antigás, convirtió las restantes púas en unos restos carbonizados.

Mi caballo se sobresaltó y yo me tensé, esperando que se asustara o comenzara a correr presa del pánico, pero no

tardó en calmarse gracias a su entrenamiento y al coctel de productos químicos que corrían por sus venas.

-No quiero que vuelva a lanzarnos otra mierda de esas-, comentó mi ayudante.

-No queremos que vuelva a hacer nada en absoluto-, coincidí y me giré para ver la confusa escena que rodeaba a la espora. El distintivo sonido de los disparos láser crepitaba en el aire, aunque no podía ver a qué demonios le estarían disparando los soldados de los Death Korps: los gantes en su interior ya estaban todos muertos y los fusiles láser serían completamente inútiles contra las gruesas placas de quitina que protegían la espora.

Obtuve mi respuesta casi de inmediato, cuando la arena bajo los cascos de mi caballo comenzó a temblar, como las olas en un mar agitado, haciendo que trastabillara. Esta vez se encabritó, o al menos lo intentó, arrojándome de su lomo. Choqué con fuerza contra el suelo y comencé a rodar, intentando evitar que mi propio caballo me pisoteara, pero algo serpenteante y siniestro le sujetaba las patas delanteras, sacudiéndolo de un lado a otro mientras mi montura relinchaba frenéticamente, tratando de liberarse. Entonces, otro tentáculo cubierto de pinchos brotó de la arena y envolvió casi instantáneamente al desesperado equino, desgarrando los flancos de la pobre bestia al aferrarla. La columna vertebral del caballo se partió con un fuerte chasquido y su caja torácica implosionó. Aún estremeciéndose en su agonía, mi montura fue arrastrada bajo la arena.

-¡Está tratando de alimentarse- grité, mirando desesperadamente a mi alrededor en busca de cualquier movimiento revelador en la arena bajo mis pies. No tenía ni idea de si la espora estaba intentando reunir la suficiente biomasa para desarrollar nuevas púas explosivas, o sencillamente nos estaba atacando con sus tentáculos porque había detectado nuestra presencia [144], aunque, lo cierto es que justo en aquel momento, el motivo era lo que menos me importaba.

[144] Probablemente ambas.

-¡Aguante, señor, ya voy!-, gritó Jurgen, mientras trataba de recuperar el control de su comprensiblemente asustada montura. Con todo el vello de mi cuerpo erizado ante el temor de sufrir en cualquier momento un nuevo ataque de otro de aquellos tentáculos subterráneos, desenvainé mi espada sierra y la puse a su máxima potencia. El rugido de un lanzallamas y el estruendo de las granadas estallando a mis espaldas me indicaron que los Death Korps aún seguían luchando, pero, dada su afición por los gloriosos combates hasta la muerte, a corto plazo sería mejor no contar con su ayuda.

-¡Detrás de usted!-, gritó de nuevo mi ayudante. Yo me giré y me encontré con uno de los tentáculos lanzándose contra mí.

Maldiciendo el restringido campo de visión que me dejaba la máscara antigás, alcé mi espada sierra para recibirlo, cortando la sinuosa extremidad con un único y fluido movimiento. Sin embargo, aquello no hizo más que confirmar la presencia de más presas a su alcance, ya que

otros tres o cuatro metros emergieron inmediatamente de la arena, lanzando un repugnante icor por el extremo cortado, como si se tratara de un lanzallamas escupiendo promethium. Aquel fluido asqueroso y pegajoso me salpicó el abrigo y me cubrió completamente el rostro.

Bendiciendo al Emperador por la protección de la máscara antigás, me limpié las lentes lo mejor que pude con los dedos de mi mano libre y logré recuperar una cierta aunque borrosa visión, impregnando de paso mi guante con una mancha imposible de eliminar, justo a tiempo de ver otros dos tentáculos intentando enrollarse a mi alrededor desde direcciones opuestas, mientras que el primero caía desde arriba. Corté el que se me aproximaba desde la izquierda, abriendo el suficiente hueco para poder esquivar los otros dos mientras caía sobre mí una nueva ducha del repulsivo fluido. A continuación, me giré para enfrentarme a ellos y comencé a cortarlos en trozos no más largos que mi pierna con una ráfaga de precisos mandobles.

-¡Quédese atrás!-, le grité a Jurgen, que, tras haber recuperado el control de su caballo, parecía estar a punto de lanzarse ladera abajo, a buen seguro en un intento–de ponerme a salvo. No es que yo tuviera la más mínima objeción a que alguien me rescatara, más bien todo lo contrario, pero el hecho de que mi ayudante no hubiera sufrido el destino de mi propia montura sólo podía significar que estaba fuera del alcance de los tentáculos de la espora. Sin embargo, si mi ayudante intentaba acercarse más, él y su caballo se convertirían en biomasa para sus armas biológicas y yo perdería la oportunidad que tenía de salir con vida de aquella situación. **-¡Use el melta contra cualquier cosa que vea moviéndose!**

-Muy bien, señor-, respondió Jurgen con su flema habitual y se puso manos a la obra, creando charcos de humeante vidrio allí donde impactaba el rayo de fusión de su arma. Con demasiada frecuencia, los rayos impactaban demasiado cerca de mí como para poder sentirme cómodo, pero después de los primeros disparos, ya estaba seguro de poder calcular el alcance de aquella horrible cosa y me animé aún más cuando me di cuenta de que no estaba a más que a un pequeño esprint de la seguridad.

Pensar es actuar y corrí hacia la duna en la que se encontraba Jurgen como si me persiguiera el mismísimo Abaddon, cortando con mi espada sierra cada repugnante extremidad que se atrevía a rasgar la superficie demasiado cerca como para que mi ayudante se atreviera a dispararle.

En cuestión de segundos, aunque en aquel momento me pareció mucho más tiempo, ya estaba intentado subir por la ladera sin soltar mi arma mientras Jurgen me animaba desde lo alto.

-¡Siga así, señor! ¡Ya casi ha llegado!-, me urgía, con sus palabras interrumpidas solamente por los destellos y los silbidos de su melta.

En aquel momento, algo enganchó mi tobillo y tiró hacia atrás con fuerza. Sólo la robusta confección de mi bota de la Guardia logró proteger la carne que había debajo de una grave lesión. Parecía que la espora había aprendido a mantener sus tentáculos ocultos bajo la superficie [145] y estaba haciendo un último intento de vengarse. Le lancé un

tajo con mi espada sierra, pero sólo conseguí levantar una columna de arena, ya que el tentáculo que me sujetaba el pie estaba protegido de mis represalias por una buena capa de arena. Otro tirón y mi pierna desapareció hasta la rodilla, casi dislocándomela de paso.

[145] Extremadamente improbable, ya que nunca se ha recuperado ningún espécimen que el mostrara el más mínimo signo de capacidad cognitiva, ni siquiera de la más rudimentaria. Lo más probable fuera que Caín y Jurgen simplemente hubieran acabado con todos los apéndices que estuvieran cerca de la superficie en aquel justo momento.

-¡Aguante, señor!-, volvió a gritar Jurgen, desmontando de su caballo y deslizándose por ladera entre un chorro de fina arena. Sin siquiera pensarlo, o dudarlo, me agarró por mi mano libre y se inclinó hacia atrás tirando con todas sus fuerzas**-. ¡Ya le tengo, señor!**

-¡Y también la maldita espora!-, gruñí, mientras entre ambos, mi ayudante y la bestia, parecían estar a punto de arrancarme el brazo y la pierna de sus articulaciones. La fuerza bruta nunca iba a conseguir vencer a aquella odiosa criatura, aunque la dolorosa y bienintencionada intervención de Jurgen podría haberme proporcionado unos pocos segundos más, pero incluso entre los dos, nunca lograríamos que me soltara el pie. Si quería evitar el destino de mi desafortunado corcel, sólo tenía una opción. Respiré profundamente y preparé mi espada sierra para lo que esperaba que fuera un corte rápido y limpio**-. ¿Sigues llevando el botiquín?**

-Por supuesto-, asintió Jurgen, sin llegar a entender por qué le preguntaba aquello.

-Bien-, dije, volví a respirar profundamente mientras pensaba si realmente podría seguir adelante y luego decidí que, dada la alternativa, tendría que poder. Después de todo, ya tenía un par de dedos augméticos; no debería ser tan difícil acostumbrarse a una nueva pierna-. **Le agradecería que lo preparase.**

-Por supuesto, señor-, respondió, comprendiendo finalmente mis intenciones. Me soltó el brazo y comenzó a rebuscar en su colección de macutos**-. ¿Quiere algún anestésico local?**

Por supuesto, pensé, pero negué con la cabeza.

-No hay tiempo-, le dije y levanté la hoja girando a su máxima potencia.



CAPÍTULO VEINTE

Sin embargo, antes de que pudiera lanzar mi espada sierra hacia abajo, la arena tembló a mis pies y detuvo mi mano. Me gustaría poder decir que dudé porque no quería estropear el corte, dificultando el posterior trabajo del cirujano más de lo necesario, pero, en realidad, fue simplemente porque me pilló totalmente por sorpresa. De repente, una sombra que se movía a gran velocidad pasó sobre nosotros, seguida por el agudo aullido, similar al de una banshee, de unas potentes turbinas y alcé la vista para ver en el cielo la silueta de un Land Speeder de los marines espaciales. Antes de que pudiera distinguir algo más que la decoración amarilla y blanca de las servoarmaduras de los Recobradores, el viento provocado a su paso nos envolvió a Jurgen, a su caballo y a mí en una pequeña, aunque furiosa, tormenta de arena.

Cuando logré volver a ver con cierta claridad, el piloto había virado a una increíble velocidad, en un ángulo tan cerrado que habría dejado inconsciente a un humano normal, o quizás algo peor y volvía a aullar mientras iniciaba su segunda pasada. Esa vez vi como una ráfaga de misiles salía disparada de un modulo de armas que llevaba fijado a uno de los costados de la pequeña nave [146] para impactar de lleno sobre la enorme masa de la espora, cuyo blindaje quitinoso ya estaba destrozado por la explosión que había sacudido el suelo apenas un instante antes. Al mismo tiempo, el artillero, en un alarde de sorprendente precisión dada la velocidad a la que se movían, seguía disparando

constantemente su bolter pesado, triturando la carne al descubierto de la bestia.

[146] Presumiblemente un misil de racimo con ojivas múltiples abriéndose en vuelo, ya que, normalmente, un Land Speeder sólo puede disparar un misil a la vez.

De repente, la obscena mole de carne bio-diseñada se colapsó sobre sí misma, al igual que un edificio en llamas y al tiempo, sentí como se aflojaba la presión que rodeaba mi tobillo. Dejé caer mi espada sierra, me agarré la pantorrilla con ambas manos y tiré con todas mis fuerzas. Para mi inmenso alivio, el pie se soltó bruscamente, lanzándome de golpe contra la ardiente arena [147].

[147] Posiblemente una impresión subjetiva de su propia temperatura corporal en aquella parte en concreto de su anatomía, dados sus anteriores comentarios sobre los efectos de pasar tanto tiempo sobre una silla de montar.

-Ha habido suerte-, comentó Jurgen, con su habitual flema, extendiendo una mano para ayudarme a ponerme en pie mientras hablaba.

-Así es-, acepté, a falta de otra cosa que decir, mientras me inclinaba para recoger mi arma del suelo. No me cabía la menor duda de que, después de haber recibido una paliza como aquella, la espora estaría definitivamente muerta, pero ya había tenido las suficientes desagradables noticias por un día y no tenía la menor intención de correr aún más riesgos. Era patente que mi ayudante pensaba exactamente lo mismo, porque mantenía su melta preparado para usarlo de inmediato y su fusil láser seguía colgado de su espalda de una forma en la que pudiera alcanzarlo en un abrir y

cerrar de ojos si llegaba a necesitarlo. Entonces, se me ocurrió una pregunta obvia.

-Pero, ¿qué están haciendo aquí?

-¿Buscarnos?-, aventuró mi ayudante, como de costumbre, incapaz de reconocer una pregunta retórica cuando la escuchaba y tratando de responderla lo mejor posible.

-No lo creo-, dije, manipulando el comunicador de mi oído para realizar un rápido escaneo de las frecuencias en un intento de averiguar algo. Los Adeptus Astartes son los mejores guerreros que tiene el Imperio y, al margen de la residual buena voluntad que pudieran conservar de nuestra anterior colaboración, era muy poco probable que perdieran el tiempo apoyando una operación de búsqueda y rescate que la Guardia ya tenía controlada. Lo que a su vez me recordó…

-Será mejor que vayamos a ver si hay algún superviviente de los Death Korps.

Y sí, efectivamente, algunos habían logrado sobrevivir. Tyrie nos saludó con gesto cansado en cuanto aparecimos en lo alto de la duna que los cubría; entre los daños causados por el tentáculo y los de la silla de montar, yo apenas era capaz de caminar. El sargento y su grupo parecían todo lo animados que era posible dadas las circunstancias, dedicados a curar sus heridas y a atrapar las monturas antes de que se escaparan, aunque conté muchas cabezas menos de las que recordaba y aún muchos menos caballos,

pero su regimiento no era precisamente famoso por sus excesivas muestras de emoción.

-Creí que le habíamos perdido-, dijo.

-Eso mismo pensaba yo-, respondí, decidido a parecer igual de estoico-. **Y probablemente eso hubiera sucedido de no ser por ellos-,** proseguí, señalando el Land Speeder que seguía girando demencialmente sobre nosotros como una rapaz hasta las plumas de estimulantes, aunque a algo menos de velocidad que tan solo unos segundos antes.

Entonces, me callé, ya que, finalmente comencé a escuchar algo por mi comunicador, una voz tan sonora y profunda como sólo podía serlo la de un marine espacial.

-Dos supervivientes más se unen ahora a los otros. Uno de ellos parece un comisario.

-¿Podría ser Caín?-, preguntó una nueva voz que me tomó completamente por sorpresa. Es bastante inusual escuchar la voz de un humano normal en la red de comunicaciones del Adeptus Astartes y aún más raro escuchar la de una mujer.

-Podría-, dije, uniéndome a la conversación**-. Lamento llegar algo tarde a nuestra reunión, magos, pero las cosas se complicaron inesperadamente.**

En realidad, la voz podría haber sido la de cualquiera, pero sabía que los Recobradores sólo tenían siervos masculinos en el capítulo [148] y no podía haber muchos entre sus anfitriones del Mechanicus en los que confiaran tanto. Dada la estrecha colaboración entre Sholer y Kildhar en la investigación, no había sido tan difícil adivinar a quién acababa de escuchar.

[148] Procedentes, como los de otros muchos capítulos, de entre los aspirantes a la iniciación que no lograban superar los rigurosos criterios de selección, pero que, sin embargo, eran considerados dignos de servir en funciones de apoyo.

-Comisario-, respondió Kildhar, sin poder evitar que el asombro tiñera su voz, por mucho que intentara deshacerse de cualquier matiz emocional**-. Debo confesar que nos temíamos lo peor. El Lord General estará satisfecho. La última vez que hablamos, seguía confiando en que siguiera con vida, y eso a pesar de que le aseguré de que tenía todas las probabilidades en su contra.**

-Eso seguramente sea porque él me conoce mucho mejor que las probabilidades-, contesté. Luego, consciente de que tenía que mantener mi reputación de modesto, tuve que añadir unas palabras más**-. Pero puedo decirle que esta vez ha ido por un pelo.**

Miré a mi alrededor, al puñado de Death Riders y a los pocos caballos que parecían tener ya controlados.

-Me temo que aún tardaré un tiempo en reunirme con ustedes-, dije. Fuese como fuese, me pareció que el resto

de nuestro viaje iba ser mucho más duro de lo que ya lo había sido hasta aquel momento.

-No se preocupe-, me aseguró Kildjhar**-. Le recogeremos a la vuelta.**

-¿A la vuelta de dónde?-, pregunté, mientras sentía el familiar y premonitorio cosquilleo en las palmas de mis manos. Sólo se me ocurría un lugar en aquella horrible y devastada tierra capaz de tentar a la magos biologis para que saliera de su cómodo dominio en Regio Quinquaginta Unus y que requiriese una escolta de marines espaciales para aventurarse a acercarse, pero seguramente ni siquiera Kildhar podría ser tan imbécil.

-Del lugar en el que se estrelló la bio-nave, por supuesto-, dijo, confirmando de inmediato que así era**-. Recuperamos algunos excelentes especímenes. El apotecario Sholer y yo estamos deseando examinarlos en cuanto volvamos.**

-Buena suerte con eso-, le deseé, comenzando a pensar que, después de todo, compartir la grupa de un caballo con Jurgen durante unos cuantos días no podía ser tan malo.

-Estoy seguro de que el Omnissiah guiará nuestro entendimiento-, respondió ella, tan inmune a los sarcasmos como la mayoría de los de su clase. Como no yo no tenía más que decir, me guardé algunos de los tópicos aprendidos de memoria y que tan útiles me resultaban en mi trabajo y me preparé para romper el contacto**-. No se**

mueva de donde está-, añadió justo antes de que yo cortara la comunicación**-. El Land Speeder puede verle claramente y nos guiará hacia usted.**

Por supuesto, a ella le era muy fácil ~~el~~ decirlo, probablemente porque disfrutaría de la imagen de la espora finalmente muerta, pero debo confesar que a mí me resultaba bastante menos atractiva la idea de permanecer tan cerca de algo que casi me había matado.

Por otra parte, tener a un par de miembros del Adeptus Astartes fuertemente armados observándonos de una altura suficiente como para poder detectar a una amenaza aproximándose desde al menos diez kilómetros de distancia era algo genial.

-Aquí les estaré esperando-, le aseguré y no fue hasta uno o dos segundos después de cortar la comunicación, cuando me di cuenta de que debería haberme acordado de pedirle un TEL (Tiempo Estimado de Llegada).



En realidad, tuve que esperar mucho menos de lo que esperaba. Apenas había pasado una hora, tiempo durante el cual Jurgen y yo soportamos la viciada atmósfera lo más brevemente posible para restaurar nuestras fuerzas con otra barrita de racionamiento y uno o dos tragos de agua, cuando volví a sentir un débil temblor en la arena y a ver

como algunos granos sueltos comenzaban a deslizarse por las laderas más pronunciadas de las dunas. Tras mis encuentros con los tentáculos y el lictor enterrado~~r~~, aquello no me pareció una señal demasiado alentadora y mis manos se dirigieron automáticamente hacia las armas que llevaba al cinto. Jurgen también parecía algo nervioso y tomó entre sus manos su fusil láser, renunciando, de momento, a la mayor potencia de su fuego de su melta. Sin embargo, en esa ocasión, no llegué a desenfundar mi pistola ni mi espada sierra; el Land Speeder seguramente habría podido detectar a cualquier amenaza próxima y, hasta donde yo sabía, la flota colmena no parecía haber desembarcado ningún organismo excavador [149] en la primera oleada.

[149] Algo habitual, ya que, por lo general, los mantienen en reserva hasta las últimas etapas de la invasión tiránida, cuando la mente del enjambre ha logrado identificar las defensas fijas que deben sortear~~se~~.

Poco a poco, la vibración fue aumentado mientras las cascadas de arena iban creciendo tanto en número con en intensidad al tiempo que los caballos se revolvían inquietos y pateaban el suelo. Tyrie y sus hombres parecían despreocupados, dotados de una determinación que les había sido inculcada desde la niñez y especialmente reforzada con tratamientos farmacológicos, pero me di cuenta de que, por si acaso, mantenían sus armas bien a mano. Al cabo de un instante, comencé a escuchar un nuevo sonido, el gruñido de un potente motor y el crujido y el traqueteo de las orugas de un vehículo, algo que hizo que me animara. A pesar de los múltiples problemas que la Guardia había encontrado para que sus Chimeras funcionaran en aquel implacable terreno, sin duda, los fecundianos habrían encontrado alguna forma de resolverlos y los vehículos construidos localmente serían muchos más fiables. Así que, pensando en ello, me encontré

imaginando algo parecido a un transporte oruga acorazado, o a un tractor de artillería Trojan, tal vez con las orugas más anchas para mejorar la tracción en las impredecibles arenas, pero vamos, esencialmente algo parecido a los transportes con los que yo estaba familiarizado.

Sin embargo, el ruido fue aumentado, los caballos se asustaron cada vez más y debo confesar que no podía culparlos. Podía sentir la vibración en mis propios huesos y el rugido del motor era tan fuerte que tuve que alzar la voz para conversar con Jurgen. Si su volumen seguía subiendo, tendríamos que hablar a través de los comunicadores.

-Debe ser eso-, dijo mi ayudante, señalando una masa oscura que acababa de aparecer sobre las dunas y que iba creciendo a medida que se acercaba a nosotros casi de frente.

Yo asentí con la cabeza**-. Parece muy espacioso-,** señalé. La parte superior de su casco tenía la forma del prisma rectangular que solía asociar con los vehículos imperiales, aunque había algo en sus proporciones que me parecía fuera de lugar, aunque no llegaba a entender el qué. Entonces me di cuenta, un vehículo lo suficientemente grande como para que le viéramos por encima de las dunas, tendría que estar inclinándose en esos momentos, mientras subía la pendiente de la siguiente duna, pero seguía retumbando inexorablemente hacia nosotros, recto y nivelado.

-¿Cómo de grande es esa cosa?-, vociferé por el vox.

-Lo suficientemente grande-, me aseguró Kildhar, con un leve rastro de diversión en su voz pese a todos sus esfuerzos por disimularlo**-. Adaptamos una de las cosechadoras de polvo** [150] **para asegurarnos de disponer del suficiente espacio para el adecuado transporte de las muestras.**

[150] Plataformas móviles de recuperación que tamizan la arena en busca de los restos de cualquier tipo de mineral desechado por anteriores generaciones de contaminación medioambiental, o demasiado escasos en milenios anteriores para que merecieran la pena los trabajos de minería convencional.

-Y, ciertamente, parece que lo han conseguido-, concedí, a medida que se iba haciendo evidente la escala del gigantesco vehículo. No era del tamaño de un titán, pero lo parecía, cerniéndose sobre nosotros como un bloque de habitáculos sobre múltiples orugas que, como ya había supuesto, eran lo suficientemente anchas como para distribuir su colosal peso e impedir que se hundiera en la arena.

Me recordaba a uno de los snowliner en los que había viajado y en los que me había refugiado en Nusquam Fundumentibus, aunque aquel leviatán empequeñecía incluso a aquellos enormes transportes, eclipsando el sol cuando se detuvo junto a nosotros. En algún lugar, muy por encima de nosotros, se abrió una escotilla de carga, se desplegó una grúa y un grupo de trabajadores equipados con equipos de protección apareció casi de la nada para, ayudados por la grúa, comenzar a cargar en el compartimento de carga del vehículo todos los pedazos que pudieron encontrar de la espora que casi nos había matado a todos apenas una hora antes.

-Aprovechamos nuestros medios lo mejor que podemos-, explicó Kildhar, con un curioso eco cuando su voz natural se superpuso a su voz en mi comunicador, creando un cierto efecto teatral. La magos estaba de pie en una compuerta situada sobre una de los orugas, a unos cuatro metros del suelo, desde la que una rampa descendían hacia nosotros.

-¿Podemos llevarles a alguna parte?-, le pregunté a Tyrie, pensando que aquello era lo menos que podíamos hacer después de todas las molestias que les habíamos causado, pero el líder de los jinetes negó con la cabeza.

-Preferimos cabalgar-, contestó, algo que no me sorprendió. Subió a su caballo y condujo a sus hombres por lo alto de la duna sin decir una palabra más. Justo antes de desaparecer, se volvió, alzó una mano en señal de despedida y, a continuación, el desierto se lo tragó, como si nunca hubiera existido. Solo quedaban las huellas de los caballos para atestiguar su presencia y ya estaban siendo borradas por el viento. Unos pocos minutos más y hasta aquellos últimos y tenues rastros habrían desaparecido.

-Un tipo extraño-, dijo Kildhar, bajando por la rampa para unirse a nosotros**-. Pero evidentemente bendecido por el Dios-Máquina.**

Después de un breve momento de perplejidad, me di cuenta de que la visión mejorada de Kildhar la debía haber revelado la red de inyectores químicos y otros tipos de alteraciones subcutáneas tan comunes en los soldados de los Death Korps.

-El Emperador nos lo envió en el momento justo-, aseguró Jurger. **-Y a esos marines espaciales-,** continuó, para luego lanzar una torva mirada a la completamente reventada espora que colgaba de la grúa de carga, preparada para ser subida a bordo del extraño vehículo**-. Si no hubieran acabado con ella, esa cosa habría matado al comisario.**

Yo prefería no pensar más en aquello, así que sonreí a Kildhar, algo que no me costó hacer, dadas las tan especiales circunstancias de su llegada**-. Me sorprende que quiera llevarse eso-,** dije, algo a la ligera**-. Yo pensaba que preferiría una viva.**

-De esas ya tenemos una-, contestó, totalmente en serio hasta donde pude ver y, una vez más, me encontré cuestionando su cordura**-. Pero este espécimen es más adecuado para los análisis químicos.**

-Si usted lo dice-, acepté, pensando que lo mejor sería seguirle la corriente, al menos hasta que hubiera podido comer bien y darme un buen baño.

Probablemente, mi uniforme no tendría salvación, pero siempre podía hacer que me enviaran uno desde mis aposentos a bordo de la nave insignia y, de paso, uno para mi ayudante, pese a que haría falta algo más que un simple cambio de ropa para mejorar de forma notable el aspecto de Jurgen.

-¿Supongo que su examen del lugar del impacto habrá sido fructífero?

-Mucho-, me aseguró Kildhar, volviéndose para guiarme a bordo de la enorme oruga. La sensación de tener metal firme bajo mis pies después de tanto andar por las movedizas arenas, fue un increíble alivio, aunque, a medida que subíamos la rampa, me dolían tanto los músculos de mis muslos y pantorrillas, que comenzaron a igualar las molestias que sentía en mi trasero**-. Obtuvimos un gran número de muestras de tejido de los restos de la bio-nave y también el respetable número de especímenes móviles.**

No tuve la oportunidad de preguntar a qué se refería con aquello~~s~~ de los especímenes móviles, ya que eso se hizo evidente en cuanto subimos a bordo. Casi toda la cubierta inferior del rugiente leviatán había sido convertida en robustas jaulas, lo suficientemente altas y anchas como para poder encerrar en ellas a un carnifex, sí alguien fuera lo suficientemente insensato como para intentarlo. En cuanto aparecimos, una manada de hormagantes se lanzó contra los barrotes. Yo me estremecí, recordando la facilidad con la que habían destrozado la cabina del Aquila para devorar el cuerpo del piloto y eché mano a mis armas, pero, entre los chirridos de descargas eléctricas, las bestias fueron lanzadas hacia atrás.

-¿Está segura de que las jaulas son los suficientemente fuertes como para mantenerlos encerrados?-, pregunté. Kildhar asintió con la cabeza algo rígidamente, de la forma en la que lo hacen la mayoría de

los tecno-sacerdotes mientras intentan recordar un lenguaje corporal prácticamente olvidado.

-Deberían serlo-, me aseguró**-. Si estuviesen siendo dirigidos por una mente del enjambre, seguirían lanzándose contra los barrotes hasta que lograran abrir brecha o morirían en el intento, pero a estos solo les guían sus instintos, no la razón. Interviene el sentido de auto conservación así que se apartan.**

-¿Y la cubierta?-, pregunté**-. No puede mantenerla electrificada, se freirían.**

Lo cual, debo confesarlo, hubiera sido una muy buena idea.

-Pues precisamente eso es lo que estamos haciendo-, contestó Kildhar**-. Las jaulas tienen un falso suelo, hecho de un material no conductor. Si lo atraviesan, reciben una sacudida en la cubierta electrificada. El techo también tiene corriente, aunque no veo cómo podrían alcanzarlo.**

-Muy prudente-, dije, deseando que aquella prudencia me tranquilizara. Los estanques digestivos de las flotas colmena están llenos de gente que también había confiado en las precauciones contra los tiránidos y yo no tenía el menor deseo de unirme a ellos. Pero, al menos y por el momento, las criaturas parecían estar bien encerradas, así que tuve que reprimir mi miedo lo mejor que pude.

-¿También está Sholer a bordo?

-No-, respondió Kildhar, negando con la cabeza, esa vez con algo más de confianza**-. Nuestra investigación está en una fase crucial y pensó que lo mejor era que se quedara en el analyticum, con los especímenes xenos.**

-Por lo menos, espero que no estarán intentando arrancarle la cara a nadie-, dije, siguiéndola por una ruidosa escalera metálica situada al final de la cámara. Una vez en las cubiertas superiores, para mi gran alivio, se dirigió hacia los camarotes de la tripulación, en lugar de, como casi me temía, sugerir que fuéramos a echar un vistazo a la espora viva de la que había hablado.

-No lo habían hecho cuando salí-, comentó, algo que no era demasiado tranquilizador, aunque supuse que, si se descontrolaba algo de lo que tenían almacenado en el congelador, el apotecario sería más que capaz de ocuparse de ello**-. Cuando me fui prácticamente ninguno de ellos había revivido.**

Sentí una repentina punzada en la boca del estómago, tal vez debida a que el enorme vehículos- estaba volviendo a ponerse en marcha, aunque lo dudaba**-. ¿A cuántos han intentado reanimar? -,** pregunté, tratando de no gritar.

-Tan solo un puñado de los menos peligrosos-, respondió Kildhar, como si existiera tal cosa cuando se hablaba de tiránidos**–. Dado que hemos tenido la**

oportunidad de hacernos con algunos especímenes vivos de esta generación, pensé que podría ser interesante disponer de algunos de los antiguos para efectuar algunas pruebas comparativas.

-¿Y Sholer ha estado de acuerdo con eso?-, pregunté, sin apenas evitar el shock y el horror en mi voz.

Era indudable, definitivamente Kildhar estaba mejorando al asentir, algo probablemente debido a las practicas que estaba realizando.

-Lo cierto es que me costó un poco persuadirlo-, explicó**-, pero pude convencerlo de que los riesgos eran mínimos.**

Incluso tal vez ella realmente lo pensara, pero, tratándose de una mujer que había tenido como mascotas a unos genestealers durante los últimos sesenta años, nadie me podría culpar de que sus consejos en materia de seguridad fueran escasamente fiables.

-Espero que estén mejor encerrados que sus hormagantes-, dije, como algo más de malicia de la que pretendía [151], pero la magos no pareció ofenderse por el comentario.

[151] Actitud que no es de extrañar, dado la terrible experiencia por la que acababa de pasar.

-Se han tomado todas las precauciones posibles-, contestó, mientras nos conducía a una sala en la que los miembros de la tripulación de la cosechadora podrían descansar por turnos.

No tengo ni idea de cuántos habría normalmente a bordo [152] pero había un par de mesas de comedor de considerable tamaño en uno de los extremos, junto a una cocina de la que brotaban unos apetitosos aromas que desplazaron el olor más áspero y terroso de mi ayudante [153]. Aunque, por otra parte, tampoco creo que yo oliera precisamente a flores. Por suerte, las únicas personas que había a la vista eran unos cuantos mecanos, a los que probablemente les hubieran retirado el sentido del olfato por considerarlo innecesario, u operarios tan acostumbrados a realizar sus tareas en la superficie con tanta frecuencia que Jurgen y yo no seríamos más ofensivamente olfativos para ellos que el resto de sus rutinas diarias. Todos los presentes nos ignoraron, algo que me pareció genial [154]; en aquellos momentos no estaba de humor para conversaciones triviales, así que me hice con un plato de algo caliente y humeante así como de suficiente recafeina como para que en la taza flotara un pequeño acorazado.

[152] Entre doscientos y trescientos, según el tipo de cosechadora, el área de operaciones y el rendimiento esperado de minerales.

[153] Lo que nos indica que, en aquellos momentos, ya había prescindido de la máscara antigás, aunque no queda claro cuando exactamente lo hizo.

[154] Algo que no es de sorprender, dado las armas que llevaba bien a la vista.

Kildhar nos abandonó en cuanto Jurgen y yo nos sentamos frente a nuestros platos, sin duda deseosa de volver a pinchar con un palo a los hormagantes, o lo que fuera que hiciera con ellos y nos dejó comer tranquilos. No voy a mentirles diciendo alguno de los dos echara de menos su compañía, pero, una vez me sentí de nuevo como un ser humano, activé mi comunicador y le pregunté donde estaba, en parte porque ya me sentía lo suficientemente fuerte como para celebrar una sesión informativa y en parte, porque no me fiaba un pelo de ella y no quería perderla de vista durante demasiado tiempo.

-Estoy en el puente de mando-, me informó, para mi enorme sorpresa, ya que me habría apostado el sueldo del mes a que no se separaría bajo ninguna circunstancia de sus preciados especímenes. Acto seguido, aumentó considerablemente mi asombro dándome unas rápidas y precisas instrucciones para llegar hasta allí, indicaciones que mi ayudante y yo no tardamos en seguir.



CAPÍTULO VEINTIUNO

El puente de mando estaba situado en el nivel superior de la enorme máquina y rodeado por un ventanal de cristal blindado de forma elíptica más alto que yo, algo que le proporcionaba a su capitán una vista panorámica del terreno por el que se movía. No puedo negar que la vista era realmente espectacular, con el estéril desierto ondulándose como un océano de arena y tan por debajo de nosotros que podríamos haber estado volando, como el Land Speeder de los Recobradores, que seguía dando vueltas sobre nosotros, manteniéndose siempre a la misma altitud [155]. Desde allí arriba, podía verse claramente la lejana colmena, y hacia popa, siguiendo la curvatura del horizonte, se veían las nubes bajas de una lejana tormenta de arena haciéndose eco de las murallas, los barrios residenciales y las manufactorias, como si de un fantasmal espejo se tratara.

[155] Presumiblemente porque su piloto tendría algunas dificultades para viajar tan despacio como la pesada cosechadora.

-Resulta difícil creer que algo de ese tamaño y tan sólido pueda llegar a caer- comentó Yail, mientras yo miraba pensativamente los irregulares contornos de los muros de rococemento. El marine espacial volvía a llevar su servoarmadura de Exterminador, que mostraba varios nuevos cortes en su ceramita, alzándose sobre todos los presentes en la ruidosa sala mientras atravesaba majestuosamente el quincunce de atriles de control al tiempo que los siervos que los manejaban se apartaban

nerviosamente de su camino, como si de ratas de cloaca se trataran, pero, sinceramente, ¿quién podría culparlos?

-Ambos sabemos perfectamente que eso puede pasar, si los tiránidos consiguen desembarcar en el planeta el suficiente número de organismos-, le dije. Él asintió.

-Es cierto- contestó. **-Con los tiránidos, siempre es cuestión de números.**

Por un instante, mi imaginación llenó las arenas que nos rodeaban de todo tipo de horrores y me estremecí ante la idea, pero Yail continuó hablando con total confianza.

-Sin embargo, la estrategia y nuestra fe en el Trono Dorado están de nuestro lado. Y yo sé muy bien en qué prefiero confiar.

-Bien dicho- coincidí, porque siempre es prudente estar de acuerdo con más de dos metros de superguerrero genéticamente mejorado que además portaba la servoarmadura más resistente conocida por la raza humana.

-Yo prefiero confiar en el poder del intelecto- dijo Kildhar, acercándose a nosotros tras haber concluido su conversación con el capitán del vehículo. Fuera cual fuera de lo que hubieran hablado, la magos no parecía nada satisfecha. **-Seguramente sea el arma más poderosa**

con la que el Omnissiah ha tenido a bien bendecirnos.

-Y una, que en la que claramente está usted más capacitada que yo- la alague por descarte, ya que, en aquellas circunstancias, probablemente no hubiera servido de nada el expresar lo que realmente opinaba. **-¿Cómo van sus investigaciones?**

Nada más terminar de hablar, me di cuenta de mi error. Nunca he conocido a un tecno-sacerdote que haya sido capaz de resumir sus trabajos y no se tomara una pregunta educada como una excusa para lanzarse a una detallada exposición de su particular obsesión. Si tienen pulmones augméticos o un codificador de vox, ni siquiera necesitan hacer una pausa para respirar y pueden estar hablando durante horas [156], pero, afortunadamente, Kildhar no disponía de nada de eso y pude meter baza después de tan sólo un par de minutos. Ni siquiera tuve que preocuparme de que mis ojos se pusieran blanco mientras hablaba, ya que siempre podía alegar el cansancio debido a nuestra caminata por el desierto, aunque dudo mucho que ella se diera cuenta.

[156] Literalmente.

-En términos que un lego en la materia pueda entender- añadí a la primera oportunidad.

Mi comentario pareció sorprenderla completamente y dejó de parlotear para quedarse mirándome fijamente, como si

se tratase de un servidor enfrentándose a una situación para la que no está programado.

-Estamos siguiendo varias líneas de investigación bastante prometedoras- dijo finalmente, tras una prolongada pausa.

-¿Por ejemplo?- pregunté.

-El reajuste sub-molecular de los neurotransmisores en el tejido cerebral de los organismos bajo la dirección de una mente colmena ofrece algunas e intrigantes probabilidades- explicó finalmente. **-Por supuesto, reproducir esas condiciones en el analyticum es muy difícil sin descongelar el nodo de la colmena recuperado en Nusquam Fundumentibus, pero Sholer, el apotecario, es inflexible en su postura de no dejarme hacerlo.**

Aquellas últimas palabras fueron pronunciadas un tono ligeramente molesto, algo que me hizo sospechar que ella había estado recomendando especialmente aquel experimento y que su idea había sido rechazada de plano. Me quedó muy claro que Sholer era, con mucho, el más prudente de los dos y, pese a mis más que considerables dudas iniciales sobre la conveniencia de su investigación, mi opinión sobre el apotecario mejoró notablemente.

-Sin embargo, hemos tenido cierto éxito en nuestras simulaciones con el cogitador, lo que nos lleva a

pensar que podría ser posible interferir en su mecanismo de control.

-¿Pueden bloquear la mente colmena?- pregunté asombrado, mientras una repentina esperanza aparecía en mi mente. Si aquello era posible, proporcionaría a la humanidad una tremenda ventaja táctica, al convertir los inmensos e imparable ejércitos tiránidos en simples enjambres de descerebradas bestias guiadas por sus instintos. Todavía seguirían siendo endemoniadamente peligrosas, por supuesto, pero serían mucho más fáciles de combatir y de vencer que a un grupo cohesionado guiado por una mente maligna.

-En teoría- dijo Kildhar, **-aunque el encontrar un método eficaz para hacerlo requerirá de muchas más investigaciones.**

-Algo para lo que no tenemos tiempo- finalicé la frase por ella.

-Lamentablemente, así es- estuvo de acuerdo Kildhar. **-Salvo que se produzca algún inesperado avance, la investigación necesaria aún podría llevarnos dos o tres décadas más.**

Y para entonces, Fecundia ya habría rechazado el ataque por medios convencionales, o habría sido reducida a estériles cenizas perdidas en la estela de una fortalecida flota colmena lo suficientemente grande como para devorar toda la región del Golfo.

-El mejor curso de acción es mantener el bloqueo- afirmó Yail con firmeza. **-Si la Armada puede causarles suficientes pérdidas, los tiránidos se verán obligados a retirarse en busca de presas más fáciles.**

El marine espacial se dirigió hacia un hololito situado en un rincón, un aparato que sospeché había sido instalado allí para ponerme al día, ya que, en cuanto lo activó, apareció en él la ya familiar imagen de Fecundia y la flota de naves que la orbitaban.

-Hasta que no establezcan una cabeza de puente en la superficie, no podrán reponer la biomasa que están perdiendo- señaló. **-Es, simplemente, cuestión de aguantar, hasta que lleguemos a un punto de inflexión.**

-Eso será si podemos- dije, estudiando atentamente la pantalla táctica. **-Ellos tienen un montón de naves en reserva y cada una de las nuestras que inutilizan o paralizan, crea una brecha en nuestras defensas orbitales. Una vez hayan creado las suficientes, podrán comenzar a desembarcar en masa.**

-Nosotros rechazamos su primer asalto- dijo Kildhar, como si ella hubiera estado manejando una de las torretas de defensa antiaérea. Yail y yo intercambiamos una mirada.

-Eso no fue un verdadero asalto- expliqué cuidadosamente. **-Estaban sondeando nuestras**

defensas, nada más. Las bio-naves exploradoras que conseguimos derribar sólo fueron un premio añadido.

-Por suerte, muchas de las esporas cayeron en el desierto- dijo Jurgen. **-Si hubieran atacado las colmenas, eliminar en ellas a los tiránido hubiera sido un autentico quebradero de cabeza.**

-Algunas si lo hicieron- respondió Yail, disimulando perfectamente su posible sorpresa por la repentina intromisión de mi ayudante. El marine espacial volvió a calibrar el hololito y una serie de iconos de iconos aparecieron por toda la superficie del planeta. **-Por suerte, el Lord General lo había previsto y la Guardia Imperial pudo contener los ataques.**

-El Señor de la Guerra es muy bueno en su trabajo- contesté distraídamente mientras estudiaba la pantalla con creciente inquietud. Como era de esperar, las mayoría de los iconos tiránidos estaban situados en los principales centros de población o cerca de ellos, allí donde se situaban las mayores concentraciones de biomasa, pero había un pequeño grupo de criaturas en el desierto, justo donde estábamos nosotros.

Me estaban volviendo a picar las palmas de mis manos. No sabía explicar el por qué, pero había algo en aquel pequeño grupo de contactos que me parecía siniestro. Por supuesto, no es tan raro que los tiránidos aterricen en zonas baldías de los mundos que han elegido como presa, esperando su momento mientras acumulaban fuerzas mediante rápidas incursiones y veloces retiradas, una táctica que ya había

visto personalmente en demasiadas ocasiones, aunque no recordaba ni un solo caso en lo que lo hubieran hecho al mismo tiempo que atacaban objetivos mucho más tentadores. Los puntos de aterrizaje en el desierto estaban demasiado cerca los unos de los otros como para ser meramente aleatorios, lo que significaba que la mente colmena que los había enviado allí, tenía que tener ya algún objetivo.

Y por allí, sólo había objetivo que tuviera cierto sentido. **-Regio Quinquaginta Unus-** dije, apenas consciente de que había dicho en voz alta lo que estaba pensando.

-Allí está- me respondió Kildhar, ligeramente sorprendida, mientras señalaba hacia la enorme hoja de cristal blindado que rodeaba el puente de mando. **-Ya debería poder verlo.**

Y en efecto, ya podía verlo, la estructura hexagonal se alzaba a lo lejos sobre la arena, casi como la recordaba cuando la vi por primera vez. Sólo que en esa ocasión me encontré mirando hacia arriba, incluso desde la tremenda altura a la que nos encontrábamos. El santuario se alzaba sobre la cosechadora como una meseta artificial, tan imponente en su solidez que, durante un momento, comencé a preguntarme si realmente algo podría amenazarlo, aunque mis anteriores encuentros con las voraces hordas de la mente-colmena me indicaban todo lo contrario. He visto fortificaciones mucho más formidables que aquellas arrasadas por la interminable marea de malévola bestias quitinosas y se a la perfección que la confianza en uno mismo frente a los tiránidos nunca acaba bien.

-Allí hay algo que la mente-colmena quiere- dije, exponiendo mi razonamiento de la forma más rápida y concisa posible.

Yail asintió pensativo. **-Estoy de acuerdo-** concluyó, tras echar un rápido vistazo al hololito, asimilando al instante la información táctica. Ambos miramos a Kildhar, que nos devolvió la mirada.

-No tengo ni idea de qué podría ser- contestó. **-Yo estudio su fisiología, no sus procesos mentales.**

-Y mientras lo hacía, ha reunido todo un pequeño ejército de esas cosas- dije, incapaz de creer que alguien tan inteligente pudiera ser tan estúpido.

-Pero ahora están inertes, congelados- protestó Kildhar.

-De momento- repliqué, recordando la facilidad con la que aquellas horribles criaturas habían revivido en su tumba helada en Nusquam Fundumentibus.

-Sea cual sea su objetivo- intervino Yail, **-seguir llevando especímenes vivos al interior del santuario me parece tremendamente desaconsejable. Lo único que estaríamos logrando, es hacer el trabajo de la mente colmena.**

-Y eso por decirlo de una forma suave- coincidí. El rostro de Kildhar se puso rígido (aparte, evidentemente, de sus componentes metálicos, que ya eran lo bastante rígidos de por sí).

-El único propósito de reunirlos era hacer pruebas, con la esperanza de poder encontrar un punto débil que podamos explotar contra ellos. Y eso será imposible a menos que los transportemos al analyticum. Debo insistir en que los entreguemos, tal y como estaba previsto.

-¡Y yo debo insistir en que nos abstengamos de hacer semejante estupidez!- exclamé, girándome para mirarla**. -Si lo desea, puede consultarlo con Dysen, pero puedo decirle ahora mismo lo que le contestará. Y lo mismo opinará el Lord General.**

En realidad, conociendo a Zyvan, lo que diría seguramente requiriese de una breve y discreta elaboración antes de poder hacerlo público, pero no tenía el menor sentido entrar en detalles en aquellos momentos.

-Por mi parte, consultaré al apotecario Sholer lo antes posible- dijo Yail, y para disgusto de todos, allí quedó en suspenso la discusión hasta que llegamos al santuario.



-Su análisis de la situación táctica me parece sumamente acertado- afirmó Sholer.

El apotecario había tardado cierto tiempo en terminar lo que fuera que estuviera haciendo en lo más profundo de las instalaciones, algo que yo aproveché para darme un buen baño caliente y mandar a lavar lo que quedaba de mi uniforme. Aunque yo hubiese preferido un cambio completo de ropa, no disponíamos del tiempo para organizarlo y, en cualquier caso, yo tenía la intención de partir a bordo de la primera lanzadera que llegara al santuario. A pesar de mi pelo y de mi abrigo húmedo, pues no había dispuesto del tiempo necesario para que se secaran del todo, el hecho de que ambos estuvieran libres de la mayor parte de la arena que habían acumulado durante los últimos días me hacía sentir mucho más cómodo y optimista.

-Me alegra que esté de acuerdo- dije, dando un agradecido sorbo a la taza de recafeina que Jurgen me había entregado antes de salir en busca de algo de comida para acompañar. En la sala de reuniones de paredes de acero hacia algo de frío, incrementado por la humedad que aún me acompañaba. Debíamos estar cerca de la cámara frigorífica donde permanecían congeladas las criaturas que habían llevado hasta allí desde Nusquam Fundumentibus.

Éramos un pequeño grupo, tan solo el apotecario, Yail, Kildhar y yo. Dysen había enviado un mensaje de vox para comunicarnos de antemano que estaría de acuerdo con cualquier cosa que decidiéramos, pero lo hizo mediante un discurso redactado cuidadosamente para que, si todo se convertía en un desastre, nadie pudiera decir que nos había

apoyado activamente y Zyvan estaba demasiado ocupado como para que se pudiera contactar con él, aunque en aquel momento sospeché que, eso, no era ni mucho menos una simple coincidencia.

-Sin embargo, la magos también tiene razón- continuó Sholer, haciendo que casi me atragantara con el amargo líquido, **-y ha presentado unos argumentos muy persuasivos-** agregó, he hizo una pausa para mirar a Kildhar, que estaba sentada inmóvil en una de las sillas de metal que rodeaban la mesa central, fingiendo estar absorta en los datos que corrían por la pantalla que tenía frente a ella. Era la única que estaba sentada; como ya he comentado anteriormente, los marines espaciales rara vez toman asiento y yo había encontrado aquellas malditas sillas tremendamente incómodas, y más en aquellos momentos, cuando el recuerdo de tantas horas sobre una silla de montar aún seguía fresco en mi mente y en otras partes de mi cuerpo. **-Aunque no me queda más remedio que estar de acuerdo con el comisario Caín y el hermano sargento. El riesgo de permitir que algunos organismos se infiltren en el santuario es demasiado elevado como para arriesgarse.**

-No estoy de acuerdo- replicó Kildhar, haciendo un evidente esfuerzo para mantener el tono de voz neutro que uno espera oír en un tecno-sacerdote. Si yo hubiera tenido que juzgar aquella situación, juraría que ella hubiera preferido tirarle a la cabeza del apotecario la placa de datos que tenía en la mano. **-Los especímenes que ha descongelado, siguen bien vigilados. Las mismas precauciones deberían ser suficientes para mantener confinados a los nuevos.**

Sentí un nuevo pinchazo de inquietud. **-Sólo por curiosidad-** pregunté, disimulando mis temores mucho mejor que Kildhar. **-¿Cuántos tiránidos ha descongelado?**

-Once hormagantes- respondió de inmediato Sholer, de una forma que me pareció demasiado frívola teniendo en cuenta lo letales que son tales criaturas. **-Estaban agrupados juntos en el hielo, por lo que deduje que todos pertenecían a la misma camada.**

-Una deducción muy razonable- dijo Kildhar, aprobando claramente aquel razonamiento, **-que debería ayudarnos a compararlos con otros semejantes.**

-¿Y dónde están ahora?- preguntó Yail, mirando a la puerta como si esperara que todo un enjambre de tiránidos comenzara a intentar abrirse paso a través de ella en cualquier momento. Cuando un marine espacial con una servoarmadura [157] se muestra inquieto, nunca es una buena señal. Yo mismo tuve que reprimir el impulso de desenfundar mis armas.

[157] No queda del todo claro si, como ya había sucedido anteriormente, Yail había descartado en aquel momento su servoarmadura de exterminador a favor de una armadura táctica más ligera, pero parece probable.

-En los corrales de retención del nivel inferior- contestó Sholer. **-Están bien vigilados, se lo aseguro.**

-¿Al igual que los genestealer que andaban sueltos por el santuario?- pregunté, quizás algo bruscamente, pero dadas las circunstancias, no estaba de humor para sutilezas.

-Esa comparación es completamente absurda- rezongó Kildhar, con bastante mala ostia para ser alguien que se supone está más de allá de cualquier muestra de emoción. **-Los genestealers son capaces de realizar razonamientos abstractos, especialmente los híbridos. Podrían haber planeado su fuga y burlar las medidas de seguridad usando su inteligencia. Por el contrario, los hormagantes con sólo bestias impulsadas por sus instintos.**

-A menos que una mente colmena esté dirigiendo sus acciones- señaló Yail.

-Ese no es el caso- señaló Kildhar con vehemencia, como si aquello fuera algo que ya debería ser obvio para todos. **-Ninguna criatura sináptica los acompañaba.**

-Pero, ¿no podrían haber sido pre-programados?- pregunté. **-¿Cómo los servidores?**

-Una idea muy intrigante- intervino Sholer, impidiendo la indignada negación que la tecno-sacerdote estaba a punto de pronunciar. **-No hay ninguna constancia de que haya sucedido algo así anteriormente, aunque eso no significa que no sea posible.**

-¡Se están dejando asustar tan solo por unas sombras!- gritó Kildhar, abandonando cualquier pretensión de mantener la calma. **-Si queremos tener una oportunidad de vencer a las flotas colmena, no sólo aquí, sino en el resto de la galaxia, tenemos que mantener la calma y pensar las cosas fríamente.**

Después de aquel exabrupto, la magos respiró profundamente. **-Me disculpo por la innecesaria vehemencia de mis comentarios.**

-Todos hemos estado sometidos a una gran tensión- dije con diplomacia, aunque, entre nosotros, dudaba mucho que los marines espaciales considerasen eso como algo desagradable. Llevaban toda su vida enfrentándose a los enemigos del Emperador y era muy poco probable que se emocionaran cuando sus últimos enemigos aparecían delante de las miras de sus bolters.

-¿Quizás le gustaría inspeccionar los corrales?- preguntó Sholer, dirigiéndome a mí aquel comentario, aunque una leve inclinación de cabeza incluyó a Yail en la invitación. **-Tal vez eso alivie sus preocupaciones.**

-Tal vez sí- contesté, aunque lo dudaba mucho.



Los corrales estaban situados unos cuantos niveles por debajo de la sala de reuniones y, tal y como había previsto, la temperatura allí era muy baja. Me estremecí y agradecí la taza de recafeina que aún tenía en la mano y el bocadillo de grox salado caliente que Jurgen había conseguido de vaya usted a saber dónde.

-¿Lo ve?- dijo Kildhar, con el tono y la actitud de quien señala algo evidente. **-Los especímenes están completamente seguros.**

-Cierto, eso es lo que parece- tuve que reconocer. Miramos hacia abajo, hacia un profundo pozo cuadrado revestido de ceramita, demasiado resbaladizo como para que el grupo de hormagantes que pululaban en su interior pudieran agarrarse a ellas con sus garras, además, estábamos separados de ellos por un cristal blindado lo suficientemente grueso como para haber protegido el visor del conductor de un Leman Russ. Por debajo de las bestias y sobre ellas, unas mallas de acero cubrían la cámara, crepitando de vez en cuando las parte de la energía que corría por ella se filtraba al aire frío y húmedo, eso por si acaso se las arreglaran para subir.

-Por supuesto, los genestealers podrían haber trepado y escapado de esta cámara en un abrir y cerrar de ojos, pero los hormagantes no están tan adaptados para las escaladas.

-Por esa razón me pareció que, de momento, lo más prudente era restringir nuestras investigaciones a los

hormagantes- dijo Sholer, **-dado lo relativamente fácil que es mantenerlos encerrados.**

-Algo muy prudente- coincidí con tacto, dado que parecían estar realmente decididos a seguir adelante, cortejando al desastre. Los termagantes son capaces de disparar, los genestealers ya habían demostrado sobradamente que eran capaces de liberarse y la mayoría de las otras criaturas congeladas eran capaces de excavar su camino hacia la libertad, lo suficientemente fuertes como para rasgar directamente las paredes, o podían comunicarse directamente con la mente colmena, y ninguna de tales perspectivas eran particularmente tentadoras en aquellos momentos.

-Entonces no veo ninguna razón para no colocar a los hormagantes que hemos capturado hoy en una cámara adyacente- dijo Kildhar, volviendo de nuevo al tema que realmente la interesaba. Yail y yo nos volvimos hacia Sholer, con la esperanza de que fuera capaz de convencerla para que abandonara todo el asunto, pero, para nuestra mutua sorpresa, el apotecario pareció dudar.

-Tal vez podamos quedarnos con los hormagantes- comentó pensativo, mientras Yail y yo nos mirábamos con una mezcla de consternación e incredulidad.

-Le recuerdo que hace tan solo unos minutos dijo que el riesgo era inaceptable- expuse. El apotecario asintió, mientras meditaba su respuesta.

-Así es- respondió lentamente, **-pero, pensándolo bien, la magos Kildhar sigue presentando unos argumentos muy convincentes. No cabe la menor duda de que el tiempo es esencial y nuestro trabajo sería mucho más rápido y eficaz si tenemos a manos las instalaciones del analyticum.**

-¿Y los otros especímenes?- preguntó Yail, un instante antes de que pudiera hacerlo. **-¿Los purgamos?**

-Para nada- dijo Kildhar. **-De momento, podemos dejarlos en la cosechadora y estudiarlos allí.**

-Preparados para ser absorbidos por un enjambre en cuanto llegue la segunda oleada- dije, sin hacer el más mínimo esfuerzo por ocultar lo que pensaba al respecto.

-Podemos tomar las adecuadas precauciones- explicó Kildhar, **-como ya hemos hecho con los especímenes recuperados de la bio-nave. He dado instrucciones al capitán de la cosechadora para que anule los seguros de núcleo de energía de los motores. Si llegara a ser necesario, podríamos detonarlo y esterilizar la carga.**

-Eso podría funcionar- tuve que conceder de mala gana. No era de extrañar que el capitán de la gigantesca máquina pareciera tan angustiado.

-Lo hará- me aseguró la magos, probablemente confundiendo mi concesión con aprobación.

Me volví hacia Sholer. **-¿Debo entender que ya se han realizado los arreglos necesarios en el congelador?**

-En cierto modo- contestó el apotecario. **-La sugerencia del archimagos Dysen era, en esencia, muy acertada. Los reactores han sido reconfigurados para evacuar plasma puro directamente a la cámara, para que vaporice casi instantáneamente todo lo que haya en ella. La única parte del proceso que requirió algo más de tiempo fue la excavación de unos conductos para aliviar la presión hacia la superficie, para que el vapor en rápida expansión tenga a donde ir-** explicó, permitiéndose una leve sonrisa, una expresión que normalmente no se asocia a un miembro del Adeptus Astartes. **-Sería irónico destruir el santuario mientras lo intentamos salvar.**

-Así es- dije, no tan tranquilo como me hubiera gustado**. -Esos conductos de ventilación. No serán lo suficientemente grandes como para que algo se arrastre por ellos, ¿verdad?**

-Concédanos algo de crédito, comisario- contestó Kildhar. **-Por supuesto que no-** prosiguió, pero luego dudó un instante. **-Bueno, puede que algunos de los organismos más pequeños pudieran caber, pero hemos colocado rejillas en ambos extremos de los conductos. Y, de todas formas, no hay nada ahí abajo que vaya a moverse, están todos congelados.**

-Eso es cierto- dije. **-Pero también me preocupa que pueda entrar algo desde el exterior.**

-Si lo hacen, serán vaporizados junto a los demás- señaló Yail. **-Pero, de todos modos, me aseguraré que se destinen servidores de combate para que cubran la salida a la superficie de los conductos de ventilación.**

-Entonces creo que todos estamos de acuerdo- dijo Sholer, aunque él parecía ser el único que opinaba eso. **-Trasladaremos a los hormagantes que la magos Kildhar ha capturado al corral adyacente y continuaremos nuestras investigación durante todo el tiempo que podamos.**

A continuación, se volvió hacia Yail, que todavía parecía debatirse entre la lealtad a su capítulo y el simple sentido común. Desgraciadamente, como siempre sucede con los marines espaciales, la lealtad se impuso.

-Yo me encargaré de la seguridad- dijo Yail, sin que todo el asunto acabara de agradarle.

-Entonces ya no tenemos de que preocuparnos- concluyó inexpresivamente Sholer y se volvió hacia Kildhar. **-Deseo que comprenda que, aunque por el momento me hayan convencido sus argumentos, en el momento que vea el más mínimo indicio de peligro para este santuario o para las personas que lo habitan, vaporizaré hasta el último ejemplar.**

-No esperaba menos- dijo Kildhar, asintiendo con fuerza.



CAPÍTULO VEINTIDOS

-Están completamente locos- le dije a Zyvan a través del enlace de vox, sin que me importara un pimiento si alguien pudiera estar escuchando la transmisión. **-Ahora que ya estamos seguro de eso, necesito un transbordador aquí lo antes posible.**

Y a poder ser, por supuesto, antes de que ocurriera lo inevitable, el santuario fuera invadido y todo el mundo devorado, yo mismo incluido. Pero no tenía ningún sentido que pareciera que estaba deseando huir presa del pánico, aunque aquella fuera la pura verdad, así que tuve que añadir algo más.

-Ya he perdido demasiado tiempo lejos de la guerra real.

-No te preocupes, Ciaphas- me aseguró Zyvan, con un leve toque de diversión en su voz. **-Estarás de vuelta en la nave antes que llegue la siguiente oleada. Has luchado contra los tiránidos más veces que cualquiera de nosotros y necesitaré de tu experiencia en el centro de mando cuando volvamos a enfrentarnos a ellos.**

Aquellas palabras me supusieron un tremendo alivio. Pese a todas mis reticencias de estar a bordo de una nave espacial

mientras se aproximaba la flota tiránida, seguía siendo preferible a quedar atrapado en tierra una vez desembarcara el grueso del contingente invasor. En el peor de los casos, si la Armada se veía obligada a romper el contacto y a huir, yo podría escapar con ellos en lugar de quedar varado en un mundo condenado a ser devorado. Eso, a no ser que los monstruosos seres que había entrevisto en las pictografías de la flota de reconocimiento tau no me alcanzaran primero...

Dividido entre aquellas dos pesadillas, vacilé durante un momento, pero finalmente se impuso la razón. En el santuario corría claramente peligro y todo por la imprudente insistencia de Kildhar de introducir en el interior las criaturas que había capturado. Además, era inútil preocuparse por algo que sólo podría ocurrir en el futuro.

-Estaré esperando en la plataforma de aterrizaje- dije. Zyvan ~~se~~ sonrió, claramente pensando que yo estaba ansioso por volver a la lucha.

-Te aburrirás bastante- contestó. **-La Armada tardará un tiempo en tener alguna lanzadera disponible. Ahora mismo, todas se están rearmando y reabasteciéndose, antes de que los tiránidos vuelvan a atacar. La prioridad para asignar alguna para transportar a alguien es muy baja, incluso si ese alguien eres tú.**

Mierda, pensé. Parecía que iba tener que seguir allí atrapado al menos durante varias horas. Sin embargo, no tenía sentido parecer irritado por la noticia, ya que se

suponía que yo era un Héroe Imperial que siempre anteponía el deber a todo lo demás, así que adopté un tono de alegre resignación.

-Eso no hace falta ni que lo diga- dije con despreocupación. **-Pero esta vez, traten de no empezar sin mí.**

-Haremos todo lo posible- me aseguró Zyvan, **-y te avisaremos en cuanto tu transporte esté en camino.**

Lo cual, supongo, era lo máximo que podía esperar.

-Lamento molestarle, señor- dijo Jurgen, con su peculiar olor filtrándose en la habitación que habían puesto a mi disposición uno o dos segundos antes que él. Como la mayoría de habitaciones para invitados del Adeptus Mechanicus de las que me había visto obligado a disfrutar a lo largo de los años, estaba limpia, tenía una disposición ergonómica y era curiosamente deprimente; lo más parecido a un toque humano era un icono devocional con el engranaje dentado situado en uno de los rincones. **-El apotecario Sholer ha pensado que tal vez le gustaría echar un vistazo a los hormagantes recién llegados a los corrales.**

-Supongo que debería- contesté, algo más animado al observar que mi ayudante, en lugar de dejarlo en un rincón de la habitación contigua que habían puesto a su disposición, seguía llevando su melta. Zyvan y el almirante querrían que les proporcionara un informe tan completo

como fuera posible de lo que estaban tramando el Mechanicus y los Recobradores y que yo inspeccionara las medidas de seguridad que hubieran podido tomar para mantener encerrados a los especímenes recién llegados, para tranquilizarlos, aunque, sinceramente, dudaba mucho que aquello llegara a tranquilizarme a mí. Toda aquella empresa llevaba la palabra *Catástrofe* escrita por todas partes y lo mejor que yo podía hacer era estar todo lo lejos posible antes de que todo saltara en pedazos.

[158] La primera vez que menciona directamente al oficial naval al mando de la flota, el almirante Boume, un comandante muy condecorado y respetado. Caín le había enviado una copia de cada uno de los informes que enviaba al Lord General Zyvan, pero el almirante y Caín no parece que llegaran nunca a encontrarse cara a cara, algo lógico, ya que Caín estuvo adscrito a la Guardia Imperial durante todo su tiempo de servicio y la Armada tiene sus propios comisarios asignados.

No puedo negar que, con mi ayudante con el melta colgado al hombro, me sentí algo más animado dado el lugar al que nos dirigíamos, e incluso llegué a saludar afablemente con un gesto de cabeza a algunos de los skitarii que patrullaban en parejas los corredores con aspecto algo tenso. Estaba claro que les habían instruido para que estuvieran preparados para los problemas, algo que reconfortó en parte al saber que no me iban a dejar solo si llegaba a suceder lo peor (o mejor dicho, cuando probablemente ocurriera lo peor), aunque seguía aferrándome obstinadamente a la esperanza que ya me habría ido cuando ocurriera.

Kildhar y Sholer nos esperaban en la galería de observación. Al entrar, eché un vistazo al corral que tenía debajo, esperando ver al mismo enjambre de hormagantes que había visto la última vez que estuve allí. Sin embargo, en

lugar de estar caminando en el interior de la jaula, o sentados en los rincones, todo se habían agrupado en un rincón, alzando las cabezas, como si estuvieran olfateando el aire.

-¿Qué les pasa?- pregunté.

-Eso es justo lo que estábamos discutiendo- dijo Sholer. **-Anteriormente, nunca habíamos observado este comportamiento.**

-Están percibiendo la presencia de los nuevos especímenes- señaló Kildhar, con un más que evidente esfuerzo para modular su voz; estaba tremendamente emocionada [159] ante la perspectiva de probar sus teorías.

[159] Casi seguro que, en buena parte, es una licencia poética por parte de Caín, ya que una tecno-sacerdote de su veteranía y estatus, tendría algo más de práctica ocultando sus emociones.

-Y hablando de ellos- dije, **-¿dónde están?-.** Hasta donde podía ver, la jaula adyacente estaba vacía, a menos que tuvieran un lictor especialmente bien camuflado escondido en su interior.

-Ya están en camino-, me aseguró Kildhar, dirigiéndose hacia un panel de control situado en la pared, debajo de la plancha de cristal blindado. Pulsó un par de interruptores y una de las paredes del corral vacío se deslizó hacia un lado, revelando un oscuro túnel. Un momento después, un torrente de hormagantes entró en la cámara y la escotilla se

cerró silenciosamente tras ellos. **-Estarán desorientados durante unos minutos**- explicó la magos biologis-, **explorando lo límites y buscando una salida.**

-Pues a mí no me parece que estén desorientados- dije, mientras toda la manada se arremolinaba en el corral para lanzarse contra la pared que los separaba de los termagantes del corral adyacente. Esos también se animaron y comenzaron a atacar la barrera con sus garras de guadaña, aparentemente sin que les disuadiera su falta de éxito al intentar atravesarla.

-Fascinante- dijo Kildhar. **-Están tratando de unirse, de formar un grupo más fuerte.**

-Algo que sería muy mala idea- les recordé a todos, por si acaso habían olvidado algo tan básico.

-Sí que lo sería- estuvo de acuerdo Sholer, con casi toda su atención puesta en el incomprensible flujo de iconos y texto que corrían tan rápido por la pictopantalla que tenía frente a él que era prácticamente ilegible.

El marine espacial miró a Kildhar, que, si cabe, parecía aún más absorta mientras contemplaba los parpadeantes datos que fluían frente a ella.

-Detecto una mayor actividad en los ganglios basales de todos los sujetos monitorizados.

-Yo también- respondió la magos, **-aunque, dado que sólo tuvimos tiempo para implantarlos medidores externos, los resultados de los especímenes recién capturados serán menos completos y posiblemente menos fiables.**

-¿Le importaría a alguno de ustedes explicarme que está pasando?- pregunté, añadiendo algo apresuradamente, en cuanto vi que Kildhar abría la boca para responder. **-En términos sencillos, por favor.**

-Estamos intentando monitorizar la actividad cerebral de las criaturas, algo que ha cambiado significativamente en cuanto ambos grupos se apercibieron de su mutua presencia- me contestó. **-Es una tarea de extrema complejidad-** añadió tras una breve pausa, algo que, en la práctica, significaba que *me callara y los dejara trabajar*.

Miré hacia abajo y vi unas pequeñas cajitas de metal, del tamaño de una placa de datos, remachadas a los caparazones de los recién llegados. Los hormagantes descongelados no lucían tales "*adornos*", pero me pareció detectar algunos pequeños daños en la quitina de sus cabezas, como si recientemente les hubieran abierto algunas heridas punzantes en ellas y sólo se hubieran curado parcialmente [160].

[160] Posible, pero muy poco probable. Probablemente, la imaginación de Caín estaba llenando un vacío, tal vez tras haber creído la insinuación de Kildhar de que había logrado implantar quirúrgicamente un sofisticado equipo de control en los tiránidos extraídos del congelador.

-Parecen muy alterados- señalé. Ambos grupos seguían lanzándose con absoluta determinación contra el muro que los separaba, pero, afortunadamente, apenas estaban logrando causar algún daño a la gruesa losa de ceramita.

-Como ya predije- dijo Kildhar, **-sienten el impulso de unirse. Cuando lo hagan, su actividad cerebral debería sincronizarse.**

-Menos mal que no lo van a lograr- apunté, justo cuando la magos pulsó otro interruptor. La pared entre las dos jaulas comenzó a hundirse en el suelo y ambos grupos de hormagantes se volvieron aún más frenéticos, si cabe, saltando y forcejando unos con otros por ser los primeros en llegar a lo alto.

-¡Qué demonios se cree que está haciendo!

-¡Recoger datos!- me espetó Kildhar. **-¡Podríamos estar a punto de salvar la galaxia!**

-¡Y también podría estar a punto de matarnos a todos!- repliqué, lanzándome hacia los controles, pero Sholer fue más rápido y pulsó el interruptor con su dedo cubierto de ceramita. Con las prisas, el apotecario se excedió un poco, abollando el panel de control y provocando una lluvia de chispas en el maltratado equipo. El muro en descenso se detuvo, se elevó unos centímetros y luego se quedó atascado, lo suficientemente bajo como para que ambos grupos pudieran saltarlo con facilidad.

-Esto no fue lo que acordamos- retumbó la voz del marine espacial, con un tono aún más profundo de lo habitual.

-Éste, obviamente, es el siguiente paso a dar- replicó Kildhar. **-Necesitamos datos fiables sobre cómo se mezclan las conciencias dentro del enjambre.**

Los dos se miraron fijamente, mientras yo permanecía indeciso, preguntándome cual sería la mejor forma de intervenir sin que me convirtiera en el pararrayos de las exacerbadas emociones de ambos. Kildhar sería relativamente inofensiva, a pesar, sin duda, de los muchos augméticos de los que dispondría, pero un marine espacial enojado era una fuerza a tener en cuenta, preferiblemente desde una considerable distancia. Por otra parte, todo aquello estaba quedando grabado para su posterior análisis y no quedaría muy bien que me pillaran con el paso cambiado, en lugar de hacer algo drástico para que ambos entraran en razón.

-¿Se suponía que debían estar matándose entre ellos?- preguntó Jurgen, llamando la atención de todos.

Aliviado por aquella fortuita interrupción, me volví para mirar. Mi ayudante tenía razón: las criaturas del interior de los corrales unidos se estaban desgarrando las unas a las otras con toda la ferocidad de la que eran capaces y dado que eran hormagantes en pleno frenesí alimenticio, esa era mucha. El icor y las entrañas volaban por todas partes, mientras las escurridizas pesadillas se acuchillaban y

mutilaban entre ellas en lo que me pareció una indiscriminada orgía de derramamiento de sangre.

-No deberían- dijo Sholer, mirando pensativamente la carnicería que se estaba desarrollando a sus pies mientras su ira era sustituida por la curiosidad tan rápido como si hubieran pulsado un interruptor.

-No lo entiendo- se quejó Kildhar, con una nota de desconcierto en su voz. **-Todos los datos que hemos reunido sugieren que sus mentes deberían haberse fusionado en cuanto se reunieron.**

-Tal vez necesiten la intervención de un organismo sináptico que facilite la fusión- sugirió Sholer.

-Puede que no se caigan bien- intervino Jurgen, yendo a lo esencial, como de costumbre.

-Puede que no se caigan bien- estuvo de acuerdo Sholer, para mi mayúscula sorpresa. **-Siempre hemos pensado en los tiránidos como una amenaza única y homogénea, pero hay algunos magos biologis que defienden la idea de que las diferentes flotas colmena compiten entre sí por las presas** [161]**. Una teoría sobre la que ahora mismo ya no soy tan escéptico.**

[161] Una teoría que cuenta con muchos seguidores entre el Ordo Xenos, aunque está lejos de ser universalmente aceptada. Algunos incluso opinan que, si los tiránidos alguna vez lograran devorar todo rastro de vida en la galaxia, las flotas colmena se lanzarían unas contra otras con idéntica facilidad, hasta que la

última superviviente hubiera logrado absorber para ella toda la biomasa disponible.

-Porque, definitivamente, son de diferentes flotas- afirmé, comprendiendo finalmente lo que sucedía. Al mirar la melé de bestias cubiertas de icor, pude distinguir fácilmente a los dos grupos de luchadores: los hormagantes descongelados tenían el mismo esquema moteado en el tórax que recordaba tan bien de Nusquam Fundumentibus, mientras que los recién llegados tenían franjas más oscuras en el caparazón y en los bordes de sus garras. En aquellos momentos, algo en aquella combinación de marcas me resultó vagamente familiar, aunque no fui capaz de precisar donde lo había visto antes. Para aquellos días yo ya me había encontrado con tiránidos en al menos una docena de ocasiones y la desconcertante variedad de colores y matices que había visto en tales criaturas se había mezclado completamente en mi mente.

-Así es- dijo Sholer.

-¡Tenemos que detenerlos!- gritó Kildhar, mientras miraba la carnicería que se estaba desarrollando a sus pies. **-¡Antes de que los perdamos a todos!**

-Pues buena suerte con eso- dije, reacio a intentar separar a los combatientes. De hecho, cuantos más se mataban entre ellos, más me iba gustando. Los recién llegados parecían estar llevándose la mejor parte, algo que no era de extrañar, dado que superaban a los otros en número casi dos a uno. Mientras los observaba con una horrorizada fascinación, el último de los hormagantes descongelados cayó cuando le arrancaron la cabeza,

mientras otro de sus atacantes le abría el tórax de un solo tajo, desde el cuello hasta la raíz de la cola. **-Quizás se calmen algo cuando hayan comido.**

-Pues no parecen demasiado hambrientos- dijo Jurgen, ligeramente sorprendido, algo por lo que no podía culparle. Según nuestras anteriores experiencias, los hormagantes son poco más que un hambre voraz con patas y como yo, esperaba que, los que aún permanecían con vida, comenzaran a atiborrarse inmediatamente con los cadáveres que rodeaban. Sin embargo, la media docena que los supervivientes de la corta y despiadada pelea en los corrales de retención parecía tener otras ideas, e ignoraron la carroña que tan ferozmente se habían ganado para unir sus fuerzas para lanzarse contra el muro a la barrera parcialmente replegada que los había separado de sus recién descongelados adversarios.

-No, no lo parece- estuve de acuerdo, mientras, por lo que puede ver, los hormagantes comenzaban a lanzarse contra el muro con la misma determinación y escaso éxito como antes.

-¿Qué pretenden ahora?

Algo en el lugar que habían elegido me inquietaba, aunque sabría explicar el por qué. Por lo que pude ver, se trataba de una pared como las otras, sin nada que la diferenciara, pero había algo que había atraído a las bestias directamente hacia ella.

-Están tratando de abrirse paso hasta el túnel de acceso- indicó Kildhar, completamente desconcertada. **-Pero deberían estar actuando instintivamente, sin mostrar signo alguno de inteligencia.**

-Pues tal vez no se hayan enterado- la corté secamente. Entonces me asaltó un pensamiento alarmante. **-La pared aguantará, ¿verdad?**

-Por supuesto- me aseguró, con total confianza**. –Las cerraduras sólo pueden abrirse desde aquí arriba-** explicó, señalando el panel de control con la cicatriz hecha por el guantelete de Sholer, de la que aún salía una fina columna de humo. Su expresión vaciló. **-Oh.**

-Hermano sargento Yail, reúnete conmigo en el cryogenitorum- llamó Sholer, tras haber evaluado la situación de inmediato y ya camino de la puerta. Miré hacia abajo y mis peores temores se hicieron realidad: mientras hablábamos, los tiránidos habían logrado abrir parcialmente el panel deslizando y una rugosa y sinuosa cola desapareció por el hueco mientras miraba. **-Comisario, ¿se unirá a nosotros?**

-Sin la menor duda- dije, incapaz de encontrar en tan solo un segundo una excusa válida que sonara mínimamente convincente, incluso para mí. Me apresuré a correr detrás del marine espacial, con la tranquilizada presencia de Jurgen pisándome los talones y dejando a Kildhar con la mirada perdida en el caos de los corrales, sin duda aún preguntándose que podría haber salido mal.



La caverna bajo el santuario seguía tan fría como recordaba y las superficies bajo mis pies, igualmente traicioneras. Afortunadamente, la ruta por la que Sholer nos había llevado hasta allí llegaba hasta la superficie helada, en lugar de obligarnos a arriesgar nuestras vidas sobre un estrecho y resbaladizo puente, algo que nos llevó a la salida del edificio de donde le había visto salir la primera vez que hablamos en Fecundia.

-Por allí- dijo Jurgen, adelantándose sobre el helado suelo con la seguridad que tan sólo puede tener un valhallano en temperaturas bajo cero. Los hormagantes estaban reunidos a unos cien metros, picando el hielo con sus garras. **-Parece que están cavando.**

-Están tratando de revivir algo- adiviné, recordando a los tiránidos que había visto en Nusquam Fundumentibus haciendo precisamente lo mismo. En aquella ocasión habían liberado una bioforma particularmente grande y desagradable que había tratado de hacerme papilla a mí, a la escuadra que me acompañaba y a nuestro vehículo de transporte, algo que casi con toda seguridad habría logrado de no ser por la afortunada intervención del piloto de un Valkyrie que pasaba por allí con uno o dos misiles de sobra. Un recuerdo que estaba lejos de ser agradable.

-O de matarlo- dijo Sholer, acelerando su paso para seguir a Jurgen, algo que con su servoarmadura debió resultar

ridículamente sencillo. Yo me tambaleaba tras ellos, no del todo descontento de tener un marine espacial entre las bestias asesinas y yo, pero reacio a quedarme demasiado atrás en el caso de que nos flanquearan. Si me separaban de los demás, sería presa fácil y me destrozarían antes de que mis compañeros tuvieran la oportunidad de intervenir para ayudarme

Y no es que aquellas horribles criaturas parecieran estar a punto de atacarnos, ya que seguían empeñadas en utilizar como picos sus grotescamente alargadas extremidades delanteras, pero nunca hay nada seguro de los tiránidos, como ya he podido comprobar en más de una ocasión.

Desenfundé mis armas, las dos completamente cargadas y listas para su uso, sintiéndome mucho mejor en cuanto sentí su familiar peso entre mis manos. Jurgen apuntó su melta y disparó a la criatura más cercana. El disparo salió un poco desviado, algo que no era de extrañar dado que había apretado el gatillo mientras corría, pero logró rozar a uno, levantando al tiempo una espesa nube cuando el hielo que rodeaba a la bestia se convertía en vapor. La niebla resultante quedó suspendida en el aire durante un segundo, cubriéndolo todo y convirtiendo a la prole en un masa en movimiento apenas visible.

-¡Nos atacan!- advirtió Sholer, desenfundado su pistola bolter con un único y suave movimiento y plantando un par de proyectiles con cabeza explosiva en el centro del tórax del primer hormagante que surgió de entre la niebla. Jurgen se arrodilló, estabilizó su voluminosa arma y derribó a otro, espesando la neblina con una nueva nube de vapor producida por su disparo.

-Use el fusil láser- le indiqué, mientras disparaba un par de veces contra la sombra que me pareció estar más cercana, aunque ninguno de ellos pareció tener el más mínimo efecto. -Sus disparos con el melta les está proporcionando algo con lo que cubrirse.

Y eso, por supuesto, por no hablar del riesgo de que algún fallo descongelara a alguna otra de aquellas horribles criaturas.

Después de alcanzar a mis compañeros, me puse espalda contra espalda con Sholer, una mole que me parecía tranquilizadoramente inexpugnable, blandiendo mi espada sierra en un movimiento defensivo diseñado para protegerme de cualquier cosa que pudiera saltar repentinamente de la oscuridad.

-Tiene razón, señor- asintió Jurgen, tan imperturbable como de costumbre, soltando el melta mientras hablaba. El arma siseó al tocar el hielo, creando un pequeño banco de niebla que comenzó a disiparse rápidamente. Ya sólo me quedaba esperar que la cobertura que había creado inadvertidamente para nuestros atacantes, hiciera lo mismo por nosotros antes de los tiránidos pudieran aprovechar su ventaja. Un momento después, escuché los crujidos de su arma estándar de la Guardia disparando precisas ráfagas, con sus secos chasquidos resonando por toda la gruta de hielo artificial.

Cuando la niebla se disipó, comenzamos a ver nuestros objetivos con más claridad. Por desgracia, eso significaba

que ellos también podían vernos a nosotros, lo cual era mucho menos alentador. Toda la manada comenzó a avanzar, con una espesa baba deslizándose por sus fauces abiertas que se iba congelando alrededor de sus hocicos, junto a la sangre y los restos de vísceras depositadas allí durante su breve combate en los corrales de retención.

Me preparé para hacer frente a la carga, confiando en que mis reflejos de duelista bastaran para evitar que el primer hormagante que se me acercara me arrancara la cabeza de un manotazo, pero el frío helador me estaba afectando seriamente, y su golpe acabó atravesando mi andrajoso y desgarrado abrigo, y ralentizando mis movimientos mientras me arrancaba el calor de la sangre.

Efectué un par de disparos con mi pistola láser, más con la esperanza de hacerlo retroceder que de derribarlo, aunque, por experiencias anteriores, una vez que un tiránido capta en sus fosas nasales el olor de una presa, es necesario mucho más que una simple descarga láser pasando junto a su oreja para disuadirlo. Jurgen consiguió derribar a uno de aquellos esquivos monstruos con una ráfaga sostenida de su fusil láser, algo que debió agotar su célula de energía más rápido de lo que seguramente le habría gustado, ya que la dejó caer sobre el hielo y encajó una nueva con un único y fluido movimiento, todo sin apartar sus ojos de la abundante selección de objetivos que se abalanzaba contra nosotros. La pistola bolter de Sholer volvió a tronar y una cabeza alargada explotó, aunque el cuerpo al que estaba unida siguió avanzando un par de pasos antes de estrellarse contra el hielo esparciendo cristales de hielo y un torrente de icor que se congeló rápidamente.

-Son demasiados- exclamé, alzando mi espada sierra para rechazar un tajo de la bestia líder. Se habían dividido mientras cargaban, rodeándonos para flanquearnos, tal y como me había temido unos momentos antes, pero ahora nos rodeaban a los tres, no sólo a mí. De alguna manera, estar a punto de morir en compañía de amigos, no parecía una gran mejora, aunque supuse que aquello me proporcionaría al oportunidad de pronunciar unas últimas palabras. No es que nadie fuera a sobrevivir para recordarlas y lo único que se me ocurrió en aquel momento fue un sincero: **-¡Que te jodan!-** al que estaba intentando cerrar sus fauces alrededor de mi garganta mientras yo le atravesaba con la hoja giratoria de mi espada sierra, para, a continuación, arrancarla entre un chorro de vísceras y girarme para enfrentar al siguiente ataque. Tal y como me temía, mis reflejos eran dolorosamente lentos y hubiera perdido la cabeza de no haber resbalado y tropezado sobre el hielo en el último momento. La garra guadaña que pretendía esquivar pasó inofensivamente sobre mi cabeza mientras yo me intentaba incorporar para golpear el bajo vientre del hormagante, momentáneamente al descubierto.

-¡Quédate agachado!- me gritó una nueva voz, potenciada por el amplificador de un casco, e hice lo que me sugirió, llenándome la boca de cristales de hielo mientras intentaba pasar lo más desapercibido posible. El inconfundible sonido de unos bolters disparando, superpuestos en breves ráfagas, destrozaron mis tímpanos y comencé a rodar por el suelo mientras los destrozados restos de la bestia al que había estado a punto de golpear caía en el hielo justo sobre el lugar donde yo había estado un segundo antes.

Me puse en pie para ver a Yail y a dos de sus hermanos del Adeptus Astartes acercándose a nosotros, con los cañones de sus bolters aún humeantes por las ráfagas que había derribado a toda la manada, sin alcanzarnos a ninguno de mis compañeros ni a mí, algo que cualquiera que no estuviera familiarizado con su increíble puntería, hubiera considerado milagroso. Jurgen también se estaba levantando, sacudiéndose los cristales de hielo de su uniforme mientras se agachaba para recuperar su preciado melta, algo que no podía reprocharle, ya que era mucho más eficaz contra los tiránidos que su fusil láser (como fuera, el caso es que ya no podría proporcionales un lugar donde esconderse).

-Sargento Yail- dije. **-Me alegro de verle.**

Unas palabras que, por supuesto, apenas expresaban lo que realmente sentía, pero yo tenía una reputación de sangre fría que mantener y en aquel momento, cuando el peligro ya había pasado, no tenía sentido ser demasiado efusivo.

-Yo también- añadió Sholer. **-Aunque esperaba que tardaríais algo menos en llegar.**

-Mis disculpas por las molestias, apotecario- contestó Yail, con un tono carente de todo rastro de sarcasmo que yo pudiera detectar. **-Nos llevó un cierto tiempo atravesar los sistemas de seguridad.**

-Creí que tenían acceso total- dije, sorprendido. Yail asintió.

-Lo tenemos, sin embargo, la magos Kildhar ordenó el cierre total de los niveles inferiores. Eso obstaculizó nuestro avance.

-Bueno, no puedo reprocharla ser cautelosa- dije, **-aunque no haya elegido el mejor momento.**

Aunque, mientras hablaba, algo me comenzó a molestar. Teniendo en cuenta sus anteriores imprudencias al llevar los tiránidos al interior del santuario, eso por no hablar de los genestealers que había estado criando, aquel repentino estallido de prudencia y sentido común parecían, como mínimo, fuera de lugar en ella. Pero tal vez la conmoción de los últimos acontecimientos, le habían hecho sentarse para disfrutar de una taza de recafeina (algo que yo ya había hecho, dejando allí la taza).

-¿Alguna idea sobre que narices estaban tratando de desenterrar esos hormagantes?- preguntó Jurgen, pasándome un termo del que manaba un seductor vapor mezclándose en el aire helado. Si no conociera bien sus notables habilidades para neutralizar los poderes psíquicos, a veces llegaría a jurar que mi ayudante era capaz de leer la mente.

-Lo cierto es que no- dije, acercándome cautelosamente al agrietado hielo que tanta determinación habían estado picando. Gracias al Trono, no habían logrado profundizar demasiado, de hecho, apenas habían arañado la superficie, pero estaba muy claro lo que estado buscando.

-¡Por el Sagrado Trono de Terra, es un fragmento de la bio-nave!



CAPÍTULO VEINTITRES

-¿Y para qué querrían desenterrarlo?- preguntó Jurgen, frunciendo el ceño para mostrar su perplejidad.

-Supongo que para matarlo- contesté. **-Ya vio lo que les hicieron a los hormagantes del otro enjambre.**

-Pero, ¿cómo sabían que estaba aquí?- insistió mi ayudante.

-Esa es una muy buena pregunta- dijo Sholer. Jurgen pareció ligeramente sorprendido y, un momento más tarde, encantado consigo mismo, ya que, en el mejor de los casos, los elogios por parte de un marine espacial son algo muy raro, y más aún los dirigidos a mi ayudante. **-Pero parece que flota colmena conoce su existencia, aunque esté inactiva** [162]**.**

[162] A día de hoy, sigue sin determinarse exactamente cómo, a pesar de los múltiples esfuerzos de los cientos de magos biologis que actualmente trabajan para el Ordo Xenos; pero en aquellos entonces, apenas teníamos una aún más que rudimentaria comprensión de cómo la mente colmena percibe todo lo que la rodea.

-Eso significa que los tiránidos seguían actuando por mero instinto cuando entraron aquí a saco- apunté,

contentó de poder descartar la presencia de una criatura sináptica oculta en algún lugar del santuario.

Sholer asintió.

-Eso parece- dijo, volviéndose para guiarnos hacia la salida. **-Pero las implicaciones son inquietantes.**

-Eso seguro- coincidí, aunque mi mente estaba más concentrada en volver a la calidez de los niveles superiores que en las posibles implicaciones de lo que habíamos descubierto. Si me preguntan lo que opinaba en aquellos momentos, les diré que ya habría tiempo más que suficiente para hablar de ellas cuando nos hubiéramos descongelado. Alcancé el pomo de la gruesa puerta y tiré de él. No quiso ceder.

-Permítame- se ofreció Sholer, levemente divertido. Extendió su mano y colocó sobre la placa lectora de códigos genéticos. Sin embargo, en lugar de registrar su presencia, el espíritu máquina permaneció sordo y la puerta siguió cerrada. **-Anulación-** ordenó, **-Sholer, apotecario de los Recobradores.**

-Bloqueo activado- respondió el espíritu máquina con el zumbido de un codificador de vox que me recordó mucho al de Dysen [163]. **-Reconocimiento de voz suspendido. Reconocimiento de código genético suspendido.**

[163] Y a la de otros miles de millones de tecno-sacerdotes repartidos por toda la galaxia.

-¿Cómo han conseguido pasar ustedes?- le pregunté a Yail. El marine espacial se encogió de hombros, algo digno de ver en un Adeptus Astartes con su servoarmadura.

-La forcé- dijo, algo que ya me esperaba. **-Pero no fue nada complicado desde el otro lado.**

-Supongo- estuve de acuerdo. Sus compañeros y él habrían apoyado todo su peso contra el otro lado de la puerta, mientras que en éste, el pomo era el único punto de apoyo. Sólo uno de los marines espaciales podría tirar a la vez y, dada su sobrehumana musculatura, complementada por la fuerza extra proporcionada por su servoarmadura, lo más probable es que lo único que consiguieran sería arrancarlo de un tirón.

-Yo puedo abrirla- se ofreció Jurgen, llevándose el melta al hombro. Sholer asintió con aprobación.

-Y más rápido que con los bolters- estuvo de acuerdo.

-¿Eso no les proporcionará vía libre al suntuario si alguno revive?- pregunté.

Sholer volvió a ladear la cabeza hacia un lado. **-En teoría-** concedió. **-Pero no pueden descongelarse mientras la planta refrigeradora siga operativa. Y siempre se puede remplazar la puerta.**

-Cierto- dije, mi deseo de huir lo más rápidamente posible de aquel frío superaba cualquier otra objeción que pudiera tener. **–En cuanto estés preparado, Jurgen-** señalé y, anticipándome, cerré los ojos para evitar el cegador destello que, como de costumbre, atravesó mis párpados con la misma intensidad que siempre que disparaba su arma favorita cerca de mí. Sentí la oleada de calor fluir sobre mi cuerpo, restaurando por fin una apariencia de sensibilidad en mis entumecidas extremidades.

-Ya está- anunció, algo que no era de sorprender, ya que había disparado prácticamente a quemarropa. Yo parpadeé para eliminar las imágenes que bailaban en mis ojos y vi la gruesa losa de metal medio derretida y colgando de sus bisagras. Sin decir una sola palabra [164], los dos Recobradores que acompañaban a Yail se adelantaron, extendieron sus guanteletes de ceramita para agarrar la puerta, sus dedos se hundieron en el reblandecido metal y, con un gemido, similar al de un ser vivo, la losa de metal finalmente cedió.

[164] Excepto, claro está, que estuvieran hablando entre ellos por los comunicadores internos de sus cascos.

-¿Adónde vamos?- pregunté, trotando agradecido a través de la brecha hacia la relativa mejor temperatura del nuevo corredor se abría más allá, haciendo todo lo posible para mantener el ritmo de las zancadas sobrehumanamente largas de los marines espaciales.

-A la capilla de control de la central eléctrica- contestó Sholer, dispersando a los tecno-sacerdotes de túnicas rojas que se interponían en su camino como hojas de otoño en

una borrasca mientras se abría paso por el laberinto de corredores de los niveles inferiores. **-Al subnivel tres.**

Unas palabras que confirmaron algo que ya me había dicho mi instinto de rata de túnel, que todavía estábamos muy por debajo de la superficie. Mientras corría, siguiendo la estela de los Adeptus Astartes, y debo admitir que estaba casi sin aliento, porque no suelo hablar mientras corro, puse a Zyvan al corriente de todo lo que estaba sucediendo.

-Tenías razón, están locos- me respondió el Lord General. **-Cuanto antes vuelvas aquí arriba, mejor.**

-Eso mismo pienso yo- asentí, tratando de no jadear demasiado. Para aquel entonces, nos estábamos acercando a la capilla de control y aceleré un poco más el paso, reacio a alejarme de la tranquilizadora mole de los marines espaciales. Las cabezas de los acólitos que custodiaban el generotium se giraron en nuestra dirección en cuanto irrumpimos por la puerta en una brutal ráfaga de armas y armaduras, visiblemente sorprendidos por nuestra repentina y poco educada intrusión en una cámara tan sagrada. Al igual que muchos de sus santuarios, estaba repleto de acero pulido y luces parpadeantes, con innumerable diales e interruptores y monitores de visualización sobre las paredes. En las pictopantallas parpadeaban iconos e imágenes que no significaban nada para mí, lo cual probablemente fuera lo mejor para mi tranquilidad.

-Gracias a los circuitos que estáis aquí- dijo Kildhar, alzando la vista mientras nos movíamos de un lado a otro, tratando de encontrar un lugar donde colocarnos. La capilla

era bastante grande, pero cuatro marines espaciales ocupaban mucho sitio, especialmente si blandían sus bolters, y el melta de Jurgen tampoco era precisamente compacto. **-Este imbécil corrupto no quiere vaciar el plasma del reactor en el cryogenitorium.**

-Bien por él- dije. **-Especialmente si tenemos en cuenta que nosotros estábamos encerrados allí.**

-¿Lo estaban?- preguntó Kildhar, que pareció algo confundida y, a continuación, volvió a su discusión con el tecno-sacerdote principal presente, algo que nuestra llegada había interrumpido. **-Bueno, ahora ya no, así que vamos a vaporizar a todas las criaturas congeladas antes de que nos devoren a todos.**

-Esto es un giro inesperado de los acontecimientos- le murmuré a Jurgen. Las palmas de mis manos volvían a picarme, una señal en la que había aprendido a confiar. Algo no iba bien. **-Ella estaba empeñada en conservarlos.**

Sholer, hasta donde pude entender su expresión, también parecía desconcertado.

-Con todo el respeto a su excelsa posición, magos- zumbó el tecno-sacerdote, un cable suelto en algún codificador de voz había añadido unos chirridos de insecto que se volvían cada vez más irritantes a cada sílaba. **-Tenemos entendido que el reactor sólo debe ser ventilado si los especímenes actualmente**

criogenizados representan algún peligro o amenaza para el santuario.

Si el tecno-sacerdotes todavía hubiera tenido una mandíbula capaz de moverse, seguramente la hubiera apretado en ese momento. Cuando un funcionario de rango medio comienza cualquier frase con un *“Con todo el respeto”*, uno debe saber que prefiere darse un baño en una alcantarilla rebosante de mierda antes que ceder un solo milímetro en lo que, según su opinión, era lo correcto.

-Pues yo creo que sí- dijo Kildhar. **-Y si tú no eres capaz de efectuar el trabajo, yo sí.**

Apartó al incrédulo tecno-sacerdote y activó una serie de interruptores con la punta de los dedos. Al instante, una hilera de luces se volvió roja y una sirena de advertencia comenzó a sonar en algún lugar de las profundidades del edificio.

-Ese curso de acción es prematuro- intervino Sholer, mientras un reloj aparecía en una de las pictopantallas, contando los segundos con lo que me pareció un innecesario entusiasmo. El marine espacial se dirigió al tecno-sacerdote. **-Aborte la descarga.**

Con gesto de alivio, el siervo de túnica roja dio un paso hacia el atril.

-¡Quieto ahí!- exclamó Kildhar, repentinamente fría y decidida. **-Acabaré con cualquiera que se acerque a los controles de ventilación.**

Mientras pronunciaba esas palabras, sacó de entre sus túnicas una pistola bolter exquisitamente forjada, eso si las filigranas e iconografía devocional tan finamente grabadas en ella eran un detalle indicativo de la calidad del arma, y el tecno-sacerdote dejó bruscamente de moverse, como si Kildhar ya hubiera apretado el gatillo. A aquella distancia, si disparaba, tenía bastantes posibilidades de atravesar la armadura de los marines espaciales, eso por no hablar de mi pobre pellejo y me encontré esperando que supiera manejar la pistola lo suficientemente bien como para no dispararla accidentalmente.

Por supuesto, uno no puede apuntar a un grupo de Adeptus Astartes y esperar que ellos se queden de brazos cruzados. En un abrir y cerrar de ojos, tres bolters y una pistola bolter la estaban apuntando, mientras los acólitos del genetorium huían hacia cualquier refugio que pudieran encontrar.

Jurgen también comenzó a alzar su melta, pero le hice un gesto para que lo bajara. Si alguien tosía, Kildhar quedaría reducida a un montón de chatarra y despojos en un simple abrir y cerrar de ojos, pero no le vi el menor sentido a carbonizar otros de los presentes. Además, la cámara estaba repleta de múltiples equipos muy delicados repartidos por toda la sala, todos los cuales, muy probablemente, deberían mantenerse en una sola pieza si se querían mantener confinadas las casi inimaginables energías del reactor de fusión. No tenía la menor objeción a que vaporizaran a todos los tiránidos, pero la idea de

compartir su destino era considerablemente menos atractiva.

-Magos- dije, tratando de mantener en mi voz un tono conciliador, **-todo esto me parece innecesario.**

Kildhar me lanzó una fulminante mirada de desprecio. **-¿Aún no lo ha entendido?-** preguntó. **-Todo encaja.**

-Por supuesto- continué con tono conciliador y todas las piezas finalmente encajaron en mi mente, mientras me preguntaba cómo podría haber estado tan ciego. **-Usted también estaba en el *Engendro de Condenación*. No es de extrañar que estuviera tan interesada en preservar a los siervos infectados y traerlos aquí.**

-No estoy seguro de entender lo que está diciendo, señor- dijo Jurgen, frunciendo el ceño, lo que hizo que algunas ronchas se desprendiera de su piel.

-Los siervos no fueron los únicos de los que se adueñó la mente de la prole- expliqué. **-Permitieron que los llevaran a Fecundia, conocedores de que el de más rango de los que supuestamente les estudiaban también formaba parte de ella y que toda la supuesta investigación no era más que una simple excusa para permitirles aumentar su número.**

-Exactamente- confirmó Kildhar, sujetando firmemente su pistola bolter. **-Y mucho más rápido de lo que podrían**

haberlo hecho si hubieran intentado esconderse entre el resto de la población.

-Así es como lograron escapar, ¿no es verdad?- pregunté, casi deslumbrado por lo obvio. **-Los lectores de códigos genéticos de la zona de seguridad estaban preparados para reconocer la huella de aquellos cuyos genes ya hubieran sido alterados. Todos los híbridos y genestealers del santuario podían entrar por la puerta cuando les diera la gana.**

-Entonces, ¿por qué no lo hicieron?- preguntó Yail, que parecía estar a punto de apretar el gatillo en cualquier momento. Pero yo prefería que no lo hiciera hasta estar seguro de tener todas las respuestas; nuestra alianza contra los tiránidos ya era bastante inestable y, si resultaba que me había equivocado, su colapso podría condenarnos a todos.

-Porque estaban esperando la llegada de la flota colmena- dije. En aquellos momentos, mientras meditaba todos los acontecimientos en un contexto más amplio, no era de extrañar que los marcas de los caparazones de los hormagantes que Kildhar había llevado al planeta me resultaran tan familiares: eran las mismas de los genestealers que tantos daños habían causado en los niveles superiores y de los que yo había huido aterrorizado en el interior del oscuro laberinto del *Engendro de Condenación*.

-Eso es cierto- confirmó Kildhar, interrumpiéndome en el momento exacto. **-Deben haber estado esperando la**

llegada de la colmena para desbaratar los esfuerzos defensivos.

-¿Eso fue lo que le dijeron?- preguntó sarcásticamente Sholer.

-¡No soy una corrupta traidora!- gritó Kildhar, olvidando cualquier intento de actuar como la tecno-sacerdote que era. **-¿Por qué habría mejorado los auspex de la flota si quisiera que nos invadierán los tiránidos?**

-Porque eso es lo que hacen todas las víctimas infectadas por los genestealers- expliqué con cansancio. **-Ya lo he visto muchas veces. Luchan a tu lado con tanta fuerza como cualquier otro, hasta que la mente de la prole ejerce su influencia. La mayoría de las veces, ni siquiera saben lo que son. Pero la mente de la prole sigue ahí, dándoles un empujón de vez en cuando– pro**seguí, mientras me volvía hacia Sholer en busca de confirmación. **-¿Quién fue el que insistió en traer a los tiránidos al santuario?**

-La magos Kildhar- contestó, con una mortificante resolución.

-Exactamente- dije y me volví hacia la angustiada tecno-sacerdote. **-Tendrá que admitir que ha hecho justo lo que la mente colmena quería que hiciera: traer sus marionetas al santuario, para intentar neutralizar la única cosa que teme en el planeta.**

-¡Pero yo soy la única que controla mi mente!- exclamó casi a voz en grito. En aquellos momentos, la mano con la que sujetaba la pistola bolter la temblaba violentamente mientras intentaba mantener a Sholer en su punto de mira. **-¡Él fue quien dañó el mecanismo de cierre y les permitió entrar en el cryogenitorium!**

-Eso fue un accidente- dijo Sholer con desdén.

-¡Por supuesto, sabía que diría eso!- se rió Kildhar, un gruñido corto y desgarrado con una toque de histeria. **-Usted fue el primero en aprobar mi petición para estudiar a los siervos infectados. Algo que hizo para borrar sus huellas.**

-Eso es ridículo- contestó Sholer. **-En todas las ocasiones en las que abordé el pecio, siempre estuve acompañado por mis hermanos de batalla. ¿O está afirmando que han logrado infectar escuadras enteras de mi capítulo?**

Yo miré de reojo a Yail, tratando de averiguar cómo se tomaba aquellas palabras, pero no le conocía lo suficiente como para poder averiguar lo que pensaba por su expresión.

-Desde luego, nos ha proporcionado muchas cosas en las que pensar- dije con tono tranquilo, mirando fijamente a Kildhar mientras hablaba. A decir verdad, a aquellas alturas ya no sabía que pensar, aparte de que era vital que ella mantuviera toda su atención sobre mí. Jurgen y yo

estábamos medio ocultos por la imponente masa de los Adeptus Astartes con sus servoarmaduras y aproveché la ocasión para hacerle a mi ayudante una señal con la mano. Le vi asentir casi imperceptiblemente por el rabillo del ojo, se alejó ligeramente y apoyó su melta sobre un atril. **-Pero ahora, usted es quien está empeñada en matar ese fragmento de la bio-nave. Si alguien está haciendo justo lo que la flota colmena quieres, esa es usted.**

-Exactamente- agregó Sholer. **-Tenemos que continuar nuestras investigaciones mientras nos sea posible.**

-El riesgo es demasiado alto- insistió Kildhar, dirigiendo una rápida mirada a los números que iban disminuyendo rápidamente. **-Y si ha sido infectado, es la mente colmena la que habla.**

Jurgen estaba a punto de lanzarse hacia el panel de control, pero dudó y retrocedió. Durante un segundo, debo admitir que se me pasó por la cabeza dispararle a Kildhar en la cabeza, pero si un proyectil perdido destruía aquellos controles, no sabía lo que podía llegar a pasar. Hasta donde yo sabía, el reactor podría quedar totalmente fuera de control y arrasar todo el santuario, en lugar simplemente de vaporizar a los tiránidos [165]. Si quería que mi ayudante aprovechara su oportunidad, tenía que conseguir que ella centrara toda su atención en mí y mantenerla así durante unos segundos.

[165] Presumiblemente, a los marines espaciales se les habría ocurrido lo mismo, pero usar armas tan destructivas como los bolters estando tan completamente rodeados de tantos equipos vitales tan delicados, habría sido un acto de autentica locura.

-Yo podría decir lo mismo- replicó con cierta cautela el apotecario, algo que no ayudaba mucho en aquellas circunstancias.

-¿Cuándo fue la última vez que realizó una actualización de sus augméticos?- pregunté. Un breve destello de confusión apareció en los ojos de la tecno-sacerdote. Estaba claro que, fuera lo que fuera que esperaba que la preguntara, no era aquello.

-No lo sé. Hace tiempo. ¿Qué importancia tiene eso?

-Una magos de su veteranía suele tener mejoras mucho más visibles- dije. Si he de ser sincero, casi me lo estaba inventando todo, aunque eso es lo que recordaba haber visto en los mecanos que había conocido hasta aquel momento.

-He estado ocupada- se defendió ella.

-¿Cuánto tiempo?- insistí. **-¿Desde su época en el *Engendro*?**

-No lo sé- contestó, mientras la confusión era reemplazada en sus ojos por la duda. **-Actualizaciones… registros del sistema…**

Por un instante, sus ojos parecieron desenfocados, momento que aprovechó Jurgen para saltar hacia el panel de control situado tras ella para activar todos los interruptores que ella había desactivado. Las luces volvieron a ser verdes, el reloj de la pantalla desapareció y la alarma dejó de aullar en las profundidades del edificio.

-¡Quieto!- gritó furiosa Kildhar, volviéndose hacía mi ayudante mientras levantaba su pistola bolter. Pero antes de que pudiera hacerlo, la disparé en el mismo centro del pecho con mi pistola láser. Se podría decir que aquello fue un acto imprudente, ya que el panel seguía estando detrás de ella, pero, con la vida de Jurgen en juego, simplemente disparé y decidí que ya me preocuparía más tarde por las posibles consecuencias. Ella se tambaleó y me miró con un indignado asombro mientras, dentro su caja torácica, los cables carbonizados chispeaban y se quemaban.

-No podía… no ha debido… la última actualización…

La pistola bolter cayó de sus flácidos dedos. Jurgen se lanzó contra ella como una rapaz sobre un ratoncillo, recogió el arma y la guardó en uno de sus muchos macutos [166]. Justo entonces, los ojos de Kildhar se aclararon por un instante.

[166] Caín aparece con esa misma arma, o con una muy parecida, en muchos de los carteles de propaganda que llevan su imagen, aunque, que yo sepa, nunca llegó a utilizarla en el campo de batalla, ya que prefería la pistola láser a la que ya estaba acostumbrado. Al final, me la regaló y sigue sirviendo al Emperador como parte del arsenal del que está a disposición de mi séquito.

-Tenía razón, comisario. Fue hace setenta y tres años.

-Porque el examen previo al proceso de implantar nuevos augméticos hubiera revelado la contaminación genética- concluyó Sholer, entregando su propia pistola bolter a Yail. Los débiles sonidos que se escuchaban detrás de los atriles indicaban que los tecno-sacerdotes ya estaba recuperando el valor, o que estaban más preocupados por las posibles consecuencias de dejar a su suerte durante mucho más tiempo a los espíritus máquina~~s~~, que por salir de su escondite y unas cuantas nerviosas cabezas comenzaron a aparecer por encima y alrededor de las filas de paneles de control. **-Yo también debería ser confinado hasta que se determine si he sido contaminado.**

-Si así lo considera necesario- dije, **-pero no creo que haya muchas probabilidades de que eso haya sucedido-** proseguí. A los marines espaciales se les revisa regularmente su salud hasta nivel molecular. **-¿Y la magos?**

Me volví hacia Kildhar y acerqué mi pistola láser a su cabeza. Ya había concedido la Paz del Emperador [167] en más ocasiones de las que me gustaba recordar, pero, aún así, dudé. La tecno-sacerdote me miró a los ojos.

[167] Un eufemismo de la Guardia Imperial para el tiro de gracia.

-Espere- me dijo. **-Soy un valioso espécimen. Estúdienme…**

Entonces, sus ojos se pusieron en banco. La pérdida de sangre y el traumatismo de la herida torácica me habían quitado el asunto de las manos y posiblemente para mi fortuna; incluso a día de hoy, no sabría decir que decisión hubiera tomado yo.

-Conserven su cuerpo para la disección- ordenó Sholer mientras abandonaba la sala, acompañado de uno de los Recobradores.

-Yo me encargaré de ello- le aseguré, aliviado al notar que Jurgen había recuperado su melta y volvía a cubrirme las espaldas. En aquel momento, era la única persona de todo el planeta en la que sabía que podía confiar.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Para cuando terminé de poner al día a Zyvan, el sol ya se estaba poniendo al oeste, decorando las paredes metálicas de la sala de conferencia con un tono que recordó incómodamente al de la sangre. La revelación de que las máscotas genestealer de Kildhar había tenido el control durante los últimos sesenta años había tenido el mismo efecto que un terremoto en todos los presentes, desde el Lord General hasta el último de sus ayudantes. No se sabía cuántas veces se habían escapado de los corrales de retención para infectar a algún incauto y todos los que pasaban por los pasillos parecían mirarse los unos a los otros con una escasamente disimulada desconfianza. Afortunadamente, Regio Quinquaginta Unus estaba tan aislado como cualquier otro lugar de aquella bola de mierda, pero en las últimas seis décadas había pasado por allí muchísima gente y seguirles la pista a todos ellos, se había convertido en un interesante reto para la oficina local de los Arbites [168].

[168] Aquí no queda claro si se estaba refiriendo al autentico representante local del Adeptus Arbites, o a los agentes de la ley de Fecundia a los que este estaría supervisando. Probablemente a ambos.

-Han comenzado a realizar pruebas genéticas masivas en los principales núcleos de población- me informó un facsímil hololítico del Lord General, parpadeando levemente mientras aparentaba estar sentado junto a la mesa que ocupaba el centro de la sala. Afortunadamente, la imagen sólo tenía un tercio de su tamaño real, por lo que

cabía con bastante comodidad**. -Empezando por las instituciones más estratégicamente vitales.**

-¿Han encontrado ya algún híbrido o infectado?- pregunté. Zyvan encogió sus hombros translucidos.

-Todavía no. Ya hemos realizado unas doce mil pruebas, sólo nos falta veinte mil millones.

-Las probabilidades no son buenas- dije, pero justo aquella era la razón por la que los tiránidos enviaban a sus genestealers por delante de sus flotas colmena. Aparte del daño que sus marionetas podían causar directamente, si se volvían lo suficientemente poderosos como para infiltrarse entre la población del planeta, el desvío de los recursos necesarios para rastrearlos, harían mella en el esfuerzo general de defensa.

-¿Y dentro del santuario?- preguntó Zyvan.

-Hasta el momento hay buenas noticias- le contesté, sabiendo que éstas le harían falta. **-Ya hemos examinado a la mitad de los mecanos y, hasta el momento, todos han salido bien parados. Uno o dos de los demás siguen sin aparecer, así que los skitarii están realizando una búsqueda nivel por nivel por si se han escondido en alguna parte.**

-Sin embargo, nuestra hipótesis de trabajo es que intentaron unirse a la fuga masiva- dijo Sholer, **-y que**

murieron junto a los que estaban en el transbordador.

El marine espacial había sido, por supuesto, el primero en ser examinado, y tal y como yo esperaba, resultó estar libre de toda mancha. Hasta donde yo sabía, sus genes modificados simplemente habrían devorado cualquier cosa que intentara modificarlos [169].

[169] Los sistemas inmunológicos mejorados de los marines espaciales son realmente notables, pero no tan buenos.

-Algo es algo- comentó Zyvan, sin siquiera molestarse en preguntar si habíamos examinado a los skitarii. Ellos habían sido los primeros en pasar por el laboratorio genético, evidentemente justo después, de Sholer y sus hermanos del Adeptus Astartes. El Lord General carraspeó educadamente.

-¿Y la magos Kildhar?

-Estaba infectada, no hay dudas al respecto- dije. **-Supongo que nunca llegaremos a saber cómo o cuándo fue infectada, pero probablemente fue algún tiempo antes de los siervos.**

-El hermano sargento Yail está revisando los registros de las misiones de aquella época- añadió Sholer, **-pero nuestras posibilidades de encontrar algo son muy escasas.**

-Entonces mejor será que nos concentremos en el presente- dijo Zyvan, devolviéndonos al asunto que nos ocupaba. **-¿Has conseguido el fragmento de la bio-nave?**

-Sigue en el cryogenitorium- contesté. **-Con algo de ese tamaño, poco más podemos hacer con él.**

-He dado instrucciones para que sea desenterrada y revivida- intervino Sholer, unas palabras que hicieron que Zyvan frunciera el ceño, antes de añadir, **-a condición de que el Magos Dysen y ustedes estén de acuerdo, por supuesto.**

-Tengo que decir que no estoy muy seguro de eso- dijo Zyvan. Yo asentí con la cabeza.

-Yo tampoco- admití. Sholer y yo ya habíamos discutido el asunto y, no por primera vez, la necesidad me empujaba en una dirección que prefería no tomar. **-Pero tenemos que afrontar los hechos. La flota colmena está intentando desesperadamente destruir el nodo y es la primera vez que vemos a una asustarse de algo. Tenemos que saber el por qué.**

-Estoy de acuerdo- intervino El'hassai, apareciendo al lado del Lord General cuando entró dentro del alcance del proyector hololítico. Sholer y yo intercambiamos miradas de preocupación, preguntándonos cuánto tiempo habría estado merodeando por allí y que cuanto de nuestra anterior conversación habría escuchado. Toda, probablemente, ya

que Zyvan no parecía sorprendido de verlo. Vamos, que no parecía tener mucho sentido tratar de excluir a los tau de nuestras deliberaciones, ya que se suponía que éramos aliados y cualquier ventaja táctica que pudiéramos conseguir probablemente les funcionaría igual de bien en la defensa de Dr'th'nyr (aunque, dado que la sombra en la disformidad que rodeaba a la flota tiránida estaba bloqueando a nuestros astrópatas para que transmitieran la información al que acompañaba a Donali, que se enteraran a tiempo dependía directamente de los canales de comunicación de El’hassai).

-Esto es un acontecimiento sin precedentes y comprenderlo será especialmente útil para el Bien Supremo- dijo el embajador tau, que en ese momento se encontraba de pie detrás de Zyvan, de forma que la imagen no desparecía alrededor de las mangas de su túnica, sino que la parte superior de su cabeza estaba desenfocada, parpadeando de una forma que la hacía parecer una vela ornamental con una mecha humeante.

-Agradecemos mucho su apoyo- le aseguré, manteniendo mi rostro serio con algo de esfuerzo.

-Y sus recomendaciones serán tenidas en cuenta- terció Zyvan, dejando de hablar antes de que pudiera decir algo que sonara a *“y puestas rápidamente en práctica”.*

-Si vamos a comenzar a estudiar el fragmento de la bio-nave- nos recordó Sholer, **-cuanto antes comencemos, mejor. El tiempo es esencial.**

-Por supuesto- dije mostrándome de acuerdo con él. El cielo más allá del cristal blindado de la ventana comenzaba a volverse purpura, del color de un moratón reciente, moteado por las primeras estrellas que comenzaban a salir, la mayor parte de las cuales serían, probablemente, naves de guerra en órbita reflejando la luz del sol poniente como una constelación de pequeñas, aunque mortales, lunas. La llegada de la noche intensificó mi aprensión; aunque las probabilidades de que una horda tiránida surgiera inesperadamente de la oscuridad eran minúsculas y el santuario estaba protegido de cualquier probable aproximación por una red de auspex de una asombrosa sensibilidad, lo más profundo de mi cerebro primario se preparó para acurrucarse junto a la hoguera, con una buena roca afilada a mano. **-En lo que a mí respecta, en cuanto antes se ponga con ello, mejor.**

-Estoy de acuerdo- añadió El'hassai, desde la relativa seguridad que da estar a una distancia de un par de cientos de kilómetros de altura.

-Y Dysen me ha dicho que confía en su buen criterio- le dijo Zyvan a Sholer, con el tono de un hombre que reconoce un golpe de suerte en cuanto lo oye. El Lord General suspiró con fuerza. **-Todavía tengo dudas sobre que todo esto sea lo más adecuado. Pero, dadas las circunstancias, no veo que tengamos otra opción. Hágalo lo mejor que pueda-** continuó, sonriendo lúgubremente. **-Si todo se va a la disformidad, siempre podremos esterilizar el santuario desde la órbita.**

Lo cual, teniendo en cuanta que yo seguía en aquel condenado lugar, no era lo más alentador que podría haber

oído.

-¿Hay alguna noticia del transbordador?- pregunté, esperando que la insinuación no fuera demasiado obvia. **-Aquí no hay nada que pueda hacer, aparte de estar pisándole los talones al apotecario y todavía tenemos una guerra que librar.**

-Lo último que he oído es que la Armada no tardará en disponer de algún vuelo libre- respondió Zyvan. **-Probablemente podamos conseguir que algún transbordador te recoja en las próximas horas.**

-Es la mejor noticia que he recibido en todo el día- le dije, algo que era totalmente cierto, mientras seguía mirando el paisaje cada vez más oscuro por la ventana. Prácticamente ya había caído la noche y seguí el rastro de una estrella fugaz hasta algún lugar del desierto. Caerían muchas más en las siguientes noches, a medida que los restos de la batalla en órbita descendían en picado para incinerarse en la atmósfera mientras caían contra el suelo.

Entonces me puse rígido y entrecerré los ojos. Al primer rastro brillante que cruzó el cielo le siguió otro y otro más, cayendo tan rápida y tan densamente como la lluvia durante una tormenta. Me volví hacia el hololito y mis preguntas, repletas de pánico, se apagaron en mis labios. Zyvan estaba de pie, hablando con alguien que estaba fuera del alcance del campo de proyección, mientras la insustancial figura del diplomático tau flotaba en sus márgenes, parpadeando dentro y fuera de la existencia

como un espectro de la disformidad intentando aferrarse a su asidero en el mundo real.

-Algo va mal- dijo Sholer, con sus ojos todavía fijos en el pequeño drama que se estaba representado en la mesa.

-Muy mal- asentí. **-¡Estad atentos al exterior!**

-¡Santo Trono!- dijo escuetamente. **-Eso parece…**

-La segunda oleada acaba de llegar- nos informó Zyvan. **-Y es mucho más fuerte que la anterior.**

-Por supuesto- dije, reconociendo aquella típica táctica tiránida. Esa vez intentarían conseguir reunir los suficientes organismos sobre el terreno para estirar de verdad nuestras defensas en tierra y reunir toda la información necesaria para abrumarnos completamente en el siguiente ataque, o en el siguiente, o en el siguiente. Mientras tanto, irían creando cabezas de playa, permitiendo que los enjambres fueran creciendo y comenzaran a cosechar la biomasa que necesitaban para reforzar aún más sus filas. Intenté que mi siguiente comentario sonara como una broma, ya sabía la respuesta, pero me aferraba a la esperanza de que no fuera así. **-¿Supongo que el vuelo de mi lanzadera habrá sido aplazado?**

-Me temo que sí- contestó Zyvan, tomando la broma al pie de la letra. **-Creo que tampoco podrás participar en esta nueva batalla.**

Pero mientras seguía mirando las luces que parpadeaban en el cielo, ni por un instante pensé que aquella fuera una buena opción.

Nota Editorial:

“De la Cruzada y lo que la siguió: una historia militar del Golfo de Damocles”, por Vargo Royz, 058.M42.

El segundo ataque de los tiránidos golpeó Fecundia con tal ferocidad, que los asediados defensores apenas pudieron resistir y se perdieron varias naves de escolta por las descargas de ácido o bioplasma incluso antes de que las flotas llegaran a aproximarse. A través de aquellas brechas en las líneas defensivas se coló un incontable número de esporas micéticas, cada una de ellas cargada de organismos letales que infectaron el planeta como un virus tras encontrarse un huésped vulnerable, mientras las bio-naves estelares intentaban enfrentarse cuerpo a cuerpo con las naves supervivientes con garras y tentáculos, o lanzando grupos de abordaje en un intento de devorar a sus tripulaciones.

Sin embargo, aunque la línea se tambaleó, no llegó a romperse y las gallardas dotaciones de la Armada Imperial se tomaron cumplida represalia con lanzas de energía, andanadas de sus cañones y torpedos, arrancando los corazones de un incalculable número de abominaciones engendradas en el vacío. Incluso las naves mercantes que aún seguían en órbita utilizaron su relativamente insignificante armamento con buenos resultados, formando escuadras ad hoc cuya potencia de fuego combinada fue suficiente para paralizar, e incluso en algunos casos matar, a las monstruosidades tiránidas lo suficientemente incautas como para considerarlos indefensos.

No obstante, la batalla en espacio fue muy reñida y fácilmente podría haber tenido otro resultado de no haber sido por la inesperada y decisiva intervención del comisario Caín, el cual, en el momento que comenzó la batalla, ya tenía asuntos más que suficientes de los que preocuparse mientras la invasión en la superficie se ponía en marcha.



CAPÍTULO VEINTICINCO

-Parece que somos uno de los objetivos principales- dije, intentando mantener tranquilo el tono de voz, mientras el número de iconos de contacto iban creciendo alrededor de la brillante runa que marcaba nuestra posición en el hololito.

-Efectivamente- asintió Yail, que sonó tan feliz como tan sólo puede estarlo un marine espacial cuando se enfrenta contra unas probabilidades abrumadoras en su contra, lo cual no es exactamente algo alegre, pero sí mucho más optimista de lo que yo suelo ser. Sin duda, desde su particular punto de vista, el resultado del enfrentamiento sería una heroica victoria o una última y gloriosa batalla, y ambas cosas quedarían muy bien en los anales de su capítulo.

-Vienen a por el fragmento de la bio-nave- informó Sholer, sonando casi más preocupado por su pedazo de carne que por nuestra seguridad y debo confesar que en aquellos momentos eso último era mi principal preocupación. **-¿Cuál es nuestro nivel de preparación para el combate?**

-Todo lo bueno que puede ser- contesté, conocedor de que él sería tan consciente como yo de la debilidad de nuestras fuerzas. **-Los skitarii han terminado de plantar los campos de minas y se han atrincherado en**

nuestro perímetro- añadí, mientras pensaba que mejor ellos que yo.

-Mis hermanos de batalla y yo nos uniremos a ellos- añadió Yail, **-tan pronto como la situación táctica se haya aclarado lo suficiente como para saber dónde se nos necesita más.**

-¿Y el Land Speeder?- pregunté, mirando a la pantalla pictográfica en la que se veía el oscuro y extenso paisaje de dunas. El vehículo de exploración llevaba horas volando en círculos, enviando informes cada vez más pesimistas sobre el número de criaturas que se dirigían hacia nosotros desde las dispersas esporas. Y esa vez no sólo eran organismos de vanguardia, como hormagantes y lictores, sino decenas de termagantes y grandes guerreros para dirigirlos.

Aquella vez nos enfrentábamos a un ejército capaz de coordinarse y combatir a distancia, no a un enjambre impulsado solamente por sus instintos y desesperado de llegar al cuerpo a cuerpo. Incluso hubo algunos avistamientos no confirmados de criaturas más grandes, capaces de enfrentarse a un vehículo acorazado, si es que hubiéramos tenido alguno, o mejor dicho, de abrirse paso a través de las defensas que habíamos logrado erigir antes de que llegaran. Por muy formidables que fueran los muros del santuario, no habían sido construidos para resistir nada más amenazante que el asalto de los elementos [170] y no creía que pudieran resistir mucho tiempo contra una camada de carnifex decididos a atravesarlos.

[170] Unos elementos que, en Fecundia, difícilmente podrían ser tomados a la ligera.

-Preparado para proporcionar fuego de apoyo- me aseguró Yail. Tras algunas deliberaciones, habíamos acordado que el veloz aparato se emplearía mejor una vez hubieran comenzado el esperado asalto, para tratar de eliminar a las criaturas más grandes que dirigían a las otras, con la esperanza que desbaratar cualquier estrategia que estuvieran tratando de utilizar contra nosotros. Para ello, tendría que volar lo suficientemente alto y rápido para evitar cualquier fuego tierra-aire que el enjambre pudieran lanzar. Ya sólo cabía esperar que el superior alcance los bolters pesados y los lanzamisiles, unidos a la inigualable puntería de los Adeptus Astartes, estuvieran a la altura del trabajo.

-¿Y el vehículo terrestre?- pregunté, mirando la cosechadora que seguía aparcada junto al santuario, al igual que un bote balanceándose junto a un muelle. **-¿Podíamos usarlo para evacuar a los tecno-sacerdotes?-** propuse. Un transporte que, por supuesto, necesitaría de una escolta militar para garantizar su seguridad, una tarea para la que me consideraba el candidato más apropiado.

-Ya lo hemos pensado- dijo Sholer, **-pero sus probabilidades de lograr pasar son extremadamente bajas.**

-Ya supongo- me lamente, aunque la verdad es que incluso yo había llegado a la misma conclusión, pero nunca estaba de más preguntar. La enorme y pesada máquina sería un blanco fácil para el enjambre, que se limitaría a seguirla, lanzado oleadas de atacantes contra ella hasta que

lograran abrirse paso a través del casco. Tras eso, todo habría terminado. **-Entonces, ¿qué hacemos con él?-** añadí. **-Está bloqueando nuestras líneas de fuego y les proporcionara cobertura en la que reagruparse para atacar.**

-Detonar su reactor- explicó Yail. **-Si lo hacemos bien, los especímenes encerrados en su interior atraerán a otros. Así podremos eliminar a un considerable número de bestias del enjambre atacante.**

-Ya hemos evacuado a la tripulación al interior del santuario- añadió Sholer.

-Me alegra oírlo- dije, como si aquello me importara. **-¿Cómo le va descongelando el fragmento de la bio-nave?**

-Va lentamente- admitió Sholer. **-Ya hemos excavado el hielo, pero necesitamos equipo pesado para elevar algo de semejante tamaño y nuestros analyticae no son lo suficientemente grandes como para meterlo dentro. Hemos tenido que trasladar nuestros equipos a uno de los almacenes para poder estudiarlo.**

-Muéstremelo- pedí, solicitando un plano tridimensional del santuario en el hololito mientras hablaba. Aquel almacén iba a convertirse en un lugar perfecto que evitar y quería asegurarme de estar lo más lejos posible de allí. Sholer manipuló los controles y resaltó una gran área abovedada cerca de la parte superior del santuario. Lo miré

sorprendido. **-Pensé que lo mantendría en los subniveles.**

-Cuanto más alto mejor- contestó, **-los tiránidos no parecen tener entre ellos a ninguna criatura voladora.**

-Todavía no- dije, **-pero las tendrán.**

Si una cosa sé a ciencia cierta de los tiránidos es que, sea cual sea el problema que se les presente, tendrán una criatura perfectamente adaptada para solucionarlo en cuestión de horas.

-La cámara está conectada con el ascensor principal de carga- explicó Sholer, señalando un amplio pozo que se extendía desde el subnivel más bajo hasta la cubierta de vuelo del techo**. -Si es necesario, podremos devolverla rápida y fácilmente al cryogenitorium.**

-Será suficiente- dije, esperando que sonara como si realmente lo creyera. En cualquier caso, si había criaturas aladas luchando para bajar desde los hangares mientras el grueso del enjambre se abría paso desde abajo, no tendríamos ningún lugar a donde ir. Me volví hacia Yail. **-Lo mejor será que llevemos a todos los no combatientes a los niveles intermedios y que estemos preparados para sellar los inferiores-** añadí. Eso debería darnos algo más tiempo si el enjambre lograba abrir una brecha. Pero, para que engañarnos, lo que realmente trababa de hacer era no pensar en lo que pasaría cuanto lo lograran.

-De acuerdo- contestó. **-Y también deberíamos armas a todos los acólitos que podamos. Eso les hará sentirse menos vulnerables y la falta de precisión no será ningún problema si el enjambre consigue entrar.**

Debo señalar que nunca he escuchado un eufemismo más acertado.



No tuvimos que esperar mucho para el primer ataque, que llegó menos de una hora después. La oscuridad, más allá de las láminas de cristal blindado que formaba una de las paredes del principal centro de operaciones del santuario, se iluminó de repente con una serie de vivos destellos, como lejanos relámpagos, acompañados por un sordo sonido que hizo vibrar la ventana de forma casi imperceptible. De hecho, nunca lo habría sentido si no hubiera tenido las yemas de los dedos presionadas contra la resbaladiza superficie transparente, mientras estiraba cuello para ver mejor.

-Parece que han entrado en uno de los campos minados explicó Jurgen, entregándome una más que bienvenida taza de recafeinado.

La tomé y asentí con la cabeza para darle las gracias. **-Así es-** contesté y abrí un enlace de vox con Yail, que se

encontraba en algún lugar de la oscuridad de las dunas, buscando tiránidos a los que matar. **-Contacto en el sector tres-** le informé con claridad y luego añadí, **-aunque me imagino que ya se habrá dado cuenta-** unas palabras que pronuncié con un toque de mi mejor ironía, como si estuviera deseando estar allí afuera con él. Pero alguien tenía que vigilar el hololito, echar un ojo al panorama táctico general y, para aquel trabajo, y mi silencioso y completo alivio, yo había sido el elegido. Ya había luchado contra los tiránidos y podía interpretar sus movimientos, los que pudieran indicar una incipiente carga o un intento de flanqueo mejor nadie, excepto probablemente Yail, pero su puesto estaba junto a sus hermanos de batalla, no sentado en la relativa seguridad mientras los demás estaban luchando. Su sentido del honor nunca se lo habría permitido.

-Lo tenemos cubierto- me aseguró, aunque en la pantalla del hololito, parecía que él y el resto de los Recobradores se estaban ofreciendo como aperitivo para los primeros tiránidos que llegaran. Sus últimas palabras quedaron casi ahogadas por el aullido del Land Speeder que, llegando desde el sur, descargó una tormenta de fuego contra el corazón del enjambre para alejarse al instante, virando para evitar una vaina de un estrangulador de espinas disparada por algo desde la superficie. El proyectil biológico estalló en el aire, lanzando una creciente masa de redes afiladas como navajas que cayeron en picado sobre la multitud de mortales criaturas, desgarrando a todos los que se enredaron con su terribles espinas, algo que no pareció desconcertar ni lo más mínimo a los demás.

Apenas podía distinguir la horda que nos rodeaba, la manada que nos acosaba quedaba reducida por la

oscuridad a una solitaria masa amorfa en el paisaje, que parecía bullir como un mar enfurecido cuando los reflejos saltaban de un pedazo de quitina a otro, y luego a otro. Yo me sentí sombríamente agradecido por aquellas tinieblas, ya que ver aquella imparable marea de malignidad con mis propios ojos y poder distinguir a las criaturas individuales dentro del enjambre, habría sido mucho más angustioso.

-Comisario- me llamó uno de los acólitos de túnica roja que manejaban los atriles, consiguiendo de algún modo logró incluir un tono de disculpa en su voz mecánica, **-parece que tenemos un problema.**

-No me diga, ¿en serio?- pregunté, apartándome de la ventana con cierta reticencia. El inexorable avance del muro mortal se había vuelto curiosamente hipnótico. Luego, tras reflexionar que el sarcasmo no es lo más adecuado para inspirar a los ya aterrorizados civiles, puse una sonrisa en mi rostro, como si lo hubiera dicho en bromas. **-¿Ya nos estamos quedando sin recafeina?**

-Es un problema grave- insistió el mecano, que, como era de esperar, tenía el habitual sentido del humor de todos los de su clase. Llevaba un soplete en sus mecanodendritas, un arma improvisada, como otros cientos similares, lo más cercano que habíamos conseguido llevar a la práctica la sugerencia de Yail de armar a los tecno-sacerdotes para elevar su moral, y manipuló una serie de diales e interruptores que tenía frente a él con unos callosos y rechonchos dedos. Algo en la intensidad con la que trabajaba me inquietó y me apresuré a cruzar la amplia sala, con Jurgen pisándome los talones.

-¿Qué sucede?- pregunté, tras mirar la pantalla que tenía el acólito frente a él y encontrarla tan incomprensible como había esperado. Jurgen se inclinó para ver más de cerca los vacilantes diales, frunciendo el ceño desconcertado. El mecano se estremeció, pues aparentemente todavía conservaba el sentido del olfato.

-Estoy detectando signos de movimiento en el cryogenitorium. Algo se está moviendo ahí abajo.

-¡Puta mierda!- exclamé, no encontrando razón alguna para no expresar mi inquietud en los términos más claros posibles. En todo caso, aquella breve ráfaga de palabrotas pareció tranquilar al mecano, probablemente porque estaba preocupado por haberme molestado innecesariamente.

-¡Se están despertando!- casi grité y volví a sintonizar mi comunicador. **-Apotecario, estamos detectando movimientos en el congelador-** informé. **-¿Se está despertando el nodo?**

-No como tal- me explicó Sholer, **-eso implicaría que tiene una conciencia individual, algo que los tiránidos no poseen-** siguió, mientras yo, no por primera vez, me encontraba lamentando que no fuera posible estrangular a alguien a través de un enlace de vox. **-Pero estamos registrando una actividad cortical que va aumentando en fuerza a cada minuto que pasa.**

-Entonces eso es que está reviviendo a las criaturas- concluí.

-Una hipótesis razonable- admitió. **-Pero la mayoría están demasiado enterradas en el hielo como para liberarse.**

-No tienen porque hacerlo- le recordé. **-Ahí abajo tienes algunos excavadores. Irán abriendo túneles y quebrando el hielo para que los demás puedan salir.**

-Entonces tenemos un serio problema- contestó Sholer.

Antes de que pudiera felicitarle por su agudeza, toda la sala pareció temblar, mientras un ensordecedor estruendo hizo que se estremecieran hasta mis propios huesos. Una brillante bola de fuego surgió más allá de la lámina de cristal blindado, al tiempo que repicaban y rebotaban contra ella toda una nube de fragmentos metálicos y otro tipo de restos, algo que provocó unos rasguños y unas débiles marcas incluso en un material tan increíblemente duro.

-Ahí va la cosechadora- comentó Jurgen, en tono coloquial.

-Nos retiramos- me comunicó Yail, casi al mismo tiempo. **-No podemos retenerlos más tiempo.**

-Entonces, lo mejor será que no lo intenten- aconsejé, tras echar un rápido vistazo al hololito. La soga se estaba cerrando a nuestro alrededor y, a menos que se movieran rápidamente, no tardarían en quedar aislados. En el exterior

del amplio ventanal, el Land Speeder volaba en círculos y picaba velozmente, cubriendo la retirada de los marines espaciales con precisas ráfagas de fuego. A la luz de la cosechadora en llamas, pude ver una imparable marea quitinosa dirigiéndose desde todas las direcciones hacia nuestro frágil bastión. **-Sellaremos los niveles inferiores tan pronto como estén dentro.**

-Entendido- contestó Yail, sin molestarse en preguntar el por qué. Si había estado escuchando mi conversación con Sholer, ya lo sabría y si no lo había hecho, estaba casi completamente seguro de que sería capaz de adivinarlo. **-Estaremos con usted en diez minutos.**

Al final, pasaron un par de minutos más antes de que la enorme mole del marine espacial estuviera a mi lado, con su servoarmadura de Exterminador aún más dañada que antes. También le faltaban varios misiles del lanzador montado sobre su hombro, algo que en sí mismo era mudo testimonio de la ferocidad de la batalla que él y sus compañeros habían librado.

-Estoy detectado un aumento del movimiento ahí abajo- anunció el mecano desde su consola. Giré la cabeza para hablar con Yail.

-Parece que ha vuelto a tiempo- dije. Me volví hacia el hololito para consultar el esquema del santuario que Sholer nos había mostrado no hacia tanto tiempo en la sala de conferencias. Para mi considerable alivio, varias de las puertas internas estaban marcadas en rojo. **-Han soldado todas las puertas.**

-Eso nos dará un respiro- aceptó Yail. **-Pondremos guardias aquí, aquí y aquí-** dijo, señalando unos cuantos puntos de estrangulamiento allí donde se cruzaban los pasillos. **-Recobradores aquí y skitarii allí.**

-Creo que estarían mejor en este cruce- propuse, inspirado por mi innata afinidad por los complejos sistemas de corredores, e indiqué una alternativa a uno de los puntos que el marine espacial había sugerido. **-Si los tiránidos se meten por los conductos de ventilación, pueden saltarse este puesto-** señalé.

-Bien visto- dijo Yail. **-Entonces los desplegaremos en ese punto.**

-Será mejor que se den prisa- indiqué, **-no tardaran mucho en subir media docena de niveles.**

-Pero no están subiendo- nos informó el mecano. **-Mire.**

La pantalla que tenía frente a él era igual de incomprensible que la última vez que la había mirado, pero Yail parecía ser capaz de leerla sin el menor problema. **-No, no están subiendo-** dijo. **-¿Puede pasar eso al hololito?**

El mecano asintió y, un momento después, comenzaron a aparecer iconos de contacto agrupados en los niveles inferiores del esquema. **-Esto es lo mejor que puedo hacer-** indicó.

-Es suficiente- le aseguré y me volví hacia Yail. **-Están en los conductos de ventilación del reactor de plasma.**

-No tengo la menor duda de que habrá algunos de ellos- coincidió el marine espacial. **-Pero dudo seriamente que quepan muchos.**

-No necesariamente- le recordé, aún fresca en mi mente la imagen de la enorme y serpentina criatura excavadora que había visto la primera vez que había visitado el cryogenitorium. **-El trygon les abrirá un túnel para que puedan subir con mayor facilidad.**

-¿Por qué se dirigen hacia la superficie?- preguntó Jurgen. **-Normalmente prefieren atacarnos tan rápido como les es posible.**

-Porque pueden conseguir más presas ahí fuera - expliqué, tras un súbito destello de comprensión. **-Y los que nos atacan, están igualmente ansiosos por acabar con el nodo de la bio-nave. En principio, no somos el objetivo principal de ninguno de ellos** proseguí. Aunque no era una idea precisamente reconfortante a largo plazo, si nos proporcionaba un momento de respiro, no veía motivo para ponerle pega alguna.

-Ahí va el primero- dijo Jurgen, tras volverse hacia el ventanal y mirar terreno que rodeaba al santuario. Ignorando el repentino atentado contra mi olfato que

suponía el acercarme a él, me puse a su lado y miré en la dirección que indicaba su mugriento dedo índice. Mientras miraba, algo rápido y escurridizo apartó la rejilla que acaba de arrancar del conducto de ventilación más cercano y saltó sobre la desprotegida espalda del servidor armado que la protegía tenazmente del enjambre invasor.

El constructo cayó bajo una salvaje ráfaga de golpes, la carne, el hueso y el metal se abrieron como la niebla de la mañana, tras lo cual, su asesino se alejó en la oscuridad.

-¿Cree que era un genestealer?

-Podría ser- contesté, mientras veía como una docena más de bioformas salían en tropel por la estrecha abertura y seguían a su compañero. Un grupo de termagantes, que los superaba en número en una proporción de al menos dos a uno y dirigidos uno de los enormes guerreros tiránidos, apuntó sus devoracarnes hacia ellos. Sus proyectiles biológicos lograron derribar a los primeros atacantes, pero entonces, súbitamente, un purasangre apareció entre ellos y comenzó a acuchillar y a desgarrar a sus presas.

-Brecha estructural- anunció el mecano. Por un momento, me temí que lo que quería decir era que el enjambre del congelador había cambiado de opinión y se había lanzado contra nosotros. Pero los iconos de contacto se movían hacia el exterior, más allá de los límites de los subterráneos del santuario.

-Los excavadores ya están libres- me informó Jurgen, como si me estuviera comentando el tiempo. Tras un momento, vi algo monstruosamente enorme salir a la superficie en el centro del enjambre, derribando a muchos de los horrores que huían ante su presencia. Algunos cayeron en sus enormes fauces y otros fueron convertidos en papilla por sus gigantescos anillos. A continuación, volvió a desaparecer, dejando solamente un rastro de desorientadas abominaciones que indicara que había estado allí.

-Parece que su objetivo son las criaturas sinápticas- dijo Yail. Yo asentí.

-Es la misma técnica que usaríamos nosotros- coincidí, aunque ambos enjambres parecían ser capaces de aprovechar las vulnerabilidades del otro con una velocidad y precisión que nosotros sólo podíamos admirar. **-Pero esto no puede durar mucho.**

-No, no puede- contestó el sargento del Adeptus Astarte. **-Sólo tenemos que esperar que el perdedor debilite al ganador lo suficiente lo suficiente como para inclinar la balanza a nuestro favor.**

-Mucho se tendrán que inclinar las probabilidades a nuestro favor para que podamos mantener seguro este lugar con poco más que un turba de mecanos agitando palos afilados- dije, **-aunque cuenten con usted y sus hombres para dirigirlos** [171]**.**

[171] Que no mencione a los skitarii podría indicar que no había ninguno cerca para oírle.

-También cuentan con usted- me recordó Yail.

-Sólo estamos retrasando lo inevitable- le indiqué, cambiando el hololito de una visión local a una vista estratégica para enfatizar mis palabras. **-Mientras ese fragmento de bio-nave permanezca aquí, seguirán atacando.**

La lucha en la órbita del planeta parecía estar siendo igual de desesperada y sangrienta. La flota colmena continuaba lanzando feroces ataques contra la Armada, pero al menos parecía que ya no estaban cayendo más esporas sobre el planeta.

-Cada vez hay más tiránidos acercándose- expliqué, mientras volvía a cambiar el mapa del hololito por uno que representaba la región en la que nos encontrábamos, y ampliaba la imagen para mostrar una serie de iconos de contacto que se dirigían hacia nosotros tan rápido como sus piernas podían llevarlos. **-Este grupo de aquí podría haberse unido al asalto de la colmena principal, pero han preferido dirigirse hacia nosotros.**

-Necesitamos refuerzos- dijo Yail, examinando los mapas buscando alguna unidad de combate que no estuviera comprometida, pero obtuvo el mismo resultado que yo.

-O tendremos que evacuar- añadí. El sargento me miró como si, de repente, hubiera comenzado a hablarle en orko, así que abrí mis manos para abarcar con el gesto a todos los tecno-sacerdotes que nos rodeaban. **-Este lugar está lleno de civiles, cuyo ministerio se necesita desesperadamente para mantener las forjas en funcionamiento. Aunque sólo sea por eso, debemos intentar garantizar su seguridad-** señalé y dicho de paso de paso, también la mía, aunque no me pareció políticamente correcto mencionarlo.

-Fecundia está siendo invadida por los tiránidos- me replicó Yail, que parecía seguir desconcertado. **-No es probable que encontremos un refugio seguro para ellos en ninguna otra parte.**

-Cualquier otra parte será más segura que el objetivo principal de los tiránidos- respondí, mientras volvía a señalar la pantalla táctica. **-Las colmenas principales están logrando defenderse bastante bien, al menos por el momento.**

En aquel momento, escuché en mi oído la tan esperada llamada.

-¿Ciaphas?- preguntó Zyvan. **-¿Sigues ahí?**

-Aquí andamos, resistiendo- respondí. **-Disfrutando del espectáculo de una pequeña guerra civil tiránida.**

La batalla seguía en su clímax, aunque, más tarde o más temprano, la superioridad numérica de los invasores se haría notar. No muy lejos, una camada de carnifex cargaba pesadamente contra los flancos de un tyrannofex recién llegado; la bestia se tambaleó y cayó, respondiendo al ataque con una fulminante descarga de devoracarnes que comenzaron a devorar al instante a sus atacantes. Enloquecidos por el dolor de sus heridas, las enormes moles de músculo y hueso se tambalearon, como si estuvieran borrachos y cargaron al azar, aplastando a su paso a un grupo de sus propios hormagantes.

-Es un cambio agradable, el ver como se destrozan entre ellos quiero decir.

-No me cabe la menor duda- contestó el Lord General, **-pero nosotros no estamos teniendo tanta suerte. Apenas estamos logrando aguantar aquí arriba y los auspex acaban de detectar los leviatanes del grueso de la flota enemiga. A menos que se nos ocurra algo en las próximas horas, me temo que estamos acabados.**

-¿Así que supongo que no será posible la evacuación de los civiles?- pregunté, obteniendo justo la respuesta que esperaba.

-Creo que has entendido bien la situación- contestó Zyvan, al que pareció conmover mi inexistente preocupación por los civiles; y claro, dadas las circunstancias, estaba fuera de lugar el preguntar por la posibilidad de que yo fuera evacuado. En el improbable caso

de que pudiera salir de aquella sin acabar siendo devorado, aún seguiría teniendo una reputación que mantener y si se presentaba la oportunidad de salvar mi cuello, ésta sería más difícil de aceptar si yo socavaba la confianza que Yail había depositado en mí**-. La Armada está muy ocupada, e incluso si pudiéramos lanzar una lanzadera, sería derribada antes siquiera de alcanzar la atmósfera.**

-Aguantaremos todo lo que podamos- contesté. Lo cual era una auténtica tontería, justo el tipo de valerosas últimas palabras que se esperaba que alguien como yo dijera en situaciones como aquella. Miré el hololito y vi el torbellino de la brutal contienda civil que se estaba librando a muerte, como si del choque de dos frentes tormentosos se tratara. **-Cargaremos nuestros datos tácticos y los mantendremos en tiempo real. Si caemos luchando, los analistas podrán sacar algo en claro de ellos.**

-Estaremos preparados para recibirlos- dijo Zyvan y cortó la comunicación, bastante apresuradamente, pensé [172].

[172] Probablemente para ocultar lo que sentía en aquellos momentos, aunque, como suele ser habitual en él, a Caín no parece que se le llegara a ocurrir.

-Una sugerencia muy buena- intervino Yail. **-También aconsejaré al apotecario Sholer que prepare los resultados de sus investigaciones para transmitirlos. Sería lamentable que se perdiera alguna información de utilidad en el último momento.**

-Ciertamente lo sería- contesté, pensando que mucho más triste sería que me perdieran a mí en el último momento. Sin embargo, había hablado distraído, con casi toda mi atención puesta en el flujo y reflujo de iconos en el hololito mientras mi subconsciente se esforzaba intentado decirme algo. Miré por la ventana, hacía donde el titánico choque de quitina contra quitina seguía iluminado por las temblorosas llamas de la cosechadora incendiada y me puse a comparar los movimientos de los iconos con los de las criaturas reales y, de repente, como si de una de las explosiones secundarias que aún estallaban en el casco se tratara, me di cuenta de algo. **-¡Mirad eso!**

-Sí, ya lo veo, es cierto, se siguen matando con todas sus ganas- dijo Jurgen, sin entender absolutamente nada, lo cual no era nada nuevo. Pero Yail también parecía desconcertado.

-Lo único que veo es los tiránidos matándose los unos a los otros- me contestó, Yail, con un leve toque de resentimiento, como si no llegara a entender por qué él no podía estar divirtiéndose con ellos.

-Me refiero a como lo hacen- dije y le señalé un ejemplo particularmente atroz. **-Mire a esos termagantes.**

Un grupo de criaturas invasoras estaba disparando sus devoracarnes contra un tervigón que avanzaba hacia ellos. Las gruesas placas de blindaje de la criatura desviaron la lluvia de mortales insectos con una facilidad casi despectiva, aunque varios de los termagantes recién nacidos que se movían a sus pies cayeron mientras otros

devolvían el fuego con sus propios devoracarnes. De repente, la prole que avanzaba se dispersó y corrió para ponerse a cubierto.

-Ese es un típico comportamiento instintivo- me recordó Yail, que aún no había caído en lo que estaba ocurriendo. Yo asentí.

-Pero, si se da cuenta, tenían junto a ellos a uno de los grandes guerreros- dije, señalándole justo antes de que el tervigón lo partiera de un mordisco por la mitad, para luego, disfrutándolo, comenzara a masticar y devorar su improvisado tentempié. -**Debería haber estado dirigiéndolos, anulando su respuesta instintiva.**

-Debería- asintió Yail, tras comprender finalmente lo que le decía. **-La presencia del nodo de la bio-nave debe estar inhibido la capacidad de la flota colmena para transmitir órdenes.**

-La está interfiriendo, lo mismo que nosotros hacemos con los canales de vox enemigos- coincidí. Inmediatamente, me dirigí hacia la puerta mostrando una clara y firme determinación. **-Tenemos que hablar urgentemente con el apotecario.**



CAPÍTULO VEINTISÉIS

El improvisado analyticum de Sholer resultó ser más o menos como yo esperaba: un enorme y retumbante espacio del tamaño de un hangar de lanzaderas, con los palés de carga que normalmente se amontonaban allí empujados contra los rincones o utilizados como mesas o improvisados bancos de trabajo, en los que trabajaban diligentemente los acólitos del Omnissiah vestidos de color carmesí, haciendo sólo el Emperador sabrá qué cosas. El suelo y otras superficies estaban cubiertos de cables, una muestra de la típica indiferencia de los mecanos hacía los riesgos de tropezar, o del peligro de la electrocución accidental, aunque supongo que, con una proporción tan alta de componentes mecánicos en relación a los orgánicos, eso no les molestaría en lo más mínimo. Mas bien al contrario, era más que probable que los animara un poco [173].

[173] Algo muy posible si sus augméticos están alimentados por acumuladores internos; un arreglo muy común entre los tecno-sacerdotes muy modificados, especialmente si trabajan en las proximidades de cableados mal aislados.

El centro de la cámara estaba ocupado por el fragmento de la bio-nave, un enorme pedazo de carne necrosada más de dos veces más alto que yo. De hecho, no creo que sea ninguna exageración decir que tenía aproximadamente el tamaño de un Baneblade, aunque con un perfil algo más informe. De él brotaban sin cesar unos fétidos fluidos que se deslizaban por un agujero abierto a toda prisa en el suelo, desde el que el sonido de continuas salpicaduras indicaba que estaba siendo recogido en alguna especia de cuba [174].

Ni que decir tiene que el hedor era indescriptible. Toda aquella montaña orgánica estaba cubierta de pinchos metálicos clavados profundamente en la carne desde los que se extendía un bosque de cables conectados a consolas de instrumentos, cuyas pantallas estaban siendo estudiadas atentamente por Sholer y su grupo de ayudantes, algunos de los cuales reconocí del analyticum de los niveles inferiores.

[174] Bien fuera para su posterior análisis o para contener algún potencial peligro biológico. Seguramente por ambas razones.

-Comisario- me saludó, con evidente sorpresa, cuando entré a toda prisa con Jurgen pisándome los talones. Puede que una medida indicativa de lo abrumador que era el hedor fuera el hecho de que tuve que volverme para asegurarme de que mi ayudante seguía allí. **-Supongo que su presencia aquí me debería indicar que ha sucedido algo inesperado.**

-Así es- le aseguré. Había pedido al espíritu máquina de mi placa de datos que estuviera atento a la información táctica que estábamos enviando al centro de mando de Zyvan a bordo de la nave insignia y rápidamente se la entregue al apotecario, mientras hacía un gesto con la cabeza hacia el montículo de carne putrefacta que alzaba sobre nosotros mientras hablaba. **-Creemos que esta cosa está interfiriendo en las directrices de la flota colmena. Necesito saber cómo y saber si podemos utilizarlo.**

Sholer miró la placa durante un momento, evaluando los datos tácticos tan rápida y exhaustivamente como tan solo

un Adeptus Astartes puede hacerlo y luego me la devolvió, con una somera inclinación de cabeza.

-Intrigante- dijo y se volvió hacia una de las parpadeantes pantallas de datos. **-Los principales patrones de interferencias parecen corresponder a la actividad neuronal en estas frecuencias.**

De repente, los patrones regulares de ondas se disolvieron en una estática sin sentido. Sholer frunció el ceño.

-Los equipos no funcionan correctamente- anunció el apotecario. **-Pero no es de extrañar, teniendo en cuanta lo rápido que los hemos trasladado y vuelto a montar.**

-Jurgen- llamé, adivinando una probable causa [175], **-¿podría encontrarme una taza de recafeina? Y ya que está, será mejor que encuentres algo para usted. Me parece que la noche va a ser larga.**

[175] La capacidad de Jurgen para anular los fenómenos psíquicos parecía haber interrumpido la telepatía de la mente de la prole de los genestealers y la capacidad de los tiránidos para sentir la conexión con la mente colmena en varias ocasiones antes de aquel episodio, aunque, por razones más que obvias, nunca fue posible realizar una verificación científica.

-Por supuesto, señor- contestó y se marchó. La pantalla se estabilizó.

Sholer le propinó a la pantalla un par de golpes más para estar seguro y se volvió hacia mí. **-Esta es una línea de investigación muy prometedora.**

-Qué va a finalizar en muy poco tiempo si las criaturas del exterior logran salirse con la suya- le recordé. **-¿Cómo podemos usar eso ahora mismo?**

-Tendríamos que amplificar y transmitir la señal- me dijo, claramente intrigado por aquella probabilidad; algo que me hubiera parecido mucho más alentador si no lo estuviera tratando como un problema abstracto que tenía que resolver por simple curiosidad científica, que en lugar de tratarlo como una urgente necesidad para nuestra supervivencia. **-Por desgracia, transmitir una señal psíquica no es tan sencillo como enviar un mensaje por el vox.**

-Entonces, use un psíquico- propuse. **-¿No me irá a decir que una instalación tan importante como ésta no cuenta entre su personal con un astrópata?**

El apotecario asintió.

-Claro que lo tenemos- contestó. **-Pero no veo de qué serviría. Ella no será capaz de leer nada de la mente de esta criatura y mucho menos transmitir algo. La sombra en la disformidad nos mantiene completamente aislados.**

-Pero no hay nada malo en preguntarle, ¿verdad?- insistí, con más aspereza de lo que pretendía.

-Para nada- respondió Sholer.



Aunque nunca me he sentido especialmente cómodo en compañía de los astrópatas, me alegró mucho ver a aquella adentrándose en el analyticum con total confianza, pasando por encima de los cables que acechaban a los incautos sin siquiera mover los párpados de sus ojos ciegos. Como la mayoría de los de su clase, era de edad indeterminada, la piel de su rostro estaba surcada por débiles arrugas de la tensión, aunque el escaso cabello de su afeitada cabeza era aún negro allí donde brotaba sobre el icono del Emperador que llevaba tatuado, sin duda para invocar su protección.

-Usted debe ser Caín- dijo, girando la cabeza en mi dirección, a la vez que esquivaba hábilmente a un huidizo G.A.T.O que correteaba por zona.

-Efectivamente- asentí, mientras dudada por un instante si extender la mano para saludarla, pero, finalmente, decidí no hacerlo. Sus sentidos sobrenaturales probablemente hicieran que se diera cuenta de aquel gesto, pero si eso no pasaba, yo quedaría como un idiota. Entonces, ella me tendió su mano, justo en la posición perfecta para que la

tomara sin la menor dificultad. **-Me alegra que haya podido venir.**

-No es que tuviera mucho que hacer, la verdad- dijo con una leve sonrisa, mientras yo le soltaba la mano tras un leve apretón. Incluso a través del guante, me pareció sentir un ligero cosquilleo, aunque supongo que sería mi imaginación. Sin Jurgen cerca, me sentía inusualmente vulnerable, aunque sabía perfectamente que ella no podía leer mi mente directamente. Sin embargo, me había asegurado de que mi ayudante estuviera en otro lugar, ya que su presencia había hecho imposible todo el proceso.

En aquella época, yo ya había conocido a psíquicos que habían sufrido un ataque cuando estaban cerca de Jurgen, e incluso si nuestra astrópata no se quedaba aturdida por el aura de su nulidad psíquica, sin la menor duda reconocería inmediatamente lo que era, algo que Amberley seguramente habría visto con muy malos ojos [176]. **-Me llamó Clementine Drey.**

[176] Así es. Jurgen era uno de mis activos más celosamente guardados, razón por la cual lo había dejado en la relativa oscuridad de su posición junto a Caín, para usarlo cuando fuera necesario, en lugar de incluirlo directamente en mi séquito. Aparte de la inconveniencia de que mi propia psíquica sufriera un colapso cada vez que Jurgen entrara en la habitación, no tenía el menor deseo de estar continuamente peleando con los colegas del Ordo Maellus que, sin la menor duda, pensarían que un paria estaría mejor empleado acompañándolos a su siguiente expedición a la caza de demonios.

-Necesitamos que transmita algo- explicó Sholer. El rostro de Clementine adoptó una expresión de perplejidad que profundizó en el delicado trazado de arrugas apenas

perceptibles de su rostro hasta hacerlo totalmente visible, añadiendo al instante un par de década a su edad aparente.

-No puedo enviar un mensaje a través de la sombra- explicó, como si le estuviera explicando a un niño que el espacio era negro.

-Lo sabemos- respondí. **-Sólo queremos que simplemente lo transmita.**

Si la hubiéramos dicho que queríamos que entrara en contacto con la mente colmena, probablemente podría haber perdido la cabeza y nos hubiéramos quedado sin nada.

-¿Transmitir a ciegas?-. Preguntó Clementine, aparentemente inconsciente de la ironía y no demasiado animada por la idea. Estaba muy claro que no era ninguna idiota y que, probablemente ya se hiciera una idea de lo que pretendíamos. Se giró y pareció mirar con gesto extraño, como si estuviera estudiando el fragmento de la bio-nave a través de las vacías cuencas de sus ojos. **-¿Quiere que intente contactar con eso?**

-¿Podría?- pregunté, tratando de no parecer demasiado ansioso. Ella negó con la cabeza.

-Ahí no hay nada. Es como…- la astrópata hizo una pausa, como si estuviera buscando alguna analogía. **-Es como un agujero en la habitación. No hay nada que**

pueda percibir, es como un fragmento de la sombra en la disformidad.

Sholer y yo nos miramos. No sé cómo se sentiría él, pero yo estaba al borde de la desesperación. ¿Cómo podría una astrópata transmitir la señal del fragmento de la bio-nave cuando ni siquiera podía percibirla? Entonces, mi mirada se posó en las consolas y mesas repletas de instrumentos y en sus atareados sirvientes de túnica roja.

-¿Puede leer esos instrumentos?- pregunté, sin atreverme a albergar alguna esperanza.

-Por supuesto- contestó Clementine, de nuevo desconcertada, aunque yo no llegaba a entender que como era capaz de percibirlos. **-Es simplemente un flujo de datos. El tipo de cosas que codifico continuamente para transmitir.**

-¿Y puede hacerlo en tiempo real?- pregunté. Su expresión comenzó a rozar el desdén.

-Fácilmente- contestó ella.

-¿Ahora mismo?- pregunté, mientras apretaba el pulgar contra la palma de mano, esperando que sirviera de ayuda para obtener la respuesta deseada.

-Consígueme una silla- solicitó Clementine, con tono de resignación. Se volvió y me miró. **-Y le agradecería un poco de privacidad. Ver el proceso puede ser bastante desagradable para quienes estén presentes.**

Con lo cual quería decir que podría ser bastante desagradable para mí, si juzgaba correctamente la situación en base a mis experiencias previas. Sholer comenzó a echar a todos los mecanos presentes, mientras yo colocaba unos cuantos palés para ocultar la consola de otros ojos que no fueran los nuestros.

Cuando terminé, Clementine ya se había acomodado en una silla frente a la consola y miraba a la pantalla como si pudiera ver los electrones revoloteando frente a ella. Y, hasta donde yo sé, probablemente pudiera hacerlo.

-Comisario- escuché la apremiante voz de mi ayudante en el comunicador. **-Los tiránidos recién llegados están acabando con los últimos descongelados. La mayoría de ellos están avanzado hacia el santuario-** agregó, pero sus palabras fueron interrumpidas por el siseo de un melta al ser disparado. **-Algunos ya se han abierto paso hasta los pasillos inferiores.**

-Tiene que hacerlo ahora mismo- le comuniqué a Sholer en cuanto se reunió con nosotros. **-Los recién llegados están subiendo para matar a esta cosa.**

Como para subrayar mis palabras, el sordo rugido de un bolter resonó en algún lugar bajo mis pies.

-Están en el hueco del elevador- me explicó innecesariamente la voz de Yail, aunque mi innato sentido de la orientación ya me había indicado el origen del sonido de los disparos. En aquellos momentos, me imaginé el amplio y profundo pozo que descendía hasta los niveles inferiores, un hueco que proporcionaba a los tiránidos invasores una ruta directa hasta el lugar en el que nos encontrábamos.

-¿Cuánto tiempo podrá retenerlos?- pregunté, mientras desenfundaba mis armas.

-Espero que el suficiente- respondió Yail antes de cortar la comunicación, algo debido, sin la menor duda, a que tenía cosas más importante de las que ocuparse que en mantener una conversación trivial.

-Estoy lista- anunció Clementine, con un rostro que indicaba que no se sentía nada a gusto, mientras se redoblaban los ecos de los lejanos disparos. **-Transmitiré todo lo que me llegue por la conexión, aunque sólo el Trono sabrá que es lo que quieren lograr con ello.**

Sus labios comenzaron a moverse, verbalizando una de las letanías propias de su casta. A continuación, de repente, su cuerpo sufrió un espasmo, como si la hubiera dado un ataque y, bruscamente se tensaron todos los músculos de su cuerpo. Resbaló de la silla y se golpeó la cabeza contra el

borde de una caja colocada junto a ella, abriéndose una fea herida que Sholer se apresuró en restañar. Un fino hilo de baba, mezclada con la sangre de su lengua mordida, comenzó a brotar lentamente por una de las comisuras de su boca.

-Yo me ocuparé de ella- dijo Sholer que, tras levantar la vista y verme con las armas preparadas, debió creer que yo estaba ansioso por unirme a la lucha, en lugar de ver que estaba absolutamente paranoico por quedar atrapado por los primeros tiránidos que atravesaran la puerta. Lo medité durante un instante, pues en aquel almacén sólo había una puerta. Una vez que las criaturas entraran, mis probabilidades de salir de allí serían mínimas, dado que la enorme masa putrefacta era su principal objetivo, y los atraería como un pedazo de carroña a los kroot. **-Puede unirse a la defensa.**

-¿Está seguro?- respondí, eligiendo cuidadosamente mis palabras para que mi aparente valentía no llegara hasta el punto de tener que quedarme atrapado allí.

-Completamente- me aseguró Sholer mientras desenfundaba su pistola bolter, ya preparado para el combate, mientras yo, aprovechando aquella oportunidad, salía corriendo de la sala.



El pasillo al que salí estaba repleto de mecanos presas del pánico, corriendo de un lado a otro de un modo que me recordó extrañamente a los acontecimientos que siguieron al intento de huida de los genestealers. De manera desconcertante, mientras que algunos huían, otros parecían correr hacia el origen del sonido de los disparos, algo que al principio atribuí erróneamente con su deseo de lanzarse al combate con las improvisadas armas que a mayoría de ellos blandían. Mirando a mi alrededor, vi de todo, desde todo tipo de herramientas adaptadas a toda prisa, a simples trozos de tuberías lastradas para crear pesados garrotes, a menudo complementados con uno o dos clavos lo suficientemente letales como para haber alegrado el corazón de cualquier orko. Unos pocos llevaban armamento algo más sofisticado, quizás sacado de los talleres de reparación o montado a toda prisa desde cero, desde pistolas bolter a granadas caseras improvisadas con latas de lubricante. Uno de ellos incluso se había hecho con una ballesta, un arma que no habría desentonado en un campamento de carroñeros del sumidero [177]. Como prefería no encontrarme con un tiránido de frente, me abrí paso a través de la aglomeración para alejarme de los sonidos del combate, pero, al poco, descubrí mi error, ya que una pesadilla viviente bloqueaba el pasillo delante de mí, chillando de rabia mientras sus correosas alas chocaban contra el techo y las paredes. Yo parecía haber acertado, la mente colmena invasora no había tardado en desplegar gárgolas contra nosotros. Alcé mi pistola láser y disparé un par de veces cuando la bestia se elevó por encima de las cabezas de los mecanos que bloqueaban mi línea de fuego, pero lo único que conseguí fue atraer su atención sobre mí, algo que no era ni mucho menos, lo que yo pretendía.

[177] Una referencia a sus orígenes en los barrios bajos de una colmena, aunque se sigue sin conocer a que planeta pertenecería. Carroñeros es un término muy común en esas comunidades para los estratos más bajos de la

sociedad, tanto literal como metafóricamente, que subsisten hurgando en las basuras que caen (o que tiran) desde las zonas altas de la colmena.

La criatura dejó caer al tecno-sacerdote que estaba masacrando y se abalanzó sobre mí, alzando su devorcarnes para vomitar una descarga de letales escarabajos en mi dirección. Afortunadamente, su puntería fue arruinada por un mecano que demostró tener más iniciativa que sentido común, que lanzó a la criatura una especie de cable de acero dotado de un improvisado contrapeso en un extremo que se enredó en la extremidad delantera que empuñaba la bio-arma, apartándola en el último instante.

La lluvia de mandíbulas que chasqueaban frenéticamente se estrelló inofensivamente con la pared del pasillo. Sólo unos pocos que rebotaron lograron encontrar algo de carne viva en la que clavarse. En aquella ocasión, el estar tan generosamente mezclados con metal, seguramente les vino muy bien a los seguidores del Omnissiah [178].

[178] A pesar de las horribles heridas que provocan, los escarabajos carnívoros mueren en cuestión de segundos, por lo que los heridos por ellos suelen sobrevivir si queda lo suficiente de sus órganos vitales atacados y los tecno-sacerdotes, en buena parte, ya habrían sustituido la mayor partes de éstos por augméticos varios.

La gárgola volvió a rugir y se abalanzó contra mi inesperado salvador, intentando clavar en el abdomen de él, o de ella, [179] el aguijón en el que terminaba su cola. Una buena acción se merecía otra, especialmente con tantos testigos a nuestro alrededor; así que arremetí con mi espada sierra y logré el expuesto vientre del horror volador.

[179] Aparentemente, se trataba de un tecno-sacerdote especialmente dotado de augméticos con lo que Caín no fue capaz de asignarle un género.

-¡Aguante!- le grité para animarle, aunque el tecno-sacerdote no daba señal alguna de querer soltar a presa, tirando con tanta fuerza del cable como un pescador que había logrado atrapar la mayor captura de toda su vida. Unas pocas vísceras salpicaron contra el suelo y mi maltratado abrigo, confirmando que su salvación ya era algo imposible, aunque la gárgola me golpeó en aquel instante con sus correosas alas tras fallar en su intento de volver a volver a apuntarme con su devoracarnes. Al ver como giraba la cabeza, me agaché y permití que fuera mi gorra la que recibiera el chorro de veneno que, de repente, lanzó con la intención de abrasarme los ojos. Un ataque al que yo respondí con otro tajo de mi espada sierra.

Aquella vez, la aullante espada cortó de cuajo una de las alas que la mantenían en al aire y la criatura cayó pesadamente al suelo, donde comenzó a chapotear entre sus propias entrañas como un gorrión bañándose en una fuente.

-¡Acabemos con él!- instó el tecno-sacerdote a los demás, con su voz mecánica plagada de sed de sangre, mientras saltaba hacia adelante para inmovilizar el devoracarnes con su pie metálico, cosa que hizo con tanto peso y fuerza, que la carne modelada reventó como una fruta madura. Eso fue todo lo que necesitaron los demás, lanzándose sobre la criatura derribada como una manada de ratas de sumidero sobre un cadáver, machacándola y despedazándola con sus garrotes y cuchillas hasta convertirla en una papilla sanguinolenta.

-Ya casi han llegado a lo más alto del hueco del elevador, señor- me informó mi ayudante, con los sonidos del combate resonando de fondo a través del pequeño comunicador que llevaba en mi oído. Yo vacilé un segundo antes de responder. La gárgola podría estar sola, pero yo lo dudaba mucho, y si una había logrado encontrar el camino hacia el interior desde la plataforma de aterrizaje, el resto de su progenie no andaría demasiado lejos. Pero aunque no hubiera ninguna más, el caso es que no había nada en la cubierta de vuelo capaz de volar así que aunque pudiera llegar allí, yo simplemente moriría ahogado por los miasmas de la atmósfera [180], eso si las bestias aladas no me atrapaban primero. Por otra parte, por muy peligroso que fuera unirme a la defensa del hueco del ascensor, al menos tendría el melta de Jurgen y a los Recobradores supervivientes detrás de los que esconderme.

[180] Una notable exageración, ya que él había estado a la intemperie en aquella atmósfera durante algún tiempo en más de una ocasión.

-Ahora mismo voy- respondí, como si nunca lo hubiera dudado, y comencé a correr en la dirección por la que me llegaban los sonidos del combate.

Para mi sorpresa, me siguieron muchos de los acólitos de túnicas rojas que antes me rodeaban, aparentemente con su sangre y lubricantes prácticamente en llamas ante la posibilidad de acabar con algunos tiránidos más tras haber probado el derramamiento de sangre. Algo que me pareció genial: cuantos más mejor, especialmente si se interponían entre el enjambre y mi preciado pellejo.

Mientras pasábamos, eché un vistazo al santuario de Sholer, pero vi que seguía agachado junto al tembloroso cuerpo de Clementine, parcialmente oculto por la barrera de palés. Aunque seguramente se percatara de mi presencia, parecía demasiado ocupado y seguí corriendo, con el grupo de acólitos siguiéndome como la cola de un cometa.

-Siento llegar tarde- me disculpé, mientras me unía a Yail, un par de Recobradores y Jurgen, que se alineaban a lo largo de las puertas del tamaño de un Chimera que daban al elevador de cargas [181]. Éstas habían sido abiertas de par en par para conseguir un campo de tiro libre. Afortunadamente, la mente colmena sólo estaba lanzando contra nosotros criaturas capaces de escalar, lo que excluía a todas las que tenían armas que pudieran ser usadas a distancia, pero por cada hormagante, o genestealer puracepa que caía en picado hacia las profundidades, otra docena le tomaba el relevo. **-Una gárgola se interpuso en mi camino.**

[181] Si el fragmento de la bio-nave era realmente, tal y como lo describió Caín, del tamaño de un Baneblade, la puerta tendría que ser considerablemente más grande que eso para que pudieran haberlo transportado a través de ella.

-Lo sé- afirmó Yail. **-El Land Speeder está tratando de mantenerlos alejados del hangar-** algo que al menos explicaba la ausencia de los otros Recobradores [182].

[182] Aparte de los tecnomarines que Sholer mencionó en su primera reunión, que parece que estaban en otro lugar cuando comenzó el ataque.

No me importa admitir que me acobardé ligeramente cuando contemplé la vertiginosa caída hacia los subniveles

más profundos del santuario. Las paredes del pozo parecían hervir de quitina, trepando hacia arriba con un perverso propósito, con sus garras desgarradoras y cortantes chasqueando en una furiosa avalancha de ensordecedores crujidos. Los defensores seguían disparándoles y yo me uní a ellos, pero, para lo que estábamos consiguiendo, bien podríamos haber estado tirándoles piedras.

-¿No podemos activar la plataforma y aplastarlos a todos?- pregunté mientras le arrancaba la parte posterior del cráneo a un genestealer especialmente persistente con un afortunado disparo que le atravesó las fauces.

-Ya lo hemos hecho- me informó Jurgen, lanzando una ráfaga de su melta al torso de otra de las criaturas. El abrasador destello térmico lanzó a otro par de ellas hacia el abismo a modo de bonificación.

-Así que, si lo intentamos volver a hacer, sólo conseguiremos que suban más rápido- añadió Yail acentuando sus palabras con una ráfaga de su bolter Tormenta que convirtió en sanguinolentos pedazos a media docena de genestealers.

-Bueno, de todas formas, parece que trepan bastante bien- dije, tras sentir que un ligero eufemismo heroico sería bien recibido en aquellos momentos.

Una débil explosión resonó en el pozo. Uno de los excitados mecanos había lanzado una granada casera al hueco del elevador, sin duda alguna tras haber calculado en que punto

de su trayectoria haría explosión [183], atravesando a los tiránidos con una lluvia de afilada metrallas.

[183] O puede que no; dadas las circunstancias, lo más fácil era que acertara a algunas de las bestias.

-Pero ya no suben tan rápido- observó Jurgen, como si aquel asunto fuera tan sólo de interés pasajero.

-¿Han frenado la velocidad de su ascenso?- pregunté, como repentino brote de esperanza asomando en mi mente. Mi ayudante asintió.

-Antes se pegaban a las sombras, intentaban cubrirse. Ahora, suben directamente a la línea de fuego, por lo que les estamos reteniendo con mayor facilidad.

Activé el comunicador de vox de mi oreja.

-Sholer- llamé, tratando de no sonar demasiado optimista, **-parece que está funcionando. ¿Sigue transmitiendo Clementine?**

-Hasta dónde puedo decir, creo que sí- respondió Sholer. **-Está sufriendo continuos ataques, cada uno más violento que el anterior. Cualquiera de los siguientes podría ser fatal.**

-Entonces tenemos que terminar con esto lo antes posible- afirmé.

-Estoy de acuerdo- nos interrumpió Yail, inclinándose levemente, lo más parecido a asentir con la cabeza que podía hacer un hombre encerrado en un torpe traje de Exterminador y disparó en una sola salva todos los misiles que le quedaban en su lanzador Cyclone. Un segundo más tarde, un vendaval de fuego subió por el pozo, arrancando de las paredes y abrasando a los horrores quitinosos que se aferraban a ellas, aunque no hubieran sido destrozadas por la metralla de las cabezas de fragmentación. Nosotros saltamos hacia atrás para salvar la vida mientras una lluvia de residuos brotaba por las puertas abiertas. Choqué contra el suelo de metal y rodé por el suelo, intentando escapar del intenso calor provocado por las explosiones que abrasaba mi espalda para, a continuación, levantarme con mi pistola apuntando el hueco del elevador. Sólo Yail seguía en pie donde estaba anteriormente, protegido de la furia de las explosiones por la armadura más poderosa creada por el hombre. Tras un momento, habló. **-Hemos vencido-** declaró sencillamente.

-¿Hemos vencido?- pregunté. Extrañamente reacio a creerlo, me acerqué lentamente al borde del hueco y miré hacia abajo. Efectivamente, el único movimiento que pude apreciar fue el de algunos rezagados heridos que huían retorciéndose por los conductos de ventilación en el pozo del elevador por los que, evidentemente, habían logrado entrar.

-Parece que sí- me confirmó Jurgen, disparando una ráfaga de fusil láser a las bestias en retirada mientras su exquisito

y peculiar aroma personal comenzaba a desplazar el olor a la carne y al metal chamuscado en mis fosas nasales.

-Las gárgolas también huyen en desorden- nos informó Yail, incapaz de esconder una nota de satisfacción en su voz.

-Excelente- afirmé, más formalmente que el marine espacial, dado que yo tenía mucha más práctica en ocultar mis verdaderos sentimientos. Volví~~a~~ a activar el comunicador. **-Sholer, puede decirle a Clementine que deje de transmitir.**

-Desafortunadamente, me temo que eso ya no es posible- me contestó Sholer, con su voz teñida por el arrepentimiento. **-Como ya advertí, su último ataque resultó ser el fatal.**

NOTA EDITORIAL:

“De la Cruzada y lo que vino después: una historia militar del Golfo de Damocles”, por Vargo Royz*,* 058.M42.

El destello de inspiración del comisario Caín, unido al heroico sacrificio de la astrópata Drey iban a tener un efecto mucho mayor del que cualquiera de ellos podría haber previsto. El inexorable avance de la flota colmena que rodeaba el planeta comenzó a tambalearse cuando la mente que la coordinaba perdió el control de las bio-naves, que comenzaron a reaccionar instintivamente siguiendo sus propios instintos en lugar de seguir una estrategia más amplia. Por el contrario, las naves imperiales seguían siendo capaces de apoyarse las unas a las otras, una ventaja táctica que no tardaron en aprovechar. Tras reunir todas naves que pudo, el almirante Bourme atacó directamente a los leviatanes, que, aunque lejos de estar indefensos, habían quedado vulnerables por la pérdida de sus escoltas, logrando destruir uno de ellos y dañar a los demás de tal forma que estos se vieron obligados a huir.

Tras esas pérdidas, los tiránidos en el planeta volvieron en su mayor parte a seguir sus simples instintos animales, excepto cuando eran capaces de unirse ante la presencia de algunas de las criaturas sinápticas capaces de organizarlos, que, por supuesto, se convirtieron en el principal objetivo de la posterior caza. Aunque aún persisten rumores de que algunas criaturas aislada siguen acechando en los páramos y en lo más profundo de los sumideros de las colmenas, no se han registrado avistamientos fiables desde hace casi tres décadas y Fecundia está, a día de hoy, clasificada como un

planeta purificado. Sin embargo, la guarnición de la Guardia Imperial que se estableció en el planeta tras aquel incidente y los skitarii de las forjas planetarias permanecen alertas antes cualquier señal de una nueva incursión.



CAPÍTULO VEINTISIETE

-Bueno, parece que todo ha acabado bastante bien- dije, dando un sorbo a mi taza de tanna mientras miraba de reojo a El’hassai a través del vapor mientras fingía contemplar el tablero de regicida que había entre ambos, una táctica dilatoria que estaba seguro que no engañaría ni por un segundo a mi oponente. No tenía la menor duda de que era un rival mucho más duro que Zyvan, aunque no sabía si aquello se debía a que simplemente no pensaba como un ser humano, o a que su profesión tendía a fomentar el uso de la distracción y la sutileza. El Lord General estaba muy ocupado en aquellos momentos, negociando los términos según los cuales la guarnición que íbamos a dejar en el planeta debía cooperar con Kyper y sus skitarii para ayudar en la limpieza de los miles de rezagados tiránidos que aún debía haber sueltos por Fecundia (A nadie le debería sorprender que las discusiones fueran tan acaloradas, ya que Zyvan insistía en solicitar la plena autonomía de las unidades de la Guardia, mientras que, por su parte, Kyper—insistía en mantener todos los asuntos operativos firmemente bajo su control). Así que no teníamos tiempo para celebrar reuniones sociales en la relativa comodidad de la nave insignia.

Aunque en cualquier otra circunstancia El’hassai difícilmente habría sido mi primera elección para una invitación a cenar, había algunos asuntos pendientes rondándome por la cabeza que pensaba que debíamos discutir. En parte para mi propia satisfacción, y en parte

porque como siempre tenía bien presente mi secreta vocación de ser los oídos y los ojos de Amberley. Si mis sospechas eran ciertas, el Ordo Xenos probablemente estaría muy interesado en conocer las conclusiones a las que yo había llegado durante las dos semanas relativamente tranquilas que siguieron a la desesperada batalla por Regio Quinquaginta Unus y sus alrededores.

-**Una patada en toda la boca a los tiránidos y un mundo forja defendido con éxito.**

-Y todo gracias a su ingenio-, me felicitó el tau, con toda su atención puesta en el movimiento que yo acababa de realizar. Estudió detenidamente el tablero durante un instante y derribó una de mis piezas, con un inconfundible gesto de satisfacción. **-Y al del apotecario Sholer. Por desgracia, es muy poco probable que podamos utilizar el mismo truco en la defensa de otros planetas.**

-Desgraciadamente así es-, concedí pesaroso. Fuera como fuera, lo cierto es que los tau no podrían tratar de repetirlo, ya que no poseían astrópatas para proyectar la señal de interferencia. Además, Sholer parecía prácticamente convencido de que para poder usar la misma estratagema, se necesitaría un nodo colmena vivo, algo que desde luego, no era algo que uno se encontrara normalmente tirado por el suelo. El apotecario había solicitado a Kyper y al Death Korps que reunieran tantos tiránidos vivos como les fuera posible, para probar si podía lograr que el mismo truco funcionara con datos grabados o sintetizados, pero, hasta aquel momento, lo único que podía prometer era abrir una prometedora línea de investigación.

Algo que, sin la menor duda, implicaría varias décadas de investigación en el analyticum antes de que se lograra algo que fuera de utilidad. Pero, en fin, no creo que los soldados de la Guardia ni los skitarii se pusieran en peligro para capturar a unos tiránidos, cuando podían acabar con ellos fácilmente desde una distancia segura. **-Por otra parte, cuando llegue a Dr'th'nyr lo que queda de la flota colmena será presa fácil para sus naves.**

-Especialmente porque el astrópata que acompaña a los observadores imperiales ya les habrá avisado anticipadamente de que se acerca-, añadió El'hassai, inclinando cortésmente la cabeza**-. Algo por lo que, por supuesto, quedaremos muy agradecidos a nuestros aliados.**

-Una buena acción siempre se merece otra-, contesté, derribando una de sus piezas. **-Si no nos hubieran avisado de la llegada de la flota colmena, es muy probable que Fecundia habría sido conquistada y devorada-,** proseguí y bebí otro sorbo de tanna-. **De hecho, casi perdemos todo el planeta y su defensa nos ha costado una importante parte de la Flota de Batalla Damocles.**

Algo que había dejado a casi la mitad de los sistemas imperiales del Golfo indefensos ante un ataque de los tau. Unas ganancias más que suficientes para compensar el único mundo que nos habían devuelto pese a estar a punto de conquistarlo y que, sin la menor duda, esperaban que pronto volverían a hacerse con él.

-Pero no fue así-, replicó El'hassai, estudiando nuevamente el tablero-. **-Y sus naves están siendo reparadas mientras hablamos.**

-Efectivamente-, acepté mientras saboreaba otro trago del amargo líquido y tendía la taza a Jurgen, para que la volviera a llenar con su habitual y silenciosa eficacia-. Imagino que **ya estará listo para nuestro regreso a Quadravidia.**

-¿Quadravidia?-, exclamó el diplomático tau, inclinando la cabeza en una perfecta imitación de la sorpresa humana-. **Estoy seguro de que está perfectamente defendido por nuestras naves mercantes que están entregando ayudas y colaborando en la reconstrucción de las infraestructuras del planeta.**

-Una responsabilidad de cuyo peso puede liberarles la inesperada supervivencia de nuestras naves de guerra-, repliqué**-. Al igual que la inesperada victoria de nuestras fuerzas en Fecundia puede aliviar al imperio tau de la carga de tener que ayudar en la defensa de un mundo imperial. Estoy seguro de que todos esos recursos estarán mucho mejor empleados en la defensa de sus fronteras contra los tiránidos**.

Si yo hubiera estado mirando una cara humana, estoy seguro de que las expresiones que hubiera visto cruzar por su rostro serían las de sorpresa, disgusto y probablemente algo de diversión, pero dado que El'hassai era un diplomático y además xenos, lo más probable es que

simplemente me estuviera mostrando lo que yo quería, o esperaba ver.

-Probablemente-, respondió tranquilamente-. **En este momento los tiránidos son una mayor amenaza para todos nosotros, mucho mayor que la de un imperio contra el otro. A los dos nos interesa mantener esta alianza contra ellos.**

-Así es-, coincidí y levanté mi taza de tanna en un alegre brindis, un gesto que tras un momento de vacilación, El’hassai imitó, con una leve ironía**-. De hecho, casi se podría decir que el Bien Supremo así lo exige.**

(Y con esta nota ligeramente frívola, este extracto de los archivos de Caín llega a un final típicamente egocéntrico)

FIN

